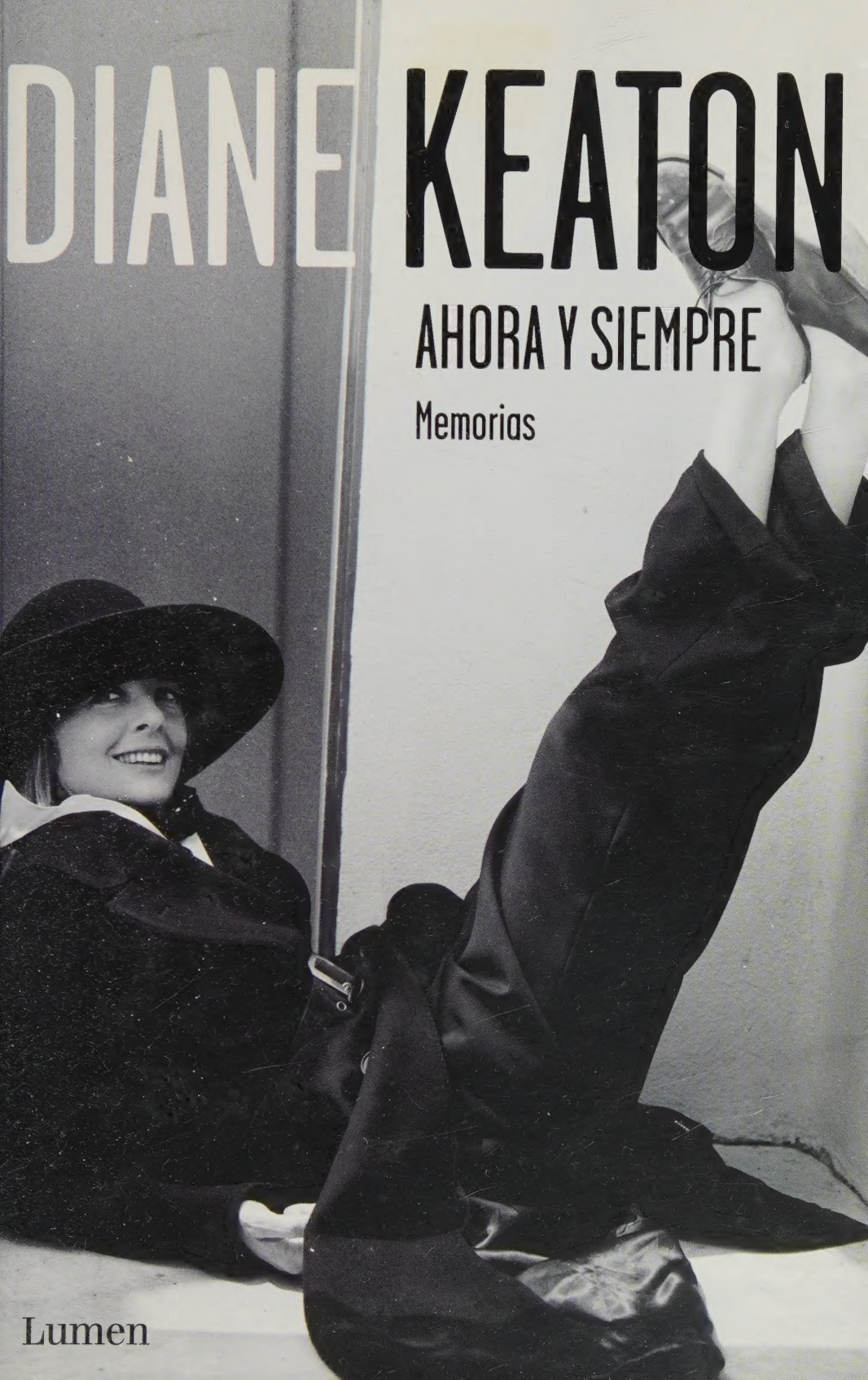
DIANE KEATON

AHORA Y SIEMPRE

Memorias



Lumen

A mi madre le encantaban los dichos, las citas y los refranes. Siempre había papelitos con advertencias pegados en la pared de la cocina. Por ejemplo, la palabra ***pensar****. La encontré pinchada con una chinche en el tablón de corcho de su cuarto oscuro. La vi pegada con cinta adhesiva en un plumier... Incluso me topé con un panfleto titulado* ***pensar*** *en su mesilla de noche. A mi madre le gustaba* ***pensar****.*

Así empieza Diane Keaton estas espléndidas memorias, en que la actriz revela el lado más íntimo de su personalidad. Por estas páginas discurre la vida de la mujer que todos conocemos por sus inolvidables interpretaciones, pero la mejor manera de llegar a ella es acercarnos también a Dorothy Hall, su madre, un ser adorable, que se empeñaba en pensar y transmitió a sus hijos las ganas de seguir adelante y no rendirse ante cualquier tropiezo.

A lo largo de su vida, Dorothy escribió ochenta y cinco diarios, más de mil folios llenos de anotaciones acerca de su familia, de su matrimonio, de sus hijos, y es así como Diane descubrió detalles insólitos de la vida de sus abuelos y de sus padres.

Tras leer estas notas y celebrar la vitalidad de una mujer que supo sacarle jugo a la vida hasta el fin de sus días, la gran actriz ha escrito unas memorias donde la emoción va de la mano del humor: los hombres que la han acompañado, sus ansias de tener un público fiel, su manera tan descarada y seductora de actuar, que la convirtió en un mito de los años setenta, están aquí, en este *Ahora y siempre*, un libro que vamos a leer con una sonrisa en los labios mientras la niebla envuelve los rascacielos de Manhattan.

Digitized by the Internet Archive
in 2023 with funding from
Kahle/Austin Foundation

https://archive.org/details/ahoraysiemprespa0000keat

Ahora y siempre

Ahora y siempre

Memorias

Diane Keaton

Traducción de
Fernando Garí Puig y Esther Roig

Lumen
memorias y biografías

Ahora y siempre es una obra de no ficción. Algunos nombres y detalles identificativos han sido modificados.

Título original: *Then Again*

Primera edición: febrero de 2012

© 2011, Diane Keaton
© 2011, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Random House Mondadori, S.A.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2011, Fernando Garí Puig y Esther Roig Giménez, por la traducción
Citas de *Annie Hall* © 1977 Metro Goldwyn Mayer. Todos los derechos reservados. Reproducidas con autorización.
Citas del discurso de Woody Allen con motivo del homenaje a Diane Keaton en el Lincoln Center © 2007 Woody Allen. Reproducidas con autorización.
Los demás textos de Woody Allen © 2011 Woody Allen. Reproducidos con autorización.
Los créditos de las fotografías y el material gráfico están en las páginas 279-280.

Publicado por Random House Mondadori S.A., Argentina, bajo el sello Lumen con acuerdo de Random House Mondadori S.A., España.
www.megustaleer.com.ar

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

Impreso en la Argentina.
ISBN: 978-84-264-2077-0
Depósito legal: B-34.254-2011

Compuesto en Fotocomposición 2000, S.A.

Esta edición de 5.000 ejemplares se terminó de imprimir en Verlap S.A., Comandante Spurr 653, Avellaneda, Bs. As., en el mes de diciembre de 2011.

A mi Ciudad de las Mujeres

Stephanie Heaton,
Sandra Shadic y Lindsay Dwelley.
Y a dos hombres: David Ebershoff
y Bill Clegg.
Ellos saben por qué.

Siempre digo que mi vida es la familia, y es la verdad.

Dorothy Deanne Keaton Hall

Pensar

A mi madre le encantaban los dichos, las citas y los refranes. Siempre había papelitos con advertencias pegados en la pared de la cocina. Por ejemplo, la palabra PENSAR. La encontré pinchada con una chincheta en el tablón de corcho de su cuarto oscuro. La vi pegada con cinta adhesiva en un plumier que había decorado con un collage. Incluso me topé con un panfleto titulado PENSAR en su mesilla de noche. A mi madre le gustaba PENSAR. En una libreta escribió: *Estoy leyendo el libro de Tom Robbins* También las vaqueras sienten melancolía, *y el pasaje de la boda está relacionado con los esfuerzos de las mujeres por realizarse. Escribo esto para pensar en ello más adelante...* Y seguía con una cita del propio Robbins: *Para la mayoría de las mujeres aleladas a las que han lavado el cerebro, el matrimonio representa la experiencia culminante de su vida; en cambio, para los hombres es una cuestión de eficacia logística: el varón consigue cama, comida, lavandería, televisión, descendencia y demás servicios, todos bajo un mismo techo... En cambio para la mujer el matrimonio supone la rendición. La mujer renuncia a la lucha y, a partir de ese momento, cede toda acción decisiva e interesante a su marido, que ha prometido cuidar de ella. Las mujeres viven más tiempo que los hombres porque en realidad nunca han vivido de verdad.* A mi madre le gustaba PENSAR acerca de la vida, especialmente sobre la experiencia de ser mujer. Y también le gustaba escribir a propósito de este tema.

A mediados de los años setenta, durante una vista que hice a casa, estaba en el cuarto oscuro de mi madre revelando unas fotos que había hecho en Atlantic City y encontré algo que no había visto nunca. Era una especie de, no sé..., cuaderno de dibujo. En la cubierta había un collage realizado con fotos de la familia y la siguiente frase: *Lo importante es el camino, no la llegada.* Lo cogí y lo hojeé. Aunque contenía varios collages más hechos con instantáneas, sus páginas estaban llenas de anotaciones.

He tenido un día productivo en la librería Hunter's. Reordenamos la sección de arte y descubrí muchos libros interesantes que estaban escondidos allí. Han pasado dos semanas desde que me contrataron. Gano tres dólares y treinta y cinco centavos la hora. Hoy me han pagado ochenta y nueve dólares en total.

Aquel no era uno de los habituales álbumes de mi madre, con las acostumbradas servilletas de la cafetería Clifton, fotos en blanco y negro y mis poco emocionantes boletines de notas. Aquello era un diario de verdad.

Una entrada fechada el 2 de agosto de 1976 decía:

CUIDADO EN ESTA PÁGINA. Para ti, posible lector del futuro, esto requiere valor. Me refiero a lo que me ronda por la cabeza. Estoy enfadada. El objeto: Jack y las cosas feas que me ha dicho y que no he olvidado. Ese es indudablemente el problema. «Cabrona del demonio.» Dicho con todo el sentimiento. ¡Por Dios! ¿Quién se ha creído que es?

Ya tenía bastante. Aquello era demasiado para mí. No quería saber nada de un aspecto de la vida de mis padres que pusiera en duda mi percepción de su amor. Dejé el cuaderno, salí del cuarto oscuro y no

volví a abrir ninguno de sus ochenta y cinco diarios hasta que ella murió, unos treinta años más tarde. Sin embargo, por mucho que intentara negar su presencia, no podía evitar verlos descansando en las estanterías o colocados bajo el teléfono, o incluso mirándome desde el interior de un cajón de la cocina. En una ocasión cogí de la mesilla de café *One Hundred Flowers*, un libro de pinturas de Georgia O'Keeffe que era de mi madre, y encontré debajo un diario titulado *¿Quién dice que no tienes la menor oportunidad?* Era como si conspiraran: «Cógenos, Diane, cógenos». Ni hablar. No tenía la menor intención de pasar otra vez por la misma experiencia. No obstante, me impresionó la tenacidad de mi madre. ¿Cómo era capaz de seguir escribiendo sin tener un público, ni siquiera entre los miembros de su familia? Pues lo hacía.

Escribía acerca de la posibilidad de volver a estudiar a la edad de cuarenta años. Escribía contando historias de todos los gatos abandonados que recogía. Cuando su hermana Marti tuvo cáncer de piel y perdió la mayor parte de la nariz, también habló de eso. Escribía acerca de la frustración que le producía envejecer. Cuando mi padre enfermó en 1990, ella volcó en su diario la rabia que sentía ante la injusticia de que el cáncer le estuviera afectando el cerebro. El relato de su fallecimiento resultó ser de lo mejor que mi madre escribió. Fue como si cuidar de Jack hiciera que lo amase de un modo que la ayudaba a convertirse en la persona que deseaba haber sido.

Hoy he intentado que Jack comiera, pero no podía. Al cabo de un rato me quité las gafas. Acerqué la cabeza a la suya y le dije, le susurré que lo añoraba. Empecé a llorar y, como no quería que me viera, aparté la cabeza. Entonces, con las pocas fuerzas que quedaban en ese maldito cuerpo suyo, Jack sacó el pañuelo de mi bolsillo y lentamente, como todo

lo que hacía, lentamente, muy lentamente, me miró con sus penetrantes ojos azules y me limpió las lágrimas de la cara. «Saldremos de esta, Dorothy.»

No salió. Al final, mamá se ocupó de papá igual que se había ocupado de Randy, de Robin, de Dorrie y de mí..., de todas nuestras vidas. Pero ¿quién estaba a su lado cuando escribió con mano temblorosa: *Junio de 1993. Hoy es el día en que he sabido que tengo la enfermedad de Alzheimer. ¿Da miedo*? Así empezó una guerra de quince años contra la pérdida de la memoria.

Siguió escribiendo. Cuando ya no fue capaz de escribir párrafos enteros, escribía frases como: *¿Nos haríamos menos daño los unos a los otros si nos tocáramos más?* y *Respétate a ti mismo*. O cosas raras como: *Mi cabeza está dando un giro*. Y cuando ya no pudo escribir frases, escribió palabras: ALQUILER. LLAMAR. FLORES. COCHE. E incluso su palabra favorita: PENSAR. Cuando se quedó sin palabras, siguió escribiendo números hasta que ya no fue capaz de escribir más.

Dorothy Deanne Keaton nació en Winfield, Kansas, en 1921. Sus padres, Beulah y Roy, se fueron a California cuando ella tenía tres años. Eran gente de interior en busca del gran sueño, y ese sueño los condujo a las colinas de Pasadena. Mi madre tocaba el piano y cantaba en un trío llamado Dos Puntos y Raya del colegio. Tenía dieciséis años cuando su padre se marchó, dejando que Beulah y sus tres hijas se las apañaran por su cuenta. Las chicas Keaton lo pasaron mal a comienzos de los años treinta. Beulah, que nunca había trabajado, tuvo que buscar un empleo. Dorothy abandonó sus sueños de estudiar para dedicarse a la casa hasta que su madre encontró por fin trabajo como conserje.

Tengo una fotografía de Dorothy a los dieciséis años, de pie junto a su padre, Roy Keaton. ¿Por qué abandonó a su hija favorita, a

su doble? ¿Por qué? ¿Cómo pudo marcharse sabiendo que iba a romperle el corazón para siempre?

Todo cambió cuando Dorothy conoció a Jack Hall en una pista de baloncesto de Los Angeles Pacific College, en Highland Park. A mi madre le encantaba recordar cómo el apuesto joven de cabello oscuro y ojos azules que había ido a ver a su hermana Martha solo tenía ojos para ella. Se reía al decir: «Fue amor a primera vista». Y debió de serlo, porque no mucho después se escaparon a Las Vegas para casarse en el hotel Stardust.

Mi madre nunca me habló de los sueños que albergaba para sí. De todos modos, algo pude intuir. Fue presidenta de la Asociación de Padres de Alumnos y del Club de Mujeres de Arroyo Vista. Daba clases los domingos en la iglesia metodista. Participaba en todos los sorteos que encontraba al dorso de las cajas de cereales. Le encantaban los concursos. Su favorito era *Reina por un día*, presentado por Jack Bailey, que empezaba cada programa, cinco días a la semana, diciendo: «¿Le gustaría ser ¡REINA POR UN DÍA!?». El juego funcionaba de la siguiente manera: Bailey entrevistaba a cuatro mujeres, y la que estuviera en peor situación (algo que se decidía según los aplausos del público) era coronada Reina por un Día. Al son de *Pomp and Circumstance*, el presentador envolvía a la ganadora en una capa de terciopelo carmesí con cuello de piel blanca, le colocaban un tiara centelleante y le entregaban una docena de rosas de la floristería Carl's, de Hollywood. Mi madre y tía Martha escribieron más de una vez sus tristes historias en las solicitudes de participación. Mamá estuvo a punto de lograrlo cuando escribió: «Mi marido necesita un pulmón». Cuando la exhortaron a dar detalles, mi madre contó la verdad. Bueno, más o menos. Jack Hall, un entusiasta buceador a pulmón libre, necesitaba bucear a mayor profundidad para llevar comida a su familia. La eliminaron.

Una mañana desperté y me encontré con un grupo de desconocidos que paseaban por nuestra casa examinando las habitaciones una por una. Mamá no se había molestado en decirnos que se había presentado al concurso local de Mistress América. Mistress América era un espectáculo dedicado a encontrar al ama de casa ideal. Más adelante nos contó a nosotros, unos niños, que se trataba de una competición de habilidades entre las que figuraban poner la mesa, preparar arreglos florales, hacer la cama y cocinar, así como ser capaz de manejar el presupuesto familiar y destacar en el acicalamiento personal. Lo único que se nos ocurrió pensar fue: «¡Guau!».

Yo tenía nueve años, así que era lo bastante mayor para estar sentada entre el público del cine de Figueroa Street cuando la coronaron Mistress Highland Park. De repente mi madre, la flamante mejor ama de casa de Highland Park, apareció ante mí en un amplio y alto escenario con un gran telón de terciopelo rojo. Cuando este se abrió para mostrar un televisor RCA Victor Shelby, una lavadora y una secadora Philco, un juego de maletas Samsonite, un vestuario de última moda gentileza de los almacenes Ivers y seis frascos color azul cobalto llenos de perfume Evening in Paris, no supe qué miraba exactamente. ¿Qué estaba viendo? ¿De verdad era mi madre la que se hallaba bajo los focos como si fuera una especie de estrella cinematográfica? Aquello resultaba sumamente emocionante y extremadamente desagradable al mismo tiempo. Había ocurrido algo, una especie de traición, mi madre me había abandonado. Sin embargo, había algo peor, mucho peor: en secreto deseé ser yo quien estuviera en aquel escenario, no ella.

Seis meses después, Dorothy Hall fue coronada de nuevo, en esa ocasión Mistress Los Ángeles por Art Linkletter, en el hotel Ambassador. Mi hermano Randy y yo lo vimos en el nuevo televisor RCA

Victor Shelby. Entre las obligaciones de mi madre como Mistress Los Ángeles figuraba la de aparecer en supermercados, grandes almacenes y clubes femeninos de todo el condado. Así pues, no pasaba mucho tiempo en casa, y cuando estaba, se dedicaba a hornear una y otra vez el mismo pastel alemán de chocolate con nueces, con la esperanza de ser coronada Mistress California. Mi padre acabó por hartarse de aquella pesadilla y se lo hizo saber. Cuando mi madre perdió el ambicionado título de Mistress California, pareció aceptar su fracaso con la misma facilidad con que reanudó sus habituales tareas de ama de casa. Sin embargo, las cosas eran diferentes, al menos para mí.

A menudo me pregunto cómo habrían cambiado nuestras vidas si mamá hubiera sido elegida Mistress América. ¿Habría optado por convertirse en una figura televisiva como Bess Myerson, en la imagen de los electrodomésticos Philco o quizá en columnista de la revista *McCall's*? ¿Qué habría sido de mis sueños de hallarme bajo los focos si los de ella se hubieran hecho realidad? Otra madre le había arrebatado la oportunidad, pero no me importó: estaba contenta de no tener que compartir a la mía con el resto del mundo.

Mamá creía que sus hijos tendrían un brillante futuro. Al fin y al cabo, yo era graciosa. Randy escribía poemas. Robin cantaba y Dorrie era lista. Cuando me matriculé en el instituto, el número de aprobados bajos acumulados demostraba que no iba a ser una estudiante con un futuro brillante. En 1957, al igual que el resto de la nación, hice mi test de inteligencia. Los resultados no fueron ninguna sorpresa. No obstante, hubo una excepción, algo llamado «razonamiento abstracto». Estaba impaciente por correr a casa y contarle a mi madre lo del razonamiento abstracto. ¿Qué era eso? Entusiasmada por mi logro, me explicó que el razonamiento abs-

tracto era la habilidad de analizar información y resolver problemas complejos con la mente. Por mucho que he intentado reflexionar, sigo sin entender qué significa exactamente el razonamiento abstracto.

En 1959 el panorama cultural de nuestra familia cambió cuando los Bastendorf se convirtieron en nuestros vecinos. Bill era doctor en psicología. Mi padre en particular no se fiaba de los «loqueros», pero no pudo evitar que le cayeran bien Bill y su mujer, Laurel, quienes causaron cierto revuelo en la comunidad porque dejaban a sus hijos correr desnudos por ahí. En nuestra calle de casas idénticas rodeadas de césped pulcramente segado, los vecinos no aceptaron la jungla de los Bastendorf. Sus paredes estaban llenas de reproducciones de obras de Picasso, Braque y Miró. A veces Laurel llevaba en coche a mamá al único café *beatnik* que había en Santa Ana. Allí tomaban café *espresso* y charlaban del último artículo aparecido en la revista *Sunset* sobre personajes vanguardistas como Charles Eames y Cliff May, o de cosas por el estilo. Lo único que sé es que mamá se mostraba entusiasmada, especialmente cuando Laurel le enseñó a confeccionar mosaicos con conchas. Se sintió tan inspirada que creó su propio híbrido: los mosaicos con piedras. No tardaron en aparecer por toda la casa. El que recuerdo mejor medía como mínimo tres pies por cinco y pesaba tanto que algunas piedras empezaron a desprenderse. La mayoría de la gente veía en Dorothy a un ama de casa, yo veía en ella a una artista que luchaba por hallar un medio de expresión.

Inspirada por el ejemplo de los Bastendorf, mamá nos metió a mis hermanos y a mí en el coche familiar y condujo ella sola hasta Nueva York para que viéramos la exposición *Art of Assemblage*, en el Museo de Arte Moderno. Nos quedamos atónitos ante Joseph Cornell y su forma de navegar en un mundo imaginario hecho de cajas

y collages. En cuanto llegamos a casa, decidí convertir la pared de mi dormitorio en un collage. Mamá me ayudó de buena gana añadiendo fotos que creía que podían gustarme, entre ellas una de James Dean en Times Square. Pronto empezó a hacer collages en todo tipo de objetos, incluidos cubos de basura y cajas de papel maché. Llegó a forrar el interior de los armarios de la cocina con collages. A saber por qué. Randy llevó las cosas más lejos y se convirtió en un verdadero artista del collage. A día de hoy, cientos de su serie *Stymied by a Woman's Face* siguen apilados en el horno, donde según él están a salvo. Supongo que se podría decir que coleccionar y reconvertir imágenes, reorganizar lo conocido de manera que formara un conjunto inesperado con la esperanza de descubrir algo nuevo, se transformó en una de nuestras creencias comunes. El collage, lo mismo que el razonamiento abstracto, era un proceso visual para analizar información. «¿Cierto?», como solía preguntar a mi madre cuando yo era pequeña. Evidentemente, ella creía que yo estaba en lo cierto.

A los catorce años empecé a arrastrar conmigo un recuerdo del que no pienso desprenderme. Mamá y papá bailaban a la luz de la luna en una colina de Ensenada, en México, al son de un grupo de mariachis. Los vi besarse con un sentimiento tan arrebatador que tendría que haber resultado embarazoso para una hija adolescente. Sin embargo, me llenó de admiración y respeto. Incluso me dio algo más en lo que creer: su amor. Arrojándome en brazos del romance de mis padres comprendí que no habría despedidas.

En la última página de mi diario de adolescente escribí: «A quien pueda interesarle: cuando me case, quiero que mi marido y yo hablemos juntos de las cosas importantes. Nada de broncas delante de los niños. Nada de palabrotas. No quiero que mi marido fume, pero

de vez en cuando podrá disfrutar de un buen trago. Quiero que mis hijos asistan a la escuela dominical todas las semanas. También recibirán azotes, porque creo que son buenos. En realidad, quiero que mi marido y yo llevemos la casa como papá y mamá».

¿«A quien pueda interesarle»? ¿A quién pretendía engañar? ¿Y por qué intentaba ser tan buena chica cuando lo que sentía de verdad no tenía nada que ver con poner normas a un tema que me aterrorizaba? Esto es lo que no escribí pero nunca he olvidado. Dave Garland y yo nos pasábamos notas en la clase de álgebra de la señora Hopkins. Dave era realmente estupendo, pero «no me soportaba». Puso fin a nuestra comunicación con estas seis palabras: «Algún día serás una buena esposa». ¿Casarme...? Yo no quería ser la mujer de nadie. Lo que me apetecía era ser una chica sexi, alguien con quien darse el lote. Quería ser Barbra Streisand cantando «Never, never will I marry; born to wander till I'm dead». Nunca me casé. Nunca salí con un chico «en serio». Mientras seguía complaciendo debidamente a mis padres, mi cabeza estaba en las nubes, besando alturas inalcanzables como Dave Garland. Llegué a la conclusión de que la única manera de hacer realidad mi principal sueño de convertirme en una estrella de las comedias musicales de Broadway era seguir siendo una buena hija. Lo de amar a un hombre y convertirse en esposa era mejor dejarlo a un lado. Así pues, continué persiguiendo metas inalcanzables.

Los nombres fueron cambiando, de Dave a Woody, después Warren y, finalmente, Al. ¿Podría haberme comprometido de forma duradera con alguno de ellos? Es difícil saberlo. Seguro que de manera inconsciente sabía que no iba a salir bien y que por eso nunca llegarían a ser un estorbo en la consecución de mis sueños. Ya ven que andaba detrás de algo más importante. Buscaba un público, cualquier público. Por lo tanto, ¿qué hice? Pues me presenté a todas

las audiciones que se celebraban sin dominar nada en especial. Estuve en la coral del colegio y en el coro de la iglesia. Me presenté a animadora y a chica del pompón. Realicé pruebas para todos los concursos de talentos, para todas las obras de teatro, incluida *La fierecilla domada*, que no entendí. Participé en los debates de clase y fue editora del boletín de la YWCA, la asociación de jóvenes cristianas. Me postulé para representante escolar a los quince años. Incluso supliqué a mi madre que me ayudara a entrar en Job's Daughters, un club secreto masónico donde las chicas desfilaban vestidas con túnicas largas en un ambiente campestre. Deseaba ser adorada, de modo que opté por no salir de la seguridad del abrazo de Jack y Dorothy. Al menos eso pensé.

Ahora que he cumplido los sesenta, deseo comprender mejor qué significaba ser la bella esposa de Jack Hall y criar a cuatro hijos en la soleada California. Quiero saber por qué mi madre se olvidaba continuamente de recordar lo maravillosa que era. Me gustaría que se hubiera enorgullecido al saber lo divertido que nos resultaba oírla tocar «My Mammy» en el piano y cantar «The sun shines east, the sun shines west, I know where the sun shines best — Mammy». No sé por qué no se daba cuenta de lo especial que era que me llevara a la sala de un museo donde había un león de mármol al que le faltaba media cara y que tampoco tenía patas; la deidad de la habitación contigua carecía de brazos. Mi madre se volvía toda ella exclamaciones y embelesamiento.

—Mira, Diane, ¿verdad que son bellas?

—¡Pero si están estropeadas! ¡Les faltan cachos! —decía yo.

—¿Es que no ves lo magníficas que son incluso así?

Estaba enseñándome a ver. Sin embargo, nunca se atribuyó mérito alguno. Me pregunto si su falta de autoestima constituyó un

síntoma prematuro del olvido. ¿Lo que le robó la memoria fue realmente el Alzheimer o un demoledor complejo de inseguridad?

Mi madre pasó quince años diciendo adiós: adiós a los nombres de los sitios, adiós a sus famosos guisos de atún, adiós al BMW que papá le regaló por su sesenta y un cumpleaños, adiós a reconocerme como su hija. Y hola a platos de papel con comida para gatos Purina enmoheciendo en su botiquín, hola a las asistentas sociales, hola a la silla de ruedas que todas las mañanas la llevaba hasta su programa favorito de la PBS: *Barney y sus amigos*; hola a una mirada ausente. Mientras se producían los terribles holas y trágicos adioses, yo adopté a una niña recién nacida. Tenía cincuenta años. Tras toda una vida eludiendo la intimidad, me vi de repente intimando en el sentido más amplio de la palabra. Mientras mi madre luchaba por poder terminar las frases, yo observaba a Dexter, mi hija —y unos años más tarde al pequeño Duke, mi hijo—, que empezaba a formar palabras, como una manera de captar el prodigio de su mente en desarrollo.

La tesitura de ser una mujer dividida entre dos amores —uno como hija, el otro como madre— me ha cambiado. Ha sido todo un desafío presenciar la traición de una enfermedad tan cruel y, al mismo tiempo, aprender a brindar amor junto con la promesa de estabilidad. Si mi madre era la persona más importante para mí, si en gran medida soy quien soy gracias a qué y cómo era ella, ¿qué influencia ejerzo en Duke y Dexter? Aquí no sirve de nada el razonamiento abstracto.

A comienzos de su último año, el pequeño y fiel grupo de amigos de Dorothy se había prácticamente desmoronado. Podían contarse con los dedos de una mano las personas que la querían. Resultaba difícil reconocer a la mujer que habíamos conocido. Sin embargo, ¿se me puede reconocer a mí como la persona que era cuando se estre-

nó *Annie Hall*, hace casi treinta y cinco años? Recuerdo que la gente se me acercaba por la calle para decirme: «No cambies, no cambies nunca». Incluso mi madre me dijo una vez: «No envejezcas, Diane». Esas palabras no me gustaron entonces y tampoco me gustan ahora. El agotador esfuerzo que significa controlar el tiempo modificando sus efectos no aporta felicidad. Aquí tengo una palabra para ustedes: *felicidad*. ¿Por qué la felicidad era algo a lo que yo creía que tenía derecho? ¿Qué es la felicidad, al fin y al cabo? *Insensibilidad*. Eso dijo Tennessee Williams.

La última palabra de mi madre fue «no». No a los constantes pinchazos. No a las invasiones no solicitadas. No a «Dorothy, la cena». No a «Hora de las pastillas, abra la boca». No a «Vamos a darle la vuelta, mamacita». No a «¡No!». No a «¿Verdad que esto es agradable?». No a «¡¡No!!». No a «¿No quiere ver la televisión? Están dando *Lucy*». No a «Deje que le traiga una pajita». No a «Deje que le traiga un tenedor». No a «Deje que le dé un masaje en los hombros». De haber podido, mi madre habría dicho: «¡No, no, no y no! Déjennos a mí y a mi cuerpo en paz, por el amor de Dios. Este final es mío». No es que las actividades se realizaran sin afecto ni cuidado. La cuestión no era esa. La cuestión era su propia autonomía. Recuerdo que, incluso cuando yo era niña, mi madre se retiraba a cualquier habitación vacía con un anhelo que dejaba en segundo plano su absoluto amor por nosotros. Una vez allí, dejaba a un lado el papel de madre abnegada y amante esposa y se refugiaba en sus pensamientos. Al final, aquel «no» fue todo lo que quedó de las ansias de Dorothy de ver respetados sus deseos.

«Liberada por fin de las limitaciones de esta vida, mamá se ha reunido con papá, al igual que con sus hermanas, Orpha y Martha, con su madre, Beulah, y con todos sus queridos gatos, empezando con

Charcoal y terminando con Cyrus. Prometo ocuparme de sus pensamientos y palabras. Prometo PENSAR. Y prometo ser portadora del legado de la hermosa y bella Dorothy Deanne Keaton Hall, de Kansas, nacida el 31 de octubre de 1921, mi madre.»

Pronuncié estas palabras con ocasión de su funeral, en noviembre de 2008. Mi madre sigue siendo la persona más importante e influyente de mi vida. Visto desde fuera, llevábamos vidas completamente diferentes. Ella era una madre y ama de casa que soñaba con el éxito. Yo soy una actriz cuya vida —en algunos aspectos— ha superado mis más ambiciosos sueños. Al comparar a dos mujeres que tenían grandes sueños, que compartían muchos problemas y que resultaba que eran madre e hija, surge un relato de lo que perdemos cuando alcanzamos el éxito y de lo que ganamos aceptando una vida normal. Yo era una chica normal que se convirtió en una mujer normal, con una excepción: mi madre me dotó de una extraordinaria fuerza de voluntad. No me salió gratis, pero, pensándolo bien, la vida tampoco fue un paseo para mi madre.

Así pues, ¿por qué escribo unas memorias? Porque mamá perdura, porque con sus palabras intentó que la historia de nuestra familia no cayera en el olvido, porque tardé décadas en comprender que su rasgo más fascinante era su complejidad, porque no quiero que desaparezca a pesar de que se haya ido. Lo hago por muchas razones, pero la mejor respuesta la encontramos en un pasaje que escribió utilizando esa magnífica capacidad para el razonamiento abstracto que me legó. Corría 1980. Tenía cincuenta y nueve años.

Toda persona viva debería verse obligada a escribir su autobiografía. Tendría que retroceder, desenmarañar y revelar todo lo que ha acumulado en la vida. Hallar la forma desacostumbrada en que los escritores expresan con palabras sus pensamientos me proporciona un conoci-

miento muy gratificante de que podría hacerlo si me dedicase plenamente a ello. Podría ayudarme a aflojar la presión que me producen los recuerdos almacenados que me afectan en estos momentos. Pero hay algo que hago muy mal. Me digo que me dejo controlar demasiado por mis hábitos del pasado. De verdad deseo escribir acerca de mi vida, de los amigos íntimos que he conocido, de la familia que hemos tenido, pero me contengo. Si fuera completamente sincera, creo que llegaría un momento en que empezaría a verme A MÍ MISMA de un modo más inteligible. En estos momentos me asustan los recuerdos; no obstante, soy consciente de que me vendría bien hacerlo.

Ojalá lo hubiera hecho. Y, como no lo hizo, he escrito no mis memorias, sino las nuestras. La historia de una chica cuyos deseos se cumplieron gracias a su madre no es nueva, pero es la mía. El profundo amor y la gratitud que siento ahora que se ha ido me han empujado a intentar «desenmarañar» el misterio de su viaje. Al hacerlo esperaba hallar el sentido de nuestra relación y comprender por qué los sueños cumplidos constituyen una carga tan extraña. Lo que he hecho ha sido crear un libro donde se combinan mis recuerdos y mis historias con las anotaciones de los diarios y libretas de mi madre. Pensando en sus álbumes de recuerdos y en nuestra afición común al collage, he colocado sus palabras al lado de las mías, además de cartas y recortes que dan fe no solo de nuestras vidas, sino del vínculo que nos unía. Deseo presentar mi vida junto a la suya para, tal como escribió, llegar a un punto en que yo empiece a verme (y a verla a ella) de un modo más inteligible.

Primera parte

1

Dorothy

Extraordinaria

El compromiso de Dorothy con la escritura empezó con una carta al alférez de la marina Jack Hall, destinado en Boston. Fue justo al finalizar la Segunda Guerra Mundial. Ella estaba descansando en el hospital Queen of Angels después de haberme dado a luz. Completamente sola, con una recién nacida de siete onzas, empezó una correspondencia que se convertiría en un nuevo tipo de pasión. En aquella época, las palabras de mi madre estaban influidas por las pocas películas que Beulah le había permitido ver, por ejemplo, *Melodías de Broadway*, de 1938; unos inofensivos y vaporosos números musicales acompañados de diálogos en boca de Judy Garland. Los «Sin duda te quiero más que a nada en el mundo» y «Nadie podría hacerme más feliz que tú» de mi madre, junto con el uso de «formidable», reflejaban la forma de ver la vida de los estadounidenses y sus expectativas en los años cuarenta. Para Dorothy era, principalmente, amor. Era Jack. Era Diane y era formidable.

Mi madre escribió su primer «Hola, cariño» cuando yo tenía ocho días. Cincuenta años más tarde, conocí y estreché en mis brazos a mi hija Dexter cuando ella tenía ocho días. Era un bebé alegre. Contrariamente a lo que había creído durante toda la vida, yo no fui un bebé alegre, ni siquiera mono. La inquietud de mi madre por mi aspecto

quedó definida por una mala fotografía. El retrato ya le contaba a la gente cómo debía verme. No superé el test fotográfico de belleza de mi padre y, dicho sea de paso, tampoco el de mi madre. Encerrada en el pequeño chalet de la abuela Keaton de Monterey Road, en Highland Park, Dorothy no tuvo elección. Con sus ojos de veinticuatro años deseaba creer que yo era extraordinaria. Tenía que serlo. Y transmitió esa extraña esperanza a una recién nacida que se vio atrapada en su poder. Los seis meses que pasamos juntas y a solas sellaron el trato. Para Dorothy, todo cobró una especial intensidad porque rebosaba de la alegría, del dolor, del miedo y de la empatía de una madre primeriza.

13 de enero de 1946

Querido Jack:

Debes de estar a punto de llegar a Boston y apuesto a que estás cansado del viaje. Cuesta pensar que allí pueda hacer tanto frío cuando aquí el tiempo es tan agradable. Lamento haberme comportado como lo hice cuando te marchaste. No era mi intención, pero la idea de que te fueras me alteró mucho. Intenté con todas mis fuerzas dejar de llorar porque sabía que no era bueno para Diane.

Son las ocho de la mañana y tu hija duerme. Está más guapa cada día y es posible que cuando la veas decidas que quieres convertirla en tu favorita. Eso no es justo, cariño. Yo te vi primero, de modo que debo ocupar el primer puesto en tu haren, ¿no crees? Chiquita y Lois han venido hoy. Las dos coinciden en que es formidable, a pesar de que tiene una mala costumbre: cada vez que alguien viene a verla, se pone bizca.

Bueno, cariño, creo que voy a despertar a nuestra «cavita de angel». Desde luego nos ha tocado un premio. Lo digo en serio. Cada vez que la miro me muero de impaciencia por que la veas y podamos estar juntos los tres.

Buenas noches, mi amor,

DOROTHY

18 de enero de 1946

Hola, cariño:

Ojalá no fuera tan llorona. No entiendo qué me pasa. Hasta que me casé nunca lloraba por nada. Pensaba que era incapaz de llorar, pero ahora me basta con pensar en ti, en lo formidable que eres y en lo mucho que te echo de menos, para que me ponga a berrear como Diane. Sin duda te quiero más que a nada en el mundo, cariño. Aunque no te lo diga a menudo cuando te veo, siempre lo pienso.

Diane y yo nos hemos hecho unas fotos, de esas pequeñas y baratas. Me temo que no va a salir muy favorecida. ¡Es tan pequeña! Y yo tampoco, pero eso era de esperar. Confío en que al menos puedas ver cómo es. El fotógrafo dijo que estaba muy bien para el tiempo y el tamaño que tiene. No está gorda, como sí lo estaba su madre. Dicho sea de paso, sigo estando rellenita, ¡maldición! Diane pesa más de nueve libras y, como te cuento en todas las cartas, está más mona cada día. Me parece muy buena tu idea de mandarle billetes de dos dólares. Se los iré guardando. Así pronto podremos abrirle una cuenta.

Buenas noches, cariño.

Con todo mi amor,

Dorothy

21 de febrero de 1946

Hola, cariño:

Estoy muy decepcionada. Esas fotos son justo como me temía: espantosas. Diane está más o menos graciosa. No pienso mandártelas porque pensarás que te he estado tomando el pelo al decirte lo mona que es.

En tu carta de hoy dices que te gustaría que pudiéramos revivir los buenos tiempos. Siempre vuelvo la vista atrás y sueño con lo formidables que eran. No vamos a cambiar nunca, ¿verdad? A pesar de que te-

nemos una familia y mas responsabilidades, no creo que sea razón para que nos comportemos como unos viejos y no nos divirtamos como antes. ¿A que no?

Buenas noches, querido Jack,

Tu DOROTHY

31 de marzo de 1946

Querido Jack:

En estos momentos estoy tan enfadada contigo que te echaría una bronca si estuvieras aquí. No sé de dónde has sacado la absurda idea de que he cambiado y «empieza a gustarme otro». No eres la única persona que desea que su matrimonio sea un éxito; para mí es tan importante como para ti, y si crees que voy por ahí buscando a alguien que me convenga más es que no tienes un gran concepto de mí. ¿Acaso crees que no me tomo en serio el hecho de estar casada? Deberías saber lo mucho que te quiero, así que, ¿a santo de qué iba a pensar en buscar a otro? Dijiste que deseabas que fuera feliz..., pues bien, créeme si te digo que ni a propósito habrías podido hacerme más desdichada. Si confiaras un poco más en mí no pensarías esas cosas. No hace falta que me recuerdes que prometimos que si las cosas cambiaban nos lo diríamos. Eso también se aplica a ti. ¿Te gustaría que no dejara de repetirte que no creo que lo nuestro vaya a durar y que no tardarás en encontrar a otra? Bueno, pues a mí no me hace ni pizca de gracia, de modo que no vuelvas a escribirme esas cosas.

Probablemente no debería enviarte esta carta, pero ¡cuanto más lo pienso, más me enfado! De todas formas, poco importa lo que pueda enfadarme. Te quiero tanto como puedo y si buscara por todo el mundo no encontraría a nadie más que a ti porque nadie podría hacerme más feliz que tú, ahora y siempre. Me siento mejor y ya no estoy furio-

sa, pero me enfadaré de nuevo si vuelves a escribir esas cosas. No lo olvides.

Te quiere,

Dorothy

P.D.: Bien mirado, he decidido enviarte nuestras fotos.

25 de abril de 1946

Hola, cariño:

No te han gustado las fotos, ¿eh? Por favor, no pienses que tu hija es así, porque te aseguro que no es verdad. Y aunque no fuera una monada, sería encantadora únicamente por su personalidad. Y es que ya la tiene, y muy definida. Creo que esperaré un tiempo antes de volver a hacerle otra foto.

Ya sabes, claro está, que tenemos una hija notable y muy inteligente. He leído en un libro sobre recién nacidos lo que debe hacer un bebé de cuatro meses, y ella ya hacía todo eso con solo dos. De verdad. Está aprendiendo a sentarse, y eso es algo que los bebés no hacen hasta los cinco o seis meses. Se parece a ti en todo: en el físico, en la inteligencia y en la personalidad. No te preocupes, seguro que será una belleza.

Bueno, cariño, solo faltan treinta y ocho días para ese maravilloso momento en que te veré de nuevo. Diane ha dicho «¡Yupi!». Bueno, la verdad es que ha sonreído.

Hasta pronto, cariño.

Te quiere,

Dorothy

Mirar hacia el oeste

Mi primer recuerdo es de unas sombras que formaban dibujos en una pared. Veía la silueta de una mujer de larga melena que se movía al otro lado de los barrotes de mi cuna. Incluso cuando me cogía en brazos y me abrazaba, mi madre constituía un misterio para mí. Era casi como si yo supiera que el mundo, y la vida que albergaba, iba a resultar desconocido y al mismo tiempo trufado de aventuras sin fin, seductor e intrigante, como si fuera a pasar el resto de mi vida intentando comprender a mi madre. ¿Es real ese recuerdo? No lo sé.

Destacan algunas cosas: la nevada de Los Ángeles cuando yo tenía tres años; la cabaña Quonset en la que vivimos hasta que cumplí los cinco. Tenía una forma maravillosa. Desde entonces siempre me han gustado las bóvedas. Una noche, el señor Eigner, nuestro vecino, me pilló cantando «Over the rainbow» en el camino de acceso recién pavimentado por mi padre. Pensé que acababa de meterme en un lío; sin embargo, me dijo que era una «jovencita con mucho talento». Mi padre trabajaba en la Compañía de Aguas y Electricidad, en el centro de Los Ángeles. A los cinco años iba a verlo a su despacho a menudo. Me resultaba hipnotizante mirar hacia el oeste desde el funicular Angels Flight. Los edificios más altos, como el del ayuntamiento, destacaban en el horizonte. Me encantaban la cafetería Clifton's y los almacenes Broadway. Todo parecía condensarse en ángulos y cemento, y bullir de actividad. El centro de la ciudad me parecía perfecto. Creía que el paraíso debía de ser como Los Ángeles. Sin embargo, nada era comparable a la alegría de tirar del brazo de mi madre mientras le decía: «¡Mira, mamá. Mira!». A las dos nos encantaba mirar.

No sé qué le gustaba más a mi madre: mirar o escribir. Las interminables explicaciones debajo de cada fotografía estropeaban sus álbumes de recuerdos, al menos cuando yo era pequeña. Cuando crecí, evitaba como la peste los indeseados sobres con sus «Cartas para Diane». ¿A quién le interesaban las cartas? Yo solo quería las fotos. Después de hojear el diario de mi madre en el cuarto oscuro, tuve suficiente. No obstante, cuando decidí escribir mis memorias a los sesenta y tres años, empecé a leer los diarios de mi madre sin seguir ningún orden. Estaba metida de lleno en la tarea cuando me topé con lo que debió de ser un intento de escribir sus memorias. En la cubierta, grabado con grandes números dorados, se leía: «1980». Eso significaba que las había comenzado cuando tenía cincuenta y nueve o sesenta años. Todas las entradas tenían fecha. En ocasiones mi madre empezaba a escribir algo y se interrumpía, dejando un montón de páginas en blanco; o bien redactaba un párrafo sobre algún asunto de un año en particular para volver sobre él un par de años más tarde y, al cabo de unos meses, comenzarlo de nuevo con un enfoque distinto. En el curso de cinco años, saltó de recuerdo en recuerdo de la infancia casi como si hiciera asociaciones libres. En su mayor parte, el tono de Dorothy era indulgente, dulce, a veces incluso elegíaco. Pero a veces, no. Seguramente hacía inventario de su vida evocando recuerdos de aquellos tiempos de los años treinta en que se veía aprisionada entre las rígidas normas establecidas por la Iglesia metodista y la fascinación de la vida sin las imposiciones de Beulah. No me gusta pensar que así fue, pero la vida propinó a mi madre unos cuantos golpes de los que no se recuperó.

Sentimientos familiares

Mi padre, Roy Keaton, me puso el apodo de Perkins cuando yo era muy pequeña, puede que a los tres o cuatro años. Lo utilizaba cuando tenía «sentimientos familiares». Si se sentía distante me llamaba Dorothy. Durante los tres embarazos de mi madre, mi padre siempre dejó bien claro que deseaba un varón. A medida que nosotras crecíamos, se hacía cada vez más evidente que yo era la que a él le habría gustado que fuera el varón de sus sueños. Yo era la hombruna, la niña tranquila que no daba problemas a nadie. Ignoro por qué mi padre me prefería a mí antes que a mis hermanas. A veces me confiaba pensamientos que no compartía ni siquiera con nuestra madre. Yo siempre le escuchaba sin pronunciar palabra. Cuando acababa, me decía: «¿Verdad que sí, Perkins? ¿A que sí?». Sabía que yo siempre estaría de acuerdo. Creo que sabía que también estaba siempre de acuerdo con mi madre.

Nos mudábamos constantemente. Cuando tenía cuatro años vivimos en una vieja casa de madera de dos plantas, en Walnut Street de Pasadena. La casa daba directamente a la acera, pero teníamos un gran jardín trasero que llegaba hasta las vías del tren, por las que circulaba el nuevo Super Chief Santa Fe. Ni un muro, ni una valla, nada separaba nuestro jardín de los raíles. Yo veía el rostro de los pasajeros que miraban nuestra cocina al pasar. Hoy en día no estaría permitido, pero en aquella época a nadie le importaba. Grumpy, el pastor alemán de mi padre, solía dormir junto a las vías, pero siempre se apartaba a tiempo.

Siempre teníamos gatos. Yo no era más que una niña cuando nos mudamos a una casa de alquiler más barata en lo alto de Highland Park. Se hallaba en medio de medio acre de tierra y polvo y tenía una pequeña extensión de césped. No teníamos vecinos. Muy poca gente se

molestaba en subir la empinada escalera pública que ascendía desde la calle. Era un entorno perfecto para los gatos. Mi madre me dejó tener cuantos quise: trece. A mi padre no podría haberle importado menos. De todas formas, casi nunca estaba en casa. El dinero escaseaba, pero de alguna manera aquellas criaturas lograban comer todos los días, al igual que nosotros cinco. Encontré a Pretty Boy, a Cakes, a Yeller y a Alex la misma semana. Un animal en concreto domina mis recuerdos. Era gata y se llamaba Baby. Era de color gris apagado, con patas flacas, ojos que le ocupaban casi toda la cabeza y una cola rota que le colgaba medio torcida. Lo más raro era que no emitía sonido alguno, ni maullidos ni bufidos ni ronroneos. Baby era un fallo de la naturaleza para todos salvo para mí. La quería. Un día parió una camada de cuatro gatitos. Para mi gran tristeza, nunca volvió a ser la misma. Murió poco después. A Orpha le dio igual. En aquella época ya tenía novios de los que mi madre no sabía nada, de modo que se pasaba la vida escabulléndose en plena noche. Marti era muy pequeña y no les prestaba atención; pero para mí aquellos gatitos eran lo más adorable del mundo. Mi madre siempre me decía que por ser la hermana mediana era la más sensible. No sé si tenía razón, pero me entristecía que no pudiéramos compartir lo especiales que eran. Nunca les conté mi sueño de tener una gran granja, donde pudiera acoger a todos los gatos abandonados que me encontrara, tullidos o no.

Primogénita

Ser la primogénita tiene sus ventajas. Tuve a papá y a mamá solo para mí. Después llegó Randy, un par de años menor que yo. Randy era sensible, demasiado sensible. Como presidenta y fundadora del Club del Castor, obligaba a Randy, el tesorero, a acompañarme [illegible]

ta la escalera pública, cerca del arroyo, a buscar dinero. Nuestra primera misión consistió en comprar unos gorros de piel como el de Davy Crockett. Costaban un dólar con noventa y ocho. Dimos saltos de alegría el día que Randy vio nada menos que una moneda de cincuenta centavos. Genial. Puesto que era la presidenta del Club del Castor, me había asignado la responsabilidad de ocuparme de las finanzas, así que la cogí y la tuve en mi mano durante un instante perfecto antes de que Randy empezara a gritar. Alcé la vista y vi un avión plateado que surcaba el cielo a cámara lenta. Era impresionante, pero Randy se asustó tanto que no pude disuadirle de que corriera a casa llorando y se escondiera debajo de nuestra litera, de donde no quiso salir. Ni siquiera nuestra madre logró convencerlo de que era tan solo un avión. Después de eso Randy comenzó a desconfiar del mundo exterior, sobre todo de los objetos voladores. Cuando llegó a la adolescencia, era prácticamente imposible hacerle salir de su habitación. Robin no tenía la menor duda de que estaba desapareciendo, y así era: estaba desapareciendo en Frank Zappa, algunas de cuyas letras, como la de «Zomby Woof», se convirtieron para él en una especie de mantra.

Papá y mamá se preocuparon por él desde el primer momento, y yo aproveché su inquietud para forzarme a ser todo lo que Randy no era. Gran error. Lo que yo no comprendía era que su sensibilidad le permitía percibir el mundo con intensidad y perspicacia.

Resultaba casi demasiado fácil manipularlo para que me diera su especial yoyó verde Duncan Tournament, el único que tenía, la barrita de caramelo Big Hunk que guardaba desde Halloween o una de las valiosas canicas jaspeadas que escondía debajo del colchón. Sin duda Randy era más especial e intuitivo, pero a mí me daba igual mientras pudiera conseguir lo que deseara.

Cuando Robin llegó tres años después de Randy, me mataban los

celos. ¿Una niña? ¿Cómo podía ser? Sin duda se trataba de un error. Seguro que era adoptada. Por supuesto, salió guapa, y además cantaba mejor que yo. Lo peor de todo fue que se convirtió en la favorita de papá. Muchos años después me ponía de los nervios cada vez que Warren Beatty se refería a Robin como la «hermana guapa y sexy».

Dorrie llegó como una «sorpresa». Yo era siete años mayor que ella, de modo que no representaba ninguna amenaza. Su cara era una réplica en miniatura de la de Dorothy. Era la más inteligente de los hermanos. De hecho, fue la única que entregó a nuestros padres un boletín de notas en el que todo eran sobresalientes. Le encantaba leer biografías de mujeres notables, como Simone de Beauvoir y Anaïs Nin. Leyó *Una espía en la casa del amor* porque era un buen libro con «mensaje». Decía que le inspiraba una visión optimista del futuro. Dorrie pensaba que quizá yo pudiera encontrar algo útil que aplicar a mi filosofía del «amor». Yo no tenía ninguna filosofía del amor. Eso era lo que me fascinaba de Dorrie, que estaba llena de contradicciones. Debía de formar parte de lo que significaba ser nuestra única «intelectual».

Pasábamos todas las vacaciones y los fines de semana en la playa. En 1955, Huntington Beach todavía concedía permiso a las familias para plantar tiendas de campaña en la orilla durante un mes al año. La nuestra se levantaba en medio de la arena como un cubo negro. Ese fue el verano en que leí *El mago de Oz* y *Las aventuras de Perrine*. Tenía nueve años. Parecía que la vida siempre estaría llena de letras negras sobre páginas blancas, enmarcadas por blancas olas y negras noches. Mi madre me untaba óxido de zinc en la nariz todas las mañanas antes de que Randy y yo saliéramos a recoger botellas vacías en carritos prestados para luego depositarlas en el supermercado A&P a cambio de dos centavos la pieza. Con dinero en el bolsillo podíamos comprar una entrada para la famosa piscina de

agua caliente y salada. Unos años después papá nos llevó más al sur y montó la tienda en Doheny Beach, donde nos subíamos a las olas con unas tablas de surf Hobie de seis pies y cantábamos canciones como «Hang Down Your Head, Tom Dooley» alrededor del fuego. A veces íbamos en coche hasta Rincon, donde acampábamos junto a la autopista Pacific Coast. Pero el sitio favorito de mi padre era Divers Cove, en Laguna Beach. Él y su mejor amigo, Bob Blandin, se ponían el traje de buzo y desaparecían bajo el agua durante horas mientras los niños jugábamos en la orilla. Mamá preparaba enormes sandwiches de mortadela con mayonesa. Willie, la mujer de Bob, se pintaba los labios de rojo y fumaba, lo que según mamá era muy malo. Recuerdo los acantilados. Por la noche parecían dinosaurios dispuestos a atacarnos. Durante el día trepábamos hasta lo alto y contemplábamos nuestra querida Laguna Beach. Si alguien nos hubiera visto desde la playa, habría pensado que éramos la imagen perfecta de la familia media californiana de los años cincuenta.

One Man's Family

La radio desempeñaba un papel importante en nuestra vida. La que recuerdo mejor era un modelo alto en forma de mueble de la marca Philco. La compramos a plazos, como todas las cosas valiosas. El día de escuchar la radio era el domingo. One Man's Family *empezaba a las tres. Era mi programa favorito. Mis hermanas y yo corríamos a casa al salir de la iglesia para seguir la historia de papá Barber y su familia perfecta. No había nadie tan bueno, sabio y comprensivo como papá Barber. Me parecía injusto que yo no pudiera tener un padre que diera grandes abrazos y hablara y riera con su hija. Siempre me preguntaba cómo era*

posible que mi padre no fuera así, cariñoso, paciente, afable... Bueno, ¡no lo era y punto! Ojalá hubiera dicho: «Perkins, ven aquí y dale un beso a tu padre». Ojalá mamá hubiera dicho: «Date prisa, sé cuántas ganas tienes de escuchar el próximo capítulo de la familia Barber».

Lo único que nuestra familia tenía en común con los seriales radiofónicos era que papá y mamá siempre andaban en pos de una vida mejor. A mí me parecía injusto y, de mayor, no quería vivir como ellos. Mi familia sería perfecta. Ya me ocuparía yo de que lo fuera. Siempre y eternamente feliz, sonriente y hermosa.

Preguntas sin respuesta

Cuando tenía seis años, la televisión me hizo un regalo: Gale Storm. No Lucille Ball, sino Gale Storm en *My Little Margie*. Ella era todo lo que yo deseaba ser: lista, valiente y siempre dispuesta a hacer alocadas payasadas que le ocasionaban grandes problemas con su padre. Era graciosa pero frágil, y eso me gustaba. *I Love Lucy* era la comedia de televisión más apreciada por el público. La de Gale Storm ocupaba el segundo lugar, pero no para mí. Gale y yo éramos almas gemelas o al menos eso me parecía. Después de ciento veintiséis episodios, dejó de emitirse *My Little Margie*. Fue un día triste. Quince años después, cuando estudiaba en la escuela de teatro Neighborhood Playhouse, tuve como compañero de clase a Phil Bonnell, el hijo de Gale Storm. Durante las vacaciones de Navidad me invitó a casa de su madre, en Beverly Hills. Esto es lo que recuerdo: era mediodía y no se veía a Gale por ninguna parte. Phil me dijo que dormía hasta tarde. Yo creía que todas las madres del mundo estaban en pie a las seis de la mañana, con gachas calientes Cream of Wheat y la voz de Bob Crane, el rey de las ondas de Los Ángeles, en la radio.

En casa de los Bonnell, un incomodo engendro estilo rancho, tampoco había ninguna radio encendida. Cuando por fin apareció Gale, no era vivaracha ni hubo payasadas. Luego Phil me dijo que su madre bebía mucho. Entonces comprendí que no todo era perfecto para Gale Storm, por mas que pareciera que sus sueños se habían hecho realidad.

Encontré a mi siguiente heroe en el instituto: Gregory Peck. Bueno, el Gregory Peck que hacía el papel de Atticus Finch en *Matar un ruiseñor*. La modestia y discreción con que resolvía los dilemas morales de la vida me conmovieron. Lo veneraba aún más que a Warren Beatty en *Esplendor en la hierba*, mi amor de la adolescencia. Yo siempre se lo contaba todo a mi madre. Bueno..., todo menos mis sentimientos acerca de las relaciones sexuales y las estrellas de cine como Warren Beatty. Sin embargo, de Gregory Peck hablábamos constantemente. Ojala hubiera tenido forma de conocerlo. Mi madre debía entender que el y solo él podía enseñarme a ser la clase de persona que yo deseaba ser: una heroína por derecho propio. Bajo su dirección, tendría valor para librar a la gente de la injusticia de una comunidad racista e incluso para arriesgar mi vida por mis creencias. Siempre dispuesta a apoyarme, mi madre dejó que me entretuviera con un montón de ideas apenas maduradas. En una ocasión le dije lo frustrante que era papá. Según el, yo nunca hacía una a derechas. Siempre me decía: «No te sientes demasiado cerca del televisor o te quedarás ciega» o «Acábate la comida del plato. En China hay gente que se muere de hambre», y la que menos me gustaba: «No comas con la boca abierta a menos que quieras cazar moscas». ¿Acaso ser ingeniero de caminos le hacía ser así? ¿Por esa razon nunca creía que yo hacía las cosas bien? Mamá era diferente. No me juzgaba ni intentaba decirme lo que debía pensar. Simplemente me dejaba pensar.

Abuelo Keaton

La noticia llegó a última hora de una noche de febrero. Fue una llamada de larga distancia desde Oklahoma. Una emergencia. Tenía que serlo. En 1937 no había ninguna otra razón para llamar. Papá cogió el teléfono. «Vengan a buscar a su padre. No podemos ocuparnos más de él.»

Mi padre no podía ausentarse del trabajo de ninguna manera, de modo que se decidió que mi madre y yo iríamos a buscar al abuelo para que pasara sus últimos días con nosotros. Desgraciadamente tendría que faltar dos semanas al colegio. Fingí que «responder a la llamada de emergencia» era un deber que estaba obligada a atender. Por dentro me sentía entusiasmada.

Partimos con veinticinco dólares en efectivo, dos cupones para gasolina, nuestra ropa de California y un Buick sedán del 36. Cogimos la carretera 66 hasta Oklahoma, cruzando Kingman, Flagstaff y Gallup. Cuando llegamos a casa de nuestros parientes, el abuelo estaba listo. Todas sus posesiones cabían en una maleta vieja. Tenía el cabello revuelto, pero nos sonrió con lágrimas en los ojos. Nos dijeron que era incapaz de expresar ni un pensamiento.

El abuelo Keaton había sido un hombre perezoso pero de buen corazón. Anna, la madre de Roy, había soportado la carga, hasta que al final tuvo que ponerse a trabajar. Cuando ella insistió en que más valía dar por terminado el matrimonio, algo insólito en la época, el abuelo se lanzó a recorrer el país en su camioneta Ford T roja, acompañado de su perro, Buddy. Con el tiempo las cosas se torcieron y regresó a casa. Anna lo acogió hasta que no pudo más y nos llamó en plena noche para que nos lo lleváramos.

Durante el trayecto el abuelo parecía contento. En cuanto subió al asiento trasero del Buick, se inclinó hacia delante y le entregó a mi ma-

dre un fajo de billetes. En el viaje de regreso disfrutamos de muchas más comodidades que en el de ida, pero nos costaron caras. Vestir al abuelo por las mañanas resultaba imposible. Se ponía el pantalón al revés. Era incapaz de meter los brazos en las mangas de la chaqueta. No sabía atarse los cordones. Se negaba a utilizar calcetines. Carecía de modales en la mesa, y de dientes con los que masticar. Sus holgados pantalones estaban siempre húmedos porque sufría incontinencia, lo que irritaba sobremanera a mi madre. Pasamos largas horas en la carretera para poder regresar en tres días y medio.

No es necesario decir que cuando el abuelo pasó a ocupar uno de los tres dormitorios, nuestra vida cambió por completo. Mi padre se negó en redondo a participar en el cuidado del suyo. Esa era tarea de mi madre. El día a día era inaguantable. El abuelo solía escabullirse de casa y largarse por ahí al menos dos veces por semana. Mi madre tenía que recorrer el barrio en su busca. Al final decidimos encerrarlo en su habitación, pero aporreaba la puerta con tanta fuerza que hasta los vecinos se quejaron. Cuando se le agarrotaron los intestinos, mi madre obligó a mi padre a aplicarle una lavativa. El resultado fue tan tremendo que el inodoro se atascó. No tardamos en comprender que el abuelo necesitaba algo más que los cuidados que podíamos ofrecerle en casa. Decidimos trasladarlo al hospital de veteranos de Sawtelle, en Los Ángeles. Mi padre se hizo el remolón, pero mi madre insistió.

La última vez que vi al abuelo, nos decía adiós con la mano desde el coche que lo llevaba a la sección de soldados ancianos del hospital de veteranos. Mi padre jamás se lo perdonó a mamá, aunque nunca había movido un dedo para ayudar. Me avergüenza decir que Martha y yo tampoco la ayudamos. Éramos adolescentes y el abuelo resultaba un incordio. Más tarde me enteré de que, mientras mamá cargaba con la tarea de cuidar al abuelo, mi padre se veía con otra mujer. No tardó en largarse para no volver jamás.

El Mar de Cruces Blancas

Desde hace cuatro años, cinco días a la semana cojo un atajo a través de ese mismo hospital de veteranos, cerca de Sawtelle. En el lado norte del recinto se encuentra el cementerio que Duke llama el Mar de Cruces Blancas. A veces le hablo de los soldados que vivieron y murieron para salvaguardar nuestro país. Siempre quiere saber si se parecían a los soldados de plástico verde que compramos en Target.

Hasta que leí las palabras de mi madre no sabía nada de un Keaton incontinente y vagabundo que había compartido casa con su nieta Dorothy, quien estaba a punto de conocer al tal Jack Newton Hall que llegaría a ser mi padre. ¿Cómo es posible que durante tantos años haya cruzado el Mar de Cruces Blancas de Duke sin saber que la cruz de mi bisabuelo, Lemuel W. Keaton Jr., se hallaba tan cerca de casa?

Sermones

Todos los sermones hablaban siempre de la resurrección de Cristo, de Jesús de Nazaret, que había nacido para salvar a la humanidad de la amenaza del infierno eterno. La pega era que uno tenía que renacer. Yo jugaba sobre seguro. Leía la Biblia y proclamaba en las reuniones de la iglesia que realmente estaba salvada, santificada y renacida. Cada vez que tenía valor para ponerme en pie y recitar el pasaje que había memorizado, toda la congregación sonreía. Nunca comprendí qué significaba mi declaración. Yo solo quería que la iglesia fuera un sitio animado. Solo quería música hermosa como El Mesías, *de Haendel, o la* Primavera apalache, *de Copland. No quería oír hablar de sangre y*

muerte. Sin embargo, aquel era un ritual que no se podía evitar. Sangre. Pecado. Culpa. Lágrimas. Sudario. Tumba. No era más que la reacción a nuestro libre albedrío por una filosofía según la cual todos los hombres han nacido en pecado y deben ser perdonados y salvados de sí mismos si quieren aspirar a la paz eterna. He tardado sesenta años en aclarar mis ideas sobre todo eso y, créanme, por fin me siento libre de la carga. Me he liberado del miedo que me inculcaron, de ese Dios inclemente, del estrecho camino al paraíso y de la feroz angustia de acabar en el infierno. Doy gracias a cualquiera que sea la fuerza del universo que ha logrado borrar en mí toda la fealdad impuesta por esas ideas ideas de como debe ser la vida. Y cuando acabe mi tiempo en el marco general de este mundo, no tendré miedo de lo que venga después. Amen.

Jugando con la muerte

Cuando yo tenía diez años nos mudamos a Garden Grove, donde vivimos durante seis meses. Mi padre alquiló una casa con tejado de pizarra. Sus propietarios eran una pareja muy gritona. Ella tenía el cabello rubio platino y el regentaba un bar. Mi padre los llamaba «alcohólicos». Yo nunca había oído esa palabra. Significaba que bebían mucho licor. También decía que eran unos haraganes. Tenía razón. La casa estaba hecha un desastre, pero disponía de cuatro dormitorios y dos baños. Era la más grande que había visto en mi vida, mucho más que la de estuco azul que mi padre transportó en un camión a Bushnell Way Road, en Highland Park. La cocina tenía puertas batientes, como en la serie *La ley del revólver*, protagonizada por James Arness. Dottie y Robin compartían habitación. Randy, que tenía ocho años, disponía de un cuarto para él solo, y yo también.

Un día en que Robin estaba jugando con unas amigas en el patio de atrás quise unirme a ellas, pero no me hicieron ningún caso, y Robin menos que nadie. Entonces decidí coger una cuerda del columpio, anudármela al cuello y fingir que me ahorcaba. Cuando Robin pasó corriendo a mi lado sin apenas mirarme, empecé a emitir ruidos, como si me asfixiara. Seguro que eso la haría entrar en razón. Pero nada, siguió jugando como si tal cosa. Así pues, le hice una demostración. Dejé caer la cabeza aún más, jadeé tan fuerte como pude, solté un último estertor y expiré. Robin ni se enteró.

Corrí a casa hecha un mar de lágrimas y le conté a mi madre que Robin me había dejado morir. Ella me miró y me preguntó por qué me importaba tanto que jugaran o no conmigo. La muerte, ni siquiera una muerte fingida, no era la forma de conseguir lo que uno quería. No era un juego. Vi en su rostro lo que no había visto en el de Robin: preocupación. La verdad es que habría repetido aquella tontería las veces que hubiera hecho falta con tal de sentir sus brazos estrecharme con tanta fuerza que incluso percibiera los latidos de su corazón.

La empatía de mi madre era infinita, una constante fuente de renovación. Todavía me parece verla tomándose su taza de café Folgers por la tarde, conmigo sentada a la mesa de la cocina y angustiada por algo. Es una escena que revivimos a lo largo de los años con infinitas variantes. Su mensaje siempre era el mismo: «No seas tan sensible, Diane. Algún día lo conseguirás. Lucha por ello». Y yo, con la precisión de un reloj, seguí luchando por ello aunque fracasara; no solo porque buscaba aprobación, sino también porque deseaba volver con ella, a esa mesa de la cocina, durante tanto tiempo como fuera posible.

Aquellos días fueron tremendamente desconcertantes, sobre todo cuando comprendí que Robin no tenía el menor interés en interpretar el papel que yo había escrito para ella y que los alcohólicos

bebían cosas que los convertían en mala gente, mucho peor que Willie Blandin y sus apestosos cigarrillos. De todas maneras, lo peor, lo más pasmoso, lo más terrible ocurrió cuando mi padre asumió la tarea de decirme que no tardaría en convertirme en mujer. ¿En mujer? ¿Se había vuelto loco? Corrí a mi cuarto, cerré dando un portazo y me arrojé de bruces en la cama. Mamá entró poco después y me dijo que me iba a encantar ser una chica mayor. No quise herir sus sentimientos, pero me sentía asqueada. No deseaba tener el período, fuera eso lo que fuese, ni pechos ni vello en las partes íntimas, como ella. No quería convertirme en mujer. Solo quería ser yo, fuera quien fuese.

Domingo sangriento

El domingo de Pascua era tan importante y emocionante como la Navidad. A la belleza de ese día, tan significativo para la cristiandad, nunca se le prestó demasiada atención. Al contrario, durante los interminables sermones nos hablaban de la cruel crucifixión de Jesucristo, nuestro salvador, que había muerto en la cruz, que había derramado su sangre para salvarnos..., ¡para salvarme a MÍ! Nunca llegué a comprender el significado de esa idea. Nuestros himnos estaban plagados de palabras como «Bañado en la sangre del cordero», «Salvado por la sangre de Cristo», «Vertió su valiosa sangre por mí». La sangre, ese símbolo tan poderoso, no significaba absolutamente nada para mí.

Pascua quería decir solo una cosa: un vestido nuevo. Mi madre empezaba a confeccionar el mío con antelación. Mi favorito era uno rosa que me llegaba hasta los tobillos, con volantes en el cuello y en la falda. Todos nos comprábamos zapatos y sombreros nuevos. Tanto las señoras como las jovencitas desfilaban con sus galas primaverales ante la vieja

iglesia metodista. Era nuestra versión del desfile del domingo de Ramos. Y me encantaba.

Guárdalo para más adelante

Antes incluso de llegar a la adolescencia me di cuenta de que algo no iba bien. Siendo la primera de cuatro hijos, no comprendía por qué todos los genes atractivos habían ido a parar a mis hermanas, Robin y Dorrie. Era necesario corregir esa increíble chapuza. Odiaba mi nariz, de modo que para dormir me ponía una pinza en la punta con la esperanza de que la presión convirtiera la bola en una línea recta. Pasaba horas ante el espejo del cuarto de baño de mi madre ensayando una manera concreta de sonreír, convencida de que ocultaría mis defectos. Incluso mantenía los ojos abiertos como platos durante largo rato, convencida de que así se harían más grandes.

Unos años más tarde mi mejor amiga, Leslie Morgan, y yo nos deslizábamos por los pasillos del instituto Santa Ana como oscuros borrones en un universo rojo, blanco y azul. Irreconocibles con el pintalabios blanco y el perfilador de ojos negro, intentábamos ser atractivas renunciando a la normalidad. A comienzos de mes entrábamos furtivamente en el *drugstore* de Honer Plaza para ver si había salido el último número de *Vogue*. Nos encantaba Penelope Tree, quien llevaba el flequillo tan largo que casi le cubría el rostro. Decidí dejármelo como ella, largo. Me ocultaba la frente, pero eso no solucionó el problema. El problema era mi obsesión por ser guapa. Mi madre no me daba consejos con respecto a mi rostro. A veces yo pensaba que no tenía demasiadas esperanzas en lo tocante a esa cuestión. Sin embargo, tenía numerosas ideas acerca de la elegancia. De hecho, tal vez hubiera sido mejor que

me hubiera concedido un poco menos de libertad en asuntos de moda.

Pero formábamos un buen equipo. A los quince años yo diseñaba la mayor parte de mis vestidos y mamá los confeccionaba. Cuando digo «diseñar», me refiero a que jugueteaba con los patrones que comprábamos y cambiaba algunos detalles, pero la forma básica continuaba siendo la misma. Mamá era una decidida partidaria del vestido «póntelo ya». Era tan fácil de hacer que las mujeres «podían empezarlo después del desayuno... y ponérselo para salir a comer». La tela era esencial. Todo lo que había en Woolworth's o en Penney's resultaba demasiado predecible. Mamá y yo ampliamos nuestra área de interés y descubrimos Goodwill, la tienda de ropa de segunda mano, donde hallamos un tesoro de artículos rescatados que nos esperaba en forma de topos, rayas y tartanes. Cortamos viejas chaquetas de tweed de hombre y confeccionamos con ellas minifaldas de *patchwork*. Naturalmente, mamá realizaba la mayor parte del trabajo. Yo no tenía el menor interés por aprender a coser. No, por Dios. Lo único que importaba era el resultado, cuanto más rápido mejor, y el aspecto.

No fui consciente de que mi madre tenía ciertas dudas acerca de mi «aspecto» hasta que descubrí algo que había escrito en 1962. Bajo el epígrafe «Diane» había anotado:

Se ahueca el cabello demasiado y lleva las faldas cuatro dedos por encima de la rodilla, y aunque nos burlamos mucho de ella por eso, creo que el efecto en su conjunto es bastante bueno. En opinión de los de casa, está más guapa por la noche, cuando se ha quitado el cardado y va con un pantalón cómodo y sin maquillaje. Es toda una jovencita ahora que ha empezado a ir al instituto. Tiene una forma de actuar independiente. Muestra valores que se ha construido sola. Son importantes para ella.

La mejor forma de tener una discusión con Diane es decirle cómo tiene que pensar o comportarse. Eso es algo que ha de decidir por sí misma.

Y gracias a ella lo hice. Mi vestido favorito de siempre era el que confeccionamos para mi ceremonia de graduación del instituto. Después de rediseñar un patrón de Simplicity que mamá había comprado en Newberry's, donde yo trabajaba en la sección de lencería, fui con ella a Goodwill y encontramos la tela de topos blancos y negros perfecta en un viejo vestido camisero de falda con vuelo. Luego, tirando la casa por la ventana, compramos un par de caros zapatos de tacón blancos, de punta y con pompones negros. Encontré unas medias negras con costura para tener un aspecto aún más moderno. Incluso desarrollé una teoría: si ocultaba el rostro, si lo encuadraba de algún modo para resaltar mi mejor rasgo, que yo creía que era mi sonrisa, lograría llamar más la atención. Entonces ocurrió algo que cambió mi vida. Estaba curioseando en otra de nuestras tiendas favoritas, el almacén de ropa usada del Ejército de Salvación, cuando hallé la solución: un sombrero, un viejo sombrero hongo. Me lo puse y... ¡bingo!

Por primera vez mi madre se plantó. «Me encanta, Diane, pero no es adecuado para la ocasión.»

De todas formas, cuando acudí a la graduación conseguí el efecto que deseaba. Mi sonrisa destacó y logré llamar la atención. Poco importaba que tuviera un aspecto ridículo, conseguí vencer las dificultades de ser una simple y vulgar Diane. Y mi madre tenía razón con respecto al sombrero: mejor guardarlo para más adelante.

2

Jack

No en las cartas

Cuando era pequeña no entendía a mi padre. No hacía más que recordarme que apagara las luces, cerrara la puerta de la nevera y comiera lo que mi madre había preparado, o de lo contrario tendría que dormir en el garaje. Todos los días se ponía la misma chaqueta gris y la misma corbata de rayas para ir a trabajar. Me decía: «Bébete la leche, así se te pondrán fuertes los huesos», «No te olvides nunca de decir "por favor" y "gracias"», y siempre «Haz preguntas». ¿Por qué era así? Se lo preguntaba a mi madre una y otra vez. Y una y otra vez ella me repetía que estaba muy ocupado y tenía muchas cosas importantes en las que pensar. ¿Tenía cosas en que pensar? ¿En cuáles? Mi madre no me ayudaba demasiado a entender a mi padre. La única pista a la que habría podido recurrir vivía a unas cuantas millas de distancia, pero todo el mundo le tenía miedo y yo no era una excepción.

No se trataba de la abuela Keaton, no. Era la abuela Hall, con su cara de palo, sus cinco pies diez y su cabello castaño. Decía que no le gustaba vestir con colores alegres porque «ocupaba mucho espacio» y quería que todo el mundo la viera «sin adornos». La abuela Keaton decía que mi padre había sufrido raquitismo porque la señora Hall no le había dado los alimentos necesarios para que tuvie-

ra las piernas rectas en lugar de combadas como un velero. No se equivocaba.

Aunque la abuela Hall vivía cerca de la abuela Keaton, no eran amigas. Y era fácil entender el porqué. El rostro de la abuela Hall era la viva expresión del escepticismo, mientras que el de la abuela Keaton irradiaba fe. Todos los domingos la abuela Keaton horneaba un bizcocho que cubría de nata y servía acompañado de helado casero y grandes vasos de limonada. La abuela Hall preparaba una vez al año un pastel de chocolate negro. La abuela Keaton era una cristiana temerosa de Dios. La abuela Hall era una católica devota. La abuela Keaton creía en el paraíso. La abuela Hall pensaba que era «una paparruchada».

Cuando su marido desapareció en los años veinte, Mary Alice Hall abandonó Nebraska y fue en coche a California con su hijo Jack y su hermana Sadie. No debió de resultar fácil ser un niño sin padre en la década de los veinte. Mary Hall no dio explicaciones. Sigue habiendo ciertas dudas sobre si papá era bastardo o si en efecto Chester murió antes de que él naciera, como aseguraba Mary. Fuera cual fuese la verdad, Mary, una irlandesa dura y práctica, se repuso y dijo adiós a sus once hermanos, a sus padres y a la vieja granja de Nebraska. Nunca volvió la vista atrás.

Nadie sabe de dónde sacó el dinero para construir una casa de dos plantas de estilo español unas pocas manzanas al norte de la nueva autopista 110, pero lo hizo. Alquiló la planta baja a su hermana Sadie, que vivía con su marido, Eddie, y el hijo que había tenido a una edad ya tardía, el primo Charlie. Mary compartía el piso de arriba con George Olsen, al que arrendaba el dormitorio del fondo del pasillo, contiguo al cuarto de mi padre. No estaba muy claro qué significaba George para Mary. Nadie preguntaba nada. La abuela no recibía de buen grado las preguntas sobre su vida personal.

Mary residió en el 5.223 de Range View Avenue hasta que murió en el comedor; el mismo comedor al que papá y mamá nos llevaban a la fuerza el día de Acción de Gracias. Un año salí a hurtadillas al pasillo y entré en su dormitorio, abrí sigilosamente un cajón de la cómoda y encontré un puñado de monedas escondidas en varios pares de calcetines viejos. Me emocioné tanto que incluso se lo conté a mi primo Charlie, que no quería saber nada de mí desde que nos habíamos peleado por culpa de su estúpido Dios católico. Me dijo que era una tonta y que un puñado de monedas era una bagatela comparado con los montones de billetes de cien dólares que había encontrado bajo los tablones del armario ropero de la abuela.

La abuela era más hombre que mujer, y lo parecía. Le encantaba describirse como una mujer de negocios hecha a sí misma que arrendaba habitaciones. «Lo que me interesa es el mundo del comercio. Me gusta ganar mucho dinero y ganarlo deprisa.» En realidad Mary Alice Hall era una usurera que se paseaba sin vergüenza alguna por el barrio para cobrar con altos intereses el dinero que prestaba a los infelices que pasaban una mala racha. Solo tenía un objetivo en la vida: embolsarse y atesorar efectivo, grandes cantidades de efectivo. Su actitud de no andarse con chiquitas se extendía igualmente a su elección del periódico. Se enorgullecía de estar suscrita al *Herald Express*, «un diario dirigido a lo más bajo de la comunidad, la clase de gente que se interesaba por los asesinatos, los ovnis y los resultados deportivos». No era presuntuosa. Comprendía a la gente que de repente se esfumaba tras un matrimonio desafortunado, una cuenta bancaria en número rojos o un delito menor. ¿Por qué no iba a desear leer la plétora de patéticas historias cotidianas que conforman la vida de la mayoría de la gente?

La idea que Mary tenía de la maternidad era muy simple: si Jack

se portaba mal, lo encerraba en el trastero y daba media vuelta. Ni más ni menos. Cuando su hermano Emmet, un fullero y un completo inútil, tenía una mala racha con las cartas, obligaba al pequeño Jackie a compartir habitación con él. Sin duda pensaba que podía aprovechar el dinero extra, qué demonios. Según mi padre, Emmet era inmoral. Justo antes de que mi padre se matriculara en la Universidad del Sur de California, Emmet le timó cien dólares. Estuvieron dos años sin hablarse a pesar de que continuaron compartiendo habitación. Mi padre odiaba a Emmet, pero su forzada alianza produjo algo positivo: Jack Hall no se convirtió en un mentiroso estafador, como su apestoso tío, que no se quitaba el puro de la boca.

Mi padre nunca supo cómo se llamaba el suyo. Como todos los demás, jamás preguntó. Mary se aseguró de que nadie mencionara a un hombre llamado Chester. La tía Sadie obedeció aquella orden no escrita y mantuvo la boca cerrada. Mi madre también. Lo último que Dorothy deseaba era un enfrentamiento con su suegra. No valía la pena ponerse a malas con Mary Alice Hall. El misterio siguió sin resolverse hasta que descubrí un artículo de periódico en el archivador de mi madre.

Esposa busca durante nueve años a su marido.
Solicita cobrar el seguro

Lunes 23 de junio de 1930.
«Estoy segura de que ha muerto», declara.
El marido desapareció tres meses después de la boda.

La señora Mary Hall se parece a la Evangeline de Longfellow, aunque no ha perseverado tanto tiempo como la joven de los románticos versos. Recorrió el país de costa a costa en busca de Chester N. Hall, que la

había abandonado nueve meses antes, cuando acababa de casarse con ella en Omaha. No volvió a saber de él y creyó que había muerto «porque de haber estado vivo sin duda habría regresado conmigo. El nuestro era un gran amor», ha afirmado la mujer.

Esta es la historia que cuenta la demanda presentada por la señora a través de su abogado, Harry Hunt, en la que solicita que se declare legalmente fallecido al señor Hall para poder cobrar los mil dólares del seguro.

El 26 de julio de 1921, tres meses después de la boda, Hall llegó a casa melancólico y deprimido. Tenía un buen trabajo y la esposa no lo entendía. «Alrededor de las nueve de la noche —dijo la mujer—, cogió el sombrero y me dijo que se iba a ver una película.» Nunca volvió. La señora Hall se mudó a California con su hijo Jack hace cuatro años. Asegura haber hecho todo lo posible por localizar a su marido.

Antes de crecer y convertirse en ingeniero de caminos, Jack Newton Ignatius Hall fue el pequeño Jackie de Mary Hall. Solo cabe imaginar como debió de ser aquello. Ella los tenía bien puestos o, como diría mi hijo Duke, era «una vieja más dura que el cemento». Antes de dedicarse en los años sesenta y setenta a parcelar y ordenar la tierra para la construcción de urbanizaciones en el condado de Orange, mi padre había sido un niño que, con la nariz pegada a la ventana, veía a su madre jugar a póquer hasta la medianoche en uno de los barcos-casino de la isla Catalina. Antes de ponerse a la vanguardia del diseño de aceras y sumideros que permitían que el agua fluyera sin peligro hacia el alcantarillado, fue también saltador de trampolín en la Universidad del Sur de California. De mayor Jack Hall se enorgullecía de dividir la tierra en parcelas de matemática sensatez.

A veces me pregunto si mi padre decidió convertirse en ingenie-

ro de caminos porque eso le proporcionaba la ilusión de que podía cambiar algo tan grande e impredecible como la tierra. De niño había aprendido que jamás conseguiría cambiar a su madre. Mary Hall nunca iba a estrecharlo entre sus brazos ni a alabarlo o enjugarle las lágrimas. El cariño no figuraba entre las cartas de la baraja. Puede que por esa razón él dirigiera sus esfuerzos hacia esa otra madre, la madre tierra. Ahora que lo pienso, eso me ayuda a entender la forma en que mi padre se relacionaba (o dejaba de relacionarse) con mi madre y con nosotros, sus hijos.

De vez en cuando intentaba penetrar en el círculo íntimo de Dorothy: nosotros. Al fin y al cabo, era nuestro padre. Pero ¿cómo podía encajar con unos hijos difíciles de comprender y una esposa inestable y sensible? Papá llegaba todas las noches a casa, con su familia, y todas las noches interrumpíamos lo que estuviéramos haciendo en cuanto cruzaba la puerta y se presentaba con su cordial pero distante muro de silencio. Lamento decir que nunca lo invitamos a que se uniera a nosotros. Mi padre parecía aceptarlo, de la misma manera que lo había aceptado de su madre.

Tres historias

Papá nos contó a mis hermanos y mí tres historias acerca de hacerse mayor. Tres y ninguna más. Estaba la historia de cuando era pequeño y padecía tanto raquitismo que debía llevar férulas en las piernas. Estaba la historia de cómo la abuela Hall lo obligó a tocar el clarinete en la banda Colonel Parker, a pesar de que aborrecía ese instrumento. Y estaba su historia favorita: la historia de cómo conoció a mamá en un partido de baloncesto de Los Angeles Pacific College cuando ambos tenían diecinueve años, y cómo supo en aquel mis-

mísimo instante que ella sería la única mujer en el mundo para él. El final siempre era el mismo: «Seis meses después, mamá y yo nos casamos en Las Vegas». Y ya está. O como diría Mary, *the past schmast,* algo así como «lo pasado, pasado está».

Tres recuerdos

Cuando yo tenía nueve años, papá me enseñó cómo abrir una granada. Con un cuchillo le hizo un corte alrededor, cogió cada lado con una mano y la abrió. Dentro había un cofre lleno de granates, mi piedra natalicia. Mordí la granada y cincuenta piedras preciosas cayeron en mi boca. Fue como morder a la vez cielo y tierra.

No había excursión familiar que no acabara en el mar. Daba igual que acampáramos en Guaymas, en Ensenada o costa arriba, pasado Santa Bárbara; todas las tardes mi padre se sentaba a contemplar a su aquiescente amigo: el océano Pacífico. El atardecer era uno de sus pocos momentos de paz. Cuando me hice mayor, solía acompañarlo con un vaso de 7UP con hielo. Nos sentábamos en silencio y luego él decía: «Tu madre sí que es guapa», o «Dios sabe cuánto quiero a tu madre», o «Di-annie, hazme un favor: no te olvides de decir a tu madre lo buena que estaba la cena que ha preparado». Los cumplidos eran la forma que tenía mi padre de limpiar su conciencia por el papel sumiso de mi madre. Se preocupaba por Dorothy, aunque no lo suficiente para cambiar de actitud hacia ella. Nunca se le ocurrió un enfoque distinto. Supongo que debía de lanzar un millón de disculpas al silencio del océano mientras lo contemplaba. Puede que pensara que la marea acabaría llevándose sus preocupaciones.

Creía que me moría. No podía respirar. El asma ya resultaba bastante mala, pero la tos ferina era mucho peor. Cuando papá me puso boca abajo, recuperé el aliento casi en el acto. Fue como un milagro. Mi madre estaba tan preocupada que no me llevó al colegio durante dos meses en cuarto de primaria. Todos los días me frotaba el pecho con Vicks VapoRub y me daba 7UP con hielo cada hora. A veces incluso me dejaba ver la televisión. Una noche mi padre y yo vimos un telefilme acerca de una señora muy mayor cuyo perro lazarillo era atropellado por un camión. Le pregunté a mi padre por qué Dios permitía que un perro muriera por nada. Me dijo que no me asustara. Eso me pareció muy raro, porque había oído a mi madre contarle a la tía Martha que papá se había desmayado esa misma tarde tras pincharse con una rosa. Nunca se me había ocurrido que papá pudiera ser miedoso. Al fin y al cabo, me había salvado la vida. Además, me parecía malvado por parte de Dios permitir que aquella anciana de la televisión perdiera a su perro cuando estaba claro que no iba a vivir mucho más. Así pues, le pregunté a mi padre: «¿Por qué los viejos tienen que morir solo porque se hacen mayores?». Él me sentó en su regazo y me dijo: «Los ancianos han tenido una vida muy larga, así que están preparados para la muerte. No te preocupes, Di-annie, están bien». Me dio un beso, me dejó en el suelo y me dijo que me preparara para acostarme. Esa noche oí a papá y mamá charlar a puerta cerrada. Puede que mi padre se sintiera a salvo con ella, lo bastante para hablarle de cosas inquietantes: de rosas que hacían que se desmayara, de un perro muy querido que moría en un estúpido accidente o simplemente de envejecer.

Piensa en positivo

Papá encontró su versión de la Biblia..., bueno, dos biblias: *El poder del pensamiento tenaz*, de Norman Vincent Peale, y *Cómo ganar amigos e influir sobre las personas*, de Dale Carnegie. Supongo que por eso sus conversaciones estaban salpicadas de frases hechas como «piensa en positivo». De niña, yo solía repetirlo una y otra vez con la esperanza de aprender a pensar y ser positiva. Cuando le preguntaba por qué parecía no servirme de nada, me contestaba: «Tú sigue intentándolo». Pero ¿era eso positivo? Más importante aún: ¿qué era pensar? Quería saberlo. Como de costumbre, me contestó que siguiera preguntando. Y como de costumbre, seguí su consejo.

Nos mudamos al número 905 de North Wright Street, en Santa Ana, una casa de madera beige rodeada de acres y acres de naranjales. Corría el año 1957. La utopía que el sur de California representaba para quienes habíamos crecido en los años cincuenta era irresistible. Creíamos que la felicidad nos la proporcionaría tener un Buick familiar, una lancha motora y una piscina Doughboy. Los naranjales no tardaron en desaparecer en favor de más urbanizaciones con nombres como Sun Estate Homes. Me entristeció que arrancaran los naranjos del condado de Orange, y se lo dije a mi padre. Su respuesta fue concisa: «Así es la vida, Diane. No podemos hacer nada». Con mi errónea manera de pensar, abracé su idea de vivir el sueño americano; no obstante, la pérdida de los naranjos siguió doliéndome.

El traslado a Santa Ana constituyó el preludio de mi adolescencia. No solo iba a convertirme en una joven, sino que además mi padre empezó a decirme que era muy guapa, que algún chico se enamoraría de mí y que eso sería divertido. Pero yo no quería que

ningún chico se enamorara de mí, para nada, ni por un instante. Así pues, empecé a pensar que sería mucho mejor que un montón de gente se enamorara de mí en lugar de un único muchacho desconcertante y difícil de entender. Aquella idea apenas esbozada, entre otras, me empujó sin yo saberlo hacia la interpretación. Muchos de los mensajes de mi padre se convirtieron en justificaciones para buscar un público en lugar de la intimidad. La intimidad, al igual que beber y fumar, era algo con lo que había que andarse con cuidado. La intimidad significaba que solo nos quería una persona, no cientos o millones de ellas. Me recordaba aquel escenario del hotel Ambassador y el disgusto de mi padre por tener que compartir a mi madre con otros.

Nuestras conversaciones mejoraron a partir del día que gané un debate en el instituto Willard. Fue el principio de numerosas charlas nocturnas acerca de las posibles soluciones a problemas familiares y de política local. Papá era republicano y abogaba por la bajada de impuestos y la mejora del comportamiento. Mi madre, una demócrata convencida, creía en la subida de impuestos y en la indulgencia con los hijos. Decidí ponerme de su lado. Lo que ocurrió al calor de aquellos debates llegaría a ser un factor determinante en mi futuro. Cuanto más enconados se volvían, mejor defendía yo mis ideas. Seguir mis impulsos tuvo una consecuencia sumamente emocionante: despertó ideas. Defender algo en la seguridad de un contexto formal se transformó para mí en un medio de expresión personal; más importante aún: me dio la oportunidad de conocer a mi padre de una manera distinta. Era un estupendo polemista, y muy divertido. Lo importante no eran los temas ni el contenido de nuestras discusiones, sino la experiencia compartida. Me daba igual perder. Entonces no lo sabía, pero aquello cambió la relación con mi padre. Aprendí a navegar por un sitio nuevo: la mente de mi padre.

Aprobado bajo

Cuando tenía catorce años, mi madre me entregó *Mi diario* tras acudir a una entrevista con mis profesores de octavo. Era su forma de ocuparse del aprobado bajo que me habían puesto en lengua. Me habían pasado a la llamada «clase de los tontos», donde había chicas mexicanas, chavales traviesos y alumnos soñadores como yo. Unidas por la falta de aptitudes, las pechugonas mexicanas tomaron bajo su protección a la preadolescente Diane y su fuerte carácter. Fueron un público amable y generoso para mis patinazos. Después de recibir durante tres años clases de recuperación de lengua, todavía no sabía diferenciar una conjunción de una preposición ni los nombres comunes de los propios. En aquella época no había métodos alternativos para ayudar a quienes eran como yo. Iba sobrada de emociones, pero no comprendía lo que me enseñaban. ¿De verdad nos enseñaban? No lo creo. Me parece que simplemente nos dejaban de lado. Mi madre no era demasiado estricta con los deberes escolares. Se sentía más cómoda encauzando mis aspiraciones. Por ejemplo, fue idea suya pintarme los dientes de negro cuando me presenté a una audición para un concurso de talentos con «Lo único que quiero para Navidad son mis dos incisivos». Cuando era una Melodette, me aconsejó que hablara con el señor Anderson, el director de nuestro coro, para que me dejara cantar duetos como «Anything You Can Do I Can Do Better» antes de intentar convencerlo de que podía atreverme sola con «When the Red Red Robin Comes Bob Bob Bobbin' Along». Mi madre apoyaba todas mis actividades interpretativas, pero la reunión con los profesores debió de persuadirla de que *Mi diario* me ayudaría a respetar el poder las palabras.

Querido diario:

Ojalá tuviera novio. No voy a gustar nunca a los chicos porque soy plana. Bueno, puede que a uno sí, pero no estoy segura. Está Joe Gibbins, pero hoy lo han pillado inhalando pegamento. Vaya. Eso sí que es feo. Espero no conocer nunca a otro chico que lo haga. Nunca.

Ojalá cantara como Megan. Recibe clases de Kenny Akin. Y además consigue todos los solos. Como es lógico, todo el mundo cree que es estupenda. Voy a pedirle a mamá que me deje ir también a mí a las clases de canto de Kenny Akin. Organiza muchos espectáculos en el condado de Orange.

Querido diario:

Hoy he ido al centro con Virginia Odenath y Pat Amthor. No han hecho más que hablar la una con la otra. Además, Pat le ha dicho a Virginia que me gusta Larry Blair. No soporto a esa bocazas. Y como es natural Virginia no se ha podido contener y me ha dicho que a Larry le gusta Genene Seeton. Muy bien, pues que se la quede. Y no solo eso: alguien ha predicho que el mundo se acaba mañana y me han puesto un insuficiente en el examen de álgebra.

De todas formas, ha habido algo bueno: mi madre ha dicho que sí a las clases, conque por fin cantaré con Megan. Es estupendo.

Querido diario:

No creo que sea justo que Kenny Akin no me deje cantar nunca un solo. Soy un cero a la izquierda en clase. Eso está claro. Puede que todavía no haya llegado mi momento.

Querido diario:

Hoy me he enterado de que Megan es adoptada y de que su hermana se volvió loca e intentó suicidarse. Ha sido muy triste. ¿Por qué puede desear una persona morirse? Para empezar me gustaría que nadie tuviera que morir. Da demasiado miedo. Rezo a Dios para que todo el mundo sea feliz en el cielo y no consigan recordar cómo puede ser que alguien quiera suicidarse como la hermana de Megan.

Querido diario:

Por fin he tenido el valor de pedirle a un chico que me acompañe al baile en el que las chicas invitan a los chicos. Y me ha dicho que irá conmigo. ¿A que es estupendo? Es del grupo de los que más éxito tiene y la mar de gracioso. Siempre me llama «estúpida». ¿A que no adivinas quién es? Ronnie McNeeley. Estoy impaciente por contárselo a Mahala Hoien, mi nueva mejor amiga. Gasta una talla 18 de camisa. Eso es lo más fantástico. Se supone que las chicas tienen que hacer una camisa a los chicos a juego con su blusa. ¿Verdad que es chulo?

Querido diario:

Lo peor de todo ha sido el baile en el que las chicas invitan a los chicos. Pensé que sería divertidísimo, pero no lo ha sido. Ronnie se ha portado como si fuera demasiado bueno para mí. Incluso ha sacado a bailar a Pat Amthor en lugar de a mí. Y ha tenido el descaro de marcharse antes de que acabara el baile. Lo odio. Tendría que haber bailado conmigo al menos una vez. Es terrible. No gusto a los chicos. No soy lo bastante guapa.

Querido diario:

Kenny montó una obra titulada *Amahl y los visitantes nocturnos* para Navidad. Megan tenía el papel principal. ¿Qué pasa, todo el

mundo se pirra por ella o qué? Por ejemplo, Judy dice: «¿Tienes frío, Megan?», y Virginia dice: «Toma, Megan, ponte mi abrigo». Entretanto la que se hiela soy yo. ¿Y crees que alguien me ofrece un abrigo?

Kenny ha tenido una larga conversación conmigo hoy y me ha dicho que el año que viene me dará muchos papeles. Y que algún día seré una gran cómica. Me muero de risa.

Kenny Akin

Kenny Akin era conocido como el Señor Música del Condado de Orange. Parecía una versión de sies pies cuatro de Howdy Doody sin Buffalo Bob tirando de los hilos. A pesar de que no era capaz de comprender a fondo mi relación profesor-alumna con un personaje tan importante, creo que intuí que constituía el medio para un fin. Además de producir y dirigir *Kismet*, *Oklahoma!* y *Babes in Toyland*, Akin tenía un estudio de declamación y arte dramático e interpretaba papeles de tenor principal en numerosas obras que se representaban desde Los Ángeles hasta el condado de San Bernardino. Tanto Megan, la protegida de Kenny, como yo teníamos trece años, pero ella era serena y atractiva y poseía una voz magnífica. No había vuelta de hoja: Kenny estaba convencido de que Megan era la perfección. A sus ojos, yo solo era una cosa: UN ERROR.

Gracias a Dios, mis encantos nunca hicieron mella en él. Su rechazo espoleó mi voluntad de perseverar hasta encontrar un resquicio que lo obligara a darme una oportunidad. Como de costumbre, el resquicio fue mi madre. Un día, mientras tomábamos café sentadas a la mesa de la cocina, le conté que Kenny siempre daba los mejores papeles a Megan. Mi madre no dijo nada, se limitó a menear la

cabeza. Pero sé a ciencia cierta que tuvo una pequeña charla con el señor Akin porque unos días más tarde los vi por una rendija de la puerta del estudio. Lo único que puedo decir es que Dorothy Deanne Keaton Hall podía resultar sumamente convincente cuando se trataba de sus hijos.

Tras la conversación con mi madre, Akin me dio pequeños papeles que culminaron en el de Raggedy Ann en *Babes in Toyland*. Debí de hacerlo bien, ya que empezó a tomarme más en serio. Fue entonces cuando yo empecé a tomármelo menos en serio a él. No tardé en decirle a mi madre que no quería seguir estudiando con Kenny. Había aprendido de él cuanto podía enseñarme. No sabía expresar mis pensamientos, pero, con suficiente experiencia en mi haber, había aprendido cómo arreglármelas por mi cuenta para encontrar el camino que me condujera hasta el público. Sería el público, no el señor Akin, el que decidiría mi destino. Siempre había creído que la gente a la que no le gustaba me destrozaría, pero no fue así. Habría muchos Kenny Akin que tendrían que conformarse conmigo, les gustara o no.

Aplausos

No hubo ninguna discusión con mis padres la noche que canté «Mata Hari» en la representación del musical *Little Mary Sunshine*, en el instituto Santa Ana. Dirigida por el señor Robert Leasing, nuestro profesor de arte dramático, la obra estuvo a la altura de Broadway; al menos eso me pareció. Yo era Nancy Twinkle, la segunda protagonista, a la que le gusta coquetear. Poco sabía yo que su gran canción, «Mata Hari», sería un éxito clamoroso. Corrí por el escenario cantando la historia de la famosa mujer «que espiaba y conse-

guía los datos haciendo esto y aquello» y, en un final apoteósico, me deslicé por una cuerda para caer en el foso de los músicos. Fue entonces cuando oí la explosión. Eran aplausos. Cuando papá y mamá fueron a verme entre bastidores, sus rostros resplandecían. Papá tenía lágrimas en los ojos. Nunca lo había visto tan emocionado. Más que emocionado: sorprendido. Me di cuenta de que lo había asombrado su torpe hija, la que suspendía álgebra, la que había empotrado el viejo Buick familiar contra el nuevo Ford familiar, la que se pasaba media hora en el cuarto de baño echándose un bote entero de laca Helene Curtis. Durante un electrizante momento fui su Seabiscuit, su Audrey Hepburn y su Mujer Maravilla, todo en uno. Fui Amelia Earhart sobrevolando el Atlántico. Fui su heroína.

Más adelante mi padre se mostraría orgulloso de mi trayectoria profesional, pero fue «Mata Hari» lo que marcó un punto de inflexión. No hubo palabras. Todo, cada uno de aquellos eternos segundos, estaba resumido en sus penetrantes ojos azules. Los ojos de los que mi madre se había enamorado. Ya no había vuelta atrás.

Segunda parte

3

Manhattan

El Neigborhood Playhouse

No recuerdo el momento en que subí al avión que me llevó a tres mil millas de casa cuando tenía diecinueve años. No recuerdo qué ropa llevaba ni cómo fue el vuelo. Tampoco recuerdo cuando me despedí de mi familia. Recuerdo el trayecto en autobús hasta la ciudad. Recuerdo el YWCA. Estaba en el West Side. Recuerdo que alquilé una habitación pequeña y que me senté en el pórtico para ver pasar a la gente. Me encontraba en la ciudad de mis sueños. Todas las Nocheviejas me sentaba ante nuestro televisor Philco Predicta de veintiuna pulgadas para ver cómo descendía el globo en Times Square. Nueva York era una sucesión de edificios de millas de altura. Era la antítesis de la pequeña Santa Ana o incluso de Los Ángeles. Era Times Square, el edificio Empire State, la estatua de la Libertad y también el edificio Chrysler. Pero sobre todo era la Nochevieja. Era cientos de miles, mejor dicho, millones de personas reunidas para celebrar la entrada del nuevo año. Yo deseaba estar allí con ellas, justo delante del teatro Broadhurst, donde se representaban éxitos como *Pal Joey*, *Auntie Mame* y *El mundo de Suzie Wong*, con la sala llena hasta la bandera. Nueva York también eran películas. Era Audrey Hepburn con la larguísima boquilla entre sus perfectos labios en *Desayuno con diamantes*. Nueva York era mi destino.

Iba a estudiar en la escuela de teatro Neighborhood Playhouse. Iba a ser actriz. Estaba preparada. En ese momento el portero se acercó para advertirme que no me sentara en la entrada. Esto es todo lo que recuerdo: la ciudad, la habitación, lo preparada que estaba y aquel «no se siente en la entrada».

En el Neighborhood Playhouse estaba Sandy Meisner. Llevaba un abrigo de pelo de camello. Fumaba y todo el mundo decía que era homosexual, a pesar de que estaba casado. Yo nunca había oído hablar de un hombre casado que fuera gay pero pareciera heterosexual. Meiner era fascinante y desabrido, y fue el primer adulto que me pareció sexy. Me encantaba la larga ceniza del cigarrillo que colgaba de sus labios. Me encantaba verla caer sobre su abrigo de pelo de camello. No podía quitarle los ojos de encima. Era el hombre más peculiar que había visto en mi vida.

En las clases de interpretación del señor Meisner no había lugar para elogios. Las cosas no funcionaban de ese modo. Para Sandy, actuar era reproducir reacciones emocionales auténticas. Opinaba que el trabajo de un actor consistía en prepararse para «el experimento que tiene lugar en el escenario». Su enfoque estaba concebido para «eliminar lo que de intelectual hubiera en el actor y hacerlo reaccionar de forma espontánea», lo cual podía aprenderse practicando «el juego de la repetición». Funcionaba de la siguiente manera: un compañero o una compañera, por ejemplo Cricket Cohen, hacía un comentario sobre mí: «Diane, tienes el cabello castaño». Yo lo oía y repetía lo que ella había dicho: «Tengo el cabello castaño». Tras observar mi pelo, Cricket añadía: «Tienes el cabello castaño, además de fino y liso», y a continuación agregaba: «Muy liso». Yo le contestaba: «Tienes razón, es liso, muy liso, no rizado como el tuyo», y lo que daba a entender era: «¿Te pasa algo, idiota?». Ella respondía: «Sí, pero al menos no es demasiado liso», con lo cual quería decir algo

así como: «Déjalo estar, zorra, y vuélvete a Santa Ana, que es donde debes estar». Y así seguíamos hasta que las dos acabábamos expresando una serie de emociones basadas en nuestras reacciones a la conducta de la otra. Me aficioné al juego de la repetición y practicándolo me sentía como pez en el agua.

Sandy Meisner nos enseñó también a jugar con nuestras emociones, especialmente las más incómodas. Aprendí a utilizar con gran provecho la ira reprimida. Era capaz de llorar por una tontería, montar en cólera, perdonar, enamorarme y desenamorarme en cuestión de segundos. ¿Mi punto débil? Era «demasiado general». Al final del segundo curso me dio el papel de Barbara Allen en *Dark of the Moon*. Los ensayos estuvieron plagados de angustia. Un día entré en escena cantando «un niño brujo de la montaña suspiraba por ser humano porque había visto a la chica más hermosa, una chica llamada Barbara Allen». Meisner me gritó como solo él sabía hacerlo: «¿Se puede saber por qué vas de un lado para otro como si fueras la maldita Doris Day?».

Sandy nos enseñó a responder a la conducta de nuestro compañero. Fin de la discusión. Nos enseñó a mantenernos en la verdad del momento. Nada de preguntas. Convirtió la observación y la escucha en un paso previo a la expresión. Rotundamente. Era un hombre sencillo y directo. Prescindiendo de todo adorno, nos dio la libertad de cartografiar el complejo territorio del comportamiento humano sin abandonar la seguridad de su dirección. De ese modo, jugar con fuego resultaba divertido. Me encantaba explorar el momento compartido siempre y cuando Sandy estuviera observando. Había una regla fundamental: «Responde primero a tu compañero y piensa después». Si se infringía esa regla, Sandy empezaba a soltar frases lapidarias. «No existe eso que se llama nada», «En el teatro, el silencio es ausencia de palabras, pero nunca ausencia de significa-

do», «Me gustaría decir, como el profesor más viejo del mundo que soy: "¡Joded educadamente!"». Por encima de todo, Sandy Meisner me enseñó a apreciar el lado oscuro de la naturaleza humana. Siempre había tenido facilidad para percibirlo, pero nunca el coraje suficiente para adentrarme en un territorio tan peligroso y esclarecedor.

El primer año

Querida familia:

El Rehearsal Club está en la calle Cincuenta y tres, a una manzana del Museo de Arte Moderno. Me gustaría que pudierais verlo. Es un edificio antiguo de piedra. Solo pienso en lo afortunada que soy por compartir habitación con Pam, que también estudia en el Neighborhood Playhouse. Muchas gracias por vuestro apoyo. Me siento segura, y viven aquí otras muchas jóvenes, como Sandy Duncan, que es de mi edad y ya trabaja, creo que de bailarina. Todas las chicas compartimos el teléfono que hay al final del pasillo. Las Rockettes lo acaparan. Supongo que tienen más dinero, o puede que se sientan solas. No lo sé. Trabajan mucho y tienen pinta de duras. Seguramente por el maquillaje que llevan. No querría ser una Rockette ni por todo el dinero del mundo.

La escuela es absorbente. De nueve a cinco todos los días. ¡Guau! Estoy muy contenta de trabajar con mi compañera, Cricket Cohen. Es estupenda a la hora de darme la réplica. Ensayamos todo el tiempo y parece que lo hacemos bien. Al menos eso espero.

Dorrie ya debe de saber si será animadora en el instituto Willard. Espero que lo haya conseguido. ¿Por qué Randy todavía no sale con nadie? ¿Qué tal le va a Robin, aparte de que haya dejado de ondear la bandera para dedicarse a hacer los deberes? Vaya. Bueno, tengo que estudiar mis diálogos para una escena de *Esperando*

al zurdo, de Clifford Odets. Seguid enviándome fotografías. Os echo de menos a todos.

Os quiere,

DIANE

Hola a todos:

Esta noche no puedo dormir. Me siento como si me hubiera tomado cinco o seis tazas de café. He recibido el dinero que me habéis enviado. Gracias a Dios. Solo un mes más del Rehearsal Club y de Pam. La verdad es que no debería decir eso. Me refiero a que compartir habitación ha sido una experiencia verdaderamente enriquecedora. No veo el momento de volver a casa para el verano. Estoy muy nerviosa porque no sé si me pedirán que regrese para el segundo curso. ¿Qué pasará si me dicen que no?

Estoy sentada en clase sin hacer nada porque mi compañero, Bernie, no se ha aprendido sus diálogos. Qué pérdida de tiempo. Bernie es tan irritante. Si el señor Meisner opina que nuestra escena es mala, tendré pocas opciones de volver el curso que viene. De momento ya se ha deshecho de Laura, que era realmente buena. ¿Creéis que debería pedir otro compañero o parecería una pelotillera? Si me meto con Bernie no conseguiré nada bueno. Además, está chiflado.

¿Cómo estáis todos? ¿Domino sigue teniendo tantas pulgas? ¿Randy se afeita ya? ¿Cómo van los granos de la frente de Robin? ¿Y qué hay de Dorrie Bell? ¿Todavía fuerte como un roble?

Cuidaos mucho.

Besos,

DIANE

El segundo año

Querida mamá:

No puedo soportarlo. El segundo curso es mucho más duro. El señor Meisner nos presiona para que ampliemos nuestro registro interpretativo. No sé cómo crear un personaje. Entiendo el ejercicio de las repeticiones, pero lo de ser otra persona... Además, este año todo el mundo es mucho más competitivo. Nadie se escaquea. Me pone nerviosa. Meisner no deja de repetirnos que debemos ser más concretos. Como sabes, es uno de los aspectos que más me cuestan. Pronto empezaremos a representar escenas musicales para los de primero. Nunca adivinarías qué estoy haciendo: el SEÑOR SNOW, de *Carousel*. Sí, otra vez. Estoy harta del señor Snow. En las clases de interpretación estamos haciendo escenas de la Restauración, que es algo que me supera.

Te veo dentro de un mes. Estoy impaciente por volver a casa para Navidad.

Muchos besos,

DIANE

Sr. Jack N. Hall y esposa:
La escuela de teatro Neighborhood Playhouse
tiene el placer de invitarlos a la
representación de *Dark of the Moon*,
función destinada a mostrar el progreso
de nuestro trabajo.
16 y 17 de febrero de 1967.

Papá, mamá, ¿acaso no os pone furiosos? Me han enviado esto a mí en lugar de a vosotros. Venid cuanto antes para verlo. Confío en que mi interpretación de Barbara Allen os guste. Canto esa can-

ción de Joan Baez. Es bonita. Richard Pinter está estupendo como el Niño Brujo. Espero que vengan muchos agentes.

Besos,

DIANE

Y así fue. Acudieron varios agentes que parecieron interesados, pero ninguno me contrató. Al finalizar los dos cursos en el Neighborhood Playhouse, Sandy Meisner me mandó al mundo de las audiciones diciéndome con un gesto de asentimiento: «Algún día serás una buena actriz».

«Hair»

Después del Neighborhood Playhouse me junté con otros estudiantes de segundo curso que estaban asustados por el futuro. No sabíamos dónde íbamos a vivir y menos aún cómo conseguiríamos trabajar de actores. Richard Pinter, mi pareja en *Dark of the Moon*, se convirtió en uno de mis mejores amigos. Veía a Sarah Diehl y Nola Safro, así como a Guy Gillette, en cuya banda, The Road Runners, alguna vez canté canciones de Aretha Franklin como «Respect». (Una locura y un completo desastre.)

Por suerte, Hal Baldridge, del Playhouse, me consiguió un trabajo en el Woodstock Playhouse, donde intervine en *The Pajama Game* y *Oh! What a Lovely War*. Era el Verano del Amor y conocí a mi primer hombre famoso, Peter Yarrow, del grupo Peter, Paul & Mary, conocidos por su canción «If I Had a Hammer». Durante unos días me tomó bajo su protección. Estuvimos en casa de su agente, Albert Grossman. Yo no tenía la menor idea de que Peter fuera un activista político que organizaba festivales por la paz ni que

hubiera marchado junto a Martin Luther King. Me sentí incómoda y desinformada en compañía de personas tan experimentadas y me marché temprano. Sin duda se dio cuenta de que no estaba preparada para los grandes acontecimientos, porque no volví a saber de él. Estar tan cerca del mundo de las estrellas y al mismo tiempo tan lejos resultó emocionante y estimulante, pero también supuso una decepción.

El día que conseguí el carnet de actriz fue el fin de Diane Hall. Al parecer ya había una Diane Hall famosa y respetada. Decidí utilizar el nombre de Dorrie en lugar de Di, Danielle o Dede Hall para el papel de trabajadora de fábrica en *The Pajama Game*. Dejar de ser yo me produjo cierta perplejidad y comprendí que era ridículo tomar prestado el nombre de mi hermana, de modo que para el papel estelar de Ensemble en *Oh! What a Lovely War* me convertí en Cory Hall. ¿Cory y Dorrie? Entonces se me ocurrió que podía mantener la cuestión en familia utilizando el apellido de soltera de mi madre: Keaton. Diane Keaton.

Querida pandilla:

Anoche tuve una audición para un musical rock titulado *Hair*. Mañana volveré para la eliminatoria final. Cruzo los dedos. Espero conseguir el papel. En principio también haré una prueba para una especie de episodio piloto de una serie de televisión por el que no me pagarán a menos que tenga éxito. Ya veremos.

Busco como loca un apartamento, pero es difícil. Los más económicos vuelan enseguida a pesar de que están en los peores barrios, los más degradados. Hoy he ido al Upper West Side, pero no he tenido suerte. Estoy pensando en acudir a una agencia inmobiliaria. Ya sé que tendré que pagarles una comisión, pero a la larga

seguramente será lo mejor. Esto me está dando más quebraderos de cabeza de lo que pensaba.

Dorrie y Robin, he empezado a escuchar a Tim Buckley y a Mimi y Richard Fariña. ¿Los conocéis?

Besos,

DIANE

Hola a todos los Hall:

Estamos en la segunda semana de ensayos. Las cosas van despacio, pero supongo que es lo normal. Es un espectáculo de lo más raro, por decirlo suavemente, así que preparaos. Canto sola tres estrofas de una canción titulada «Black Boys». No sabéis lo contenta que estoy de que todavía no me hayan despedido. Lo de interpretar no parece ser la principal preocupación de Tom O'Horgan, el director. Tenemos pinta de hippies y cantamos como hippies. Somos la juventud enrollada de hoy día. ¡La verdad es que no es lo mío! Ojalá tuviera más cosas que hacer en el espectáculo.

Os quiero a todos,

DIANE

Hola a todos:

Bien, actúo en un gran éxito. Estrenamos el día 29. Nada de Woodstock este verano. Un trabajo de verdad, y en Broadway.

Después de la función de esta noche vendrá Richard Avedon a fotografiar a todo el reparto para la revista *Vogue*. ¿No es increíble? Y han venido a ver la obra grandes estrellas como Warren Beatty (¿os acordáis de cómo me enamoré de él en *Esplendor en la hierba*?) y Julie Christie, que es la mujer más guapa que he visto, y Liza Minnelli, Terence Stamp y Carol Channing. Según parece, *Hair* es lo que hay que ver. La gente hace cola a diario para conseguir una entrada.

Todo sigue más o menos igual. Yo desde luego estoy igual. ¿Cambiaré alguna vez? Sigo siendo la persona más tonta del mundo. Según parece, la estupidez no disminuye con la edad. Ah, también estoy haciendo régimen. «Obesa» sería un eufemismo. Estoy entusiasmada con la COMIDA SANA.

Papá, espero que hayas preparado a tu amigo para *Hair* y los desnudos. ¿Va a venir pronto?

Besos,

DIANE

4

Gran año

Padre-madre

Mientras yo veía a mis compañeros de tribu quitarse la ropa en el escenario todas las noches, mi madre pasó de las cartas a los diarios. Corría el año 1969. La joven que experimentaba la novedad de dos amores se había convertido en una madre cariñosa que cosechaba las supuestas recompensas de ser un ama de casa en los años cincuenta y, por último, en una mujer madura que comenzaba a mostrar actitudes desafiantes en los sesenta.

La tarea de aprender a explorar sus propias preguntas sin respuesta comenzó con la acción de mover un bolígrafo sobre un papel. ¿De dónde sacó el tiempo? Sin duda no mientras preparaba los abundantes guisos de atún y las enchiladas de queso cuyas sobras llenaban cuatro tarteras durante cinco días a la semana; tampoco en la mesa de la cocina, donde unos marchitos Corn Flakes de Kellogg's salpicados de germen de trigo esperaban a que alguien los recogiera. ¿Cuándo pudo robar unos minutos para sí misma? No antes de que mi padre se marchara al trabajo y nosotros al colegio; no antes de encontrar la mejor manera de estirar el presupuesto doméstico para comprar los pequeños extras que todos reclamábamos. ¿Acaso dispuso de tiempo libre entre los platos y la colada, el zurcido de nuestra ropa, la renovación del carnet de conducir y la ayuda que prestaba a Dorrie con los deberes? No.

Yo sí tengo tiempo libre; el suficiente para haber escrito estas memorias mientras creaba una línea de productos para Bed, Bath & Beyond y editaba un libro sobre arquitectura moderna para Rizzoli Publications; tiempo para marcharme de casa y actuar a las órdenes de Larry Kasdan en una película independiente de bajo presupuesto rodada en Park City, Utah.

Si bien Dexter, Duke y yo seguimos la tradición de los Hall de sentarnos juntos a la mesa todas las noches, nuestra versión de la cena familiar es muy distinta de las que tenían lugar en la cocina de Wright Street. Mi papel de «padre-madre» —expresión acuñada por Duke— no se parece en nada al de mi madre. Yo ocupo la cabecera de la mesa. Dexter y Duke se sientan a cada lado. En ocasiones nos acompañan algunos miembros del Equipo Keaton, como Sandra Shadic —rebautizada por Duke como «Sance Underpants»—, que viene unas noches, y «La, La» Lindsay Dwelley, que viene otras. También suele unirse a nosotros Ronen Stromberg. Me encantan nuestras cenas, pero no soy yo quien las prepara. De eso se encarga Debbie Durand.

Como «Dios Padre» (otro de los apelativos cariñosos de Duke), comienzo repasando los momentos buenos y los momentos malos de nuestra jornada colectiva. Duke pone mala cara. Finjo no verlo e intento ampliar nuestro espíritu comunitario planteando cuestiones como el informe anual de Heal the Bay sobre las peores playas del sur de California.

—Al menos Santa Mónica no ha vuelto a ser la peor —dice Dexter.

—Tienes razón, Dex. Gracias a Dios.

Por lo bajini, Duke se burla de Dexter por sus intercambiables enamoramientos de chicos con nombres como Max y Matthew, Tyler y Corey, Chris B. y Chris L. Dexter lo llama «incordio de bicho»

y se desquita diciendo que quien lanzó el pantalón del colegio de Duke a la ducha tras la clase de natación fue él mismo, no Sawyer, como aseguraba. Sandra le dice: «Deja en paz a tu hermano». Pongo punto final a la discusión con un «¡Duke Keaton! Lo siento, pero ¿sabes qué? ¡Que se acabó la diversión!». La situación mejora cuando empezamos a hablar del momento bueno de Dexter: su cena de cumpleaños. Quiere aros de cebolla fritos, *nuggets* de pollo, pasta con mantequilla, el pastel de queso con chocolate de Cheesecake Factory y nada de VERDURA. Luego todo el mundo ayuda a recoger. Dexter quiere usar mi iPhone. Se lo doy a regañadientes y empiezo a hablar del trágico final de Elizabeth Edwards, incluso cito una frase de la necrológica del *New York Times* que habla de «la disparidad entre la imagen pública y la vida privada». Nadie dice nada. Sandra, la mano más rápida del Oeste, ha metido todos los platos en el lavavajillas antes de que yo haya tenido tiempo de guardar la leche en la nevera.

Mi madre dispuso de más tiempo cuando me marché a Nueva York y Randy consiguió trabajo de acomodador en el cine Broadway de Santa Ana. Dorrie y Robin estaban en los últimos años del instituto cuando mi madre se sentó y empezó a explorar sus pensamientos sobre el papel. Hizo falta el principio de un fin, a comienzos de la década siguiente, para que Dorothy encontrara su voz.

Nochevieja de 1968

¡Estoy tan emocionada por Robin! Ha conseguido un trabajo en Bullock's para enseñar a los clientes productos de belleza. Dorrie va a una clase de cerámica en Placentia. Jack y yo tenemos dos bicicletas Schwinn y algunas noches vamos con ellas a la heladería Baskin and Robbins 31

Flavors de Honer Plaza. Es muy divertido. Randy escribe más que nunca. Estoy muy orgullosa de él. Jack ha ganado el premio al mejor orador de Toastmasters. Randy también va y le gusta mucho. Diane vendrá a pasar una semana en casa. Le han dado unos días de vacaciones durante los ensayos de Sueños de un seductor, *de Woody Allen. Según parece, irá a Hollywood para unas pruebas. Ahora es una joven rubia y muy delgada. Tiene un aspecto* ESTUPENDO. *Todo el mundo habla de lo guapas que son nuestras hijas.*

He empezado a pintar la cocina. Jack casi ha terminado la repisa de la chimenea. Con eso, la habitación es ahora como queríamos: rústica, cálida y luminosa. Me cuesta creer que todo esté saliendo tan bien. Hoy he acabado el primer encargo fotográfico por el que he cobrado: un álbum con veinte fotos de Judy Weinhart por treinta y cinco dólares. No me gusta reconocer que estoy bastante complacida, pero así es como me siento.

He dado un largo paseo por la zona industrial de Santa Ana y lo he pasado estupendamente mirando viejos bidones oxidados, botellas rotas, cobertizos derruidos y carteles rotos. Era como si pudiera VER *el silencio. Jack me ha dicho hoy que, aunque se divorciara de mí, vendría a casa todas las noches... Me ha gustado mucho porque esa es nuestra historia: estamos muy atados el uno al otro.*

Gracias, gracias a todos. Gracias, Randy, Robin, Dorrie, Diane y Jack. Gracias a la gente, a la naturaleza, a los animales, a Goya, a Kernel y a nuestros gatos. Tenemos tanto... Siento que mi vida está llena de belleza y amor. Veremos si 1969 puede ser aún mejor.

30 de enero de 1969

Querida mamá:

Ayer me mudé. ¡Menudo trabajo! No sé cómo habría sido si hubiera tenido algún mueble. Gracias por la caja que me enviaste. Me encantan la tetera y las fotografías. Son fantásticas. No tengo dónde ponerlas aparte del alféizar de la ventana, que compensa la horrible estufa original. Al menos mi equipo de música funciona. He estado poniendo discos de Nina Simone y Morgana King, mi favorita.

Los ensayos van bien. Woody Allen es un encanto y, naturalmente, muy gracioso.

Sé que papá quería que escribiera todas mis ideas sobre el dinero que le debo. Desde luego, no estoy en situación de devolvérselo todo ahora mismo. El casero me ha informado de que le debo 29 dólares, y la factura del teléfono no tardará en llegar. Cuando se estrene la obra me gustaría tomar lecciones de baile y canto. De todas maneras, dile a papá que no se preocupe porque a partir del mes que viene mandaré cincuenta dólares mensuales hasta que le haya devuelto los quinientos que me prestó. Entretanto, aquí está mi lista de gastos:

1. Alquiler: 98,32 $. 2. Teléfono: 10,00 $. 3. Servicio telefónico: 5,00 $. 4. Clases de canto: 40 $ mensuales, supongo (¡uf!). 5. Clases de danza: unos 30 $. 6. Comida, 100 $ mensuales (calculo). Todo suma 282 dólares y 32 centavos. Me parece una barbaridad.

Te quiere,

DIANE

6 de febrero de 1969

Jack y yo volamos a Nueva York para el estreno de Sueños de un seductor. *Asistieron estrellas como Jack Benny, Ed Sullivan, Walter Kerr,*

George Plimpton y Angela Lansbury. Después de la función conocimos a Woody Allen. Por Dios, es muy tímido y callado, para nada como yo esperaba. La obra fue muy divertida. Diane estaba muy guapa en el escenario: llevaba un postizo, por lo que parecía que tuviera mucho pelo. Últimamente está siempre mascando chicle, chupando caramelos o comiendo. No sé cómo se mantiene tan delgada.

Todo el mundo fue muy amable con nosotros. En Sardi's nos sentamos a una mesa para diez con champán y pastel de queso. Nos comentaron que la nueva protagonista femenina de Woody Allen también le tenía robado el corazón. ¡Qué emocionante!

10 de febrero de 1969

Estamos de regreso en casa. Voy a clases en la Universidad de California. Mi objetivo es trabajar mucho para escribir un artículo y venderlo. Según mi profesor, quien quiere escribir, escribe. Quizá podría redactar algo sobre un tema personal y al mismo tiempo universal: como por qué los hijos crecen tan deprisa. No lo sé.

Ver a Diane ha sido toda una experiencia. No sé cómo explicar el efecto que causa en la gente. Naturalmente, hablo por como la veo y no soy del todo imparcial. Para mí es un misterio. Es independiente. A veces es muy sencilla y otras parece tan sabia que me asusta pensar que he llegado tan lejos en este mundo sin saber lo que ella sabe. La echo de menos.

18 de febrero de 1969

Querida mamá:

Es como si acabaras de estar aquí. ¿Por qué terminó todo tan deprisa? ¿No te pareció desternillante Woody? ¿Te gustó la obra?

Yo no sé qué pensar. Woody hace un montón de..., digamos que un montón de cosas insólitas en el escenario; cosas que uno pensaría que alguien de su reputación no haría. Anoche, en medio de una escena, de repente se puso a imitar a James Earl Jones en *La gran esperanza blanca*. Intenté no reírme, pero fue imposible.

Me parece que tuve una cita con él. Fuimos al famoso asador Frankie and Johnnie's. Todo iba bien hasta que arañé el plato con el tenedor e hice un ruido normal de cortar, e insisto en lo de «normal»; sin embargo, debió de molestarle mucho porque soltó un chillido. Como no se me ocurría la forma de seguir cortando el filete sin cometer el mismo error, dejé de comer y empecé a hablar sobre la condición de las mujeres en las artes. ¡Como si supiera algo de mujeres y de arte! ¡Qué idiota! Me resultó humillante. No creo que volvamos a salir a cenar en mucho tiempo. Hoy me ha enviado una breve nota. Creo que atarás cabos.

Te quiere,

DIANE

De Woody

Cabeza de chorlito:

Los seres humanos son hojas en blanco. No existen cualidades intrínsecas de los hombres o de las mujeres. Cierto, hay una biología distinta, pero todas las elecciones que definen la vida afectan a ambos sexos, y una mujer, cualquier mujer, es capaz de definirse a sí misma con total LIBERTAD. En consecuencia, las mujeres son lo que elijan ser y con frecuencia han elegido y se han definido a sí mismas mejor que los hombres. ¡No te dejes engañar por LAS ARTES! No son nada del otro mundo, o puede que lo sean, pero en cualquier caso no son una excusa para que la gente se comporte

como idiotas, y con esto quiero decir: ¿qué más da que haya pocas mujeres artistas? Es posible que haya habido muchas mujeres más profundas, por ejemplo, que Mozart o Da Vinci, pero que han realizado su aportación en un contexto con limitaciones sociales diferentes. Fíjate en que he cambiado la pluma por el lápiz en este momento porque en la película de Lelouch *Un hombre y una mujer* el director pasa del color al blanco y negro. Así pues, he utilizado el mismo simbolismo para recalcar mi razonamiento. ¿Que muy listo? De acuerdo, pues muy estúpido.

WOODY

20 de marzo de 1969

Diane es candidata como mejor actriz secundaria a los premios Tony que se entregan en abril. El profesor de redacción de Randy ha leído en clase dos de sus poemas. Ha presentado uno, titulado «Fuera del cuerpo», para que se publique en el anuario del colegio. Lo conseguirá.

Fuera del cuerpo

Todas las voces de mi pasado están en este herboso claro
al pie de la montaña.

Al principio creí que era el ruido de los pájaros en sus nidos,
quizá piedras cayendo por un risco.
Cual campanas, las palabras tomaron forma.

Párrafos grabados en los árboles.
Historias de vidas colgando tristemente en el aire, como páginas
[de un fracaso.

No deseaba escuchar.
Oí mi propia voz en la lisa cara de la montaña, apagada y débil.

Oí el sonido de mí mismo agonizando en el frío,
otro animal;
un animal con el don del lenguaje
atrapado en la trampa de la distancia.

14 de junio de 1969

Domingo, 10 de la noche. Los premios Tony. Diane ha perdido ante no sé qué otra chica. Ha salido en la tele, pero no hemos podido verla más que una vez, y de pasada.

7 de julio de 1969

Ha llegado una carta de la junta de reclutamiento solicitando que el psicólogo de Randy confirme que no es apto para el servicio militar. Parecía una amenaza. Ha llamado la abuela Hall. ¡Cree que Randy está asustado! Bueno, ¿y por qué no? Seguramente lo estaba. ¿Quién no lo estaría? Randy me dijo: «Si aprendiéramos cómo evitar las guerras, ¿no bastaría con eso?». Estos son tiempos de disensión.

16 de julio de 1969

Departamento del Ejército

A quien corresponda:

Conozco a Randy Hall desde hace más de quince años, durante los cuales he tenido la oportunidad de observarlo como vecino y paciente. Si bien nunca ha padecido una enfermedad mental en el sentido clásico y clínico de la expresión, sí ha mostrado una prolongada situación de inestabilidad emocional que, a mi parecer, lo incapacita para el servicio militar. La observación reciente del muchacho no me lleva a cambiar de opinión, por mucho que haya conseguido desarrollar algunas conductas que puedan dar la impresión de que ha alcanzado una madurez y un desarrollo mayores de los que en realidad tiene.

Como psicólogo que en la actualidad trabaja con el Departamento de Defensa para destinos en el extranjero, creo que el joven no está en condiciones de prestar el servicio militar y, de hecho, representaría un lastre más que un activo para la comunidad militar.

DOCTOR WILLIAM L. BASTENDORF
Director Adjunto de los Servicios de Personal

Más pensamiento positivo

Por si acaso buscábamos un consejo rápido, mi padre tenía repartidos en los lugares más destacados de la casa varios ejemplares de *Cómo ganar amigos e influir sobre las personas*, de Dale Carnegie. Parte del atractivo del libro se debía a su inteligente división en capítulos, organizados en secciones con breves perlas de sabiduría. «Doce maneras de lograr que la gente piense como tú. 1. Evita las discusiones.

2. Nunca le digas a nadie que está equivocado. 3. Empieza con una pregunta a la que sabes que tu interlocutor contestará con un "sí". 4. Deja que tu interlocutor crea que la idea ha sido suya.» Las cartas de mi padre constituían un homenaje a la influencia de Carnegie. «Querida Diane. Regla n.º 1. El 5 de enero es uno de esos días que hacen que los hombres se sientan más viejos. ¡Una hija de veinte años no representa una ventaja para un hombre joven como yo! Decir la verdad en el gobierno es una obligación, pero decir la verdad con respecto a la edad es una estupidez. A partir de ahora, tú tienes diecisiete años y yo treinta y cinco. Te quiere, Jack N. Hall, tu padre.»

Junto al libro de Carnegie estaba *El poder del pensamiento tenaz*, de Norman Vincent Peale. Publicado en 1952, permaneció ciento ochenta y seis semanas en la lista de superventas del *New York Times* y vendió más de cinco millones de ejemplares. Todo el país estaba entusiasmado con las simpáticas frases de Peale. «Cuando la vida te da limones, haz limonada», «Las pruebas que nos pone la vida no están destinadas a rompernos, sino a hacernos», «Una actitud mental positiva significa que somos capaces de superar cualquier problema o dificultad». Mi padre se las tragó todas. Le importaba un pimiento que los críticos dijeran que Peale era un engañabobos.

A los cuarenta años Jack Hall dejó su trabajo de ingeniero en el ayuntamiento de Santa Ana y se convirtió en el presidente de Hall & Foreman Incorporated. No tardó en reconocer el mérito de quien lo merecía, y aseguraba que su agudeza para los negocios se había multiplicado por cien gracias a la aplicación de las contrastadas técnicas de Carnegie y Peale. Mamá debió de hartarse de oír la lista de doce pasos que mi padre había memorizado para ser un líder eficaz. ¿Y saben qué?, en cuestión de pocos años se convirtió en un hombre de éxito hecho a sí mismo.

En 1969 la empresa de mi padre iba viento en popa. Mamá se

dejó crecer el pelo y llevaba pantalones acampanados. Los dos empezaron a salir de copas con otras parejas. Ella se volvió más liberal; él, más conservador. Aunque eran atractivos y, según los criterios del sur de California, adinerados, eso no los hizo más felices.

Los problemas empezaron cuando a mi padre le dio por introducir sus técnicas de autoayuda en la dinámica familiar, sobre todo con Randy, que no estrechaba la mano con firmeza ni «planificaba con antelación». Para Randy, Toastmaster seguía siendo una forma de tortura, por mucho que le dijera lo contrario a mamá.

PACE

No se sabe en qué momento mi padre descubrió PACE, sigla de Personal and Company Effectiveness. PACE se definía como un método destinado a ayudar a la gente a comprender mejor qué necesita para aprovechar de un modo más productivo su talento y, al mismo tiempo, aumentar tanto su éxito personal como profesional. El caso es que lo descubrió. Todos los miembros de mi familia viajaron a San Diego para asistir a una cumbre de dos semanas, con seminarios dirigidos por asesores especializados; todos menos yo.

Daniel Whiteside era el director de Actividades Juveniles. Ni Randy ni Robin ni Dorrie guardan el menor recuerdo de él. Años más tarde encontré su currículo en una página web, donde constaba que tenía un máster en artes del lenguaje por la Universidad de California en San Francisco y el equivalente a un doctorado por el Interstate College of Personology.

La personología fue desarrollada en los años treinta por Edward Vincent Jones, un juez de primera instancia de Los Ángeles que tomaba notas de las pautas de conducta de quienes comparecían en su

juzgado. El juez Jones, que era amigo íntimo de los padres de Whiteside, llegó a «demostrar» que era capaz de predecir el comportamiento de la gente observando tan solo sus rasgos faciales. Unos cuantos ejemplos de las relaciones establecidas por la personología son: 1. Cabellera abundante y rebelde: menos sensible. 2. Cabello fino: muy sensible. 3. Mandíbula ancha: autoritario de palabra y acción. 4. Mentón cuadrado: puede ser combativo. 5. Mandíbula o barbilla estrechas: tiende a ser pasivo.

Randy tiene la mandíbula ancha. Según los principios de la personología, debería poseer aplomo y confianza en sí mismo y ser dominante. Robin debería ser pasiva y sumisa porque tiene la barbilla estrecha. Dorrie tiene el cabello espeso y áspero; ¿es por eso menos sensible, aunque su capacidad para empatizar con los demás sea más intuitiva de lo normal? ¿Se fijó siquiera Whiteside en las facciones de los adolescentes de la familia Hall? ¿Había dejado de lado la investigación necesaria para el equivalente de un doctorado por el College of Personology? Quizá en aquellos momentos estuviera elaborando sus propios «Tres conceptos en uno».

En cuanto a James W. Newman, fundador de PACE, a mi padre no habría podido importarle menos si era o no psiquiatra o psicólogo titulado. Se tragó el cebo, el anzuelo, el sedal y la caña entera. Su decisión de aplicar los principios de PACE en lugar de buscar la ayuda de un verdadero psiquiatra fracasó, al igual que todos sus intentos de encarrilar a Randy hacia la responsabilidad que entrañaba su papel de Jack junior.

Como sobrino de Emmet e hijo de Mary Alice, mi padre se sentía atraído por los impostores, los timadores y los engañabobos. Estaba en sus genes. Nunca dudó de Dale Carnegie ni de Vincent Peale. Jamás se le pasó por la cabeza que quisieran aprovecharse de la necesidad que tiene la gente corriente de creer en soluciones senci-

llas para problemas complejos. Paradójicamente, se convirtió en un empresario de éxito a pesar de ser un crédulo. Lo cierto es que tenía conocimientos y un título de la Universidad del Sur de California. Nunca llegó a comprender que fue su capacidad de trabajo combinada con una honradez rayana en la ingenuidad lo que convirtió a Hall & Foreman en una de las empresas de ingeniería más prósperas del condado de Orange. Su franqueza y su falta de artificio obraron maravillas con todos salvo con su familia.

15 de agosto de 1969

Jack ha decidido enviar a Randy a un retiro de PACE en La Jolla. Robin irá la semana que viene. Solo espero que Jack tenga razón y esto funcione. Opina que toda la familia sacará provecho de los beneficios de PACE. No podemos convencer a Diane porque está muy ocupada con su vida, pero quizá más adelante.

22 de agosto de 1969

«Hola a todos, esta es mi madre y se llama Dorothy.» Randy hizo que me sintiera como una reina cuando fuimos a buscarlo después de su semana en PACE. Nos dijo que había sido una especie de «experiencia irreal en la cumbre de la montaña» que hacía que fuera difícil volver «al llano». Que esa era la «prueba». ¿Puedo hacer «yo» que funcione con otros que no han conocido PACE? Puedo si lo intento.

1 de septiembre de 1969

Robin ha vuelto de PACE. *Le ha encantado; también a Dorrie. De todas maneras, practicar el* PACE *supone una tensión constante. Es mucho lo que nos distrae. Confío en que funcione y seamos mejores personas gracias a nuestra fortaleza. Los chicos se han aferrado a los conceptos de* PACE. *Siguen leyendo los libros y practicando la relajación profunda. Jack opina que han aprendido mucho. Tiene una gran confianza.*

Cinco contra uno

Mis hermanos sobrevivieron a PACE. La vida continuó. Yo vivía en Nueva York. Mi padre seguía igual. 1. Animaba a todo el mundo haciendo que nuestros defectos parecieran fáciles de corregir. 2. Trataba de que estuviéramos contentos haciendo lo que él proponía. 3. Formulaba preguntas en lugar de darnos órdenes directamente. 4. Hablaba de sus errores antes de llamarnos la atención de manera indirecta sobre los nuestros. Poco a poco acabó cediendo. Al fin y al cabo, éramos cinco contra uno.

5 de septiembre de 1969

Diane ha salido esta noche en El show de Merv Griffin. *Era ella, sus andares, su risa, su manera de hacerse un lío con las palabras. Cuando se sentó entre Bob Hope y Merv, ellos le tomaron el pelo pidiéndole una cita. Bob Hope dijo: «Muy bien, Diane, ¿quién es él?». Ella no supo qué decir. Estaba nerviosa y reía, pero con Bob Hope sentado a su lado todo*

lo que dijo fue graciosísimo. Bob supo hacer de Diane una verdadera cómica. No sabría explicarlo. Merv y Bob se pelearon por ella durante toda la noche. Hice fotos. Papá grabó todo el programa.

18 de septiembre de 1969

He reunido el valor suficiente para llamar al museo Bowers para que el director eche un vistazo a mis fotos. ¡Uf! Necesité todo mi coraje. Estoy intentando recopilar un número suficiente de fotografías buenas para poder enseñárselas. Cruzo los dedos.

Modelo de carta para posibles directores de revista

Sr. John C. Smith
Director de Arte
Revista xxx
(Dirección)

Apreciado señor Smith:

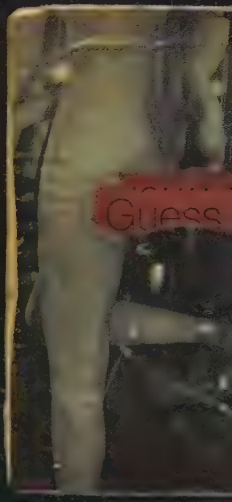
Estoy en condiciones de aportar a su revista unas excepcionales fotografías de marcado carácter naturalista. El álbum adjunto ofrece una muestra de mis logros profesionales tanto desde el punto de vista fotográfico como artístico e incluye mi currículo académico.

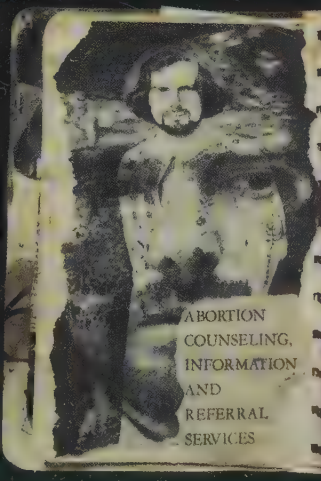
Las dos fotografías adjuntas constituyen necesariamente una mínima parte de mi ámbito de trabajo. Aunque soy flexible en lo que a temática se refiere, el interés por lo natural es una constante de mi obra.

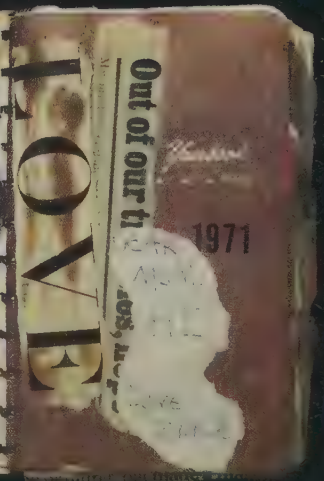
Me gustaría aceptar encargos como freelance para la revista xxx y a cambio prometo excelencia fotográfica, no solo como fotógrafa, sino

diane
keaton

May 29, One of the days that comes as a reward
. life! It was a Thursday.
If I take it in order it will
Got up - nothing here - freaky cornflakes - hard to
get going - glum - lunch - lunch - bed for forever
Early morning duty on the playground and that
brings about a certain amount of wake-up power -
stand hoing out in the yard at 8:40 with all these
kids. They gather around with all sorts of tales
to relate. A book could be written about these.
Then class at 9:05. Good day of doing things
together. (My big treat in the day is reading
their work at the end of the morning.) The
creative minds of these kids is unknown to most
everyone. It's the greatest thing in the world,
to me.
Afternoon was enacting the Three Pigs by the kids.
They are getting so good at this.
Then home - Randy came out and said he had surprise
one in the house and one in the garage. One of
the big things of greatness in my mental life is
surprises. A personal note was written to Randy
from quartet Mag, about his work. Beautiful!
Then in the garage was a Honda 90 for MOM.
It's one of those easy ones anyone can ride. Me
too, I can ride it and it is fun. Darrie loves it
and we are all going riding tomorrow. Then after
that beautiful day Jo and I went out for dinner,
looking at clothes and home feeling like great
people. (We ARE!!) May 29 - you were great!







Tuesday, July 17, 1973

198th Day—167 days to follow

In remembering the Highlan
Park "We Can Live" - the old
red school car we rented in
Grafton, ones for the lumberyard
to come - polish us up for our
a token or two - -

In remembering 1968 when I had
my first operation — Mary took me
to the psych ward tonight for her last
evening - type next to MY to
prepare for "Hair" — still up on
stage — I listened about getting
Hair - sore - feet - tiredness
work in general - Randy - all
of us - so long ago — my mind
picks up these memories
that are great to my mind

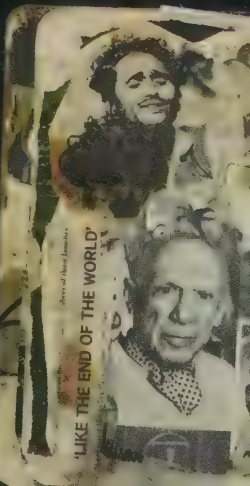
Ordered glasses from Pontiane

Wednesday, July 18, 1973 in Neb.

199th Day—166 days to follow

So many thanks to God tonight
for Ashley
I forget to say thanks to God
in mind

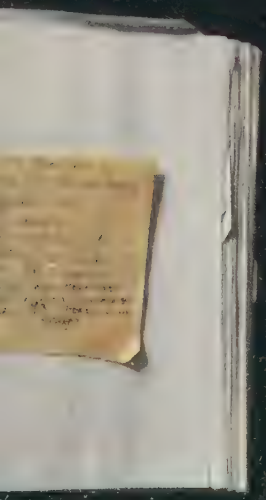
Hank Ballard

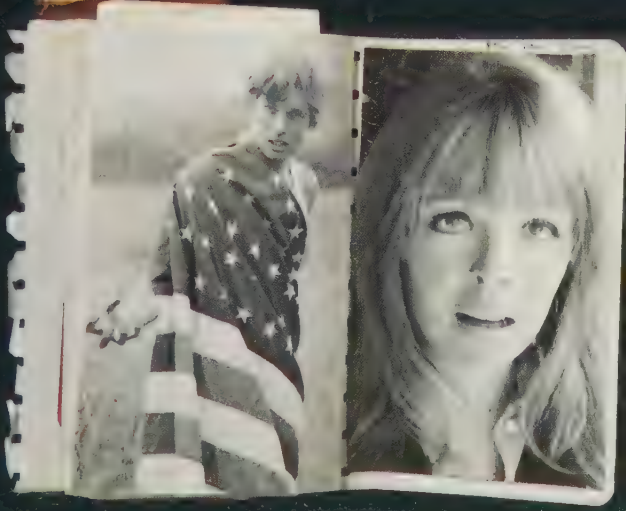


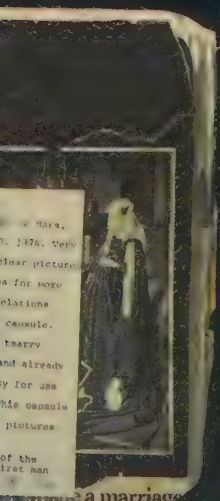
Monday, March 19, 1973

I am strongly influenced by

Tuesday, March 20, 1973







PEACE
STAND

también como artista. Si le interesa ver más obras mías, le ruego que se ponga en contacto conmigo. Estaré encantada de hacerle llegar material adicional y de hablar de un posible encargo para la revista xxx.

En espera de recibir noticias suyas, le saluda atentamente,

DOROTHY HALL

En la carta incluyó una foto publicitaria de la actriz Diane Keaton.

6 de noviembre de 1969

Anoche gané el primer premio de la feria del condado de Orange con un collage gigante que hice con fotos de Robin y Dorrie. Fue una de esas experiencias emocionantes que me infunden esperanza. Hoy han llegado mis nuevas tarjetas de presentación. Estoy lista.

He recibido una carta de Diane sobre su aparición en El show de Merv Griffin *la semana pasada. Necesita más confianza en sí misma. «Por cierto, vi mi anuncio en el programa de Merv Griffin. Fue horrible. No sé por qué hago esas cosas. Es lamentable verme a mí misma intentado quedar bien. No he conseguido el papel en* Las mariposas son libres. *Demasiado alta y "chiflada", que no es sino una manera de decir que soy rara.»*

Diane sin los Hall Keaton

Diane Keaton, el voluminoso y espectacular álbum en el que mi madre documentó mi trayectoria profesional desde 1969 hasta 1984,

resulta tan difícil de comprender como la creencia de mi padre en los poderes curativos de PACE. La cubierta, envuelta en brillante papel plateado, muestra mi nuevo nombre —Diane sin Hall— en grandes letras negras. Solo el tamaño —cincuenta por setenta y seis centímetros— implica una clase de planteamiento que *Diane Keaton* no merece.

Empieza con dos entradas, cortadas, de *Sueños de un seductor,* pegadas junto a una graciosa caricatura de Woody y a una servilleta amarilla de Sardi's debajo de varias fotografías donde algunos compañeros de reparto y yo sonreímos a la espera de buenas críticas. A continuación viene el reportaje de cuatro páginas de *Harper's Bazaar*, el cual deja bien claro que yo no era la modelo que aspiraba a ser. Sin duda fue una pasada que Bill King —famoso por todas esas fotos de supermodelos saltando en el aire, como Lauren Hutton— hiciera las fotografías, pero yo tenía una pinta muy rara suspendida en el aire, con una gran sonrisa que dejaba al descubierto las fundas de oro que mi dentista de Santa Ana había asegurado que me durarían toda la vida. Titulares como DIANE, UNA ESTRELLA EN ALZA o LA ACTRIZ DIANE KEATON NO SE DEJA ENCASILLAR, acompañados de una nota de puño y letra de mi madre que dice: «Barbara envió esto desde Cedar Rapids», parecen demasiado forzados. Además, ¿a quién le interesa? La demoledora crítica de mi actuación en el Ice House en 1975 me recuerda tristemente mi intento de convertirme en cantante de club nocturno: «Puede que Diane Keaton sea una actriz medianamente buena, pero no es cantante. Su selección musical es poco variada. La señorita Keaton no se comunica con el público. Sus expresiones faciales son extrañamente limitadas y su lenguaje corporal, muy mal planeado».

El titular del *Orange County People* señala: JACK HALL TENÍA RAZÓN: SU HIJA CRECIÓ PARA SER ESTRELLA DE CINE.

> Los amigos de Jack Hall se reían cuando decía que su pequeña Diane sería una estrella cinematográfica. Pero ahora nadie se ríe. Jack y su esposa, Muriel, que no se cohíben a la hora de alabar a su talentosa hija, dicen con orgullo a todo el mundo: «Esta es nuestra hija». Aunque no se consideran responsables del talento de Diane («Lo ha hecho todo ella sola»), es perfectamente posible que el empeño que se requiere para ser una estrella lo heredara en parte de Muriel, que volvió a estudiar a los cuarenta años, después de haber criado a cuatro hijos, y se graduó con excelentes notas. Muriel ha realizado fotografías para la sobrecubierta de un libro y la carátula de un álbum de Woody Allen.

¿Muriel? ¡Por favor! Es casi como si mi madre hubiera cerrado sus perspicaces ojos y buscado recortes a granel. Ni siquiera la pérdida de su nombre de pila le impidió guardar el artículo. ¿Por qué? ¿Para que le recordara que no tenía otra identidad que la de esposa de Jack Hall y madre de Diane Keaton?

Diane Keaton termina bruscamente con un anuncio a doble página de *Los Angeles Times* donde se muestran fotos de Barbra Streisand, Farrah Fawcett, Liza Minnelli, Paul Newman, Burt Reynolds, John Travolta y yo misma sonriendo bajo el siguiente titular: UN REPORTAJE ESPECIAL DE CHANNEL 2. ESTRELLATO: ¿SUEÑO O PESADILLA? Era el lugar perfecto para que mamá pusiera punto final. Su hija, la pequeña que cantaba a la luna en el camino de acceso de la cabaña Quonset de Monterey Road, en Highland Park, se había convertido en estrella de cine.

El estrellato nunca llegó a ser una pesadilla, pero tampoco fue lo que pensaba que sería. ¿Se puede pensar un sueño? Ni siquiera Dale Carnegie sería capaz. En cuanto cerré *Diane Keaton*, me topé con «Woody Allen alcanza la madurez; un cómico genial» en la portada

de la revista *Time*, que cayó junto con un artículo de periódico donde había una foto de mamá cogida del brazo de mi padre. El pie decía: «Los padres de la actriz Diane Keaton no son reacios a hablar de ella». En el artículo se leía: «La señora Hall, una dama elegante y bien vestida que deja que su marido lleve la voz cantante cuando se trata de negocios, se muestra más que dispuesta a hablar de su hija, Diane. "No es solo Diane la que se halla bajo los focos, nosotros también compartimos ese resplandor. Ha sido la época más emocionante de mi vida. Allá a donde vamos con Diane, nos acosan"». ¿Acosar? Nunca me han acosado. Jamás. ¿Sabía mi madre lo que estaba diciendo? ¿Acaso llegó a decirlo?

¿Valió la pena? ¿Nunca tuvo la sensación de que dedicar tantas horas a cortar y pegar la historia de una actriz en ciernes llamada Diane Keaton, no Hall, constituía una pérdida de tiempo? ¿Por qué estaba mi madre tan enfrascada en la tarea de dar fe de mi vida? Es difícil saber qué se puede sacar de ese desfile de artículos aburridos, fotos mías intercambiables y citas de parvulario como «Caramba, me siento honrada de haber conocido a Betty Ford» y «Sí, claro, me ha encantado el espectáculo de danza de Martha Graham. Woody y yo vamos a clases de baile con su compañía. Es muy divertido...». ¿Acaso mamá no sintió nunca vergüenza ajena? ¿Pensaba de verdad que recortar fotos en cuadrados y rectángulos más pequeños sería otra forma de curación? ¿Era una actividad embotadora y agradable? ¿Era una manera tranquilizadora, aunque abstracta, de reflexionar sobre las alegrías del pasado?

Nuestra historia, la de mi madre y la mía, permanecerá oculta para siempre en un pasado que no puede desenmarañarse contemplando la colección de recortes que ilustra la evolución de la joven que llegaría a convertirse en Annie Hall.

31 de diciembre de 1969

Siempre digo que mi vida es esta familia, y es la verdad. Hoy no ha sido una excepción. Dorrie ha insistido en que nos levantáramos todos para ir en bicicleta a Baskin and Robbins, igual que el año pasado. Ha sido muy divertido. Es cierto eso que dicen de que son los pequeños detalles los que importan.

He evaluado mi nivel de felicidad y el resultado es este: me siento completamente satisfecha cada vez que las personas a las que quiero son felices por cualquier cosa, sea grande, pequeña o insignificante. No creo que nadie pueda tener los sentimientos tan maravillosos e intensos que tengo yo por esta familia mía.

Jack me ha preguntado si este último día del año ha sido bueno, y debo decir que lo ha sido. Intentamos comprar entradas para ver Valor de ley, *pero no las conseguimos, así que Jack, Randy, Robin, Dorrie y yo fuimos a cenar al restaurante Marsé y luego volvimos a casa para ver cómo Dick Clark daba la bienvenida al Año Nuevo. «1969 ha sido un gran año, ¿verdad, papá?» «Desde luego, Dorrie, desde luego.» Confío en que podamos decir lo mismo de 1970.*

5

La lista

Jane Fonda. Ally Sheedy. Joan Rivers. Paula Abdul. Lindsay Lohan. Sally Field. La princesa Diana. Anne Sexton. Karen Carpenter. Anna Freud. Mariel Hemingway. Audrey Hepburn. Portia de Rossi. Meredith Vieira. Victoria Beckham. Kelly Clarkson. Felicity Huffman. Mary Kate Olsen. Catherine Oxenberg. Sharon Osbourne.

Sally Field y yo tenemos la misma edad. Las dos somos actrices. Vivimos y trabajamos en Los Ángeles. Ahí terminan las semejanzas, o al menos eso creía yo. He conocido a Joan Rivers, Lindsay Lohan, Felicity Huffman e incluso a Audrey Hepburn. No parece que tuviéramos demasiado en común. Recuerdo cuando Meredith Vieira me entrevistó para el programa *The View*. Era la clase de profesional segura de sí misma que yo admiraba. Cuesta creer que tuviéramos una obsesión común. ¿Cómo es posible que comparta un pasado común con Mary Kate Olsen, cuarenta años más joven y cien millones de dólares más rica que yo? ¿Y Jane Fonda? Jane Fonda, nada menos. ¡Anda ya! Cuando me presentaron a Victoria Beckham en una fiesta que Katie Holmes ofreció en su honor, no imaginaba quién era ni en qué mundo se movía; sin embargo, todas las mujeres de la lista mencionada compartían el mismo secreto. ¿La diferencia? Había decidido guardármela para mí hasta este momento.

Más

Mirar en el interior de la bolsa de papel marrón y encontrar tan solo una manzana verde, cuatro piruletas con sabor a cereza y un chupachups de Tootsie Roll era demasiado decepcionante. ¿Por qué no había barritas de chocolate Snickers o 3 Musketeers? Sin prácticamente nada que mostrar para llamar a la puerta de los vecinos gritando *Trick or treat!* disfrazada de gitana, me concentré en Randy. Lo engatusé para que me diera sus golosinas prometiéndole que lo dejaría dormir en la litera de arriba durante una semana.

La noche siguiente, entré de puntillas en la cocina mientras mis padres veían en la tele a Milton Berle. Justo cuando me disponía a meter la mano en la lata de galletas Hydrox, oí la voz de mi padre: «Diane, ¿eres tú?». Después de muchas lágrimas, fui sin hacer ruido al escondite donde había guardado las golosinas de Halloween y me comí las que quedaban. Nadie se enteró.

Tienen que comprender que mamá casi nunca compraba marcas como Hydrox. Su presupuesto no daba para bizcochos rellenos de crema Hostess, para 7UP, para Frosted Flakes ni para mi dulce favorito, la mantequilla Challenge. Las cenas, por ejemplo, carecían de marcas. Tomábamos mucho pastel de carne, espaguetis, hamburguesas con ketchup. Y guisos, demasiados guisos. Para postre, lo habitual eran tres galletas de avena por cabeza. Mi padre se zampaba las que quería. Noche tras noche yo veía con envidia cómo se atiborraba. Los caprichos llegaban a principios de semana. Por ejemplo, los lunes mamá me daba una tira entera de chicle Wrigley's Doublemint. Los miércoles, las estrecheces presupuestarias la obligaban a dejar la ración en la mitad. El sábado, me entregaba tan solo una mísera cuarta parte. Por mi parte, seguí con mi técnica de retorcer-

le el brazo a Randy, pero la recompensa rara vez valía la pena. Mi primer éxito de verdad lo obtuve en el instituto Willard, donde utilicé mi personalidad para convencer a varias compañeras de la clase de lengua para ineptos de que financiaran mi deseo de helados Refresho y Fifty50s.

Las revistas, una de mis obsesiones secundarias, constituían otro elemento importante, empezando por *McCall's*, la versión de los años cincuenta de *Martha Stewart Living*. No me interesaban los pasatiempos para jovencitas de la última página; no, lo que me gustaban eran las fotos en color de mujeres sonrientes que anunciaban sopa Campbell's y crema facial Pond's. Eran guapas, y lo mejor de todo era que nunca cambiaban. Eso estaba bien. La revista *Life* también estaba bien porque contaba historias con fotografías. De todas maneras, lo que me impresionó de verdad fue la primera vez que vi a Audrey Hepburn en la portada. No es que fuera guapa. Era hermosa. De hecho, era perfecta. Entonces empecé a percibir cosas inquietantes en mi cuerpo de once años. Era demasiado grande para la bañera. Eso no me gustaba. Además, las personas de la vida real no siempre eran atractivas, ni siquiera mamá. Eso resultaba preocupante. Con todo, lo peor fue que empecé a comprender el perturbador concepto de la comparación. Y cuando me comparaba con Audrey Hepburn había algo que no funcionaba. Mis facciones no eran simétricas. Yo no era guapa. Como mucho tenía un aspecto afable. ¡Puaj! Cuando crecí, resultó dolorosamente evidente que mi físico sería para siempre una obra inacabada. Empecé a buscar soluciones mirándome en el retrovisor de nuestro coche familiar. El lado derecho de mi cara era mejor que el izquierdo. De acuerdo, no estaba mal. Si dejaba los labios entreabiertos, parecía vulnerable. Y estaba bien parecer vulnerable. Aplicando esos métodos era guapa; bueno, quizá no guapa de verdad pero atractiva; sí, atractiva. Entretanto

descubrí revistas de moda como *Mademoiselle* y *Vogue*, que me enseñaron a concentrarme en mi cuerpo tanto como en mi cara. Empecé a vestir siguiendo una versión de la moda de los años sesenta. Llevaba minifaldas con botas blancas, vestidos de tela satinada y corte recto e incluso trajes pantalón a la última. Me pintaba los ojos con perfilador negro como Elizabeth Taylor en *Cleopatra*. Me ponía pestañas postizas y seguía cardándome el pelo como si eso pudiera compensar los defectos de mi rostro. No sé por qué pensaba que podía alcanzar la perfección, obviamente era absurdo, pero continué intentándolo.

Ninguna de mis insensatas incursiones en el mundo de la belleza podía compararse a la fascinación que sobre mí ejercía la comida. Era una glotona en potencia esperando un futuro en el que podría pedir cuanto me apeteciera y más. Ese futuro se convirtió en presente cuando me contrataron para trabajar en *Hair*. Recién salida del Neighborhood Playhouse, se pueden imaginar lo increíble que era para mí cuchichear con Melba Moore sobre si era cierto que Janice había dado a luz bajo los efectos del LSD en el camerino de Gerry Ragni y Jim Rado después de una función. *Hair* ofrecía demasiadas opciones. Regalaron a todo el reparto un viaje a Fire Island con mucho peyote. Quienes se quitaban la ropa durante la representación recibían una propina de cincuenta dólares. Cuando Lamont Washington, miembro de la tribu de *Hair*, murió tras dormirse con un cigarrillo encendido que prendió fuego a su cama, el mensaje de paz y amor pareció fuera de lugar. Había demasiadas luchas internas y confusión entre unos jóvenes dotados de muchísimo talento pero inexpertos que carecían de las ventajas de un buen asesoramiento, yo incluida.

En lugar de hacer amigos, me refugié en el asador Tad's y me dediqué a darme el capricho de pedir su plato de carne de un dólar con

veintinueve. Lo bueno de Tad's era que podía comer cuanto quisiera. Mientras mis compañeros de reparto fumaban hierba, yo me zampaba cucuruchos de vainilla entre la sesión de tarde y la de noche. La gran oportunidad llegó cuando Lynn Kellogg, la actriz principal, se fue para rodar un episodio de la serie *Misión: Imposible* y me tocó sustituirla. Tras la primera semana Michael Butler, el productor, me llamó para decirme que el papel sería mío si adelgazaba. Con mis cinco pies siete y mis ciento cuarenta libras que iban en aumento, salí pitando a ver al doctor Paul, quien, por cincuenta dólares la inyección, me atiborró de vitaminas; vitaminas a toda pastilla. Seguí el tratamiento el tiempo suficiente para adelgazar diez libras y conseguir el papel de Sheila, famoso porque cantaba «Good Morning Starshine». Tras recibir tan excelente noticia, alquilé un pequeño estudio en la calle Ochenta y dos Oeste y tuve mi primer teléfono.

El baño al final del pasillo

El cuarto de Diane es difícil de describir. Es largo y estrecho. La minúscula cocina está separada por una cortina de arpillera. Dentro hay una bañera azul descascarillada y un lavamanos, una cocina y un ropero. Las paredes están cubiertas de collages. En un rincón hay una nevera pequeña que funciona a todo trapo porque necesita que la descongelen. Lo peor de todo es que comparte el cuarto de baño con otros tres inquilinos. Dios mío, tanto descuido y tanta incomodidad me resultan preocupantes.

Cuando acabó la visita de mi madre y mis hermanos, me despedí del doctor Paul; me ahorré los ciento cincuenta dólares semanales y dije hola a las libras de más. ¿Y si Michael Butler volvía a asistir a

una función? ¿Y si veía que había recuperado las libras perdidas? ¿Y si me despedía? Una noche, tras varios filetes a la parrilla en Tad's, oí a Shelley Plimpton, miembro de la tribu, decir que conocía a alguien que vomitaba a propósito para mantenerse delgado. Qué asco. Qué desagradable. Qué interesante. No recuerdo la primera vez que vomité. Sí me acuerdo de que dediqué unos días a observar los efectos. En un abrir y cerrar de ojos me vi tomando tres comidas descomunales al día. El desayuno duraba una hora, el almuerzo dos y la cena tres; en total seis largas horas dedicadas a procesar alimento.

Era el *brunch* dominical en Grossingers, solo que siete días a la semana. Era un desayuno con una docena de panecillos untados de mantequilla y mojados en café de Chock Full o'Nuts, más tres platos de huevos fritos con beicon y uno de crepes coronado con cuatro vasos de batido de chocolate. Era un almuerzo para llevar que se componía de tres filetes a la brasa, con su grasita salada y todo, dos patatas asadas con nata y cebollino, pastel de manzana y dos helados de chocolate con extra de nueces de Schrafft's. La cena empezaba con una caja grande de Kentucky Fried Chicken, varias raciones de patatas fritas con ketchup y un par de bandejas de comida precocinada. De postre tomaba almendras bañadas en chocolate con una botella de medio litro de 7UP, medio kilo de crocantes de cacahuete See's Candies que me enviaban de casa, M&M's acompañados de zumo de mango con hielo, un pastel de Sara Lee y tres tartas heladas de plátano y nata. Eso era la cena. Aprendí a vomitarlo todo tan deprisa que no llegaba a surtir efecto. Al principio no tuve ningún problema con lo de vomitar ni con lo que venía después. Tampoco necesitaba ayuda para provocármelo. Lo tenía todo controlado.

Siempre era lo mismo: cuando los primeros bocados, que pare-

cían demasiado buenos para ser verdad, daban paso al tercero y el cuarto, había que realizar ciertas modificaciones para recrear el sabor original. Si eso no funcionaba, regresaba a los clásicos fiables como tostadas con mantequilla y mermelada de fresa. Y si también eso fallaba, había otro cambio y otro más. Cuanto más comía, más desencantada me sentía con los resultados. Pero no importaba porque el efecto de los primeros bocados compensaba todos los demás.

Mi nueva vida era muy trabajosa. Imaginen lo que era acarrear toda esa comida en bolsas de papel escaleras arriba, hasta la oscuridad de mi estudio de la calle Ochenta y dos Oeste. Piensen en la pequeña nevera por descongelar y en los armarios amarillentos con toda una cambiante colección de comestibles enlatados y artículos de pastelería. Piensen en lo que suponía someter a mi cuerpo a convulsiones tres veces al día, con un bote de bicarbonato sódico a mano, junto al inodoro. Resultaba tan embrutecedor como compulsivo.

Tras seis meses librándome de veinte mil calorías diarias, me volví hipoglucémica. Tenía acidez gástrica, indigestión, menstruaciones irregulares e hipertensión. El dolor de garganta me martirizaba. Todo esto desencadenó una actividad indeseada; es decir, llamadas a médicos y viajes a la farmacia en busca de laxantes. El doctor Stanley Barrow, mi dentista, me encontró veintiséis caries en una sola visita. Mis incisivos no tardaron en necesitar fundas. Más trabajo. Mas dolor. Pero peores fueron los efectos psicológicos. Me aislé cada vez más. No pensaba en las amistades. Era incapaz de reconocer la vergüenza. Estaba muy ocupada haciendo caso omiso de la realidad. Tenía trabajo que hacer.

Woody Allen y yo nos conocimos en el otoño de 1968 en el teatro Broadhurst, cuando me presenté a una prueba para *Sueños de un se-*

ductor. Leímos juntos. Era gracioso, pero no intimidaba. Conseguí el papel o, como afirmaba yo y Woody decía para fastidiarme: «Yo creé el personaje de Linda Christie». La obra era un escaparate para el talento de Woody. Dick Christie —mi marido en la ficción, interpretado por Tony Roberts— y yo tomábamos a Allan Felix, el personaje de Woody, bajo nuestra protección tras su divorcio y lo animábamos a salir con mujeres. Sin que nosotros lo supiéramos, también recibía ayuda del espíritu de Humphrey Bogart, que se le aparecía durante sus citas fallidas con chicas guapas. Allan y Linda, ambos inseguros, se enamoraron.

Durante los ensayos me enamoré del Allan del guión, pero también de Woody. ¿Cómo no iba a hacerlo? Ya estaba enamorada de él antes de conocerlo. Era Woody Allen. Toda mi familia solía reunirse alrededor del televisor para verlo en el show de Johnny Carson. Era tan moderno, con sus gafas gruesas y sus elegantes trajes. Pero fueron sus maneras las que me conquistaron, sus gestos, sus manos, sus carraspeos y su forma de bajar la vista con timidez mientras contaba chistes como: «No pude conseguir una cita para Nochevieja, así que me fui a casa y me lancé desnudo en un barril lleno de monedas de un centavo de la era Roosevelt», o «Prefiero estar con una mujer hermosa antes que con cualquier otra cosa, salvo mi colección de sellos». Cosas como esa. Además, en la vida real era más apuesto. Tenía un cuerpo estupendo y muy grácil.

Al igual que en la obra, nos hicimos amigos. Yo era un buen público. Me reía entre chiste y chiste. Creo que eso le gustaba, por más que siempre me dijera que no sabría reconocer un chiste ni aunque me diera de lleno en la cara. En cualquier caso, yo sabía de comportamientos, y el suyo me resultaba mucho más interesante que cualquier chiste. Woody se acostumbró a mí. No pudo evitarlo: le encantaban las neuróticas.

Mientras seguía intentando convencerlo de que era algo más que una compañera tontorrona, durante muchas de nuestras conversaciones, incluso las que giraban en torno a mi tema favorito —yo—, estaba distraída por otras cuestiones. Con demasiada frecuencia tiraba de mí una obligación más fuerte que mi enamoramiento de Woody Allen. Por ejemplo, supongamos que él quería ver a las tres de la tarde el documental *Le Chagrin et la pitié* en la calle Cincuenta y nueve con la Tercera. Pues no podía ser, yo no podía ir. No tenía tiempo de cobrar mi cheque del mes e ir al Woolworth's de la calle Ochenta y seis antes de que cerraran a las siete. Me había quedado sin caramelos Kraft, sin judías con tomate Boston o sin chicle de sabores variados. Además, el cine de la calle Cincuenta y nueve estaba demasiado lejos para que pudiéramos pasar un momento por Gristedes. Es triste que las exigencias de la bulimia resultaran más fuertes que mi deseo por Woody, pero así era.

En apariencia todo iba bien. Poco a poco Woody empezó a verme como algo más que una simple amiga. Nuestra relación no era intermitente, pero tampoco puede decirse que fuera de absoluta entrega. Woody era la persona más disciplinada, trabajadora, organizada e, irónicamente, tenaz que he conocido. Todos los días tocaba el clarinete y actuaba en su obra, leía a Tolstói, escribía nuevos chistes para sus apariciones en el Caesars de Las Vegas o en Reno, donde Frank Sinatra hijo presentó a sir Woody Allen en el hotel Cal Neva, de ambiente medieval. Siempre estaba ocupado, de modo que no pedía mucho de mí. Trasladé algunas cosas a su nuevo ático, pero conservé mi estudio de la calle Ochenta y dos. Cuando entraron ladrones, la policía me recomendó que pusiera barrotes en las ventanas, pero no hice caso. ¿Qué más me daba? La función de aquel apartamento era tan solo permitirme seguir con mi rutina.

Expertos

Hace un siglo las mujeres hacían frente a problemas mentales como la histeria o la ansiedad, no a los atracones de comida. Los especialistas en salud mental creen que la bulimia está relacionada con la clase social, los ingresos económicos, la educación, la profesión de los padres y el carácter introvertido, que origina una alta tasa de fobias, alcoholismo, trastornos de ansiedad y ataques de pánico. Las mujeres bulímicas se diferencian de las depresivas en que son más propensas al sobrepeso y tienen padres gordos. Según parece, los progenitores que abrigan grandes expectativas con respecto a sus hijos crean un ambiente que alienta los trastornos de la alimentación. La falta de cariño de los padres es una de las principales razones por las que los bulímicos buscan consuelo en la comida.

Ahórrenme todo eso. No soporto la facilidad con que los expertos culpan a los padres —y sobre todo a las madres— de la adicción a la comida de las adolescentes, de las que están a punto de convertirse en adultas, de las mujeres de mediana edad y de las viejas cascarrabias. ¡Anda ya! Lo siento, pero mi madre era cualquier cosa menos poco afectuosa. Y, dicho sea de paso, la palabra que utilizaría para describir los efectos de los trastornos alimentarios sería «aturdimiento». Los hechos son los hechos, pero el motivo por el que alguien se vuelve bulímico es más complejo que el sobrepeso de su madre, algo que Dorothy no tenía.

Mi madre se esforzó siempre, y especialmente en los primeros años, por ofrecer una visión alegre del mundo. Me dio todo lo que yo quería, al menos dentro de sus posibilidades, pero los años que pasó reprimiendo sus emociones tuvieron su efecto. Antes de que me marchara de casa, sus silencios tenían un trasfondo evidente. Creo

que tenía unos catorce años cuando por primera vez oí discutir a mis padres tras la puerta cerrada de su dormitorio. Recuerdo que corrí al cuarto de Randy y lo encontré escondiendo bajo la cama fotos de mujeres desnudas sacadas de *Playboy*. Asustada, le pregunté si había oído a mamá y papá hablar a gritos de divorciarse. ¿Los había oído? ¿Sí? Su reacción consistió en salir corriendo y dejarme sola con aquellos chillidos apenas amortiguados. ¿Aquel incidente hizo que yo fuera más proclive a tener un futuro de MÁS, mucho MÁS? No lo sé. Si mi madre hubiera tenido el privilegio de participar desde el principio en las revelaciones del diván del psicoanalista, ¿mi insaciable apetito habría quedado relegado al haber una manera menos patológica de satisfacer mis necesidades? Es difícil saberlo.

El 31 de octubre de 2009 habría cumplido ochenta y ocho años. El último Halloween, hacía seis semanas que había muerto. Llevo cuatrocientos nueve días y noches sin mi madre. Yo creía que el tiempo curaba todas las heridas. Mientras espero a que Dexter salga de la clase de natación en mi Tahoe Hybrid, que he aparcado en lo alto del recinto del instituto Santa Mónica, desde donde se divisa el cementerio local, todavía me parece ver a Daphne Merkin en el Polo Lounge, esta mañana, susurrándome con rostro apesadumbrado: «Diane, ¿no crees que volverán con nosotras? ¿No crees que nuestras madres volverán?». Ojalá, Daphne. Ojalá volvieran. Todas ellas. Todas las madres.

Ponerse morada

Woody ignoraba a qué me dedicaba yo en la intimidad de su cuarto de baño. Le maravillaba mi notable apetito, decía que me «ponía morada». Siempre vigilante y alerta, me aseguré de que nunca me

descubriera. Esto no quiere decir que Woody fuera ajeno a mis problemas. Sabía lo insegura que era. Para él debió de ser una verdadera lata tener que aguantar mi constante necesidad de apoyo y ánimos. Cuando *Sueños de un seductor* bajó el telón definitivamente, me costó encontrar trabajo. Parecía que en todas las audiciones me superaban Jill Clayburgh o Blythe Danner, que no estaban «demasiado chifladas». Transcurrió todo un año sin que me dieran ningún papel. Toqué fondo cuando hice un anuncio del desodorante Hour After Hour en el que, vestida con un chándal, mordisqueaba la oreja de mi marido mientras decía: «Hour After Hour no se va hasta que acaba el día». Los atracones eran cada vez peores. ¿Qué habría dicho Woody si hubiera descubierto mi secreto? ¿Por qué no lograba encontrar trabajo? No dejaba de pensar en lo que había dicho Lee Ann Fahey, otra aspirante a actriz, acerca de triunfar antes de los veinticinco. Yo tenía esa edad. ¿Qué iba a hacer? No me bastaba con ser la novia de Woody en versión Ali MacGraw deslucida. ¿Cómo acabaría aquello? Woody me propuso que consultara a una psicoanalista llamada Felicia Lydia Landau.

Así pues, todos los días, de lunes a viernes, caminaba por la Quinta Avenida hasta un anodino edificio de ladrillo de Madison con la calle Noventa y cuatro, entraba en el ascensor, apretaba el botón del sexto piso, recorría un estrecho pasillo y llamaba al timbre de la consulta de la doctora Landau. Cuando ella abría, le decía «hola» y me tumbaba en el diván. Una vez tendida boca arriba, con el techo por horizonte, estaba lista para exponer la historia de mi neurosis. No podríamos haber formado una pareja más dispar: yo, la primogénita de una risueña familia del sur de California; ella, una judía de Polonia que había logrado salir del país la víspera de que lo invadiera Hitler.

Al cabo de un año, durante el cual continuaron las vomitonas,

encontré trabajos esporádicos y aprendí a hablar con el techo tumbada en un diván, por fin farfullé: «Me meto los dedos en la boca tres veces al día para vomitar. Llevo años haciéndolo. Soy bulímica, ¿vale? Y no tengo intención de dejarlo. Nunca. ¿Por que iba a dejarlo? No quiero. ¿Lo entiende? No pienso dejarlo. Se acabó la discusión. Nada de lo que me diga me hará cambiar. Espero que quede claro. ¿Ha quedado claro, doctora Landau? ¿Sí? ¡Muy bien!».

Seis meses más tarde, lo dejé. Una mañana abrí la nevera y no cogí el bote de litro y medio de helado de chocolate con nueces. No sé por qué. Bueno, sí sé que todas aquellas palabras inconexas y frases inacabadas, todos aquellos monólogos formados por oraciones quejumbrosas y deslavazadas que le soltaba durante cincuenta minutos a una mujer de sesenta y cinco años que fumaba un cigarrillo tras otro, tuvieron su efecto. Fue la terapia del habla. La terapia del habla me permitió salir de la adicción. La maldita terapia del habla.

Secretos

Me veía a mí misma como una víctima atractiva, una especie de mártir dulce e incomprendida. Nadie me confundía con la mujer gorda del espectáculo de monstruos de feria. Pero era eso. Y seguía adelante. Me convertí en una experta y, al mismo tiempo, en una impostora. Mi secreto, con todos los pequeños secretos que engendraba, daba pie a un amplio abanico de subterfugios. Me mentía a mí misma, y continué mintiendo. Nunca confesé la verdad de la naturaleza depredadora de la bulimia. Entregué cinco años de mi vida a una insaciable voracidad que debía ser satisfecha a cualquier pre-

cio. Viví al abrigo del aislamiento en una cárcel construida por mí misma con secretos y mentiras.

En una cultura donde la confesión es un medio para ampliar los horizontes económicos, la revelación de un secreto en fecha tan tardía no solo resulta sospechosa, sino incluso vulgar. Ojalá hubiera sido lo bastante valiente para decírselo a mi madre antes de que se viera encerrada en la incertidumbre del Alzheimer. Sin embargo, hace poco se lo he confesado a mis hermanas. Dorrie se mostró comprensiva y Robin me recordó que en los viejos tiempos ya comía un montón de hamburguesas, pero ninguna mostró demasiada curiosidad. ¿A quién le importa ahora, pasados ya treinta años? A nadie, la verdad. La idea de alcanzar el número —¿cuál?— setenta y cinco en la lista de bulímicos famosos es como aspirar a convertirse en una nota al pie de página en un informe sobre trastornos de la alimentación. ¿Por qué tomarse la molestia? Supongo que en parte porque toda confesión es una admisión de culpa, y en parte porque reconocerse como una simple nota al pie de página constituye un ejercicio de humildad. Sé que el hecho de confesar no me ayudará a pintar la favorecedora imagen de mí misma que con gran esfuerzo procuro presentar año tras año. No espero solidaridad. No espero compasión. No espero que nadie me entienda. Lo que espero es librarme de la carga de ocultarlo.

Quizá

El milagro de superar la bulimia es casi tan extraño como ser su esclavo. Nada queda de mi pasada ansia; en el mejor de los casos, conservo cierta tendencia a desconfiar de todo proceso de consumo. Hace veinticinco años que no pruebo la carne. No me siento ni re-

motamente atraída por la preparación de comida. No tengo apetito. Me lo he comido todo y ya he tenido bastante. Cuando era bulímica, mantener un equilibrio entre los extremos de la impulsividad y el control era una especie de actuación. Una vez que dejé de vomitar, la interpretación, la profesión de mi vida, recobró su papel. Empecé a estudiar con Marilyn Fried, quien me ayudó a redescubrir el mundo de la expresión de los sentimientos. Mi compromiso con la profesión se tornó mucho más fuerte que cuando era demasiado joven y estúpida para aprovechar la oportunidad que se me dio en el Neighborhood Playhouse.

Sandy Meisner solía hacer crípticas declaraciones acerca de lo mucho que mejoraría nuestra calidad interpretativa a medida que nos hiciéramos mayores y adquiriésemos experiencia. Ahora que tengo la edad que él tenía cuando insistía en la necesidad de ser más maduro para convertirse en un actor completo; ahora que la vida se ha convertido en algo mucho más atractivo aunque inescrutable, cuesta creer que el conocimiento acumulado que estoy dispuesta a proporcionar no sea siempre lo que interese al público. Supongo que la vida nunca deja de sorprendernos. Al igual que la bulimia, la interpretación constituye una paradoja. A diferencia de la bulimia, la interpretación es un viaje emocionante que se comparte con otros actores. A pesar de que «vivir de verdad en el momento imaginario dado» no siempre es lo que uno tiene en mente, siempre constituye una gran aventura.

Actualmente intento aprender a escuchar con la misma ansia que en su día reservaba para mi obsesión. La terapia del habla me salvó, es cierto, pero escuchar puede ayudarme a ser parte de la comunidad. Quizá pasar a ser una de tantos haciendo algo tan sencillo como añadir mi nombre a una lista de bulímicos —nada, poco o muy famosos— me infunda el valor necesario para cruzar un um-

bral que me permita transformarme en la clase de persona, tipo Atticus Finch, que siempre he deseado ser. Quizá. Cualquier cosa es mejor que la soledad autoimpuesta que sufrí en secreto.

Así pues, brindo en honor de los nombres, todos los nombres, de esa larga, larguísima lista de mujeres corrientes; nombres como Carolyn Jennings, Stephanie Armstrong, Allison Kreiger Walsh, Kristen Moeller, Lori Heny, Margie Hodgin, Gail Schoenbach, Sharon Pikus y, ahora, Diane Keaton Hall.

6

La subida cuesta arriba frente al descenso cuesta abajo

Sonríe y enséñalos

Estaba mi carrera. Estaba Woody. Estaba la doctora Landau. Estaba la lista de mis sueños. Estaban mis obtusos diarios con la serie de citas que acompañaban a mis preocupaciones. «Antes me preocupaba ser tal. No saber más. Pero ahora, ahora ya no me preocupa» (un residente de Coney Island de sesenta años). «Por favor, juntaos un poco más separados» (Michael Curtis). «Ves a alguien por la calle y te fijas exactamente en sus defectos» (Diane Arbus). «Deseaba ser muchas cosas, y además la grandeza. Era una tarea imposible. Nunca consiguió aprender a amar de verdad a otra persona, solo a que lo parecieran» (una nota de suicidio). «Mira, no tienes tanto tiempo» (Walker Evans).

En Nueva York empecé de nuevo a hacer collages. Estaba la serie llamada *Sonríe y enséñalos*, realizada con fotos de dientes en mal estado sobre las que pegué frases como «No sabía que los dientes pudieran ser tan interesantes», «Este paciente de mediana edad se presentó en nuestra clínica de cirugía dental con el caso más grave de lengua pilosa que se ha visto en este centro» y «Se cree que los dientes de Hutchinson son una manifestación bucal de la sífilis congénita». Había un cuaderno de dibujo negro que titulé *Nervinguas*.

En cada página pegaba una foto de una persona recortada de una revista, le borraba la cara y pegaba necrológicas encima, y debajo, un nombre al azar. ¡Guau! Por último, había un montón de libretitas ilustradas con frases extraídas de libros antiguos que compraba en un mercadillo de la calle Veintiséis: «Me pirra», «Daño, daño, daño, daño, daño», «¿Quién soy?», «Todos morimos», «El círculo vicioso de la obesidad», «"No", dijo sin dar su brazo a torcer. "No lo hagas"», ¿Qué puedo decir salvo que es cierto?

La mayor parte de mis actividades creativas no eran más que paparruchas, un seguro contra la posibilidad de caer de nuevo en las cajas de dos libras de crocantes de cacahuete See's Candies. No creo que mis soluciones artísticas a los problemas psicológicos fueran lo mismo que los collages, los diarios y las fotografías de mi madre. Yo tenía suerte porque era joven y disponía de más válvulas de escape para ayudarme en mi lucha o, como mínimo, para vivir con lo que la doctora Landau denominó «ansiedad neurótica». En la costa Oeste, mi madre volaba por su cuenta.

Todas mis experiencias culturales venían de la mano de Woody Allen, mi pareja. Me llevó al cine a ver *Persona*, de Ingmar Bergman, y *El discreto encanto de la burguesía*, de Luis Buñuel. En Madison Avenue contemplamos los cuadros del expresionismo alemán en la galería Serge Sabarsky. Fuimos al Museo de Arte Moderno a ver una exposición de Diane Arbus organizada por John Szarkowski. Fui a clases de dibujo y serigrafía. Aprendí a positivar mis fotografías. Con la doctora Landau analicé el pasado frente al presente y el presente a causa del pasado. Ella me introdujo en el concepto de «envidia del pene» de Freud. Las feministas decían que este consideraba a las mujeres como hombres fallidos. Nos dio por hablar de la envidia. Resultó que yo tenía mi propia ración por examinar antes de poder comprender la mayoría de mis problemas emocionales.

Aunque seguía añorando la tutela de una madre, en Landau encontré una sustituta ideal. No tenía nada que ver con la encantadora oyente que era mi madre. No nos sentábamos en la cocina ni compartíamos risas. Sin embargo, Landau fue fundamental para mí. No me cogía la mano mientras, escuchando en silencio mi constante chachara, intentaba que me diera cuenta de lo inútil que era confundir la fantasía con la realidad.

Landau sabía que el mundo estaba habitado por otros y no solamente por Diane Hall, del condado de Orange. Fue una gran representante de todas las personas que había en mi vida. Su objetivo era ayudarme a aceptar y manejar mis grandes expectativas. Su teoría de que la realidad era más interesante que la fantasía me entró por un oído y me salió por el otro. Escoger la libertad de no ser interesante no se avenía conmigo. A pesar de lo mucho que lo intento, y lo intenté mucho, nunca encontré un hogar en los brazos de un hombre.

Al final dejé el estudio de la calle Ochenta y dos, con su bañera en la cocina, y me mudé a un apartamento nuevo de la Setenta y tres con la Tercera. Estar a tres mil millas de distancia de mi madre me ayudó a capear cualquier sentimiento de culpa que tuviera por haberla abandonado. Me hallaba metida en una nueva tarea: la de combatir las heridas autoinfligidas realizando actividades que me mantenían alejada del cuarto de baño del final de pasillo. Pero por encima de todo estaba...

Mi carrera

En 1971 me dieron un papel en la serie de televisión *FBI*, cuyo protagonista era Efrem Zimbalist Jr. He aquí lo que recuerdo: nada....

salvo que antes de contratarme los productores investigaron mis antecedentes para asegurarse de que no era una delincuente.

También conseguí un papel de estrella invitada en la serie *Mannix*, protagonizada por Mike Connors. Mi primera escena en el episodio titulado «El color del asesinato» era un monólogo de dos páginas. Como asesina armada con una pistola, tenía que gritar y chillar en medio de un almacén vacío hasta que al final me derrumbaba y confesaba. Aterrorizada, rompí a llorar y supliqué que me dejaran marchar. «Toque» Connors, como lo llamaban afectuosamente por su época de jugador de baloncesto en la Universidad de California en Los Ángeles, pidió a todos que salieran del plató y repasó conmigo la escena tantas veces como hizo falta. Me enamoré de él. No todas las grandes estrellas son lo bastante amables para dedicar su tiempo a una actriz novata y asustada. «Toque» tiene en la actualidad ochenta y seis años y vive con Mary Lou, su mujer desde hace más de cincuenta.

En 1972 se me presentó mi gran oportunidad —o eso me pareció— con la versión cinematográfica de *Sueños de un seductor*. Susan Anspach, que había sido la pareja de Jack Nicholson en *Mi vida es mi vida*, se unió al reparto. Me sentí fascinada por su aire misterioso hasta el día que se me acercó para decirme que no sonriera demasiado porque me saldrían arrugas.

He aquí lo que no puedo olvidar de *El Padrino*: a Dick Smith, el famoso y oscarizado maquillador, y a Al Pacino. Fue Dick Smith quien tuvo la idea de ponerme una peluca rubia de diez libras que me pesó como una tonelada de ladrillos durante todo el rodaje. Llegué a odiar la peluca casi tanto como el lápiz de labios rojo y los trajes almidonados con hombreras que Theadora Van Runkle diseñó para recrear la época. Ignoro por qué me dieron el papel de joven WASP, blanca,

anglosajona y protestante. Estoy convencida de que me habrían dejado marchar de no haber sido porque los de Paramount le rogaron a Francis Ford Coppola que echara a Al, hasta que se quedaron boquiabiertos al ver las tomas del asesinato del capitán McCluskey a manos de Michael Corleone. De alguna manera logré que no se fijaran en mí, pero no habría supuesto una gran diferencia si me hubieran sustituido. No era más que una WASP con peluca rubia en el mundo de *El Padrino*.

Conocí a Al Pacino en el bar O'Neals', cerca del Lincoln Center. Acababan de nombrarlo la estrella más prometedora de Broadway por su trabajo en *Does a Tiger Wear a Necktie?*, una obra muy elogiada por la crítica. Nos habían dicho que era mejor que nos conociéramos antes de realizar las pruebas para *El Padrino*. Yo estaba nerviosa. Lo primero que me llamó la atención de Al fue su nariz. Era larga como un pepino. Lo segundo fue la rapidez con que se movía. También él parecía nervioso. No recuerdo que habláramos del guión, pero sí me acuerdo de su formidable nariz aguileña en el centro de un rostro que sigue siendo notable. Fue una lástima que no estuviera disponible, pero tampoco yo lo estaba. Aun así, durante los siguientes veinte años Al Pacino fue mi único «grande inalcanzable» recurrente.

En 1973 Woody Allen me dirigió por primera vez. Fue en *El dormilón*, y el trabajo fue pan comido hasta que Woody decidió que no estaba satisfecho con la escena que nos disponíamos a rodar. Se metió en su caravana y salió media hora más tarde con un nuevo guión. Su personaje se había convertido en la Blanche DuBois de *Un tranvía llamado deseo*, y el mío era el Stanley Kowalski interpretado por Marlon Brando. ¿Marlon Brando? Aparte del día que me lo presentaron en los ensayos de *El Padrino*, nuestro único otro encuentro había tenido lugar cuando nos cruzamos en el plató duran-

te el rodaje, me miró y dijo: «Bonitas tetas». Eso no iba a servirme de ayuda. Entonces me acordé de *La ley del silencio* y de la frase de Brando: «Podría haber sido un aspirante al título. Podría haber sido alguien en vez de un vagabundo, que es lo que soy». La repetí para mis adentros una y otra vez antes de memorizar los diálogos. Al final Woody y yo interpretamos nuestra parodia de *Un tranvía llamado deseo*. Pero lo que queda es el recuerdo de las palabras de Terry Malloy: «Podría haber sido alguien en vez de un vagabundo, que es lo que soy».

Entonces llegó «El Padrino II»

Estaba asustada mientras esperaba a que Francis y Al ensayaran la escena de la que ahora digo: «Fue un aborto». Me decía a mí misma que ni Al Pacino ni *El Padrino* me importaban, pero sí me importaban. En especial Al Pacino. Al salía con Tuesday Weld. Jill Clayburgh estaba fuera o rondando por ahí, como tantas otras. Al había ascendido vertiginosamente. Se había convertido en una figura destacada de las carteleras de la ciudad. Era Michael Corleone. Era Serpico. Cuando comenzaron los ensayos, no nos hablábamos. O mejor dicho: él no me hablaba. Puede que yo hubiera dicho algo que había herido sus sentimientos, no lo recuerdo. En cualquier caso, antes de nuestro supuesto altercado me las había arreglado para congraciarme con él enseñándole a conducir en el aparcamiento del hotel Cal Neva del lago Tahoe.

Al nunca recordaba dónde estaba el freno y tampoco parecía comprender la diferencia entre el intermitente derecho y el izquierdo. Lo peor y más peligroso era que mantenía el pie en el acelerador aunque le repitiera una y otra vez que tenía que pisar el fre-

no si quería detenerse. Todo esto fue motivo de muchas risas, pero también de una conducción francamente arriesgada. En algunos aspectos Al me recordaba a Randy, era tan sensible que era insensible a cuanto lo rodeaba. Sé que puede resultar raro como descripción del Padrino, pero a veces juraría que Al creció como un ser asilvestrado. Había cosas normales que desconocía por completo, como disfrutar de una comida en compañía de otras personas. Se sentía más cómodo comiendo solo y de pie. No parecía llevarse bien con las mesas ni con las conversaciones que la gente sostiene sentada a ellas.

Ensayamos la escena como si todo fuera la mar de bien. Cuando Francis decidió rodarla, cada toma pareció algo completamente inesperado, sobre todo la bofetada de Michael Corleone. Esa era una de las características más irresistibles de *El Padrino*: la apariencia de formalidad que ocultaba la violencia desencadenada escena tras escena. Hace poco asistí a una proyección de la película y me enamoré de nuevo de Al. Del lote completo. ¿Y saben cuál fue mi conclusión? Pues que tanto mejor si había crecido asilvestrado, tanto mejor si no sabía conducir, tanto mejor si no me quería, tanto mejor que se enfadara sin motivo. Valía la pena, todo valía la pena simplemente por estar con él en esa escena, por sentir tan solo su rostro junto al mío. Yo era Kay, un personaje con el que nunca me identifiqué y que sin embargo me proporcionó lo poco que sé de Al Pacino. Para mí *El Padrino*, las tres películas, solo trataban de una cosa: de Al. Tan sencillo como eso. En cuanto al papel de Kay, ¿en qué se resumía? En la imagen de una mujer de pie en un pasillo esperando que le dieran permiso para ver a su marido.

Anotación del diario. Dick Smith, 1974

Es temprano. Me han dado la habitación 404 del Sheraton, en el centro de Los Ángeles, frente a MacArthur Park. Tengo buenas vistas. La habitación me gusta. Tiene ventanas saledizas. Por ellas veo gente que va y viene, a Francis en su limusina, a Dean Tavoularis en su Mercedes. El pasado viernes veinticuatro personas murieron en un incendio a solo unas manzanas de aquí.

Estoy harta de la escena. Francis no tardará en aparecer. Tengo miedo. Dick Smith sostiene sus pinceles cerca de mi rostro. Sé que tengo que dejar de escribir. Insiste en que los actores nos estemos quietos en el sillón de maquillaje. Me pregunto si se comportaba igual con Marlon Brando. Huelo la naranja que uno de sus ayudantes está comiendo. Veo el vapor que sale de un cazo donde hierve agua.

Dick Smith, 2011

Belmont Village, una residencia de ancianos de Burbank, es el hogar de unas señoras que cenan a las cinco y media, de al menos una docena de héroes de la Segunda Guerra Mundial, de unos cuantos jovencitos de sesenta años, de varios octogenarios que luchan por sobrevivir y ahora también del artista y poeta John Randolph Hall, mi hermano. En la puerta del dormitorio de Randy hay un cartel donde se lee: POR FAVOR, NO ENTRAR. ESTOY APRENDIENDO A PENSAR. Y así es.

Todos los sábados Randy y yo damos un paseo hasta Foster's Freeze para tomarnos un cucurucho de helado de vainilla. Y todos los sábados vemos a Dick Smith sentado en una silla del vestíbulo.

Dick Smith, el oscarizado maquillador, también vive en Belmont Village. La semana pasada Randy llevaba el gorro de lana encajado hasta las orejas, y yo, un sombrero hongo que me rozaba las gafas. Cuando entramos en el ascensor, Dick Smith subió con nosotros. Sabía que no le gustaban los sombreros, pero cuando me dijo: «Quítese ese sombrero», le respondí: «Gracias, Dick, pero prefiero llevarlo puesto». Entonces alargó el brazo y le quitó el gorro a Randy.

A Dick nunca le gustaron los sombreros. Cuesta entenderlo. También cuesta comprender por qué Gordon Willis, el director de fotografía de las tres partes de *El Padrino*, odiaba a los maquilladores como Dick Smith. Pero no les quepa la menor duda de que Dick Smith también odiaba a Gordon Willis. Es posible que Randy y yo, ocultos bajo la seguridad de nuestros tocados, le hiciéramos recordar su resentimiento hacia Gordon Willis o incluso hacia Marlon Brando, el bromista. Es posible que las famosas excentricidades de Marlon Brando o el sombrero de fieltro gris que llevaba cuando Don Vito muere en su huerto de tomates estropearan demasiadas veces las prótesis y el maquillaje que habían reportado un Oscar a Dick Smith.

Lo único que sé es que Dick Smith ha vuelto y sigue odiando los sombreros. Marlon Brando también volvió. Hace nueve años, cuando recorría un pasillo del centro médico de la Universidad de California en los Ángeles, lo vi caminar en mi dirección arrastrando los pies y apoyado en un amigo. Esa vez no hubo ningún «Bonitas tetas». Me miró con expresión ausente. Dick Smith, que se halla en las primeras fases de la enfermedad de Alzheimer, me mira todos los sábados. ¿Qué ve? ¿Una mujer inapropiada junto a un hombre igualmente inapropiado que pasean por el vestíbulo de su hogar, ambos con un sombrero en la cabeza? Yo sé lo que veo: un hogar habitado por numerosos individuos únicos que probablemente no tardarán en formar parte de lo que Duke llama el Mar de Cruces Blancas.

«La última noche de Boris Grushenko»

Woody me escribió durante todo el rodaje de *La última noche de Boris Grushenko*. Yo era su «querida tontita». Él era mi «cosita blanca». A pesar de que tenía un cuerpo sano y bien proporcionado, él lo trataba como si fuera un extraño surtido de miembros inconexos. Sus pies nunca tocaban el suelo. Siempre estaba en manos de un médico u otro. Formábamos una pareja curiosa, a cual más reservado. Los dos llevábamos sombrero en público y él siempre me cogía de la mano; mejor dicho, me la agarraba y no la soltaba. Había que evitar a la gente. Yo definía a Woody como un cruce entre la «cosita blanca» y una de esas cucarachas que nunca conseguimos matar. Compartíamos la pasión por torturarnos mutuamente con nuestros respectivos defectos. Woody era capaz de lanzar insultos, pero yo también. Nos pirraba humillarnos el uno al otro. Sus análisis de mi personalidad eran acertados y —¡cómo no!— desternillantes. Ese lazo sigue siendo el núcleo de nuestra amistad y, por mi parte, de nuestro amor.

Hola, gusana:

Tenemos tiempo suficiente para ensayar, pero no tanto como en Los Ángeles. De todos modos, creo que *La última noche de Boris Grushenko* será más fácil que *El dormilón* porque no hay tantas... caídas, planchazos y numeritos con agua... Nuestros diálogos deberían ser vivaces y frescos..., pero ya llegaremos a eso..., así que, cariñito, hablaré contigo pronto.

También he acabado el primer borrador de dos artículos para *New Yorker*. Mi libro —*Cómo acabar de una vez por todas con la cultura*— es un éxito en Francia. Caramba. Sigues siendo una flor... muy, demasiado delicada para este duro mundo de fealdad, y Do-

rrie es una flor y tu madre es una flor y tu padre un vegetal y Randy es una flor y Robin es un gato. Yo sigo siendo un hierbajo. Te llamaré.

WOODY

Hola, gusana:

Estoy sacando unos calcetines viejos de mi bolsa de viaje para hacer sitio a las semillas de girasol de algún idiota. ¿Adivinas quién es? Tú, querida mía, eres mi cruz.

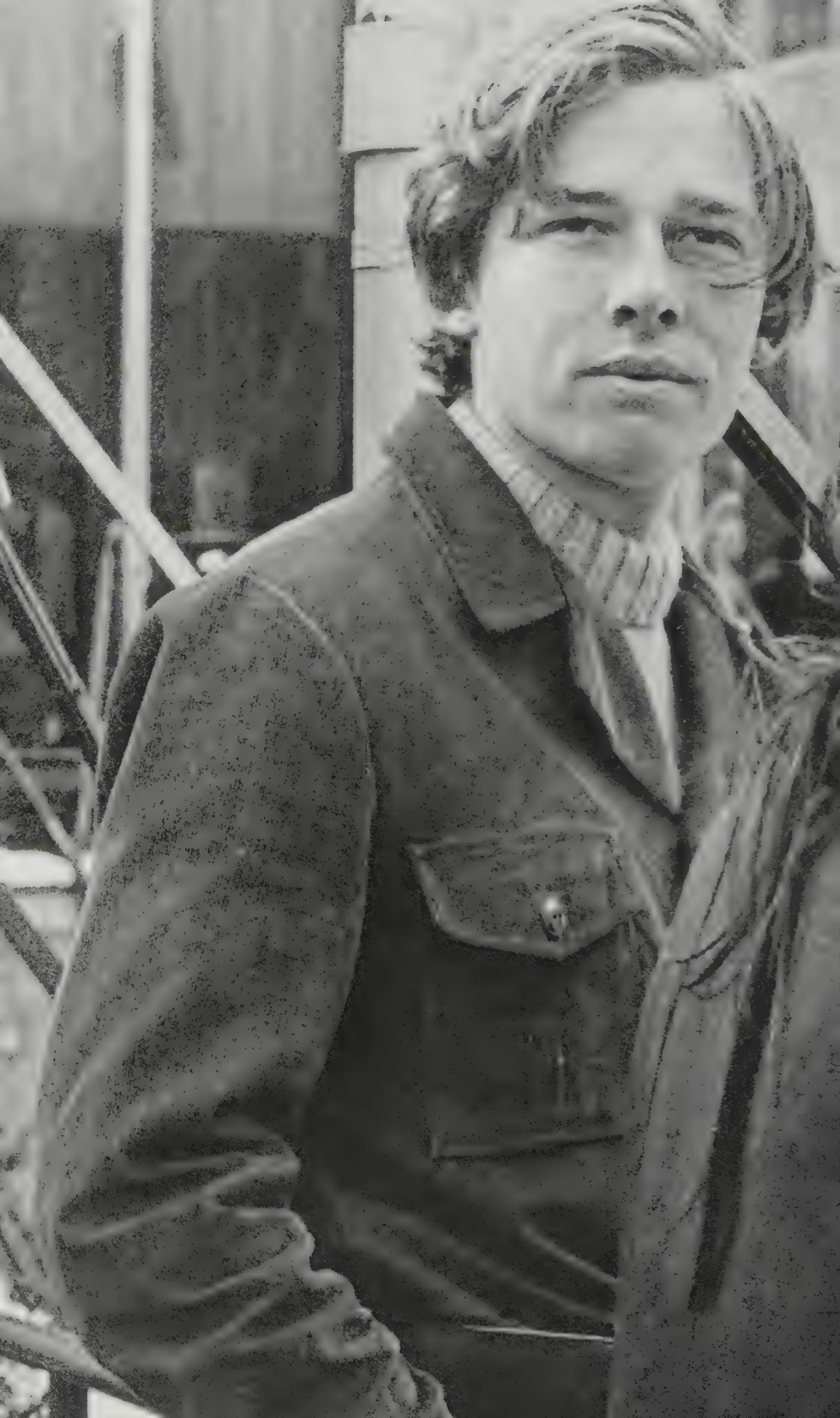
Así que todos dicen que soy un genio, pero tú, pequeña larva acuática, tienes más sentido común. ¿Estás segura de que no me llaman «cosita blanca»? «Y se cambia de ropa interior para dormir.» ¿Y todas las cosas que prefieres llamarme antes que genio? Me torturan los más increíbles sueños sexuales que giran en torno a ti y a un gran sujetador 2E que habla ruso.

Ese genio avispado y buen hombre, WOODY

Cabeza hueca, tontita:

¡He decidido dejar que tu familia me haga rico! Resulta que forman un material de primera para una película. Una película de lo más seria, aunque una de las hermanas está loca y es una payasa. (¡Creo que ya sabes cuál, cariño!) No te he mandado una carta larga porque vas a venir pronto a París. Me pregunto si tus observaciones sobre mi familia hacen que parezca tan rara como yo veo a la tuya. ¿Tienes alguna idea acerca de mi padre y mi madre? Me lo imagino. Un ciego viendo a otro ciego. La otra noche tuve un sueño tierno sobre mi madre y yo. La primera vez que sueño con ella desde hace años. No sé por qué. En el sueño lloraba y me comía mi colada. No, lo digo en broma; me comía su pollo asado, que sabe peor.

Besos del fabuloso Mister A, un hombre con un humor curativo.



Mamá y el descenso cuesta abajo, 1975

Estoy sentada en el cuarto de la televisión, con mi elegante bata azul y blanca y rulos calientes en el pelo, a ver si puedo ir presentable a mi trabajo de una tarde a la semana. ¿Por qué soy una conformista compulsiva? ¿Por qué llevo siempre un pañuelo al cuello? ¿Por qué siempre me rocío de laca el pelo para controlar el peinado? ¿Por qué mis zapatos siempre hacen juego con mis pantalones? ¿Por qué siempre fuerzo una sonrisa cuando me cruzo con alguien? ¿Por qué hago todo eso? No lo sé. Me siento como si estuviera bajo un pie de opresión mientras tomo el último sorbo de café y doy la última calada a mi cigarrillo Parliament. No fumo. ¿Por qué estoy fumando?

Anoche fue el comienzo de un incómodo y continuado silencio. Maldigo estas oleadas de inseguridad. No soy nada para nadie. La gente me mira y ve una mujer de mediana edad que va cuesta abajo. Los cincuenta y cinco se acercan. Mi cerebro se encoge. Si hay algo que no quiero perder es mi capacidad de pensar. Me siento vieja e intolerante. Es como si me estuviera desconectando del mundo. No me gusta. No tengo que beber tanto alcohol.

Todo empezó el domingo de Pascua. Jack y yo fuimos a ver a Mary para ayudarla con el calvario de la declaración de la renta, que se ha negado a pagar. Como era previsible, nada más abrir la puerta lanzó una diatriba contra el maldito gobierno. Jack pasó horas de angustia y dolor mientras ella justificaba su negativa a presentar la declaración de la renta en California, y eso que ya había recibido varios avisos sobre discrepancias con otras anteriores. Jack le advirtió que había estado jugando con fuego, pero ella no quiso oírle. «Que vengan, no me importa. Me haré la tonta. Eso haré. No tengo miedo.» Jack estuvo a punto de perder la paciencia. «Maldita sea, madre, déjame seguir con esto. Estoy cansado y no quiero que me des más la lata.»

Yo había comprado estofado de ternera, pero ella no hizo más que quejarse también de eso. Que si Iowa es el único sitio donde se puede encontrar ternera tierna. Que si la comida de Los Ángeles es mejor dejarla estar. Que si solo está buena la de las cafeterías. Luego la emprendió con Randy y sus poesías. «¿Qué quieren decir sus versos? ¿Se puede saber quién ha oído hablar de que alguien escribiera acerca del apio? Es un poema que no se entiende, como el de las rosas son rojas y las violetas azules. No sé de qué habla Randy, no lo entiendo.» Y luego, como si quisiera torturarme, volvió a la carga. «¿Y qué hace exactamente Robin aparte de cuidar a gente que está a punto de morir?», y «¿A Dorrie le gusta ese tal Peter? ¿Qué nacionalidad tiene, si puede saberse?», y «¿Qué pasa con Diane, que vuela de regreso a Nueva York antes de Pascua? ¿Es que no quiere estar en casa? Supongo que no le gusta volar, ¿no? En eso se parece un poco a Jack. El mundo está loco». Y siguió y siguió. Lo único que pensé fue: ¿Qué ha pasado? Por Pascua hacíamos cosas en familia. Yo confeccionaba vestidos para los niños. Íbamos a la iglesia. Cocinaba. Estábamos todos juntos, Dorrie, Randy, Robin y Diane. Todos juntos. Han cambiado muchas cosas. Cuando pienso en mis cuatro hijos, recuerdo que cada cuerpecillo tibio significaba para mí algo que nunca podré expresar con palabras. Nunca.

Cuando volvimos a casa Dorrie llamó para decir que no iba a venir. Intenté leer, pero no podía quitarme a Dorrie de la cabeza. ¿Por qué no viene a verme? Intenté apartar esos pensamientos. Empecé a pensar en cosas que deseaba hacer, pero me dije que no debía hacerlas. No dejaba de pensar que si me siento tan miserablemente inadaptada a esta vida, mi ausencia solo se notaría durante poco tiempo. En cualquier caso, mis responsabilidades con la familia se han acabado. Ya no me buscan para que los oriente. Es más bien como si estuvieran obligados a ser responsables de mí. Ya nadie busca mi compañía. Sea lo que sea lo que he permitido que ocurra, es algo que ha traído consigo esta terrible

falta de confianza. Me siento acobardada. No tengo a nadie con quien compartir mis preocupaciones. A NADIE. *Me he dejado arrastrar hasta una situación lamentable, y no solo lamentable, sino también estancada. Trato de hablar con Jack, pero no puedo. No le interesa. No quiere* ESCUCHAR.

Abrigo el secreto deseo de marcharme sola y hacer lo que me dé la gana. ¿Por qué no lo hago? Sería mejor que ir con Jack a la subasta de viviendas embargadas, como hicimos la semana pasada. La radio del coche no dejaba de vociferar noticias horribles sobre Idi Amin Dada, que está fusilando a sus opositores en Uganda. Le pregunté a Jack dónde estaba el dial de la onda media, pero él no dejaba de señalar el botón. «Cambia de emisora, Dorothy, CAMBIA DE EMISORA. *» «¡No me grites!», le dije. «¡No te estoy* GRITANDO!*» Luego silencio.*

Pasamos junto al centro comercial de South Coast Plaza, donde están construyendo el nuevo I. Magnin's cerca de Bullock's. Seguimos en silencio mientras pasábamos junto a Long Beach, Downey, la City of Commerce y Torrance. Cuando cogimos la salida de Magnolia vi un camión volcado, pero ni me fijé porque estaba muy enfadada y solo pensaba en que no puedo vivir más tiempo según la lista de normas de Jack. Estoy harta de sentirme asfixiada por todo ese parloteo sobre bienes raíces e impuestos, sobre cómo comprar y sobre dinero, dinero y más dinero. Pasamos junto a un cartel de Motel 6, junto a una iglesia luterana, junto a un templo judío y junto a una tienda de coches usados donde vi Toyotas, Ford Torinos, Chevrolets Vega, Pintos y Datsuns, y seguíamos sin hablar. Pasamos junto a un hombre sentado al volante que se cardaba el pelo para que le quedara de punta. Un avión aterrizó en el aeropuerto internacional de Los Ángeles. Hacía calor. La subasta empezó a las diez. Quería marcharme.

Yo he creado esta soledad. Me ahogo en la peor depresión que recuerdo. Siempre he intentado ocultar mis sentimientos. Parece que las

cosas, incluso las pequeñas, alteran mi frágil visión positiva. Sucumbo al lado oscuro. En el pasado luchaba con todas mis fuerzas contra estos ataques y fingía mucho. Me decía: «No estoy deprimida. No lo estoy». Disimulaba, lo negaba en mi esfuerzo por parecer «normal». Cuando estaba a solas con los niños me mostraba atenta, participativa, interesada y cariñosa. El fingimiento empezaba cuando Jack volvía a casa del trabajo. Palabras y actitudes fingidas para ofrecer un ambiente de tranquilidad. Alguien, no recuerdo quién, me comentó una vez: «En tu casa nadie se enfada ni levanta la voz». Era una acusación, pero entonces me pareció el reconocimiento de los logros de una buena madre.

Y por último...

Esto resultará extraño porque voy a ser sincera. Por sincera quiero decir que no voy a ahorrarme los detalles, como suelo hacer. Estoy sentada delante de la chimenea, el fuego arde: está quemando una silla del comedor. Estoy un poco temblorosa, pero no desorientada, frustrada, incoherente ni ilógica. La silla se ha quemado casi del todo. Me da igual. Anoche tiraron todas mis fotos enmarcadas. Hay cristales rotos por todas partes. Las flores que envió Diane están esparcidas por el suelo. La mesa tiene una gran melladura. Tengo magulladuras en la cara y moretones en los brazos y las piernas. ¿Adónde demonios ESTAMOS LLEGANDO?

No puedo desahogarme como hace Jack. Ahí reside nuestra incompatibilidad. Mi furia se manifiesta en un comportamiento frío e insoportable. Me carcome hasta que explota. No sé por qué constantemente desafío a Jack. Es algo que no puedo controlar. Él dice que la ensalada de Coco's está buena. Me quedo callada porque no ha dicho: «Pero no tan buena como la tuya». Me pregunta si he cortado el seto del jardín y

le contesto «¿Por qué quieres saberlo?». Me pregunta adónde me gustaría ir a cenar y le respondo: «No lo sé». Él dice: «¿Qué tal en Dillmans», y le digo: «Siempre vamos a donde tú quieres». Me dice: «Echan un programa bueno en la televisión», y le contesto: «He leído que no es gran cosa». Me pregunta: «¿Qué hay para cenar?». Le digo: «Te gustará», y él contesta: «Una respuesta típica de Dorothy». Y ya estoy furiosa toda la noche. No sé cuántas veces me he dicho que nadie piensa en mi bienestar salvo yo. Mi cuidado está en mis manos.

Jack me ha dejado una nota: «Ojalá me abandonaras de una puñetera vez». Le he llamado para decirle que eso quería. TONTERÍAS. *Estoy enfadada. Me siento totalmente incomprendida. Sé que la situación no mejorará nunca. Cuando pienso en Jack, no sé qué se apodera de mí. NO quiero quejarme. NO me quejaré, pero* DESEO *algo mejor. Tengo derecho y, en cierto modo, también la responsabilidad. Necesito un estímulo. Tras una vida trabajando y haciendo planes para la familia necesito otras personas. La cabeza se me va cuando me paso todo el día sola en casa. Después de lo de anoche pensé que prefería suicidarme antes que sufrir la tortura de perder la cabeza.*

De Diane

Mamá, el cerebro te suministró una sobrecarga de información negativa a la que te aferraste como si te fuera la vida en ello. ¿Por qué no pudiste dejar de fustigarte y de fustigar a los que te rodeaban, por ejemplo a papá? Debía de resultar difícil tener en cuenta lo que fue crecer sin un padre y en un hogar de locos donde solo el dinero era importante, y por añadidura, con Mary Alice Hall como madre. Criarse en semejante ambiente no hizo de papá un liberal afable. No creas que no recuerdo sus entradas en casa y cómo rompían la ma-

gia que creábamos con aquella especie de temida realidad. No te pasaba solo a ti, nos pasaba a todos nosotros.

Como destinatario de cualquier reconocimiento público que pudiera cosecharse en el ámbito de la ingeniería civil en el condado de Orange, papá era una persona dinámica. Tú seguiste un camino diferente. Tú leías a Virginia Woolf, que se suicidó tirándose a un río, y a Anne Sexton, que se encerró en un coche y dejó el motor en marcha. Tú tenías una percepción poética del lenguaje, un rostro bello y un encanto irresistible, casi sobrehumano; pero ninguno de estos dones te sustentó. En 1975 tu mejor amigo, tu diario, se había convertido en tu única válvula de escape. Nuestra pandilla de cinco se había disuelto. Tú escribías tu historia, lo entiendo, mamá, pero ¿de verdad tenía que ser tan penosa? ¿Cuándo iba a mejorar todo? ¿Cuándo iban a reaparecer por escrito los pensamientos positivos?

Si te hubiera dicho lo mucho que me gustaba el sonido de tu risa, ¿te habrías sentido más orgullosa de ser quien eras? Si hubiera logrado que comprendieras cuánto me enorgullecía ser la hija de una ex Mistress Los Ángeles realmente especial, ¿habría cambiado algo? Si hubieras sabido lo rápido que corrí a casa al salir del instituto Willard el día que Dave Garland me clavó un dedo en el sujetador con relleno para burlarse de mí, ¿te habrías dado cuenta por fin de que eras irreemplazable? Si te hubiera recordado el placer que me producía estar en la cocina contigo y ver cómo te preparabas el tentempié de media tarde, con cheddar, galletas y pepinillos, ¿habría cambiado algo?

¿Recuerdas cuando los miércoles por la noche dábamos vueltas por el centro de Santa Ana después de que cerrara Bullock's? ¿Recuerdas cómo, sentada a tu lado en el coche, buscaba posibles «hallazgos»? ¿Recuerdas cómo me bajaba del coche y revolvía en los cubos de la basura para ver si encontraba un tesoro? ¿Te lo pasabas tan

bien como yo? ¿Fue emocionante vigilar que no hubiera moros en la costa antes de que yo metiera en el maletero aquel estante de baño casi nuevo? Recuerdo que nos pareció perfecto. Y también tú lo eras. Eras el hallazgo perfecto. ¿Podía haber algo más divertido que volver a casa en nuestro Buick familiar, cuando vivíamos en las afueras, solas las dos, convirtiendo en extraordinaria una tarde ordinaria? ¿Recuerdas cuando me contaste que en La Mirada habían abierto una tienda llamada Ohrbach's, donde se podían comprar productos de marca por una cuarta parte de lo que costaban en Bullock's? ¿Recuerdas la vez que me dio un berrinche porque no me invitaron a entrar en Zeta Tee, la segunda mejor hermandad de alumnas del instituto Santa Ana, a pesar de que sí se lo habían pedido a Leslie? Me dijiste que tuviera paciencia, que Zeta Tee podía esperar; además, las chicas eran un poco vulgares, ¿y acaso no se quedó embarazada la más enrollada de todas? Y de repente oí: «Oh, Dios mío, Diane, mira. Tienes que ver esto», o «Di-annie, mira eso». Y miré y vi a un muchacho de lo más normal que pasaba delante de mí y de Ed's Pizza, en la esquina de McFadden con Bristol. No fue nada pero fue importante. No era más que un muchacho corriente que pasaba por allí, pero de algún modo aquello resultó inolvidable y me ayudó a distraerme de tragedias como la de no haber logrado entrar en Zeta Tee.

¿Nunca te felicitaste por tu mejor regalo, que era ser tú misma? Lamento que esas pequeñas recompensas no fueran suficientes. Sé lo que son las grandes expectativas. ¡Ay, mamá, mamá, fuiste una chica tan animosa en tantos sentidos! Desearía haber podido hacer que el desengaño de tus ambiciones frustradas desapareciera por arte de magia con el recuerdo de nuestras aventuras de los miércoles por la tarde, ahora perdidas en el tiempo.

¿Acaso escribir tanto en el diario empeoró las cosas? ¿Agravó tu

aislamiento? Ojalá pudiéramos volver a montar nuestras vidas y tomar un par de decisiones diferentes, ¿verdad, mamá? ¿Adónde nos habría llevado eso? Ahora estoy sola, haciendo malabarismos con unos recuerdos que también son los tuyos. ¿Habrías aprobado mis decisiones? ¿Estoy ofreciendo una imagen errónea de ti? Nunca lo sabré. Únicamente confío en que perdones que haya puesto al descubierto tus demonios, pero en mi defensa diré que lo escribiste muy bien. Querías que yo lo compartiera, ¿verdad? Eso espero. Ojalá no sea demasiado tarde para volver atrás y comprender lo que sentías.

Prioridades mentales. Abril de 1975

Día 1. Mi energía es alta. Día 2. Mi motivación es alta. Día 3. Mi empuje es alto. Día 4. Mi crecimiento espiritual es elevado. Día 5. Me hallo en un plano superior. Día 6. Estoy expulsando de mi sistema los elementos indeseables. Día 7. He alcanzado un nivel espiritual bello y elevado. Día 8. Me gusto. Día 9. Hago cosas con sentido, pienso con lógica, me muevo con gracilidad y soltura. Día 10. Me amo a mí misma: soy hermosa por dentro y por fuera. Día 11. No me siento agobiada cuando Jack está cerca. Día 12. Todavía conservo mi belleza y mi actitud personales. Día 13. Muestro amor y me siento interiormente estable. Día 14. Soy más grande. Día 15. Estoy preparada para aceptar los comentarios de los demás dándome cuenta de que no conozco sus verdaderas intenciones ni su verdadero significado. Día 16. Soy capaz de recuperarme mentalmente. Día 17. Soy positiva. Día 18. Ayudo a sacar lo mejor de la gente que me rodea. Día 19. Diane, Randy, Robin y Dorrie se hallan todos bajo mis ondas mentales. Día 20. Jack también está bajo la misma onda. Día 21. Valoro mis destellos de pensamiento crea-

tivo. Día 22. Aparto por completo los pensamientos negativos y reacciono ante las situaciones de manera apropiada. Día 23. Me siento orgullosa de mi ser espiritual y de mi crecimiento en ese terreno. Día 24. Creo que la espiritualidad lima las asperezas de la realidad. Día 25. Estoy delgada, treinta y cinco libras. Día 26. Estoy pasando por la crisis de la mediana edad y superándola. Día 27. Capto las necesidades de los demás. Día 28. Adquiero conocimientos continuamente. Día 29. Soy la beneficiaria de todo aquello con lo que me rodeo. Día 30. Enriquezco mi entorno de todas las maneras que sé. Día 31. Estoy desarrollando mi mente y utilizándola en mi continua búsqueda de conocimiento.

Días de la semana

Domingo 2: SÉ SANA
Lunes 3: ADELGAZA
Martes 4: VENDE LA CASA DE COLLINS ISLAND
Miércoles 5: MÚDATE A UN LUGAR LIMPIO Y ORDENADO
Jueves 6: HAZ NUEVAS AMISTADES
Viernes 7: CULTIVA LAS VIEJAS
Sábado 8: VIAJA
Domingo 9: CRECE MENTALMENTE, EXPÁNDETE
Lunes 10: TEN MÁS CUIDADO AL...
Martes 11: COCINAR...
Miércoles 12: PREOCÚPATE MENOS...
Jueves 13: DE TI MISMA
Viernes 14: DA MENOS IMPORTANCIA A LAS COSAS
Sábado 15: RÍE MUCHO
Domingo 16: HABLA MÁS

Dorothy-ismos

Después del «descenso cuesta abajo» y de vivir bajo la influencia del poder del pensamiento positivo de Jack Hall, Dorothy creó su propia colección de frases alegres para combatir la depresión. Las series de exhortaciones de ánimo tenían una función: hacer que se sintiera mejor. Ese año iba a ser diferente. Era el año del «Día Semanal de Dorothy» y de «A qué Doy Gracias». Elaborar listas de lemas como si se tratara de deseos que fueran a cumplirse era parecido a rezar a un dios benevolo que alentaba la repetición como medio para conseguir un fin, un fin alegre. Mi madre organizaba la información y consignaba los cambios clasificando sus dichos cronológicamente o por temas. No recurrió a lo aleatorio ni a la miscelánea. Todas las sentencias que merecían incluirse eran agrupadas con algun criterio en mente.

No compartió sus frases optimistas ni menciono a nadie su monte Whitney de palabras. Sospecho que nos ocultaba su «tratamiento curativo» porque en lo más hondo de sí sabía que era mejor no examinar sus remedios. Por ejemplo, una vez que había escrito: «Enriquezco mi entorno de todas las maneras que sé», mi madre evitaba analizarlo. ¿Por qué iba a hacerlo? Era lista. Sabía que era una crítica acerba. Sabía que se habría sentido decepcionada con el resultado del análisis. La relación de perogrulladas de mi madre creció y creció hasta convertirse en la lista más grande de todas, la Lista Olvidada. Una vez que olvidaba una idea, era libre para redescubrirla como si fuera siempre el primer «yo-soy-ismo» del primer día de la primera semana del primer mes del año 1975.

Empantanadas en los mismos dilemas, mamá y yo compartíamos el temor al fracaso y a las comparaciones, la preocupación por lo que pensaran los demás y la falta de autoestima. En cierto senti-

do, las frases de Dorothy eran una versión más sana de mis vomitonas. Después de anotarlas, su sistema quedaba purgado y, al igual que yo, se sentía mejor hasta que necesitaba una nueva resolución que la ayudara a seguir adelante un día más. De niña, mamá ató cabos al ver a su amiga Jean Cutler escribir cien veces en la pizarra: «No pegaré el chicle bajo mi pupitre». Dorothy reservó sus cien «Tendré más confianza en mí misma» para cuando los necesitara de verdad, mucho, mucho más adelante.

Elaborar listas de lo que iba consiguiendo, de cómo iba a apreciarse a sí misma por una vez, la ayudó a capear la tormenta. Simplemente me pregunto si habría sido diferente de haber tenido público. Como su única congregación, mamá no siempre estaba en posición de ser su mejor amiga. Es cierto que sus frases de aliento le proporcionaron un respiro muy necesario y le ayudaron a alisar los baches del camino, pero no la estimularon para llegar más lejos. Dorothy, la buena chica, la buena madre, pero no siempre la buena esposa, no tenía nada que compensara el papel que había aceptado. A cambio, hubo el día en que llegó el camión con los muebles. El día en que se deshizo del viejo diván y lo sustituyó por los nuevos sofás de dos plazas de Pottery Barn. El día en que plantó geranios en la ventana. Y todos esos bienintencionados lemas en papel. Hubo eso. Y eso fue todo. Nada más, y nadie con quien compartirlo, salvo Jack.

La otra cara de la moneda

Mi madre tomó pronto su gran decisión. Se casó. Yo tomé la mía tarde. Adopté. A los cincuenta y cuatro años, cuando todavía tenía por delante otros treinta y dos, Dorothy se vio condenada al ostra-

cismo. A los sesenta y cinco, yo no vivo en el ostracismo ni estoy sola. Con una ocupación absorbente, la paternidad, y una gran familia, estoy muy atareada. Once años mayor que Dorothy cuando escribió calladamente su lista de panaceas, corro de un lado para otro como una gallina decapitada, pero me gusta. Me encanta. Me resulta difícil imaginar la vida sin los problemas telefónicos de Dexter, y sin los chistes verdes de preadolescente que Duke insiste en contarme cuando volvemos a casa tras su clase diaria de natación. Cantamos juntos la última canción de Kate Perry, «Firework», y nos parece de lo más divertido que me dé un golpe en el brazo cada vez que ve un Volkswagen Escarabajo. Dexter y Duke me han cambiado la vida. La gente dice que tienen suerte de tenerme. Yo no pienso eso. Esa no es la verdadera historia. La verdadera historia es que yo soy la afortunada. Ellos me han salvado, y sé de qué: de mí misma. Curioso, ¿no? Mi vida actual es tan plena como lo era la de mi madre cuando a sus veintitantos años trabajaba de sol a sol para cuidar de su creciente familia.

En 2001 empecé mi primera y única lista. No es que deseara hacerlo. Es que tenía que hacerlo, y cuando la acabé, supe cómo la llamaría: «Hacerlo». Con una vida tan agitada no podía pasar nada ni a nadie por alto. No podía cometer ningún error. No tenía tiempo para buscar una forma de sentirme mejor. Tenía que hacerlo.

¡Hacerlo! Noviembre de 2010

1. Han anunciado que el cartel de California estará acabado el martes. La cuestión es si quedará bien en la pared de ladrillo de la casa de Lloyd Wright. ¡Las letras tienen cinco pies de alto! ¿Ha hablado alguien con los vecinos sobre los cubos de la basura? ¿Quién

va a decirle a Stephanie B. que hay que quitar el repollo que tiene plantado? Reconozcámoslo: es demasiado inglés para un paisaje californiano sostenible. ¡Y esas plantas negras! Dios mío, se ven crueles en el entorno del resto del jardín. Lo sé, lo sé, ha sido otra mala idea.

2. Tengo que entregar el capítulo sobre 1969... lo antes posible.

3. Llamar a Bill Robinson. Lo echo de menos, y a Johnny y al pequeño Dylan. No sé cómo mantener la relación con ellos. Bill fue un elemento clave en la adopción de Dexter y, ahora que él y Johnny han adoptado a Dylan, ha desaparecido. Nueva York está muy lejos. Tengo que llamarlo. ¿Alguna idea?

4. ¿Cuándo sale el artículo de *T Magazine*?

5. ¿Qué tal contratar a Dorrie para que busque mantas tejidas a mano de los navajos? Conoce a los comerciantes mejor que nadie.

6. No sé cómo se me ha olvidado la reunión preparatoria de noveno curso de la escuela Westmark. Tengo que asistir. ¿Debo tomar la 405 o ir por Mulholland? De todas maneras no empieza hasta las dos. Lo hablaremos.

7. Stephanie, tienes que decirme la verdad: ¿cuántos aviones debemos tomar durante la gira del Ciclo de Conferencias sobre Vidas Únicas? ¿Con quién puedo ensayar mi discurso aparte de Jessica Kovacevic, a la que ya he torturado demasiadas veces? Empiezo a ponerme nerviosa. Y hablando de nerviosismo, no creo que pueda memorizarlo mientras corro por las calles de Beverly Hills. El autobús de Starline Tours siempre pasa cuando estoy ensayando la parte final, ya sabes, cuando canto un fragmento de «Seems Like Old Times». Es terrible. Me siento como una idiota. ¿Funcionará bien mi discurso? Sé sincera. Hay algo intrínsecamente erróneo en que me dirija a mis contemporáneas para hablar de mí misma. Es

demasiado. Me recuerda la autobiografía de Katharine Hepburn, *Yo misma.*

8. Ayer Duke le preparó un Nespresso a Jimmy, el lavacoches. Por cierto, ha salido del hospital. Nunca lo creerás: me contó que el hipo fue el único síntoma que tuvo antes de que tuvieran que extirparle la vesícula biliar. En fin, quiere que patrocine su equipo de bolos. ¿Qué opinas? Yo digo que sí. Lo más importante es que Duke estaba muy orgulloso, en primer lugar por haber preparado el café, y en segundo lugar por parecer generoso.

9. A partir del martes llevaré a Dexter a natación a las 4.45 de la mañana. Eso significa que podré sentarme en el asiento trasero de mi despacho móvil y dedicarme a reescribir mis memorias. Voy muy atrasada. ¿Qué puedo hacer? Al menos tendré casi dos horas sin interrupciones. Starbucks abre a las 5. Lo voy a necesitar.

En cuanto a Dorothy

Doy gracias por la preciosa y redonda luna llena de anoche.

Doy gracias por el fin de semana que Jack y yo hemos pasado en Ojai.

Doy gracias por los buenos sentimientos que tengo de repente y sin motivo.

Doy gracias por los amigos que responden.

Doy gracias por mi trabajo en la librería Hunter's.

Doy gracias por mi nueva independencia económica.

Doy gracias por tener una mente más clara y ordenada.

Me enorgullezco de ser yo, Dorothy D. Hall.

Amar a Jack

Número 1. Verlo es hermoso.

Número 2. Los dos nos damos cuenta de lo importantes que somos el uno para el otro.

Número 3. La otra noche nos miramos, nos cogimos de la mano y compartimos nuestros sentimientos de amor y necesidad.

7

Di-Annie Hall

Servicio de despertador, 2009

Después de seis meses en Nueva York rodando *Morning Glory*, levantarme a las tres y media de la madrugada para coger un vuelo a Los Ángeles no contribuye precisamente a mejorar mi vértigo. Me acerco a la cafetera Nespresso esperando que los cristales de mis oídos se recoloquen. Pienso en la primera toma del primer día de rodaje. Estaba sobre una colchoneta, con un traje de relleno, peleando con un luchador de sumo de cuatrocientas libras, y al cabo de unos momentos me hallaba en una camilla con un collarín mirando a la máquina que sacaba fotografías de mi cerebro. Me había caído redonda.

Pienso en las enfermeras del Columbia Presbyterian, que cada tres horas pasaban a ver si seguía con vida. Pienso en la caída que le costó la vida a Natasha Richardson y sé que soy afortunada. Pienso en Duke, que dijo: «Mamá, ¿has perdido tus recuerdos?». Pienso en las personas con las que he trabajado: Roger Michell, nuestro fornido director, la preciosa Rachel McAdams y el legendario Harrison Ford. Pienso en los sesenta y cinco millones de dólares que Harrison Ford ganó en 2008, con lo que desbancó a Johnny Depp como actor más taquillero; no está nada mal para un hombre de sesenta y cinco años. Es un montón de pasta. Pienso en el dinero y me preo-

cupo, como se preocupaba mi padre. Me preocupa Emmie, nuestro chucho de siete años. Me preocupa el hígado de Randy. Me preocupan Riley —la hija de Robin— y su hijo Dylan. Me preocupa la falta de límites de Duke. Me preocupan la tienda de antigüedades de Dorrie y la adolescencia de Dexter. Pero por encima de todo me preocupa cuánto tiempo seré capaz de seguir manteniéndolo todo a flote. Lo que, por supuesto, me lleva a pensar en el Ciclo de Conferencias sobre Vidas Únicas, con el que fui a Mineápolis, Des Moines, Toronto, Montreal y Denver en el flamante autocar de Carrie Underwood. ¿Qué hay de todas esas mujeres, mis contemporáneas, mis hermanas, que acudían a los auditorios para oír a Diane Keaton —o sea, yo— dar una Conferencia Única acerca de ser una mujer de más de sesenta años? La noche que Stephanie Heaton (no confundir con Keaton) y yo pasamos en el autocar de Carrie, nos detuvimos a tomar café en un Starbucks de la parada de camiones más grande del mundo y pensé: Bueno, no soy Harrison Ford, pero me las arreglo y no me aburro nunca.

Mientras arrastro la maleta hacia el vestíbulo, empiezo a pensar en lo que me espera cuando regrese a Los Ángeles. Dios mío, otra vez la escuela. ¿Ya? Duke en tercero y Dex en octavo. No es posible. Pienso en la restauración de la casa de Wright que compré antes de que empezara la recesión. Pienso en lo difícil que será vender las dos casas de mis padres en el litoral tras el derrumbamiento del dique. Pienso en Dorrie, que no quiere vender; en Robin, que sí quiere, y en Randy, que parece no enterarse de nada.

Me pongo el pintalabios Diane's Tuberose que lanzó L'Oréal. Pienso en ayer, cuando a las nueve de la noche caminaba descalza por Central Park contemplando las luciérnagas, mientras Duke y Dexter se deslizaban por el tobogán de acero riendo. ¿Será el último año que Dexter se permita jugar como una chiquilla? Pienso en Duke

vestido de punta en blanco, viendo desde un palco cómo Billy Elliot bailaba claqué en un escenario de Broadway. Me entran ganas de volver a vivir en Nueva York. Pienso en el día que hice cola con Dex en el Abercrombie & Fitch de la Quinta Avenida, mientras ella soñaba con chicos, bronceados, amor y besos. Pienso en la mañana que cruzamos en bicicleta el puente de Brooklyn, uno de los mayores hitos de la ingeniería del país en la ciudad más grandiosa de todas. Pienso en el puente de la calle Cincuenta nueve de *Manhattan* y en la manzana de edificios de piedra rojiza de las calles Setenta y tantos Este ante las que pasábamos Woody y yo en *Annie Hall*. No quiero marcharme de esta ciudad. Quiero quedarme. Quiero retroceder a otro día, no muy diferente al de hoy, en el que también me levanté a las tres y media de la madrugada, pero esa vez para esperar a que me llevaran a mi primer día de rodaje del proyecto sin título de Woody Allen en la primavera de 1976.

«Annie Hall»

ALVY: ¿Quieres que te lleve?

ANNIE: Oh, ¿por qué? ¿Tienes..., tienes coche?

ALVY: No, iba a coger un taxi.

ANNIE: No. Yo tengo coche.

ALVY: ¿Tienes coche? Entonces, si tienes coche, no entiendo por qué has dicho «¿Tienes coche?», como si quisieras que yo te llevara a ti.

ANNIE: No, yo no, yo decía que bueno..., en fin..., uf..., sí, tengo un Volkswagen ahí fuera y claro... (*Para sí misma.*) Ay, qué idiota soy. (*A Alvy*) ¿Quieres que te lleve?

ALVY: Pues, ¿en qué dirección vas?

ANNIE: ¿Yo? Al centro.
ALVY: Al centro... No, yo voy a la parte alta.
ANNIE: También voy a la parte alta.
ALVY: Si acabas de decir que ibas al centro.
ANNIE: Sí, pero luego puedo...

Divertirse trabajando

Rodar *Annie Hall* fue coser y cantar. Durante las pausas Woody llevaba siempre consigo un paquete de Camel, sacaba un cigarrillo del bolsillo de la camisa en plan George Raft, se lo ponía entre los labios y expelía anillos de humo, que nunca se tragaba. Ninguno de nosotros tenía grandes expectativas. Lo pasábamos en grande paseándonos por los lugares emblemáticos de Nueva York. Como siempre, Woody estaba angustiado por el guión. ¿Se parecía demasiado a un episodio del programa de Mary Tyler Moore? Yo le decía que estaba loco. Calma.

Si una escena no funcionaba, Woody hacía lo de siempre: la reescribía mientras Gordon Willis preparaba el plano. A menudo reescribir significaba borrar. No tenía en gran consideración sus palabras; por eso no sobra nada en *Annie Hall*. La elección de Gordon Willis como director de fotografía fue decisiva y un ejemplo inequívoco de la tendencia de Woody a romper las reglas. Como muchos hombres graciosos, sentía casi desprecio por la comedia, pero, a diferencia de otros, utilizaba esta actitud para inventar una infinidad de enfoques visuales ingeniosos que aportaron peso a *Annie Hall*. Con Gordon al lado, Woody dejó de tener miedo a la oscuridad. Aprendió a filmar con estilo pantallas partidas y flashbacks. Gordon le enseñó a coreografiar el plano máster para que transmitiera la va-

riedad y el impacto que necesitaba el público sin recurrir a los primeros planos. Esas innovaciones eran nuevas en la comedia. *Annie Hall*, que, envuelta en luces y sombras, avanzaba a través del tiempo sin un montón de artificios arbitrarios, era impecable.

Woody nos dirigió como siempre. Suéltate en los diálogos. Olvídate de las marcas. Muévete como una persona de verdad. No te preocupes demasiado por las palabras y vístete como te apetezca. ¿Vestirnos como nos apeteciera? Eso era una novedad. Así pues, hice lo que Woody dijo: me puse lo que me apetecía o, mejor dicho, copié mis ropas de las que llevaban las mujeres elegantes que veía en las calles de Nueva York. Los pantalones beige, el chaleco y la corbata de Annie los saqué de ellas. El sombrero se lo copié a Aurore Clément, la futura esposa de Dean Tavoularis, que apareció un día en el plató de *El Padrino II* con un sombrero de fieltro masculino caído sobre la frente. El sombrero de Aurore dio el toque final al llamado look Annie Hall. Aurore tenía estilo, pero también todas las mujeres chic que animaban las calles del Soho a mediados de los años setenta. Ellas fueron las auténticas diseñadoras de vestuario de *Annie Hall*.

Bueno, esto no es del todo cierto. Fue Woody. Todas las ideas, todas las decisiones, salieron de la cabeza de Woody Allen.

Una proyección, 27 de marzo de 1977

Jack y yo nos cogimos de la mano durante la proyección de Annie Hall. *Era la noche de clausura del Filmex Festival, en Century City. El cine estaba iluminado por los focos y los fuegos artificiales. Una vez dentro, solo encontramos asientos libres en la primera fila. Decidimos sentarnos en los escalones del fondo de la sala.* ANNIE HALL. *Solo vi a Diane, sus gestos, sus expresiones, sus trajes, su pelo, etc. Toda ella. El argumento*

quedó en un segundo plano. Cuando cantaba «It Had to Be You» en una sala llena de ruido y gente charlando, tuve que esforzarme para no llorar. Pero la canción «Seems Like Old Time» fue la que más me afectó; es muy tierna. Por dentro estaba que explotaba. Intenté disimular. Diane estaba preciosa. Gordon Willis hizo un trabajo estupendo con la fotografía. Diane eligió sus trajes, y la camiseta gris y los pantalones anchos sin duda estaban inspirados en un estilo «rústico». Annie Hall *es una historia de amor. Parecía real. Annie con la cámara en la mano, masticando chicle, la falta de seguridad en sí misma: Diane en estado puro. La historia era tierna, divertida y triste. Acababa en separación, como la vida misma.*

La familia Hall era un momento cómico, sobre todo el personaje de Randy, llamado Duane. El personaje de Woody no podía entender los singulares problemas de Duane. Mi personaje, Colleen Dewhurst, no era memorable. El personaje de la abuela Hall no era más que un gag visual. Y el papel de Jack no era nada del otro mundo. Sin embargo al público le encantó. Aplaudían y no paraban de reír. Será una película muy popular.

Mamá y yo nunca hablamos de la familia Hall tal como aparece en *Annie Hall*. ¿Qué podíamos decir? Yo no había visto la película. Cuando gané el premio del Círculo de Críticos Cinematográficos de Nueva York, pensé que debía ir al cine antes de pronunciar mi discurso al recoger el galardón. Era 1978. Fui a la primera sesión de un cine de la Cincuenta y nueve con la Tercera. Había unas pocas personas en la sala. No oí risas. Como mi madre, estuve tan absorta en mi presencia a lo largo de toda la cinta que no presté atención al argumento. No paraba de pensar: ¿A qué viene tanto entusiasmo? Como era de esperar, no me gustaron nada mi cara, mi voz ni mi horrible «afectación». En el lado positivo, sabía que era afortunada.

Y me sentía agradecida. No me incomodaron demasiado las escenas de la familia Hall. No tenían importancia. De entrada, ninguno de los personajes era ni remotamente identificable. El bicho raro de Duane, interpretado por Chris Walken, era hilarante, pero del planeta Marte. La versión que Woody ofrecía de mi familia era un momento cómico. Mostró una familia WASP cualquiera y pergeñó unas cuantas bromas. No me paré a pensar en la escena.

Mucha gente dio por sentado que *Annie Hall* era la historia de nuestra relación. Mi apellido es Hall. Woody y yo mantuvimos una relación importante, al menos para mí. Yo quería ser cantante. Era insegura y andaba a tientas con las palabras. Después de treinta y cinco años, ¿a quién le importa? Lo importante es el conjunto de la obra de Woody. *Annie Hall* fue su primera historia de amor. El amor era el pegamento que unía todas aquellas viñetas ingeniosas. Aunque agridulce, el mensaje estaba claro. El amor se apaga. Woody se arriesgó; dejó que el público sintiera la tristeza del adiós en una película divertida.

A sus setenta y cinco años, tras haber rodado cuarenta y cinco películas en cuarenta y cinco años, es el único director que siempre tiene asegurada la financiación para su película anual. El acuerdo incluye el control absoluto y el montaje final. No es que otros cineastas no se hayan ganado ese derecho; es que, en una industria incapaz de tolerar el fracaso, Woody tiene *chutzpah*, audacia. Y el presupuesto asignado a sus películas no pierde de vista la realidad. Es una prueba de su genialidad particular que todavía pueda contratar a grandes estrellas pagándoles el sueldo mínimo. ¿El aliciente? Cinco actores han recibido seis premios de la Academia por trabajar a las órdenes de Woody Allen y diez han sido nominados.

Al final todo se reduce a palabras. Las palabras de Woody. Ha escrito o coescrito el guión de todas las películas que ha dirigido. La

escritura es el cimiento, el fondo, el punto de partida, la razón y el pretexto de todo ello.

Una llamada telefónica

A pesar de que habíamos roto dos años antes de rodar *Annie Hall*, seguía siendo la compinche de Woody. No puedo explicar por qué continuábamos llevándonos bien. Tal vez, como sucede con un sofá viejo, nos sentíamos cómodos juntos. Aún nos divertía sentarnos a la entrada del Central Park para hacer comentarios sobre el desfile de humanidad que pasaba por delante. Todavía nos divertíamos con nuestras «locuras culinarias» y hacíamos proyectos para el futuro, pero las cosas habían cambiado. De repente él era un genio de la comedia. De repente yo tenía más oportunidades. Warren Beatty me propuso que trabajara en su película *El cielo puede esperar* y lo rechacé para pasearme por los bares como Theresa Dunne en *Buscando al Sr. Goodbar*. Terminado el rodaje, volví a Nueva York. Cuando Warren me llamó en Nochebuena, no fue por trabajo.

Y siguió llamándome. En enero de 1978 Warren y yo empezamos a salir. Me dije que sería temporal. Que podía manejarlo. Sabía que Warren era listo como un zorro. Y, sí, todavía estaba como para parar un tren, era un sueño hecho realidad. No sé por qué pensaba yo que podía manejar algo así; bueno, eso no es verdad, no pensaba nada. Me enamoré. Y seguí enamorándome durante mucho tiempo. Me atrapó desde el primer momento que lo vi en el vestíbulo del hotel Beverly Wilshire en 1972. Levanté la cabeza y vi mi hombre ideal en persona. También me fijé en que no había ninguna mujer cerca de él a la que no mirara de arriba abajo, excepto a mí. A mí no me hizo ni caso, al menos entonces.

Arrebatador

Warren resultó ser un personaje mucho mas complejo de lo que yo había imaginado viéndole besar a Natalie Wood en *Esplendor en la hierba*, en el cine Broadway de Santa Ana. Estaba en décimo curso. Nunca había visto nada como Warren Beatty. Con «nada» me refiero a que no era real. Era arrebatador. ¿Y Natalie Wood? Bueno, ella era yo. Yo era ella. Cuando Bud y Deanie se vieron obligados a separarse, me quedé destrozada. Llegué a escribir al señor Elia Kazan, el director, para preguntarle por qué los padres siempre se oponían al verdadero amor. ¿No podría cambiar el final? ¿Por que era tan importante la diferencia de clase social? No me contestó. Tiene gracia: hace un par de semanas vi en la tele *Esplendor en la hierba*. Allí estaban de nuevo Bud y Deanie, todavía atormentados, todavía enamorados. Mi relación con Warren tampoco estaba destinada a durar. Nuestro problema no fueron las circunstancias. Fue el carácter. Reconozco que también influyó un poco el hecho de que nos halláramos en dos mundos diferentes; al fin y al cabo Warren era El Príncipe de Hollywood y yo era, como me llamaba mi padre, Di-Annie Oh Hall-ie.

Warren tenía mala fama. En la escuela de teatro Neighborhood Playhouse cotilleábamos sobre sus conquistas después de la clase de danza de Martha Graham. Cricket Cohen conocía a una chica que conocía a una chica a la que Warren se había ligado y había llevado a su habitación del hotel Waldorf Astoria. Por Dios, qué horror, qué humillación. Todas juramos que nunca caeríamos en esa trampa. Jamas.

Lo que ignoraba era que, una vez que Warren decidía arrojar su luz sobre ti, no había vuelta atrás. Cuando me miraba, yo era la persona más cautivadora del mundo. Se recreaba con todos los matices

de mi rostro asimétrico y veía belleza. Era fascinante, pero también daba miedo. Yo vivía a caballo de dos vidas, en dos situaciones distintas. Estaba con Warren pero, debido a *Annie Hall*, todo el mundo creía que era la novia de Woody.

Warren abría todas las puertas con su detector de tonterías cargado a tope. Siempre buscaba lo que se escondía detrás de la fachada, y fue la única persona lo bastante curiosa para preguntarme si mis gafas de Annie Hall estaban graduadas. Me pilló. Mientras Woody animaba mis proyectos artísticos con comentarios como «PD: Han llegado tus fotos. ¡Cada vez mejores! ¡En serio!», Warren miraba de soslayo uno de mis collages y decía: «Eres una estrella de cine. Eso era lo que querías. Lo has conseguido. Acéptalo. ¿Adónde te va a llevar todo esto?». Era lo que me gustaba de él: decía lo que pensaba. Y pensaba teniendo en cuenta muchas variables.

Si comparo la relación de mi madre y mi padre con la que mantuve con Warren, es indudable que lo que este ofrecía era mucho más seductor que lo jamás habría podido brindar Jack Hall. Le confesé que me aterraba volar, y un día me sorprendió cuando me disponía a embarcar hacia Nueva York, me cogió de la mano, subió conmigo al avión, se sentó sin soltarme la mano y siguió así hasta que aterrizamos. Una vez a salvo en tierra, me besó, dio media vuelta y regresó a Los Ángeles. El día de San Valentín me compró una sauna seca para un cuarto de baño y una sauna húmeda para el otro. Era pródigo en gestos magnánimos. Y me llenó la cabeza de ideas alocadas: que si yo tenía un potencial enorme; que podía ser directora, política y una de las actrices más respetadas del mundo si lo deseaba. Yo me reía y le decía que estaba loco. Pero me encantaba, y me encantaba él, sobre todo su disparatada generosidad.

Diane:

Anoche, cuando nos sentamos a cenar, hubo un momento en que te miré y parecías tener tanto talento que me dio miedo. Además, tenías el tiempo de tu parte.

Has hecho ganar mucho dinero a la industria del cine y tus porcentajes sobre los beneficios no han sido tan grandes como para que te sientas culpable de aceptar una parte de ese dinero para realizar tu propia película. Creo que estarían encantados de dártelo.

Deja de perder el tiempo y hazla. Lo harás mejor que nadie. Sabes más que nadie. Le darías un toque de rebeldía que sería fascinante. Yo podría ponerla en marcha. Y producirla, o mantenerme al margen si lo prefieres.

Hazla ya. Así te sentirás mejor con el cine en general y con la interpretación en particular.

De alguien que te admiró a distancia anoche. Que querría llegar a conocerte mejor.

WARREN

Warren vivía en el hotel Beverly Wilshire, en un ático de cuatrocientos metros cuadrados repleto hasta el techo de libros y guiones, toneladas de guiones. Era un piso de soltero sin pretensiones en una de las propiedades más caras de Beverly Hills. Se había comprado una casa art déco en un terreno de diez acres, en lo alto de Mulholland Drive, y pensaba restaurarla para que fuera el hogar perfecto. Warren y el concepto de hogar no se avenían bien. Curioso como siempre, me pidió ideas de decoración tras llevarme en coche a Coldwater Canyon. Mientras me señalaba la verja de Jack Nicholson a la derecha y la vista panorámica de Los Ángeles a la izquierda, oí un timbre procedente de lo que parecía una caja grande. Warren se la llevó a la oreja y se puso a hablar. Era un teléfono móvil para coche, tal vez el primero.

Le oí cerrar un trato con Charlie Bluhdorn, el jefe de Paramount Pictures, mientras el olor a vitaminas rancias de la guantera me distraía del hecho de que esperar sería mi futuro con «El Pro», el mejor en su oficio, como lo bautizó Jack Nicholson. Era imposible hacerle colgar el teléfono, sacarlo de un restaurante, de una reunión, de un club, lo que fuera. La solución de Jack Nicholson era quedar con Warren a las doce, a sabiendas de que llegaría a las dos. Yo no sabía programar mi vida de ese modo. Así pues, paseaba arriba y abajo por la terraza del Beverly Wilshire o aguardaba sentada entre el mobiliario blanco alquilado de su obra maestra inacabada, preguntándome qué habría sido de los muchos arquitectos descartados cuyos esbozos y planos se acumulaban por todas partes. ¿Y cómo había llegado yo a lo alto de la colina con Warren Beatty? ¿Me quería o estaba destinada a ser una de las muchas mujeres conducidas a la cima para luego ser lanzadas cuesta abajo?

Warren siempre estaba trabajando en algo, pero al mismo tiempo lo atormentaba la perspectiva de «ponerse a trabajar». Se obligó a rodar *El cielo puede esperar*, su debut como realizador, que dirigió con Buck Henry. Fue un éxito colosal y le hizo salir en la portada de la revista *Time*, pero no cambió su forma de ver las cosas. Seguía teniendo cientos de proyectos en diversas fases de preparación con personas como Buck, Robert Towne y Elaine May. Estaba el guión de Howard Hughes, el remake de *Tú y yo*, y uno del que siempre hablaba sobre una pareja de comunistas. El problema de Warren era comprometerse. Dustin Hoffman dijo en una ocasión: «Si Warren todavía fuera virgen, se le conocería como el mejor director del mundo».

De su brazo entré en casas de personas como Katharine Graham, Jackie Kennedy, Barry Diller, Diane von Furstenberg, Jack Nicholson, Anjelica Huston, Sue Mengers, Diana Vreeland, Gay y Nan

Talese. Resistí una temporada, pero nunca llegué a aprobar el examen de enterada/lista. Entre personas tan notables, anhelaba volver a los acogedores brazos de mi familia. Ganas de estar allí no me faltaban, pero carecía de la fuerza necesaria para prolongar mi momento bajo el sol. Preferí retirarme.

8

Algo grande para una familia pequeña

Blanco y negro

Irving Penn me estaba fotografiando para la portada de la revista *Vogue* cuando uno de sus ayudantes entró corriendo con la noticia de que me habían nominado para un premio de la Academia. No supe cómo reaccionar. Siempre había creído que una nominación sería algo así como cuando proclamaron Mistress Highland Park a mi madre. Se abriría el telón ante un público de miles de personas aplaudiendo y, entre todo un vestuario nuevo, un Cadillac Seville y las llaves de una casa en Encino, me colocarían una corona en la cabeza. En cambio, estaba sentada delante de un telón blanco, preocupada por los comentarios desconsiderados de la estilista sobre mis hombros, que al parecer eran demasiado estrechos para los trajes sin tirantes. No se reprimió. La genialidad del señor Penn, así como sus modales aristocráticos, tampoco me llenaron de confianza. Cuando el maquillador me dijo que probablemente el lado derecho de mi rostro era mejor que el izquierdo, olvidé por completo que mis grandes sueños de adolescencia se habían hecho realidad: era una estrella de cine y Warren Beatty era mi novio.

Conocía bien la genialidad de Irving Penn y, por lo tanto, sabía que una portada en blanco y negro sería asombrosa. Todavía me cuesta creer que fuera capaz de tratar de vender la idea a *Vogue*. No

tenía ninguna influencia. Sin embargo, fui una negociadora dura. O en blanco y negro, o nada. A *Vogue* no le interesó. Y ahí acabó todo. Huelga decir que no surgieron más oportunidades con *Vogue*. Planteé la misma exigencia cuando posé para la portada de *Newsweek* en 1980, antes del estreno de *Rojos*. Le pedí a Richard Avedon que me sacara unas fotos en blanco y negro junto con las de color. Así lo hizo. Cuando llegaron los contactos, los primeros planos en blanco y negro eran mejores, por supuesto. Supliqué a *Newsweek* que las utilizara. Incluso llamé a Avedon para pedirle que me apoyara. *Newsweek* se decidió por el color. En 2009, treinta años después, por fin tuve una portada en blanco y negro, en la revista *MORE*. El fotógrafo fue Ruven Afanador.

23 de febrero de 1978

He oído en radio KRAC que Diane ha sido nominada como mejor actriz por Annie Hall. *Estaba de los nervios. No conseguía calmarme. Hecha un ovillo, y sola. Una noticia así debe compartirse, como cuando supe que Robin había aprobado las oposiciones, o como cuando Randy publicó en una revista importante, o como cuando me dieron un trabajo de fotógrafa, o como cuando Jack triunfó y Dorrie encontró un empleo por su cuenta. Pero estaba sola, ¿qué podía hacer? Llame a Jack. Después llamé a Diane. No estaba en casa. Más tarde, cuando por fin me llamó, no pudo hablar mucho porque Irving Penn la estaba fotografiando para una portada de* Vogue *que saldrá próximamente.*

Hemos quedado para cenar el domingo por la noche con Diane y Warren Beatty. ¿Cómo voy a saber qué decirle a Warren Beatty, cómo comportarme, qué ponerme? Imagínate. Su hermana está nominada.

Su novia está nominada. ¿Qué hará él? ¿A quién será leal? La noche de los Oscar nos llevarán en limusina al Music Center. Dorrie irá con Diane, pero se sentarán separadas. Los demás estaremos juntos en una fila y después asistiremos a la fiesta. Apenas he podido dormir.

Zapatos de tacón con calcetines

Cuando le conté a la abuela Hall que era candidata a un Oscar, meneó la cabeza. «Ese Woody Allen tiene una pinta demasiado rara para hacer las tonterías que hace, pero a un judío no se le puede decir nada, ¿no? ¿Cómo está Dorothy? Parece cansada, y a tu padre le están saliendo canas de tanto preocuparse por Randy. Todavía no entiendo qué quieren decir sus poemas. Ni siquiera riman. Oye, ¿todavía sales con Beatty? Claro, yo también me quedaría con el que tiene dinero. Aunque ese Beatty es un poco lerdo. Tiene un físico muy artificial, y es un mujeriego, ¿verdad?»

Sin estilista (no sabía qué era un estilista), me fui a Rodeo Drive y entré en las tiendas de Beverly Hills. Sabía que un sombrero no me sacaría del apuro, así que me decidí por las superposiciones. En Ralph Lauren me compré un chaleco y dos faldas largas de lino. En Armani elegí unos pantalones extravagantes para llevar debajo y encontré una chaqueta de lino, una blusa blanca almidonada, una corbata negra de lazo y, por supuesto, un fular para rematar el conjunto. Compré un cinturón en Georgio's. Y le pedí prestados a Robin unos calcetines para llevar con los zapatos de tacón que compré en Saks. El estilo era *Annie Hall* por los cuatro costados.

Aquella noche soñé que las fundas de mis dientes se volvían transparentes. Litros y litros de agua se filtraban por un hueco donde las encías tocaban la porcelana. A fin de estar lista para la cere-

monia de los Oscar, debía permanecer veinticuatro horas cabeza abajo para drenar el líquido, de modo que me la perdía.

Día D

Dorrie y yo bajamos de la limusina junto a unas tarimas para orquesta llenas de personas chillonas. Kirk Douglas hablaba al micro de Army Archerd al tiempo que saludaba a la multitud. A las frenéticas manos extendidas no podía interesarles menos Kirk Douglas. La gente gritaba para llamar la atención de un bombón de veinticuatro años llamado John Travolta, que disfrutaba de su primer gran momento en la alfombra roja. Eso es en lo que me fijé. Nada perdura.

La ceremonia de tres horas fue una angustia sin fin. Hacia la mitad me escabullí al vestíbulo, donde encontré a Richard Burton fumando. Me miró y dijo que dudaba mucho de que él algún día ganara «una de esas malditas cosas». Asentí. ¿Qué podía hacer? Estaba con una leyenda. Tenía razón. No ganó. El Oscar se lo llevó Richard Dreyfuss. La imagen de Dreyfuss dando palmas y alzando los puños mientras corría hacia el escenario era difícil de superar, pero el encuentro cara a cara con Richard Burton tuvo más fuerza. Supongo que perder es una experiencia más humana.

En aquel momento, rodeada de mujeres maravillosas con trajes espectaculares, no me di cuenta de lo inapropiado de mi cursi atuendo de capas superpuestas. Con el rabillo del ojo vi a Jane Fonda. Por Dios. ¿A quién quería engañar yo? No era mejor que Jane Fonda, Anne Bancroft, Shirley MacLaine ni Marsha Mason. Eran fabulosas.

Dorrie estuvo sentada a mi lado, lo que fue un alivio, pero yo no

sabía dónde estaba, quién era, cómo había llegado allí ni qué decir. Cuando oí el sonido de la *D* en un nombre que resultó ser Diane, no estaba del todo segura, pero me puse en pie y más o menos corrí hacia el escenario. Sabía que ganar no tenía nada que ver con ser la «mejor» actriz. Sabía que no lo merecía. Y sabía que había conseguido un Oscar por interpretar una versión afable de mí misma. Lo tenía claro. De todas formas, me emocionó que *Annie Hall*, una comedia, se llevara el Oscar a la mejor película. Por alguna razón misteriosa la comedia siempre queda relegada a la posición de prima segunda del drama. ¿Por qué? El humor nos permite pasar por la vida con un mínimo de dignidad. Nos ofrece una forma inofensiva de soportar lo absurdo de la existencia. Al volver la vista atrás, me siento feliz, agradecida y orgullosa de haber participado en una gran comedia americana.

Mi primera mujer fabulosa, la mujer más fabulosa de todas, había sido «La señorita Hepburn en casa», en la portada de la revista *Life*, en 1953. En la foto, Audrey era la personificación de la belleza con un toque de inocencia y timidez. Me cortó la respiración. El impacto de aquella fotografía tan informal y poco pretenciosa, pero aun así impresionante, debió de ser el origen de mi obsesión por las portadas en blanco y negro. Imaginen mi sorpresa cuando, después de que me entregaran el Oscar, Audrey Hepburn se acercó y me dijo que el futuro era mío. «Bueno, no sé... Vaya. No sé qué decirle, del futuro y eso, pero usted... Usted..., usted es mi ídolo. Estoy... No sé qué decir. Es un honor conocerla.» Balbuceé y tartamudeé. ¿Qué podía hacer? Esa no era «La señorita Hepburn en casa». Esa era una mujer mayor.

El resto de lo sucedido durante la ceremonia se ha esfumado. He olvidado el baile, las felicitaciones, las risas, incluso quiénes estaban allí. Lo que ha quedado son Richard Burton y Audrey Hepburn. Nada

podía prepararme para la soledad que percibí en el rostro de Burton ni para la elegancia con que la señorita Hepburn me entregó la capa de «estrella de cine». Fue casi como si, en el tiempo que dura el fogonazo de una cámara de fotos, Richard Burton se hubiera convertido en un hombre acabado y Audrey Hepburn, mi ídolo sin igual, incomparable, con la que nadie podía rivalizar, ya no fuera una naturaleza muerta perfecta.

Audrey Hepburn tenía sesenta y tres años cuando murió de cáncer. Contaba cuarenta y ocho cuando la conocí, así que no era precisamente una anciana. Entre bastidores, fingí escuchar sus palabras, pero en realidad no podía dejar de pensar en su edad y lo que los años hacen a las personas. Quizá Cher lo expresó mejor: «Tu aspecto solo tiene valor cuando eres joven, y no tiene ninguno cuando eres mayor». En lugar de quedarme a charlar con Audrey Hepburn, decidí alejarme de su compañía en cuanto pude. Es otro pesar más en una lista cada vez mayor de pesares.

Al día siguiente Woody se levantó y abrió el *New York Times*. En la primera plana leyó que *Annie Hall* había ganado el Oscar a la mejor película y se puso a trabajar en el siguiente guión: *Interiores*, un drama. Woody era fiel a sus principios. Para él no había «mejor» en las formas artísticas, lo que significaba que no había mejor director ni mejor película, y tampoco mejor actriz. El arte no era un partido de baloncesto de los Knicks.

Incluso entrevistaron a la abuela Hall para un periódico local de Highland Park. Pidió que le sacaran una foto con una fotografía de Woody en la mano derecha y una mía en la izquierda. «La gente dice que estoy en las nubes. No estoy en las nubes. Le diré algo sobre los premios de la Academia. Es algo grande para una familia pequeña. Woody Allen debe de tener una mente increíblemente abierta para que se le ocurran todas esas tonterías que se le ocurren.»

2009

Hoy, antes de abrir el ordenador en el aparcamiento, he revivido uno de mis recuerdos preferidos. Woody y yo estamos sentados en los escalones del Museo Metropolitano, que acaba de cerrar. Observamos a la gente que sale del edificio con pantalones cortos y sandalias. Al sur los árboles están plantados en filas paralelas. El agua de la fuente sube veloz despidiendo gotitas que casi alcanzan los escalones donde estamos sentados. Miramos a las señoras de cabellos plateados y vestidos con estampados rojos y blancos. Separamos a los ratones de los hombres, a los turistas de los neoyorquinos, a los del Upper East Side de los del West Side. El vendedor callejero de *pretzels* nos vende una masa retorcida con grumos de sal encima. Hacemos los comentarios habituales sobre los chalados y nos imaginamos cómo debe de ser vivir en un ático de la Quinta Avenida con vistas al Met. Nos reímos y decimos las mismas cosas de siempre. Nos cogemos de la mano y nos quedamos en silencio mientras el sol empieza a ponerse. Es una tarde perfecta. Con Woody hubo muchas tardes perfectas.

Woody nunca ha querido acompañarme en la inútil nostalgia de las cuestiones terrenales. No se ha arrepentido del pasado ni ha intentado revivir tardes perfectas que probablemente no lo fueran tanto, excepto en mi memoria. Nunca ha hablado de sus Oscar con el menor orgullo. De hecho jamás los menciona. Incluso el humor es preferible sin sentimiento. Le encanta darlo a manos llenas. Y la verdad es que nadie lo hace mejor que Woody. Domina el arte de la mordacidad. Ojalá recurriera a ella más a menudo, como hizo en el homenaje que me rindieron en el Lincoln Center hace unos años.

Homenaje en el Lincoln Center

«Me llamaron para pedirme que dijera algunas cosas buenas sobre Diane y dije: Sí, se me ocurren algunas cosas buenas. Para empezar Keaton es puntual. Siempre, siempre se presenta a la hora convenida, y es ahorrativa; conoce el valor del dinero. También..., a ver, qué más puedo decir de ella... Tiene una letra estupenda. Es..., sí, ya voy. Es..., es guapa. Siempre ha sido guapa. Ha seguido siendo guapa con el paso de los años. No es guapa en el sentido convencional de la palabra belleza. Por sentido convencional quiero decir "agradable a la vista". Está muy segura de su gusto. Siempre se pone ropa negra y un sombrero y zapatos cómodos. Creo que se parece a la mujer que viene a llevarse a Blanche DuBois al manicomio. No es gramaticalmente correcto decir que una persona "es la más única" o "es tan única", pero ¿qué quieren que les diga?, Diane es la persona más única que he conocido en mi vida. Esto se podría interpretar como rareza, pero es que de verdad es de lo que no hay..., creo.»

Echo de menos a Woody. Se estremecería si supiera cuánto le aprecio. Soy lo bastante lista para no sacar el tema. Sé que casi le repugnaría lo grotesco de mi afecto por él. ¿Qué le voy a hacer? Todavía le quiero. Siempre seré su tonta del bote, su monstruo, su frívola del cosmo, su compañera de piso que hace tonterías, su boba número uno. ¿Cómo le digo «al tío Woodums» que lo adoro, que lo idolatro, que me muero por él? ¿Cómo le digo que por favor se cuide mucho, que piense en cosas hermosas, que me escriba si tiene tiempo y que no desfallezca?

Annie Hall me cambió la vida. Cuando la película tuvo el éxito con el que había fantaseado pero que no podía prever... giré en redondo y me replegué. Por mucho que agradeciera los elogios, no es-

taba preparada para la incomodidad o, mejor dicho, el sentimiento de culpa que implicaban. Quise volver al hogar. Fui a la casa que mis padres se habían comprado en Cove Street de Corona del Mar, junto a la playa. Pasé tiempo con mi madre. Sacamos fotos de los barrios residenciales con mi nueva cámara Nikon F. Dorrie y yo fuimos a mercadillos. Randy escribía y Robin trabajaba de enfermera cuidando ancianos. Warren empezaba a tomarse en serio la idea de dirigir la historia de amor de John Reed y Louise Bryant con el telón de fondo de la Revolución rusa.

Regresé a Nueva York y salí con mis amigas Kathryn Grody y Carol Kane. ¿Qué creía que conseguiría rechazando toda la atención que había deseado durante tanto tiempo? Esa nueva vida me daba miedo. En lugar de aceptarla, intenté negar la fama durante tanto tiempo como pude; quizá demasiado.

El primer drama de Woody encajaba a la perfección con mi programa de evasión. Por decirlo de algún modo, *Interiores* no era comercial. Como escritora brillante al estilo de Renata Adler, un papel poco apropiado para mí, fumaba y arrugaba la frente esforzándome por parecer inteligente. Las palabras que Woody escribió no cuadraban en los labios de mi experiencia. Lo único que me permitió olvidar mi incomodidad con el papel fueron la legendaria Geraldine Page y Maureen Stapleton, la actriz favorita de Sandy Meisner.

Geraldine Page se presentaba todas las mañanas en el plató vestida con harapos y acarreando dos bolsas llenas de ropa para remendar. Se agachaba y sacaba de una bolsa unas cuantas prendas viejas de su marido, Rip Torn, y cosía parches a los pantalones mientras la maquillaban. No me entraba en la cabeza que una de las mejores actrices del mundo fuera una indigente. En todo caso, su aspecto de desharrapada aumentaba su carisma. Cuando Woody le daba instrucciones, ella sonreía y asentía educadamente, y después hacía caso

omiso de todo lo que le había dicho. En uno de sus primeros planos más emotivos, me quedé junto al cámara dispuesta a darle la réplica, pero ella me pidió sin tapujos que me marchara. Observándola desde cierta distancia, entendí por qué. Mi presencia le habría privado de libertad. Por lo visto, lo que se enseñaba en la escuela de teatro Neighborhood Playhouse, eso de compartir con tus compañeros actores, de vivir juntos en un momento imaginario dado, no valía para todo el mundo. Geraldine Page era un genio de la interpretación. Con los genios las normas no sirven.

En cambio el enfoque de Maureen Stapleton era más previsible. Quería que los otros actores estuvieran cerca durante sus primeros planos. Con su cara redonda de irlandesa, Maureen parecía hallarse en un estado permanente de asombro o de agitación. ¿Cómo lo conseguía tan fácilmente? Nadie lo sabía. Un día, cuando acabamos de rodar, la esperé en la furgoneta del chófer. Era una mujer gruesa. Su cuerpo no era muy elástico, pero logró acomodarse en un asiento a mi lado y dijo: «Un día tú también serás vieja, Diane».

El solitario año de rodaje de *Rojos* en Inglaterra fue para mí, desde el punto de vista emocional, como dar dos pasos atrás y ninguno adelante. No estaba preparada para interpretar a Louise Bryant, un personaje bastante menos romántico de lo que había imaginado. Se convirtió en mi cruz. No me gustaba. No había nada agradable en su voluntad de ser reconocida como artista. Su persecución del carismático revolucionario John Reed era sospechosa y, francamente, estaba teñida de envidia. La detestaba. Era un problema. En lugar de afrontar el desafío, hice lo que hago siempre que me siento agobiada: me replegué.

En el plató, Barry, el peluquero, contaba chistes de pedos mientras me ponía los rulos y el treintañero Paul me aplicaba el maquillaje. De vez en cuando Jeremy Pikser, uno de los guionistas, almor-

zaba conmigo y me hablaba de personajes icónicos a los que no soportaba, como Scarlett O'Hara, que no era más que una niña mimada y egoísta. No sé, puede que no captara el mensaje, pero me pareció que quería decirme algo.

Todos sabían que lo pasaba mal con la forma de dirigir de Warren. Era imposible trabajar con un perfeccionista que rodaba cuarenta tomas de una escena. A veces me sentía como si me hubieran dejado aturdida con un arma de electrochoque. Ni siquiera ahora puedo decir que sienta mi interpretación en la película como mía. Era más bien una reacción a Warren...; eso es lo que era: una reacción al efecto que producía Warren Beatty.

Hizo falta el trágico reencuentro de John Reed y Louise Bryant en la estación para que sintiera cierto orgullo encarnando un personaje tan provocador. Warren tuvo que esperar unos sesenta y cinco penosísimos primeros planos antes de que yo fuera capaz de derribar el muro de rebeldía que había construido y dejar a un lado mi aversión por una mujer a la que necesitaba querer para poder interpretarla. Rodar la escena fue una experiencia que no había previsto. Gracias a la tenacidad de Warren, de repente y contra todo pronóstico, el amor surgió a raudales en cuanto Louise Bryant vio la cara de John Reed acercándose por fin a la suya. *Rojos* era una epopeya con temas dignificados por ideales humanos. John Reed sacrificó su vida por sus creencias. Sin embargo, para mí la esencia de la película de Warren era el amor imperfecto.

Tercera parte

9

Artística

Centrarse

Eran los años ochenta. Me nominaron a un premio de la Academia por *Rojos*, pero ganó Katharine Hepburn por *En el estanque dorado*. Mi siguiente película, *Después del amor*, se estrenó con críticas desiguales. *La chica del tambor* fracasó estrepitosamente. *La Sra. Soffel*, con Mel Gibson, también. *Crímenes del corazón*, adaptación de una obra de Beth Henley, con Jessica Lange y Sissy Spacek, fue muy agradable, pero no tuvo mucho éxito. No sé muy bien por qué, Martin Scorsese y Robert de Niro aceptaron hablar conmigo antes de rodar *El cabo del miedo*, pero se decidieron por Jessica Lange. Otros proyectos como *Almost Human*, *Reform School*, *Klepto*, *Whatever Happened to Harry* y *Book of Love* nunca vieron la luz.

No es que no trabajara. Trabajé en Canadá, Los Ángeles, Finlandia, España, Rusia, Gran Bretaña, Grecia, Napa, Israel, Alemania y Southport (Carolina del Norte). Más que nada es que en general mi contribución al arte cinematográfico no fue especialmente inspirada. Cuando no estaba en la carretera seguía viviendo en Nueva York. Tras ganar el Oscar al mejor director, Warren estaba y no estaba, hasta que dejó de estar. Woody conoció a Mia Farrow e inició una nueva alianza. Sin un gran hombre que escribiera para mí y me dirigiera, yo era como mucho una estrella de cine mediocre. No te-

nía publicista. Decidí no lanzar una línea de ropa Annie Hall. No tenía agente ni quería tenerlo.

Cuando no trabajaba, me dedicaba a una serie de aficiones plásticas bajo el paraguas del «arte». Mi amigo Daniel Wolf accedió incluso a montar una exposición de pinturas mías basadas en panfletos religiosos que había adquirido en mercadillos. Le encargué a Robert Huggins, un artista del rótulo de Kansas City, que plasmara mis ideas en varias telas tamaño valla publicitaria. Cuando quedó claro que *Religious Commissions* era inexplicablemente grotesca, me puse a sacar fotografías al estilo Sandy Skoglund, famosa por sus *Gatos radiactivos*, donde se ven gatos de arcilla pintados de verde corriendo enloquecidos por una cocina gris. En honor a Sandy monté en mi salón un cuadro vivo que representaba una panorámica desde el hotel de una estación de esquí alpino, con rocas falsas compradas en una tienda de utilería y cuervos volando que parecían auténticos. Nueve bailarinas voluntariosas con tutús y máscaras rosas aceptaron colocarse delante de mi diorama casero para que las fotografiara. Quedó meridianamente claro que no era Sandy Skoglund, así que saqué retratos de amigos, como Carol Kane, dentro de cajas, con topos que les enmarcaba la cara bajo unos juegos de luces y sombras. También escribí letras de canciones que no se grabaron nunca. «Está sentada en un restaurante chino. Está fatal. Es una babosa y le mira. Ha perdido demasiadas horas de sueño. Y uno y dos, y uno dos tres. Dos mundos diferentes... Vivimos en dos mundos diferentes... Nuestros corazones...», etcétera. Empecé a fotografiar a personas de la calle, al estilo Diane Arbus. Por si fuera poco, me dio por realizar collages de cuatro pies por seis. En uno, titulado *Face Lift Off*, la cabeza de Bette Davis era izada hacia Dios sabe dónde. Qué horror.

Warren, que entonces era mi amigo, me recordaba que era una

estrella de cine. Céntrate en eso, me decía. Yo no le escuchaba. Había aparecido en escena Cindy Sherman, y con ella, la década de la apropiación. Quería formar parte del movimiento. No paraba de decirme a mí misma que era una artista. La terrible verdad era que, por mucho que lo intentara, era una actriz que no trabajaba en una comedia desde *Manhattan*, en 1979.

En la carretera

Seguí el consejo de Warren y busqué una película para producirla. Después de leer *Somebody's Darling*, la historia de una de las pocas directoras taquilleras de Hollywood y su mejor amigo, fui en tren a Washington DC y conocí a Larry McMurtry, que pronto sería mi amigo, en su tienda, Booked Up. Con los pies apoyados sobre la mesa, Larry escuchó mi propuesta. Sin pensárselo dos veces dijo que me daría los derechos y que escribiría el guión. Seis meses después estaba terminado. Larry es así. Mi agente me concertó una cita con Sherry Lansing, la directora general de Paramount, que sin andarse con rodeos me dijo que el proyecto no era comercial. Fue el final de *Somebody's Darling*, pero no de mi amistad con Larry.

Cada dos meses más o menos cogía un tren de Amtrak y me iba a Washington, donde Larry y yo recorríamos las calles en su Cadillac. Como de costumbre, tenía entre manos algún trabajo creativo. En cierta ocasión se trataba de una serie de fotografías de animales disecados. Se podía confiar en que Larry conociera a alguien que tuviera un par de ovejas disecadas unidas por la cadera. Viajar se convirtió en una metáfora de nuestra amistad.

En uno de nuestros viajes por carretera a través de Texas le hablé a Larry de mi sueño de vivir en Miami Beach, donde el tiempo era

cálido y húmedo. Le dije que a veces me planteaba mudarme a Atlantic City o la Baja California. Pero lo que realmente deseaba era dejarlo todo y largarme a Pasadena, cerca del arroyo, al lado de la Gamble House de los Greene. Larry me escuchaba con un Dr. Pepper en una mano y el volante en la otra. Cuando llegamos a las afueras de Ponder, en Texas, un gran rótulo nos informó de que *Bonnie y Clyde* se había rodado dentro del término municipal. Warren Beatty, mi amor del instituto; mi *Esplendor en la hierba*. Me resultaba imposible creer que lo hubiera conocido, que hubiéramos intimado y pasado un año rodando *Rojos*. Regresé a 1967 y recordé la película casera de mi madre sobre *Bonnie y Clyde*, con Randy en el papel de C. W. Moss, Robin de Bonnie, Dorrie de Blanche y yo, Diane, de Clyde Barrow. Me había negado en redondo a ser Bonnie. Ni hablar. No quería ser Bonnie. Sería Warren Beatty. ¿Quién en su sano juicio no lo habría querido? Y ese acabó siendo nuestro mayor problema. Yo quería ser Warren Beatty, no amarlo.

Lo que me había ocurrido en la vida me pareció más surrealista que ningún sueño. Al cruzar Ponder bajé la ventanilla. Entre la polvareda que envolvía nuestro silencio empezaron a llegarme las palabras de Larry. «Nebraska es muy llano, ni te lo imaginas, es totalmente llano. La semana pasada crucé el Missouri por un puentecito de peaje y la ancianita del peaje estaba tan sola que me hizo parar y comerme un donut con ella. "En invierno esto está muerto —dijo— estoy todo el día aquí sola, mano sobre mano."» Luego se calló, y al cabo de un rato volvió a hablar. Larry era un narrador nato. Pienso en esos momentos: el arrullo del motor, el horizonte infinito y las palabras de Larry. Acabamos compartiendo algo que rodar *Somebody's Darling* no nos habría proporcionado nunca: la amistad y la carretera.

«Recuerdos»

Querida Diane:

Mi libro tiene en total tres páginas. Por ahora mis exploraciones han resultado un poco dolorosas, pero también hay recuerdos divertidos. Muchos pensamientos que me he guardado para mí nacen de la rabia hacia figuras de autoridad que nunca ha estallado como rabia. Escribir esto no es un pasatiempo agradable; de hecho apenas toco el libro porque intento ser precisa y sincera.

No escribo sobre los años en que vosotros crecíais. No quiero cometer el error de caer en la trampa de «aquellos sí eran buenos tiempos». Solo necesito echar un vistazo a vuestras fotos para dejarme llevar por una nostalgia de la PEOR *especie. En* Recuerdos *no me ocurre eso; escribo sobre cosas que me hicieron como soy. Recuerdo que a menudo pensaba que cuando fuera mayor no haría muchas de las cosas que hacían mis padres. Prepararía chocolate en lugar de bizcocho. Reiría y hablaría mucho. Mantendría vivo el amor romántico. Sería cariñosa con mis hijos y no impaciente. Creía que estos* CAMBIOS *sucederían...*

Hoy es un día digno de mención, tan deslumbrante y hermoso. Ayer Jack se compró un velero de doce pies. Está encantado. Más tarde saldremos a navegar. Tengo la sensación de que nos divertiremos mucho.

Con cariño,

Mamá

Mi madre no terminó sus memorias, *Recuerdos*. Recuerdos. Recuerdos perdidos. Recuerdos inacabados. Un libro llamado *Recuerdos*. Fue casi como si la voluntad de Dios hubiera asumido el control del futuro de mi madre. No me di cuenta. Estaba demasiado

ocupada para advertir la importancia de que emprendiera la tarea de escribir unas memorias, o para ayudarla dándole ánimos. No sé ni si llegué a leer la carta de mi madre. No lo recuerdo. Me contenté con dar por supuesto que se había librado de la carga de criar a sus hijos y que ahora tenía todo el tiempo que necesitaba para entregarse a sus ambiciones artísticas. Por supuesto, me esforcé por no saber qué sucedía. Tenía cosas más importantes en que pensar.

A veces esta casa es tan silenciosa... No entiendo cómo ha llegado a serlo, ni por qué. Deambulo por ella como si buscara ruido. Hablo con los gatos, de uno en uno o con todos a la vez. Las ventanas me atraen y me asomo; miro el patio, echo un vistazo a la piscina, ¿está la luz encendida o apagada? En otras épocas esa manía de supervisarlo todo me volvía loca. ¿Dónde están todas esas cosas y personas que me traían sus sonidos? No me importa estar sola. En general me gusta. Cuando la soledad me agobia, salgo de casa, subo al coche y voy a dar una vuelta.

Ver como una forma de ser

Después de vivir durante diez años en Nueva York, seguían destacando ciertas cosas, como la fotografía *Mujer vista desde atrás*, de Onésipe Aguado, en el Met. ¿Qué ve la mujer que mira en la otra dirección? Yo también quería verlo. La foto se tomó en el siglo XIX y, sin embargo, la distancia entre el pasado de esa mujer y mi presente parecía desvanecerse. Cuesta creer que la espalda de una mujer dejara claro que ver en lugar de ser visto podía ser tan extraordinario, y no obstante así era. El poder de la fotografía para evocar en vez de explicar me inspiraba. No ha cambiado nada. Libros como *Now Is Then*, *The Waking Dream* y *Least Wanted* son vínculos con artistas

que forjaron un camino en su imaginación. Al menos eso me parece a mí.

Marvin Heiferman era el director de Castelli Graphics cuando me montó una pequeña exposición de fotografías que yo había tomado en vestíbulos de hotel a lo largo y ancho de Estados Unidos. *Reservations* incluía fotos del hotel Ambassador, donde mi madre fue coronada Mistress Los Ángeles, vacío y destartalado, del vestíbulo del hotel Stardust, donde mi padre invirtió y perdió hasta el último centavo cuando yo tenía doce años, del Fontainebleau de Miami Beach, del Pierre de Nueva York y del Biltmore de Palm Springs.

Gracias por nada

Unos años más tarde Marvin y yo decidimos trabajar juntos en un libro de imágenes publicitarias de películas antiguas. El proyecto nos llevó a sótanos y almacenes de todo Los Ángeles, donde hurgamos hasta encontrar fotografías de gran formato de estrellas de cine en escenas de *Al sur del Pacífico*, *Lassie* y *Más poderoso que la vida*, con James Mason, por citar algunas. Mientras escarbábamos entre miles de transparencias en color de cuatro pulgadas por cinco, no pude evitar preguntarme qué había sido de Joan Crawford, James Mason, Annette Funicello e incluso Elvis. Inanimados y pálidos como la cera, se parecían a los animales disecados de la serie de fotografías que saqué con Larry.

Sabía que tenía algo importante entre manos con el tema de los animales disecados. Me hizo pensar en aquella cita de Roy Rogers: «Le dije a Dale: "Cuando me muera, despelléjame y súbeme a lomos de Trigger"». Lo que me dio la idea de un título: *Still Life*, naturaleza muerta. Está claro, ¿no? Mi ejemplo favorito era la fotografía de

Gregory Peck en *El hombre del traje gris*. Incluso mencioné a Peck en mi introducción.

> Es difícil querer a alguien a quien no hemos conocido, pero es fácil añorar a alguien que hemos idealizado hasta el punto de creer que estamos enamorados. Cuando crecemos, se supone que sabemos distinguir la fantasía del cariño real. Por ejemplo, sé que Gregory Peck no entrará en mi vida para formar parte de elia. La mayoría de la gente lo sabe y, cuando llegan a la edad adulta, ya no quieren a Gregory Peck. Pero si Gregory Peck les emocionó una vez —y a mí me emocionó en una ocasión—, perdura como una parte esencial de su carácter. La imagen ideal de Gregory Peck adquiere muchas dimensiones. Se convierte en una representación de los anhelos, a menudo frustrados, de la adolescencia, de todas esas cosas que queríamos creer que la vida pondría a nuestros pies.

Cuando se publicó *Still Life*, recibí una carta de Gregory Peck. No estaba muy contento. En su opinión, el libro era una necedad. Lo que menos le gustó fue ser comparado con un animal disecado. Era una idea estúpida y de mal gusto, y esperaba que no se me hubiera ocurrido a mí. Por último afirmaba que mi introducción era una absoluta sandez.

Nunca se me pasó por la cabeza que Gregory Peck pudiera sentirse molesto por parecer casi real ante un telón de fondo falso. Estaba ocupada felicitándome por un libro que Gregory Peck consideraba de mal gusto; por cómo, milagro entre los milagros, captaba la esencia de la taxidermia, y por lo famosa que me haría, aunque no supiera muy bien en qué ámbito.

Gregory Peck figura en mi larga lista de pesares que espero me sean perdonados. Lamento que por culpa de mi irreflexión pasara a

formar parte de la lluvia de ideas de unos publicistas. Lamento haber elegido una fotografía icónica que resaltaba la rigidez de su labio superior severo y la persistente falta de sentimiento que lo persiguió a lo largo de su trayectoria cinematográfica, del mismo modo que a mí me persigue mi excentricidad.

Mientras tanto

He hablado en la librería Hunter's con una mujer que acababa de pasarse tres días limpiando la inmensa mansión victoriana de una tía fallecida. La tía, una solterona, había muerto a los ochenta y seis años. Guardaba todo lo que le regalaban, le mandaban o encontraba. Cuando le preguntaban por qué, decía que le gustaba. Le daba igual lo que hicieran con sus cosas cuando muriera. Su sobrina compró una caja de bolsas de basura industriales y, sin ningún miramiento, lo tiró todo al contenedor. Fue como si la escuchara por una razón concreta. Todo lo que escribo y todas las palabras impresas que he guardado y todos los mensajes aleccionadores que he recortado y atesorado porque sentía que se habían escrito para mí y estaban dirigidos a mí no importan. Cuando ya no esté, me dará igual si mi familia los lee o los tira a la basura. Sin embargo, hay algunas palabras que me gustaría que leyeran, y son las que describen mis pensamientos y sentimientos sobre cada uno de ellos: cuánto los he amado; qué había en ellos que fuera tan especial para mí; qué veía en esas cinco personas que se encargarán de tirarlo todo.

Imaginando el cielo, próximamente en sus pantallas, 1987

Tardé un año y medio en rodar mi documental *Heaven*. La crítica fue unánime. Supongo que el rechazo más doloroso fue el de Vincent Canby, del *New York Times*: «*Heaven*, una película de Diane Keaton, es el equivalente en cine a un libro que está rebajado a 19,95 dólares antes de Navidad con la advertencia de que después costará 50. Si es sensible a esta clase de aliciente, tal vez sea sensible a *Heaven*. Uno se debate entre las ganas de destrozar la película y las ganas de evitar que se desperdicie todo ese dinero».

El cielo era una promesa que anhelaba desde pequeña. Me asustaba morir, pero, si no había más remedio, prefería ir al cielo. La revelación llegó treinta años después, cuando fui al Centro de Visitantes del Tabernáculo Mormón de Salt Lake City con mi amiga Kristi Zea. Al entrar en la sala abovedada vimos lo que solo puedo describir como un tráiler de película, en el que personas sonrientes vestidas con túnicas blancas flotaban en el cielo. Incluso Krista reconoció que era una estrambótica yuxtaposición de imágenes que solo inspiraría a un surrealista. Puede que yo no fuera surrealista, pero me inspiró. Llamé a mi socio de producción, Joe Kelly. Tenía una idea.

Obtuvimos permiso para ver copias en 16 milímetros de películas de MGM sobre el tema del cielo, así como crípticos cortometrajes evangélicos en súper 8. Cuanto más veía, mayor era mi interés, y finalmente visité en varias ocasiones al historiador de cine William Everson en su piso de Nueva York, donde proyectó *La pasión de Juana de Arco*, de Dreyer, *La bella y la bestia* de Cocteau, *Liliom* y dos *Doctor Mabuse* de Fritz Lang, entre otras cintas. No solo reunimos un metraje asombroso, sino que además congregamos a personas que aportaron la belleza de su imaginación a *Heaven*, como Alfred

Robles, Grace Johansen, Don King y el reverendo Robert Hymers, autor de *UFOs and Bible Prophecy*, reeditado como *Encounters of the Fourth Kind*.

Cuando Joe y yo empezamos a filmar las entrevistas, planteé preguntas perturbadoras como «¿Existe el sexo en el cielo?», «¿Existe el amor en el cielo?», «¿Te asusta morir?». Mis padres y la abuela Hall se contaron entre mis primeros entrevistados. Papá estaba convencido. «Si hay algo después de la muerte y he vivido como es debido, no puedo concebir por qué Dorothy y yo no íbamos a estar juntos.» Mi madre asintió y dijo: «Prefiero no pensar en eso o darle gran importancia». «Sí —dijo mi padre—, son cosas en las que no piensas. Tengo amigos que sí lo hacen, pero yo no.» La abuela Hall sintetizó: «No existe eso que llaman cielo. ¿Acaso has visto a algún difunto al que amaras y quisieras ver? ¡No! Nadie ha vuelto nunca y ha dicho: "Bueno, ya estoy aquí y me alegro mucho de verte". Si alguien te dice que se ha muerto y ha ido al cielo es un cochino mentiroso».

En cuanto el montador, Paul Barnes, terminó su trabajo, empezó el proceso de los preestrenos. Por lo visto el público más adecuado para una película como *Heaven* procedía de dos grupos: mujeres y personas con experiencias paranormales. Resultó que los que habían vivido esas experiencias eran «bichos raros», «excéntricos» y «urbanitas». Era preocupante; ¿había suficientes mujeres urbanitas con ese tipo de experiencias para que la película consiguiera un éxito moderado? Sin duda habíamos sacado a algunas en la película, como la que explicaba: «He visto a Jesús en espíritu. Entró en mi cuarto de baño. Bajó de la parte superior de la ventana, como cuando desenrollas una persiana, y no era más que espíritu. Su pecho estaba hecho de cielo y sus hombros estaban hechos de nubes. Y se movía como las olas en el agua. De repente oí un arpa universal

como..., oooh..., como un viento que soplara, oooohhh..., como el viento cuando sopla, oooohhh. Entonces se deslizó a mi habitación. Flotó por el dormitorio y dije: "En el baño", así que fue derecho al baño, y entonces dije: "En el salón". Fue derecho al salón y se sentó en la otomana. Dije: "En la cocina". Pero tenía que pasar por el comedor para ir a la cocina y se volvió a mirarme, y cuando se volvió llevaba una ropa distinta, con una pequeña capucha que le tapaba la cabeza. Y esta es la verdad». Al final resultó que teníamos más personas con esas experiencias en la película que entre el público.

Por muchas malas críticas que recibiera *Heaven*, debo decir que disfruté con todos los fragmentos de películas clásicas y con las entrevistas. Dedicar el tiempo a tratar de asegurarme de que elegía una buena película en la que actuar no era ni de lejos tan divertido. Pero *Heaven*, *Reservations*, *Still Life* e incluso *Religious Commissions* fueron solo eso: divertimentos. Reconozco que tales proyectos no habrían visto la luz de no haber sido por mi condición de estrella de cine. Mis incursiones fuera del centro neurálgico de la celebridad hacían que se sintiera bien, casi a gusto; quizá no del todo, pero más o menos.

Encontrado

Heaven me trajo algo más: a Al Pacino de nuevo. Nos encontramos por casualidad ante un cubículo de edición en el Film Center, donde él trabajaba en *The Local Stigmatic*, su película de 16 milímetros, mientras yo acababa con el más allá. Era irresistible, como siempre, y empezamos a vernos como amigos, pero esta vez fue diferente. Éramos mayores. Él no era el Padrino. Yo no era Kay Corleone. Éra-

mos dos personas que batallaban para sacar adelante dos películas independientes. El aspecto desastrado de Al era muy atractivo, casi familiar. Me invitó a su casa un domingo, y después otro, y otro. Siempre era lo mismo: después del partido de sóftbol —Al jugaba de mediocampista— y el habitual reparto de personajes —Sully Boyer, Mark (el hermanastro de Al), Adam Strasberg, John Halsey y Michael Hedges—, íbamos a su casa a orillas del Hudson. El piso hervía de actividad. Sus tres perros corrían por todas partes. Algún que otro actor —como William Converse Roberts y Christine Estabrook, con pantalón corto rosa y camiseta de tirantes a juego— pasaba por allí y se quedaba unos minutos, mientras Charlie Laughton, el mentor de Al, y su esposa, Penny, hablaban de la muerte del teatro. Al participaba en la conversación aportando ideas para montar un taller sobre *Salomé* o *Macbeth*. Estas conversaciones podían durar horas y horas. A Al le apasionaban dos cosas: el béisbol y el teatro.

Era un artista. Me hizo pensar en la diferencia entre ser un artista y ser artístico. Yo sabía a qué categoría pertenecía. Era artística. Por primera vez no me importó. Solo quería que Al me amara. Estoy bastante segura de que para Al solo era una amiga con la que charlar. Por mucho que me gustara escucharle, yo quería más, mucho más. Toneladas. Quería que me quisiera tanto como yo a él.

En medio de este amor llegó *Baby, tú vales mucho*, para borrar mi afectada suficiencia y mi excentricidad. El guión, sobre una mujer que se ve obligada a adoptar una niña, era desternillante o, como diría Dexter, para partirse de risa. Charles Shyer y Nancy Meyers, el equipo de guión-dirección-producción, eran divertidos y simpáticos. Nancy y la diseñadora de vestuario Susie Becker, que pronto sería una gran amiga, me renovaron de arriba abajo. Fue estupendo

sentirse atractiva, graciosa y divertida otra vez. Me convertí en J. C. Wiatt, irritante, impertinente y dispuesta a todo. Qué suerte. O, como habría dicho J. C. Wiatt: «He vuelto. He vuelto». Y no fue precisamente gracias a *Heaven*.

El futuro no es lo que era

Cuando llegué al centro médico Glendale Adventist, la abuela Hall estaba sentada en la cama, preparada para irse. Llevaba su blanco cabello peinado hacia atrás y recogido con tres pasadores oxidados, y un llamativo traje pantalón de rayón, con flores naranjas, rojas y amarillas, que no pegaba con el estampado geométrico de la blusa, también muy chillona.

—El novio que se ha echado Dorrie es judío. ¿Lo sabías, Diane? Además, el novio de la enfermera Holly es un *eyetalian*. Y esa practicante nueva es libanesa. Creo que es hermana de Danny Thomas.

—¿Cómo te encuentras, abuela?

—Al parecer mis problemas están básicamente en la cabeza. Es una glándula. Dicen que tengo mal la circulación del cerebro. Me han hecho radiografías de la cabeza. Por lo visto creen que no estoy bien. No te preocupes, Diane. He vivido mucho, demasiado. Ya no hago muchos planes para el futuro, porque no quiero vivir tanto. ¿Para qué vivir tanto? ¿Para que te den quince o veinte dólares?

Mi relación con Mary Hall era todo lo cercana que ella me permitía. Y viceversa. Tenía noventa y cuatro años cuando murió. En la década de los años cincuenta yo no simpatizaba demasiado con la abuela Hall. Ella no intentaba pintar el mundo de color de rosa. Sus regalos navideños eran espantosos: peras de Mission Pack para

todo un año, que nos entregaban en casa todos los meses. Como si a mí me importaran las peras. Hasta que me hice mayor no empecé a respetarla.

Es cierto que no era muy moderna, pero tampoco era hipócrita. Era sincera al cien por cien. Era una escéptica practicante, además de católica practicante. Qué contradicción, sobre todo teniendo en cuenta que no creía en Jesús ni en el cielo. Veía más allá de la parafernalia y la aceptaba encogiéndose de hombros y diciendo: «Es una oferta a largo plazo, ¿verdad, Diane? Como digo siempre, todo es confusión». Murió siendo una católica devota. Qué caramba, abuela, estoy contigo; ¿por qué no cubrir todos los flancos, por si acaso, por si estamos equivocadas?

Dorothy a los sesenta y tres

Soy una mujer de estatura media: antes cinco pies ocho y ahora cinco pies siete. Guardo mis datos en este diario encuadernado en piel titulado 1980. No tengo ni facturas ni cargas económicas pendientes. El número de mi cuenta bancaria actual es 45572 1470. Tengo cuatro hijos. Sus fechas de nacimiento son 5 de enero de 1946, 21 de marzo de 1948, 27 de marzo de 1951 y 1 de abril de 1953. Se llaman Diane, Randy, Robin y Dorrie. Estoy casada con Jack Newton Hall, ciudadano de Estados Unidos. Tiene los ojos azules. Le están saliendo canas. Mide seis pies. Vivimos en una parcela de treinta pies por cuarenta. Era pequeña para construir una casa, pero la hicimos, y nos encanta. Tenemos un seguro contraincendios e inundaciones. Ni mi marido ni yo tenemos seguro de vida. Tenemos un coche cada uno. El mío es un Jaguar plateado, matrícula IFTU749. Jack conduce un Toyota minivan, matrícula JNH delante con letras plateadas sobre fondo negro. He firmado

mis últimas voluntades. Anulan cualquier otro testamento o codicilo redactados con anterioridad.

Nací en Winfield City, Kansas, en el condado de Crowley. Mi fecha de nacimiento es el 31 de octubre de 1921, el año en que el presidente Harding juró el cargo y la mantequilla Land O'Lakes fue introducida en el estado de Nueva York. Mi padre, Samuel Roy Keaton, un hombre de estatura media, era metalúrgico. Mi madre, Beulah, era ama de casa y tenía los ojos grises. Tuvieron tres hijas: Orpha, Martha y yo.

A los sesenta y tres años, tengo el cabello cano y largo. Me lo lavo con champú Sassoon. Uso el acondicionador de Silkience. Me lo seco con un secador de mano Revlon. Lo rizo con rulos calientes Clairol. Me baño con agua CALIENTE. *Me lavo los dientes con un cepillo Oro Flex y peróxido de hidrógeno. Tengo los dientes en buen estado, igual que el cerebro. Intento beber ocho vasos de agua al día. Duermo en camisón, bajo dos mantas blancas, con mi marido al lado. Por la mañana enciendo la radio e inmediatamente me pongo una de mis cuatro batas de abrigo. Tengo la que compré con Diane en Macy's, en Nueva York, por cincuenta dólares. Tengo la corta con seis broches delante que me regaló Dorrie. Tengo la bata color melocotón con estampado de flores orientales. Pero mi favorita es la vieja bata lila de Saks Fifth Avenue. Forma parte de mí. Mis sentimientos están envueltos en ella.*

Ahora tengo la cara y el cuello bastante arrugados. Últimamente me preocupo por mi cuidado personal. Por la noche me aplico células rejuvenecedoras y por la mañana crema reafirmante seguida de una alisadora de arrugas. Se me prometió que tendría una sorpresa a los quince días. Noventa días después, no he notado ningún cambio. Me gusta llevar la cara lavada, con colorete rojo en las mejillas, lápiz de ojos marrón y diferentes tonos de pintalabios. Rara vez olvido rociarme el cuerpo con una buena dosis de colonia.

Tenemos radios en todas partes, incluso una nueva en mi cuarto os-

curo que graba una cinta en otra cinta. En la ventana del baño tengo una radio azul. Jack y yo tenemos una radio cada uno al lado de la cama. La más nueva está sobre la encimera blanca de la cocina blanca. Escuchamos constantemente la radio. Tomo Feldene para la artritis de las manos y las mandíbulas. Todas las mañanas me trago un tapón de Geritol para cubrir mis necesidades vitamínicas. Uso gafas para leer; tengo un par en todas las habitaciones donde trabajo.

He cambiado de una forma que no podía imaginar. La falta de vigor físico ha llegado con intención de quedarse. Duermo más que cuando era joven. Los sueños se muestran esquivos cuando intento recordarlos. Me satisface estar en casa todo el día, esperando a Jack y nuestra charla nocturna con unas copas y la cena. No necesito ver a gente. No solemos tener invitados. He perdido la voz para cantar; incluso cuando hablo mi voz es más baja y ronca. Ya no puedo tocar el piano. No escucho música. Me siento en mi cuarto oscuro y hago solitarios durante largo rato. Paso demasiado tiempo sola. Salgo a dar una vuelta con el coche, pero siempre estoy en casa a la una.

En cuanto me cambio y me pongo cómoda, me dedico a vigilar en serio Cove Street. Veo coches que van y vienen. Veo quién sale y adónde va. Observo a Champ, el maravilloso golden retriever de Jim Beauchamp. Su esposa, Martha, no hace ningún caso a Champ. En mi opinión, no percibe la verdadera esencia de ese increíble animal.

A veces me siento como si fuera una auténtica artista. Ahora trabajo en una gran lámina de cartón blanco que estoy transformando en collage. Va bien, pero no se lo digo a nadie. Tengo cinco obras terminadas, enmarcadas y a punto. Han aceptado dos para una exposición en el Santa Ana College. Trabajo en el suelo de mi cuarto oscuro, donde paso mucho tiempo recortando cosas que me gustan del Times. *Pero primero hago siempre las tareas domésticas. Es una costumbre que no puedo cambiar. Hago la cama, arreglo el baño, lavo los platos, bajo los estores,*

pienso qué prepararé para la cena, hago una lista de las cosas que debo hacer durante el día, me visto y entonces, solo entonces, me pongo a trabajar en el taller. Unas veces persevero y otras no. No importa, porque al fin y al cabo solo es para mí.

No tengo nietos. A mi avanzada edad, no estoy segura de que quiera tener pequeñas copias corriendo por aquí. No me siento capaz de tanta responsabilidad.

Mis amigos son mis gatos: Perkins y Cyrus. Cuentan conmigo para jugar, así como para que les dé comida y alojamiento. Pasar tanto tiempo en casa, con ellos dos como única compañía, da pie a conversaciones interesantes. Esta mañana he mirado a los ojos a Perkins, que estaba sentada en el lavabo. Me ha mirado con sus ojos verde lima y le he preguntado cuáles son exactamente sus metas en la vida. Sentía curiosidad. Se pasa casi todo el día huyendo de cosas, como pasos, voces, otros gatos, personas, lluvia, viento y ruidos de la radio. No sé cómo Perkins puede sacar ningún provecho de la vida. Cyrus me obedece cuando le ordeno que baje de la encimera, pero no se acuerda de que no debe subirse nunca a ella. Sí se acuerda de echar un vistazo al interior de la nevera cada vez que abrimos la puerta. Finalmente he entendido que recuerda lo que desea recordar. Bastante humano.

Leo Los Angeles Times *a diario, la revista* Newsweek *todas las semanas y toda la ficción que tengo tiempo de leer. Tengo una máquina de escribir eléctrica* IBM *que me encanta utilizar. Escribo todos los días en mi diario. Me gustan los libros, los gatos, las personas simpáticas, la buena comida, el bourbon y en ocasiones la ginebra, escribir palabras y estar sola.* AMO: *a mi marido, a mis cuatro hijos, a mis hermanas, mi día en la librería, las puestas de sol, la bahía enfrente de nuestra casa, mi Jaguar, a Mary Hall (ahora) y a mí misma (a veces). Voy todas las semanas a un psiquiatra que intenta ayudarme a tener un mejor concepto de mí. Tengo dos o tres amigas íntimas con las que puedo hablar abiertamente. Gretchen, Margaret y Jo. Paso meses sin verlas. No hablo*

mucho por teléfono. No invito a nadie porque temo el rechazo. Me han rechazado varias veces. Me gusta trabajar en el cuarto oscuro y realizar diversos proyectos artísticos, sin llegar a sacar ningún provecho de ellos, por supuesto. Supongo que soy una persona fragmentada. No hago nada bien del todo. De momento no tengo motivación.

En respuesta, Diane a los sesenta y tres

Tengo sesenta y tres años, antes medía cinco pies siete y ahora seis. Los sentimientos y pensamientos que abrumaban a Dorothy podrían reflejar, y de hecho reflejan, gran parte de lo que yo siento. ¿Edad avanzada? Pues sí. ¿Buena en algo? Todavía soy capaz de memorizar diálogos. ¿Me asusta el rechazo? Soy actriz. ¿Fragmentada? Más que la mayoría. La diferencia es: a los sesenta y tres años, Dorothy ya había criado a sus cuatro hijos; a los sesenta y tres, yo estoy haciendo lo que Dorothy hacía a los veinticuatro.

Ayer encontré a Dexter videochateando con su novio de hace tres días, Ben. Cuando la regañé, la respuesta fue simple: «Soy adicta a los videochats, mamá». ¿Adicta a los videochats? ¿Significa eso que también es adicta a Facebook? Si no, ¿cómo habría podido conseguir trescientos cincuenta amigos en menos de tres semanas? Hay muchos aspectos sorprendentes en Dexter, como la valentía que mostró cuando el doctor Sherwood, su ortodoncista, finalmente reconoció que había que eliminar el tejido que crecía sobre el tornillo que cerraba el hueco entre los dientes que le faltaban, como ella misma me había dicho hacía meses. Corrimos a la consulta del cirujano maxilofacial y le extrajeron el diente sin que se quejara en ningún momento. Qué persona más fuerte; qué entereza ante el dolor y el miedo; qué diferente de mí, su nerviosa madre.

Luego está «el mundo de Duke». Ayer fui a recogerlo a la escuela. Apenas había subido al coche dando un portazo cuando comenzó a protestar de lo injusto que era que su amigo Jasper, de siete años, tuviera un iPhone táctil y él, que tiene ocho, no. Magnánimamente, se ofreció a comprarlo con su propio dinero. Como sé que no tiene ni un centavo, su desfachatez me hizo gracia. Cuando le dije que quería pensarlo, preguntó:

—¿Cuánto tiempo?

—Un tiempo.

—¿Cuándo?

—Duke, ya te lo diré.

—¿Mañana?

—¡Duke, ya está bien!

—¿Mañana?

Sintonicé la radio en el 102.7 rogando que Ryan Seacrest distrajera a Duke y, mientras miraba los escaparates abandonados de Westwood Village, recordé la llamada de Evelyn, madre de un niño de la guardería a la que iba Dexter. Me había preguntado si conocía a alguien que necesitara un abogado, porque su marido se había quedado sin trabajo. Trataba de pensar a quién podía conocer cuando Ryan Seacrest superó todas mis expectativas y puso la canción favorita de Duke, «Apple Bottom Jeans». Disfruté del silencio durante tres minutos enteros.

Cuando nos detuvimos junto a la pista de baloncesto del YMCA, Duke me recordó que era demasiado mayor para utilizar el asiento de seguridad para niños, y además quería que su té con leche con sabor a chocolate y menta estuviera tibio, no caliente, o sea que no debía olvidarme de los cubitos, ¿y no tenía por casualidad un chicle Dubble Bubble sin azúcar? Mientras me alejaba, eché una última ojeada a mi hijo. Por Dios, qué guapo era. Y en ese momento,

cuando acababa de recordar que Carol Kane vendría a pasar la noche, sonó el teléfono. Era mi compañera Stephanie Heaton. «Es posible que L'Oréal quiera patrocinar la proyección en Lifetime de *¡Porque lo digo yo!* el día de la Madre.» Stephanie me recordó asimismo que no había memorizado el discurso para la conferencia de Vidas Únicas que me había comprometido a dar. Empecé a preocuparme.

A los sesenta y tres, tengo una hija que insiste en que no piensa nadar los cuatrocientos metros en estilos individual en el encuentro de natación COLA. No lo hará. No puede. Lo hace. Duke se queja de que su madre ES TAN MALA que no le deja hacer nada. A los sesenta y tres, paso por el ritual matinal de las pastillas: el Migravent de Dexter para los dolores de cabeza; mis vitaminas milagrosas Metanx; las cinco cápsulas de nuestro perro Red, ya viejo, para la enfermedad de Cushing, entre otras dolencias; el «Biótico» de Duke, como llama él a sus vitaminas, y las píldoras de Emmy, nuestra perra gorda, aunque después de seis meses aún no han dado ningún resultado. A los sesenta y tres, todavía hay muchos placeres, como limpiar la cera de las orejas de Emmy y poder acariciar la cabeza de Duke en público. La interminable lucha para que Dexter me bese al menos una vez a la semana merece la pena. La montaña de abrazos y besos hacen que todo esté bien; al igual que la alegría de ser capaz todavía de llevar a Duke a cuestas. Observar con admiración el complicado ritual de belleza nocturno de Dexter es la mejor manera de despedir el día. Son buenos tiempos.

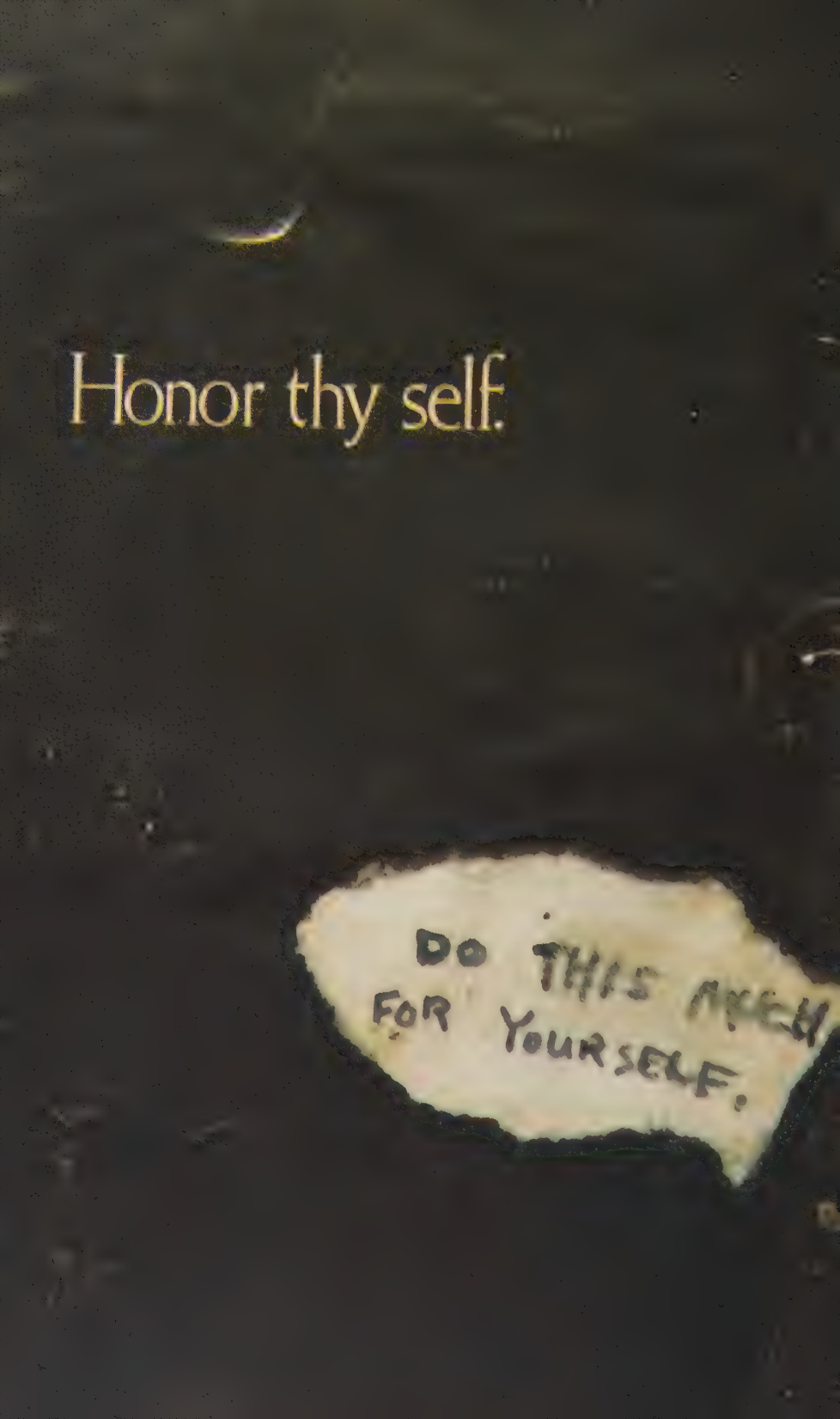
A los sesenta y tres, no puedo ponerme ropa cómoda como mi madre y ver el mundo desde la ventana. No puedo correr a casa para evitar el estrés del contacto humano, como si la soledad fuera a aportarme paz. Sé que la soledad no es una buena amiga y que aislarse no es una opción. Pero me consuela el hecho de que mi madre

y yo siempre estaremos unidas por la necesidad de comunicarnos. A pesar del dolor del anonimato, Dorothy hizo realidad su mayor sueño. Escribió. Y mientras escribía no criticaba sus intentos. No le preocupaba el rechazo. Estaba entregada a la tarea. Daba testimonio de la experiencia de ser Dorothy Deanne Keaton Hall.

Mi padre siempre me dijo que pensara. Que pensara en el futuro. Piensa. Piensa, Diane. Sin embargo, fueron los esfuerzos de mi madre, sus conflictos y su amor los que favorecieron las pocas habilidades que tengo para PENSAR. Apoyó decisiones que crearon experiencias que ensancharon mi vida. De jovencita, mi madre, como yo, tenía grandes aspiraciones, pero, a diferencia de mí, nadie la ayudó a materializarlas; nadie podía. Era la pobreza de la Depresión, no los fabulosos cincuenta. Eran Dorothy y Beulah. Después fuimos Dorothy y Diane.

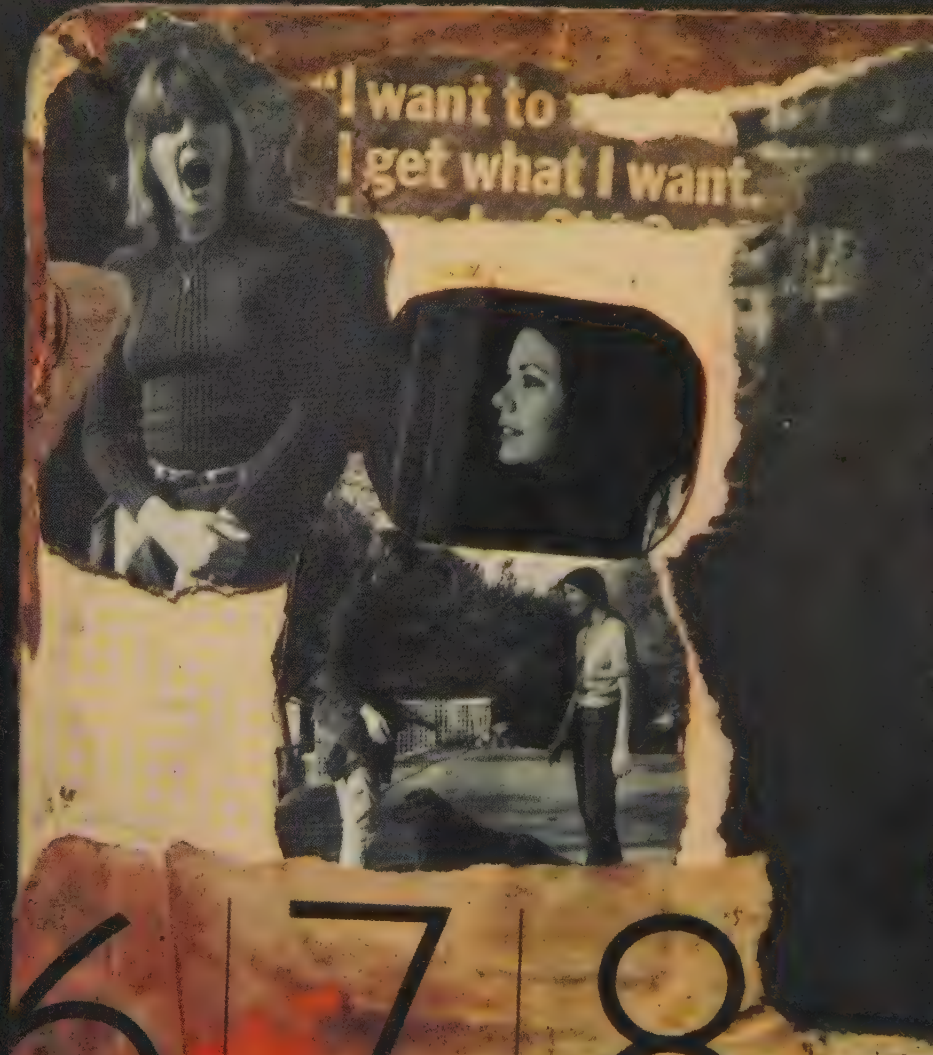
The secret is still in the family.

And you share it


Honor thy self.
DO THIS ALSO
FOR YOURSELF.

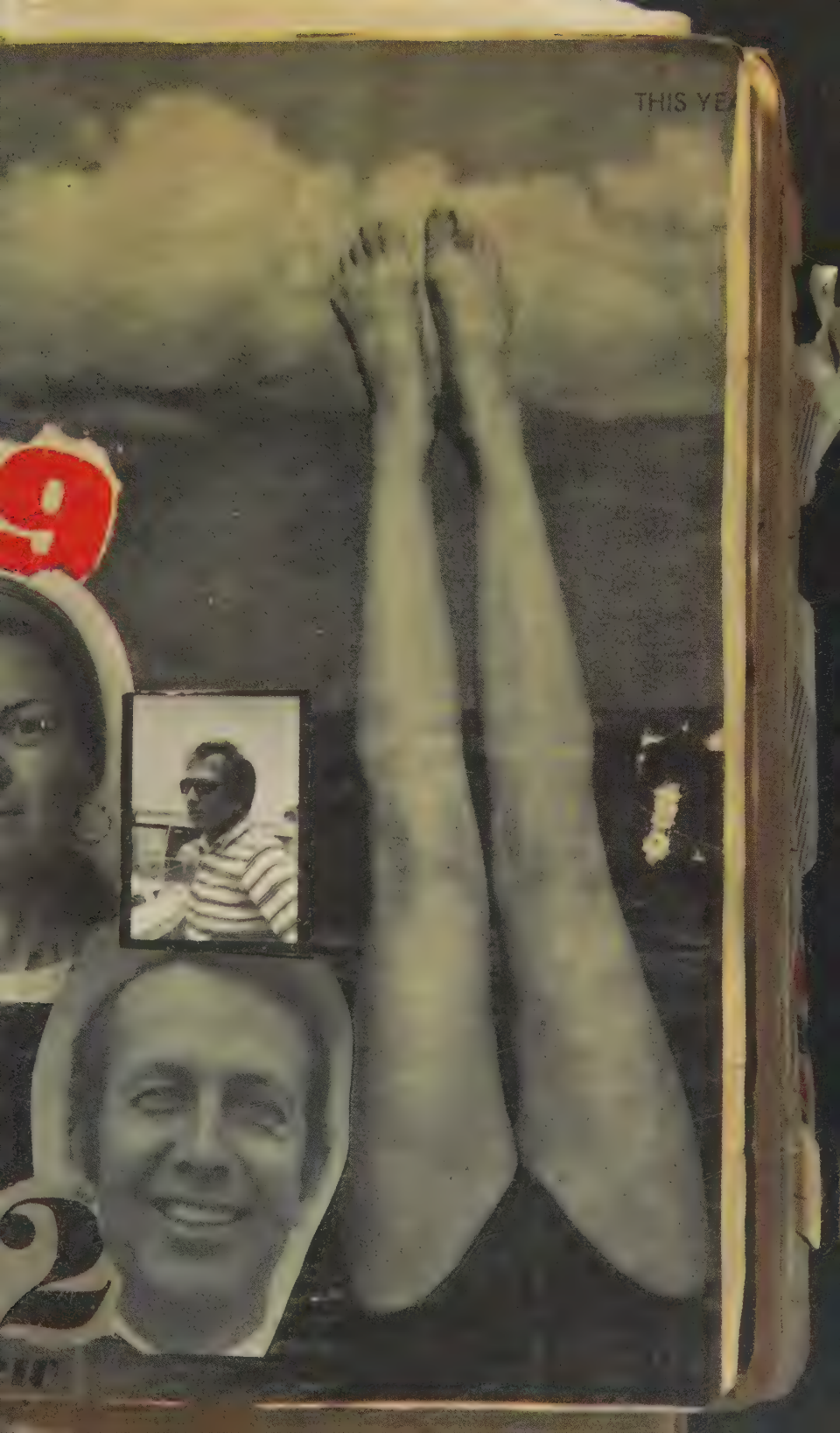
TH

NK



678

Who Says You Haven't Got A Chance?


THIS YE
9
2

I CANT GET ANY FEELINGS ABOUT WRITING IN THIS...

or not to be

10

Esto no es a veces, esto es siempre

El zapato derecho de Jack Hall

Mientras rodábamos *El Padrino III* en Roma, le di un ultimátum a Al: Cásate conmigo, o al menos ten en cuenta la posibilidad. Rompimos, volvimos y durante un año más seguimos con nuestra previsible pauta de rupturas. Pobre Al, nunca lo quiso. Pobre de mí, no paré de insistir. Recordando mis motivos me pregunto por qué las compensaciones de la realidad siempre salían perdiendo ante el aliciente de la fantasía.

Cuando rememoro mis frustradas relaciones de pareja, invariablemente me vienen a la memoria Jack y Dorothy bailando en una colina, en Ensenada. Mamá nunca sacaba a colación el tema del matrimonio. Quizá le diera miedo revelar el lado oscuro. No hablábamos de hombres, de lo que esperábamos de ellos ni de cómo hacer frente al desengaño. ¿Cómo podía mi madre ofrecer consejos a ese respecto, cuando su percepción de los hombres —ahora me doy cuenta— era un cúmulo de contradicciones? ¿Cómo podía plantear preguntas para las que carecía de respuesta?

No sé qué protegía mamá. El romanticismo, quizá, pero no el amor; no el amor cotidiano y corriente, con sus altibajos y sus concesiones, sus exigencias y sus defectos. Ignoro qué pensaba mi madre de Warren y Al. O de que yo estuviera con ellos. Adoraba a Woo-

dy, que se mostraba verdaderamente interesado por sus aficiones artísticas, sobre todo la fotografía. En cuanto a papá, cuando le preguntaba qué pensaba de los hombres, siempre respondía: «A las mujeres les gustan los haraganes». Era lo único que se le ocurría decir.

El Padrino III tenía un aire apagado, de mediana edad. Todos éramos mayores, pero no más felices. Francis Coppola prefería dirigir desde el Silver Bullet, su autocaravana. El ambiente se animó el día que llegó Winona Ryder con su prometido, Johnny Depp, para interpretar el papel de hija de Kay y Michael. La llevaron enseguida a la caravana de maquillaje mientras los demás rodábamos. Su cabecita parecía perdida bajo la peluca morena que la peluquera intentaba ajustarle. Fue casi como revivir el momento en que Dick Smith me encasquetó la peluca rubia cuando yo tenía veintitrés. Aquella noche le comunicaron a Francis que Winona se había desmoronado, lo que le brindó la oportunidad de dar a su hija, Sofia, el papel de Mary Corleone. Francis nos dijo que lo había escrito pensando en Sofia. Cuando Frank Mancuso, director general de la Paramount, y Sid Gannis, su número Dos, se enteraron, nos dijeron que «se encargarían».

Al día siguiente «Dos» voló a Palermo. Durante la cena, Gannis le confió a Al sus inquietudes sobre el «problema Sofia». Paramount no la quería. Él, Sid Gannis, pensaba mantener una conversación seria con Ellie, la esposa de Francis. ¿Con Ellie? ¿Por qué no con Francis? No hace falta decir que Gannis se marchó unos días después y que Sofia interpretó a mi hija, Mary Corleone.

Camino del hotel, sonó el teléfono del coche de Al. Era Robin. Se trataba de mi padre. Se mostraba desorientado. No recordaba cómo se llamaba Randy. Había olvidado la cartera y le daba igual. Eso era impropio de mi padre. Cuando llamé a casa unos días des-

pués, mamá me contó que una biopsia había revelado un glioma de cuarto grado, del tamaño de una uva, en el lóbulo frontal. Papá se puso al teléfono y le pregunté cómo se encontraba. «Van a ponerme una grapa en la cabeza hasta que encuentren el tumor —me dijo—. Está hinchado. Tengo un tumor en la mente o, mejor dicho, en el cerebro. Uno de esos. Me han dicho que tendré que ir a clase. Que estaré en un programa. Dicen que me van a dar radiación. No lo sé. Cuando cumplí los sesenta y ocho todo se fue al garete.»

En un gesto de generosidad, Francis insistió en que tomara el siguiente avión a Los Ángeles. Cuando el 747 aterrizó, fui en coche al centro médico de la Universidad de California en los Ángeles, donde encontré a mi padre como siempre, con excepción de la venda que le cubría la parte superior de la cabeza, que le habían afeitado, y el tubo de plástico lleno de líquido que tenía sujeto al brazo como una correa. Me recordó los comederos de pájaros que venden en el Builders Emporium. Se estaba subiendo los pantalones, mientras en el televisor colgado del techo pasaban su serie favorita, *Major Dad*. Le pregunté cómo se encontraba. «Bueno, he vivido mucho. Sesenta y ocho años son muchos, Di-annie.»

Le hicieron una propuesta a mi padre: además de recibir radioterapia, podía formar parte de un programa experimental dirigido por un famoso médico de la Universidad de California en los Ángeles, quien consideraba que era un candidato idóneo con la edad idónea. El cáncer avanzaba deprisa y era muy invasivo, pero por lo demás papá estaba sano. Dicho doctor creía que era un buen candidato para el nuevo tratamiento. Robin lo llamó «estimulación Immunvert del sistema inmunitario» o algo así. Mi padre decidió probar con el ataque por ambos flancos. Atiborrado de pastillas, fue con mi madre a casa para recoger algunas cosas antes de hospedarse en el motel Royal Palace de Westwood para comenzar la radioterapia.

El doctor Copeland, internista y viejo amigo de mi padre, tenía otro punto de vista. «Es una enfermedad mala. Cuanto mayor es el paciente, más agresivo es el tumor. El lóbulo frontal controla la capacidad de concentración. ¿Probabilidades? Siga el tratamiento que siga, Jack se deteriorará. Perderá el apetito. Dormirá más. Se volverá menos activo, se mostrará más confuso y desorientado. Finalmente entrará en coma. Se le parará el corazón o contraerá neumonía y morirá. Es un mal tumor.»

Delante del Royal Palace, cogí a mi padre de la mano y lo llevé al Arby's para tomar un sándwich de rosbif. Hacía calor. Le ayudé a quitarse la chaqueta. En la parte interior del cuello, mi mano rozó una etiqueta escrita a mano en tinta negra. «Chaqueta de Jack Hall. Devolver al 2.625 de Cove Street, Corona del Mar, California.» Mi padre tenía la manía de identificar los objetos personales. Bata de Jack Hall, calzoncillos de Jack Hall, pantalones de pijama de Jack Hall.

Después de comer en sillas de plástico clavadas al suelo volvimos paseando al Palace, un mamotreto de los años sesenta con un gran rótulo de neón que daba la bienvenida a los viajeros con su regia cordialidad. Parecía inofensivo, pero enseguida se ponía en evidencia la cruda realidad. Hombres calvos y mujeres demacradas sentados bajo los deslumbrantes fluorescentes del vestíbulo. El ambiente estaba saturado de derrota. Todos parecían vivir con tiempo prestado. La pequeña suite de mis padres no hizo que me sintiera mejor. Junto a la cama vi un par de zapatillas de mi padre. Zapato izquierdo de Jack Hall. Zapato derecho de Jack Hall.

La gran máquina

Al día siguiente mi padre y yo deambulamos por el inmenso complejo de la Universidad de California en los Ángeles buscando la sala de radiación. Estaba a oscuras, tal vez para suavizar el aspecto de los pacientes. «Bien, supongo que ha llegado la hora de que el tipo que maneja la cámara en ese calabozo me saque la gran foto. Si sigue dándome radiación en la cabeza acabaré pareciéndome a Yul Brynner.» Mientras esperaba, eché un vistazo a la sala y vi a Rocco Lampone, el matón de *El Padrino*. ¿Qué hacía allí? Tom Rosqui, también conocido como Rocco Lampone, se acercó a saludarme. Quería saber cómo iba *El Padrino III*. Lamentaba que a él lo hubieran matado en la segunda parte. Cuando llamaron a Jack Hall por el altavoz, de repente Tom me cogió la mano. A él también le estaban dando radiación. Mientras acompañaba a mi padre hacia la sala con la gran máquina, Tom se despidió de mí con la mano. Murió al año siguiente. La radioterapia no le sirvió, o no durante mucho tiempo; más que a mi padre, pero no suficiente.

La máquina de rayos X, de un beis enfermizo, tenía veinte años por lo menos. Parecía un electrodoméstico enorme de los años cincuenta, una especie de tostadora, parrilla y sauna, todo en uno. El técnico trazó en la cabeza de mi padre unas X verdes para señalar las zonas que había que irradiar. La máquina, exhausta tras tanto batallar con el cáncer, parecía inofensiva. Cuando ataron a mi padre a la camilla, observé la sombra de su cabeza moverse sobre una fotografía mural de secuoyas gigantes que iba del suelo al techo.

Regresamos al Royal Palace por Le Conte Avenue y pasamos junto al viejo aparcamiento de Bullock's. Mi padre no tenía prisa.

Cogido de mi mano, en pleno calor del mediodía, se paró a mirar el suelo un momento y después lo examinó un poco más. Se agachó a recoger un anillo de plástico y me lo dio.

Mi padre había empezado a interesarse por la forma de cosas como lápices rotos, muescas en las mesas e incluso la disposición de las gotas de agua en el lavabo. Los límites de lo que consideraba digno de su curiosidad se habían expandido, como el universo. Me puse el premio de Cracker Jack en el dedo meñique y mi padre se alejó para hacerse amigo de un petirrojo, inquilino temporal de un sicomoro gigantesco.

Esa noche cenamos en Plum West. Mi madre llevaba un vestido negro, complementado con unos calzoncillos de tartán rojo de mi padre alrededor del cuello a modo de fular. Era su hombre. Llevaba su ropa interior para demostrarlo. Papá dio buena cuenta de su plato de cerdo *moo shu* y se bebió su Johnnie Walker etiqueta roja con hielo. Estábamos contentos. Era como si siempre fuéramos a ser felices. Por supuesto, no era verdad, pero ¿qué dura más: la verdad o el recuerdo de una percepción de felicidad? Abrí mi galleta de la suerte: «Valora lo que tienes ahora, para que no lo añores cuando haya desaparecido».

Tras dos semanas de radiación, mi padre dijo: «Me siento como si tuviera muerte cerebral. Es interesante, Di-annie; la mitad del tiempo no sé dónde estoy. Me encuentro bastante bien, excepto cuando me meten los dedos en el culo todos los días». Dos semanas después, la cabeza de mi padre estaba a punto de quebrarse. No se quejaba, pero decía cosas como: «Me desperté en plena noche. Quería cepillarme el pelo hasta arrancármelo antes de que se me abra la cabeza. Me puse a buscar el cepillo, pero no lo encontraba. Me dije que le preguntaría a Dorothy, pero cuando ella abrió la nevera había dentro una paloma que buscaba sus gafas de sol».

Mi madre empezaba a hundirse. «Mira, creo que debería llevarlo a Santa Mónica para que pueda pisar la arena y contemplar las olas. Lo necesita. Estoy preocupada, Diane. Le están friendo el cerebro. ¿Y de qué le sirven esas pastillas? No dice ni una palabra. Se las traga y ya está. Se está deteriorando muy rápido. Pide batidos en Arby's, pero no consigo que se los tome. No come nada. El médico está preocupado. Pero ¿cuán preocupado puede estar? Todo el mundo se da cuenta de que Jack es un experimento destinado a fracasar. Lo que le "preocupa" al médico es el experimento, no Jack.»

Ver cómo mi padre examinaba su cepillo de dientes en el baño de la suite del Palace o esperaba pacientemente con Rocco Lampone y los demás enfermos de cáncer era insoportable. Decía cosas como: «La vida es transitoria. Solo estamos de paso». Y: «Es como en el circo, Diane: si quieres ir, debes ver el maldito espectáculo de principio a fin». Al cabo de dos semanas la cabeza de mi padre estaba roja; roja como el pecho de un petirrojo, más brillante que un tordo alirrojo, incluso más brillante que el más brillante de todos los cardenales rojos.

El 13 de abril mi padre abandonó prematuramente el «programa». Lo llevaron a casa en una ambulancia para que estuviera más cómodo. «Es la calidad de vida, no la cantidad», dijo su médico. Prevalecía la incredulidad. Tal vez se pusiera bien. ¿No? Al mismo tiempo, mi padre estaba más desmejorado. Era evidente que no cumplía con los requisitos del programa.

La tarde del día de la Ascensión mi padre colocó seis cuadernos delante de las seis sillas de la mesa del comedor, y esa fue la última vez que se reunió la familia Hall al completo. Repartió seis lápices y sacó lo que parecía un grueso cuaderno sujeto con docenas de gomas elásticas. Miramos su crónica de éxitos financieros, incluidos la tasación de la casa, el cálculo de los impuestos sobre la propiedad,

las participaciones en empresas inmobiliarias; en resumen, el valor neto de Jack Newton Ignatius Hall. Nos informó de que el impuesto de sucesión ascendería aproximadamente al cincuenta y cinco por ciento. Asentimos al unísono. «Hijos, quiero hablaros del fideicomiso y de cómo podéis prepararos para el futuro.» Cogió un lapicero amarillo y lo alzó hacia la luz del sol. Deslizó los dedos por todas sus aristas. Era casi como si el lápiz tuviera secretos. Lentamente (¿qué prisa había?) bajó el lápiz y lo hizo rodar sobre la mesa, luego volvió a hacerlo rodar una y otra vez. «¿Alguna pregunta? ¿Randy?» Mi hermano negó con la cabeza. «Randy, ¿alguna pregunta?» En el rostro de Randy se dibujaba la sonrisa que esbozaba siempre que papá se dirigía directamente a él. Eso fue todo. Randy se levantó y se fue. La reunión concluyó sin que mediaran más palabras.

Almorzamos en el patio mientras mi padre contemplaba el océano sin su Johnnie Walker etiqueta roja. Robin le dijo a mamá que estuviera preparada para posibles ataques. Enumeró lo que debía hacer por si acaso. «Ponlo de costado para que no se muerda la lengua. No te preocupes, podrás hacerlo. Colócale la cabeza sobre tu rodilla para que no se golpee contra algo duro.» La mirada perdida de mi padre estaba más perdida que nunca. «Tanta nada, ¿verdad, papá? Tanta nada y luego la gran nada.»

La siguiente vez que hablé con Randy le pregunté: «¿Qué te ha pasó? ¿Por qué te fuiste tan de repente?».

Esto es lo que me dijo: «La semana pasada llamé a papá. Con todo lo que ha pasado, deseaba que supiera que le quería. ¿Sabes qué me dijo? Pues me dijo: "¿Y qué ha pasado?". No quería hablar del tema. ¿Me entiendes, Diane? No quería».

Mi padre nunca renunció a los grandes planes que tenía para Randy. Eran los habituales. John Randolph se pondría al mando del negocio de la familia Hall. Sin embargo, Randy vivía en su piso de

soltero de Tangerine Street y escribía poemas sobre los percances de pájaros subterráneos. Como la abuela Hall, mi padre no los entendía. «Los pájaros vuelan, no viven bajo tierra.» No obstante, Randy seguiría escribiendo durante toda su vida sobre pájaros que no podían despegar. Según mi padre, mi hermano no hacía nada a derechas. Por ejemplo, cuando la temperatura de la casa adosada que mi padre le regaló alcanzaba los treinta y dos grados, Randy no tenía el sentido común suficiente para abrir la puñetera ventana. A mi padre lo sacaba de quicio. Ojalá hubiera comprendido que era inútil decirle a Randy lo que tenía que hacer.

Juntos de nuevo

Tres semanas después, cuando volví a Palermo, la tensión en el plató era explosiva. Francis estaba donde le había dejado, todavía sentado en la Silver Bullet, todavía reescribiendo el final. Tras docenas de rupturas, Al y yo rompimos de nuevo. Maestros de la evitación como éramos, ni siquiera nos saludábamos.

Un sábado frío Francis programó un ensayo en la sala donde Wagner compuso *Parsifal*. Se reunieron los sospechosos habituales: Andy Garcia, George Hamilton, Talia Shire, Sofia (que pronto sería portada de *Vogue*), Richie Bright, Al y John Savage. Eli Wallach se me acercó. «Eres una superviviente. Me alegro por ti. Eres una superviviente deslumbrante.» ¿Superviviente? Las luces del teatro Massimo estaban colgadas al revés. Gordon Willis echaba chispas. Mientras esperábamos la duodécima versión del final de *El Padrino III*, pensé en las anteriores. En una Talia mata a Eli Wallach, Al se queda ciego y Andy rompe con Sofia un instante antes de que sea asesinada; cuando el ciego Al descubre a su hija muerta en los es-

calones del teatro, se vuela los sesos. En otra se da a Al por muerto pero vuelve. En una tercera, le disparan pero sobrevive y al final lo matan el Domingo de Pascua cuando va a la iglesia. En otra versión Al es tiroteado en el teatro Massimo, pero Sofia vive. Ninguno de nosotros sabía qué esperar. ¿Sería este el último borrador, el definitivo, o solo uno más de la serie de intentos de terminar la saga de nuestro voluble e inteligente jefe, Francis Coppola?

Lo que recuerdo sobre el rodaje del final definitivo de *El Padrino III* es esto: no me costó llorar. Lloré y lloré, y seguí llorando. No me costó. Solo tuve que pensar en mi padre. Cuando no pensaba en él, pensaba en Al. Volvíamos a estar juntos, más o menos.

Me daba lo mismo que lo nuestro saliera bien o no. Era feliz oyéndolo recitar *Macbeth*, a medianoche, oyendo el sonido de su voz. Estaba loco. Era un loco maravilloso. Siempre me llamaba Di. «Di, prepárame un café, caliente y fuerte.» «Di, siéntate a mi lado y hablemos.» Una noche, mi preferida, me contó lo que era ser un niño de la calle. Le encantaba el otoño y cómo las sombras amplificaban los edificios destartalados. Me dijo que el mundo siempre sería aquella calle del Bronx. Comparaba todas las cosas bellas con aquella época, con la luz dorada brillando sobre sus amigos y la calle. Siempre la calle. Yo le escuchaba.

Detestaba las despedidas. Prefería desvanecerse tan misteriosamente como aparecía. A veces me despertaba en plena noche y lo encontraba preparando té o comiendo palomitas y M&Ms. Le gustaban las cosas sencillas. A mí me gustaba su sencillez. Le quería, pero mi amor no me hacía mejor persona. Lamento decir que yo no era sencilla. Yo era demasiado.

Mi historia de la historia de la vida de mi padre

Cuando regresé tras terminar *El Padrino III*, mi padre le dijo a mi madre que buscara una pistola para matar a los vecinos. «¿Me huele el aliento?», preguntó mientras meaba arrodillado en el dormitorio, palpando el borde del parquet. Estaba espantosamente flaco. Apenas podía tragar nada. Ya no se paraba a observar los gorriones. Ya no caminaba. El doctor Copeland tenía razón. Era una enfermedad «mala».

A principios de agosto prácticamente dejó de hablar. A veces me sentaba en una punta de su cama de hospital, miraba por el ventanal y le contaba mi historia de la historia de su vida; por ejemplo, aquella vez que nos llevó a todos a San Bernardino, a un lugar llamado McDonald's, donde vendían hamburguesas por quince centavos y zumo de naranja por cinco. ¿Se acordaba del gigantesco rótulo rojo que decía: «Autoservicio de HAMBURGUESAS. Hemos vendido MÁS de un millón»? ¿Se acordaba de la hamburguesa y el rótulo? ¿Verdad que sí? Sonreía, pero no asentía.

Una tarde le hablé de cuando pasábamos en coche por debajo del paso elevado de la avenida Cincuenta y cinco para entrar en la autovía de Pasadena y después doblábamos a la izquierda para tomar la autopista Pacific Coast, que nos llevaba hasta Palos Verdes. Una vez allí, él y su amigo Bob Blandin echaban un vistazo a sus nasas para langostas antes de lanzarse al mar desde el acantilado. Palos Verdes era famoso por la capilla de cristal de Wayfarer, de Lloyd Wright. Mi madre decía que a la gente le gustaba casarse con vistas al mar. Le pregunté a mi padre si recordaba que se habían anulado todas las bodas después de que un domingo una casa se deslizara por la ladera de la montaña. ¿Recordaba que habíamos seguido yendo a Palos Verdes, a pesar de los corrimientos de tierras, y que lo esperá-

bamos en el asiento trasero de nuestra primera y única camioneta con carrocería de madera, zampándonos las hamburguesas —mejores que las de McDonald's— que mamá preparaba con queso, mayonesa y pepinillos y envolvía en papel de aluminio? ¿Se acordaba de que todos los fines de semana se acercaba al acantilado cantando: «¿Quién robó el talán talán, quién robó la campana? Sé quién la robó, Dorrie Campana». ¿Recordaba que siempre se agachaba a besar a su pequeño Petirrojo Robin, y después a mí, su Di-annie Oh Hall-ie? Mi padre inclinaba la cabeza hacia atrás y hacia delante intentando pensar. Eran demasiadas preguntas para un hombre moribundo.

Le conté la historia de la vez que lo espié por una rendija de la puerta de su dormitorio mientras él colocaba monedas de cinco, diez y veinticinco centavos en los envoltorios con rayas de colores, como los pirulíes, que daban en el Bank of America. Cuando los hubo llenado, abrió un cajón y los dejó encima de una montaña de tubos idénticos. Ver su perfil mientras reflexionaba sobre los crecientes resultados de sus esfuerzos me hizo sonreír. Allí estaba el hijo de Mary Alice Hall, feliz de ver cumplida una pequeña parte de su sueño: la acumulación de dinero. Le dije a mi padre que quería que también se sintiera seguro y orgulloso de los demás sueños que había cumplido, grandes sueños, sueños que nunca creyó que sería capaz de alcanzar. Le dije que esperaba transmitir algún día el recuerdo de sus éxitos a un hijo mío, aunque sabía que empezaba a ser mayorcita. Mi padre no dijo nada. Después de esto, no le conté más historias.

De la oficina del forense mandaron a un hombre gordo con un traje negro que se puso guantes de látex para examinar el cadáver. Fue breve. Colgó una etiqueta del dedo gordo del pie de mi padre. Se acabó zapato derecho de Jack Hall, zapato izquierdo de Jack Hall.

Robin, Dorrie y yo salimos y nos sentamos en la tapa del jacuzzi. Miré hacia el ventanal de la habitación de mi padre mientras dos hombres de los crematorios Neptune Society lo ataban a una camilla. Cubierto con una tela azul marino, papá cruzó el salón, la cocina y el garaje y salió al camino particular de la casa. Seguí la pequeña procesión a cierta distancia. Cuando cerraron la puerta con ventanilla de la furgoneta, solo distinguí la manta azul marino extendida sobre el cuerpo de mi padre. Al menos estaba envuelto en el color del mar al atardecer.

Lo que queda

Dos meses después de la muerte de mi padre, Al reconoció en la seguridad de la consulta del psicoterapeuta lo que yo siempre había sabido: nunca había tenido intención de casarse conmigo. Lo que él quería era irse. Y lo consiguió. Se fue. Le observé caminar bajo la luz del sol californiano sin siquiera mirar atrás. Aquel mismo día voló a la seguridad de Nueva York, el puente George Washington, su chófer Luke y su perro Lucky, que lo esperaban en Snedens Landing.

Esto es lo que queda de Al Pacino:

1. Ocho notas en papel rosa del hotel Shangri-La, de 1987, en las que se lee: «Llamada de Al».
2. Una página arrancada de un libro con la partitura de «All I Have To Do Is Dream» y las palabras «Para Di» en la parte superior y «Con amor, Al» en la inferior.
3. Una felicitación de cumpleaños con las palabras: «Con amor, Al».
4. Una carta manuscrita, de diciembre de 1989:

Querida Di: Me siento tremendamente solo, como no me sentía desde hace muchas, muchas lunas. No sé por qué. Tal vez sea porque estoy en un país extranjero y no hablo el idioma; se podría decir que esta es una de las razones. Pero sobre todo es por estar lejos de ti y de todo lo que tenemos. Escribo esta carta sentado en la terraza de una cafetería de Roma mientras llueve a cántaros. Veo una plaza preciosa con una iglesia y hablo solo. He juntado las manos como si fuera a rezar. Pero entre ellas tengo una pequeña grabadora. Así que parece que hablo a mis dedos. Es lo que parece. Ojalá pudiera dictar esta carta sin mover los labios. Intento decirte que te echo de menos, «cariño». De una forma un poco tortuosa, al parecer. Pero te llegará. Te quiere, Al, tu amigo.

5. Una nota en un pedazo de papel arrancado:

Diane: Andy, Don y yo hemos ido a un restaurante de Mondello. Te llamaré para decirte el nombre. Sé buena. No te pelees. Te quiere, Al, tu amigo.

6. Con fecha de 29 de enero de 1992, manuscrita:

Querida Di: He oído que Anna Strasberg habló contigo por teléfono y te dijo que yo te mandaba recuerdos o alguna tontería por el estilo. No lo hice. Nunca utilizaría un sistema tan retorcido para tratar de comunicarme contigo. No soporto pensar que hayas podido llevarte esa impresión. No necesito intermediarios si quiero ponerme en contacto contigo. Discúlpame por mandarte esta nota. Con cariño, Al Pacino.

7. Fechada el 19 de agosto de 1995, en papel de carta Chal, escrita a máquina:

Querida Di: Gracias por tu bonita nota sobre Lucky. Tus amables palabras, tus pensamientos y tu evidente comprensión de mi relación con Lucky hicieron que no me sintiera solo. Gracias. Me he enterado de lo de tu madre y la noticia me ha angustiado mucho. Te mando mi cariño y la esperanza de que se recupere. Sé que es muy difícil. La vida es muy dura, y es lo que hay. Como es lógico, sé que no puedo hacer nada para ayudarte, pero sí decirte que comprendo lo que estás sufriendo. Gracias de nuevo por tus palabras. Me han ayudado. Mis pensamientos están contigo y pienso a menudo en ti. Con cariño, Al.

Un retrato

A finales de noviembre los restos de mi padre estaban en el estante de nuestra casa de Tubac, en Arizona. Dorrie y mi madre esperaban. Yo iba a coger un avión en Dallas para reunirme con ellas. Esa mañana un ruido sordo despertó a Dorrie. Abrió la puerta de cristal corredera y encontró una paloma torcaz que yacía en un charco de sangre.

Llegué a tiempo para ayudar a terminar la cruz de papá. Subimos las tres por la pequeña cuesta desde la que se divisa el valle de la sierra de Santa Rita. Hincamos en el suelo la cruz de madera hecha a mano. Con una chincheta clavamos una fotografía de mi padre encima de su nombre, fecha de nacimiento y de defunción. Metimos un par de billetes de cien dólares bajo las piedras. Supusimos que le iría bien un poco de dinero para la travesía. Dejamos la paloma torcaz al lado de mi padre para que tuviera un compañero de viaje. No estábamos seguras de adónde se dirigían, pero nos sentíamos mejor sabiendo que no estaría solo.

Mil novecientos noventa fue el año en que perdí a mi padre. También fue el año en que perdí a Al. En cierto modo la muerte de mi padre fue una preparación para el adiós de Al. Durante los cinco breves meses que mi padre vivió con un tumor cerebral aprendí que el amor, cualquier amor, es un trabajo, un gran trabajo, el mejor trabajo. Aprendí que el amor es mucho más que una fantasía romántica. Al final perder a Al era previsible, pero perder a mi padre, no. Perder a papá me cambió hasta un punto que nunca habría imaginado.

Un día tomé una fotografía del rostro impávido de mi padre ante la muerte. Él más o menos volaba solo, planeaba sobre California observando la configuración del terreno antes de emprender su último vuelo. Hay quien dice que las fotografías engañan. Para mí, la mirada fija de mi padre tras un sufrimiento prolongado es la verdad. Soy consciente de que puede resultar extraño centrarse en el retrato de un padre moribundo en lugar de un padre joven o un padre pletórico de energía. Sin embargo, me hace reflexionar sobre la forma en que nos dejó. Despojado de la razón, víctima de alucinaciones en las que veía perros que daban volteretas en su habitación, vivió una experiencia brutal. Viendo su rostro a los sesenta y ocho años confío en poder afrontar la vida como él afrontó la muerte. De cara, sin adornos ni confusión.

«Sé que no puedo llevarme este mundo conmigo. Ni siquiera sé dónde estoy la mitad del tiempo, pero te diré algo, Diane: me encuentro mejor. No nos damos cuenta de lo mucho que apreciamos las pequeñas cosas. A tu madre, por ejemplo, quiero a tu madre, aunque nunca sepa con qué me va a salir.» No es de Norman Vincent Peale. No es de Dale Carnegie. Es de mi padre.

11

Secuelas

Dos cartas

Querido papá:

Es el primer día de 1991. Creo que hoy te habría alegrado ver a tus chicas. A las diez el sol brillaba entre una densa bruma. Robin fue a la tienda llevándose a Riley y al pequeño Jack, que ya anda. Dorrie, mamá y yo fuimos a ver una casa en venta en Ocean Drive. ¿Te puedes creer que pedían 2,5 millones de dólares por una caja dos pies cuadrados sin apenas vistas? Te habrías sentido orgulloso de mamá: casi vomita.

De vuelta en Cove Street, Dorrie puso música de Willie Nelson. Abrió una botella de vino y nos sentamos a comer uno de los deliciosos guisos de atún de mamá. De postre los niños tomaron su dulce favorito: galletas de chocolate con nueces See's.

Hacía mucho calor, así que Robin, Dorrie y yo fuimos a Big Corona, donde hicimos surfing con gente que no tiene casas en la playa. Gracias por nuestra cajita con vistas, papá. Luego llegó mamá con los niños y construimos castillos de arena. Riley me enseñó a hacerlos. Cuando crezca será una ejecutiva. Es tu tipo de chica. El pequeño Jack estaba inclinado sobre un montón de cubos colocados junto al agua observando a los cangrejos.

Creo que te habrías divertido viendo a tus hijas mirar a todos los tíos buenos. Dorrie se burló del tipo de hombre que me gusta.

Insisto: no tengo un tipo, papá. Sé que piensas que a todas las mujeres nos gustan los haraganes, pero te equivocas. Es un asunto complejo. Al y yo rompimos un par de meses después de tu muerte. Ha sido triste, pero instructivo. No sé si alguna vez encontraré una forma mejor de amar a un hombre, la forma «correcta». Ojalá tú y yo hubiéramos estado más unidos. Ojalá hubiera sido la niña de papá. Tu niña. Ojalá hubiera encontrado la manera de quererte con menos esfuerzo.

Sea como fuere, este primer día de 1991 ha sido un buen día. Lo hemos pasado bien en la playa. Éramos solo nosotras, tus cinco chicas, y un niño que se llama como tú: Jack.

Te quiere,

DIANE

Querido Jack:

Deseo hablar contigo de algunas cosas que lamento haber aprendido demasiado tarde. Sé que no querrías que viviera con pesares. Y lo intento, pero cuando veo una pareja que se pelea por asuntos nimios me dan ganas de decirles: «No perdáis el tiempo que estáis vivos riñendo y armando follón por tonterías. Sed felices. Os tenéis el uno al otro».

Todavía siento tu presencia. Cuando tengo esa sensación, miro al cielo (como si estuvieras allí) y pienso que si te siento tan intensamente tú también tienes que sentirme. Si es así, sabrás que me siento vieja. Detesto reconocer que también estoy perdiendo mis facultades mentales. Me preocupa. Todavía guardo el corazón rojo lleno de chocolatinas See's que me regalaste el último día de San Valentín. ¿O fue el año anterior? Dios mío, Jack, ¿lo ves? Se me está borrando todo.

Querría pedirte un favor. Por favor, quédate conmigo, porque te necesito. Ven a mí por la fuerza si es preciso. Por favor. Estoy muy sola. No sé por que me costaba tanto decirte cuánto te quería cuando esta-

bas sentado frente a mí en el taburete, con la copa en la mano, y la música sonaba y la cena se guisaba en la cocina y todo iba bien. Puede que ahora que te has ido al otro lado conozcas todas las respuestas. Lo único que sé es que te abracé mientras te morías. Yo también quiero morir así. ¿Quién me abrazará, Jack? ¿Quién me abrazará ahora que ya no estás?

Te quiere,

Tu DOROTHY

El precio de ser guapa, marzo de 1991

Es extraño que la lluvia llegara tan repentinamente. Un alud de lodo aplastó los crocus amarillos de mi patio trasero. Incluso mientras cenaba con Dana Delany y Lydia Woodward, dos solteras fantásticas, no dejaba de pensar en la avalancha. Dana pidió una copa de cabernet. Quería saber si salía con alguien. Le hablé de un hombre de Newport Beach.

—¿Te lo has montado con él? —preguntó Dana.

—No —respondí—. No, no me lo he montado con él. —No me lo había montado con nadie.

Lo que quería decir era que mis pulmones estaban llenos de un residuo de polvo del pasado. ¿Por qué debía llamarme la atención el hombre gótico con dibujos sangrientos en el cuello tatuado que estaba delante del restaurante Musso and Frank, en lugar de la cara de felicidad de la familia que entraba en el Museo de Cera de Hollywood comiendo helados de vainilla? ¿Por qué era más irresistible la soledad de Lydia que las conquistas y la seguridad en sí misma de Dana?

Después de Al, perdí todo cuanto pudiera parecerse a la seguri-

dad de Dana en su propio atractivo. La verdad es que nunca la tuve, pero no se trata de eso. La cuestión es que, una vez más, dejé que me abrumara la preocupación por el fracaso. El mío. Tal vez no era lo bastante guapa para Al. Tal vez Al, como Ronnie McNeeley en el instituto, no se sentía atraído por mi cara. Mi cara era mi fracaso.

A veces es difícil separar el concepto de belleza del de guapura. Son diferentes. La belleza es variable. Viene y va. Por ejemplo, la abuela Hall fue bella una sola vez, y fue el año en que murió. Natalie Wood pasó de ser guapa a ser bella en *Esplendor en la hierba*. Anna Magnani fue una belleza fea que se arrojaba a la tierra en *Roma, ciudad abierta*. Todas esas mujeres eran bellas. Eran fascinantes, pero su belleza no era una promesa de nada. No era segura ni era eterna.

Si quisiera ser guapa, podría hacerme un lifting, además de quitarme las patas de gallo y la papada. Los cirujanos plásticos estarían encantados de satisfacer mis necesidades. Pero ¿luego qué? Es un poco tarde para empezar a experimentar. Además, ser guapa, con la promesa de perfección que encierra, ya no resulta tan atractivo como antes. ¿Qué es la perfección al fin y al cabo? Es la muerte de la creatividad, creo yo, mientras que el cambio es la piedra angular de las nuevas ideas. Dios sabe que quiero ideas y experiencias nuevas.

La diferencia entre ser guapa y ser bella es que ser guapa, como la mujer de Avon que llama a tu puerta ofreciendo una selección de satisfacciones envueltas con esmero, es un callejón sin salida. La belleza, arrojándose a la tierra como Anna Magnani, es viva y efímera. Me gustaría olvidarme de querer ser guapa sin resentimientos, pero ¿podré hacerlo? La belleza no es una opción. La belleza es como vivir con preguntas. No hay respuestas. Si la belleza está en el ojo del que mira, ¿entonces los espejos son una pérdida de tiempo? No sé si soy bastante valiente para vivir sin respuestas o para dejar de mirarme.

La vida sigue

HBO me ofreció el papel de Hedda Nussbaum, una víctima de la violencia doméstica, cuya hija adoptiva, Lisa, moría a consecuencia del fuerte golpe que Joel Steinberg, amante de Hedda, le asestaba en la cabeza. Lo rechacé. No más víctimas para mí. Preferí restaurar la casa de Lloyd Wright que mi padre me había aconsejado no comprar. Fui en coche al cañón de Chelly con Dorrie. Dirigí un vídeo musical titulado «Heaven Is a Place on Earth» con Belinda Carlisle. Asistí a un curso de escritura de guiones en la Universidad del Sur de California, impartido por David Howard, que habló de los preparativos y de lo que viene después.

—Nunca se es demasiado mayor para aprender, ¿eh? —me comentó un alumno durante una pausa.

—No, nunca se es demasiado mayor —dije.

Conocí a una productora llamada Judy Polone, que me dio la oportunidad de dirigir un telefilme titulado *Una flor salvaje*. Contratamos al director de fotografía Janusz Kaminski, que después rodaría *La lista de Schindler* con Steven Spielberg. Elegí a Patricia Arquette y a Reese Witherspoon para los papeles protagonistas. Eran guapísimas y tenían mucho talento. El futuro era suyo. Randy se mudó a Laguna. Al tuvo un hijo. Warren se casó con Annette Bening. Dorrie se compró una casa. Robin tenía dos hijos, un marido y tres perros que había sacado de la perrera. Yo seguía con mi vida.

En el mercadillo de Rose Bowl conocí a Carolyn Cole, directora de la colección fotográfica de *Los Angeles Herald Examiner* en la Biblioteca Central de Los Ángeles. Se me acercó y me preguntó si estaba interesada en echar un vistazo a algo muy especial. Sola en el

sótano del monumento arquitectónico de reminiscencias egipcias de Bertram Goodhue, abrí el archivo marcado con una A e inicié un viaje a través de dos millones de fotografías de perros encontrados, niños desaparecidos, sospechosos de atracos, maltratadores de mujeres, travestidos; básicamente un batiburrillo de desposeídos que gozaron de una notoriedad efímera, aunque aparatosa, en el *Herald Examiner*. Encontré una foto de veinte por veinticinco de mamá Anderson, embarazada de su decimoséptimo hijo, a la que habían pillado pasando cheques sin fondos en la cafetería Clifton's. Detrás de ella había una imagen de papá Anderson en prisión, acusado de secuestrar a una de sus hijas. Edward Altman, un ex recluta ciego, era fotografiado al reencontrarse con su perro lazarillo, Trump, y Gladis Archer era retratada en pantalones tras salir de la cárcel por haber llevado el uniforme de marine a una fiesta con alcohol. Suscriptores como la abuela Hall y George Olsen devoraban el insaciable agujero negro de las miserias ajenas.

En la A, bajo la etiqueta «Ambassador, hotel», encontré una foto de una triunfal Dorothy Hall en el momento en que era coronada Mistress Los Ángeles por Art Linkletter. Pero bajo «Abandonados» no había ninguna fotografía de Beulah Keaton limpiando retretes en el instituto Franklin, donde trabajaba de conserje. ¿Qué había de su desafortunada historia? La historia de una mujer que se despertó un día para ver cómo su marido de veinticinco años se marchaba a Utah en el único coche de la familia con una mujer con la que iba a casarse, convirtiéndose, pues, en bígamo. No había ninguna foto de la cara del pequeño Jackie Hall pegada a la ventana mientras observaba cómo su madre, Mary Alice, jugaba al blackjack en uno de los famosos barcos-casino de la isla Catalina a la una de la madrugada. De hecho, no había ni artículos ni fotos sobre otros Hall o Keaton. Me pareció que la fina línea entre lo que era noticia y lo que no lo era

convergía. Un libro empezó a tomar forma. Una especie de «La familia del hombre» en tabloide. Lo titulé *Local News*.

Cuando Woody me pidió que reemplazara a Mia Farrow en *Misterioso asesinato en Manhattan*, acepté. Fue una locura. Fuera, la prensa asediaba la caravana de Woody. No pasaba día sin que le acercaran un micrófono a la cara. «¿Qué opina de la batalla de Mia Farrow por la custodia?» Dentro, era como en la época de *Annie Hall*, pero más fácil si cabe. Carlo di Palma rodó la película cámara en mano. Se filmaron escenas completas en una sola toma. Estábamos en maquillaje a las siete de la mañana y terminábamos de rodar a las dos y media de la tarde. No podía creerme que fuera tan fácil. En cuanto a Woody, no sacó nunca a relucir sus problemas personales mientras trabajábamos.

«Héroes a la fuerza»

Donna Roth y Susan Arnold buscaban un director. *Héroes a la fuerza*, basada en las memorias de Franz Lidz, trataba sobre las dificultades de un niño llamado Steven después de que diagnostiquen un cáncer de ovarios a su madre, Selma. Cuando esta empieza a debilitarse, el padre de Steven lo lleva a vivir con sus dos tíos, uno de ellos un acaparador y el otro un paranoico. Ambos enseñan al muchacho el valor de su singularidad. El tío Arthur, en particular, le aporta una forma de apreciar la belleza de los objetos banales, como cordeles y pelotas de goma. Pero es Selma quien le da la capacidad de amar. Steven crea su propio memorial en honor a Selma antes de que esta muera, guardando en una caja algunas cosas suyas: una barra de pintalabios, un frasco de perfume, un mechero.

Hallar la redención a través de la documentación me pareció es-

pecialmente conmovedor. Fue casi como si Franz Lidz nos estuviera diciendo que los objetos, las posesiones, podían compensar los caprichosos vaivenes del amor. En la entrevista con Donna y Susan les expliqué mis pensamientos, sobre todo los relacionados con la documentación de la historia de una familia. Hacía años que imitaba a mi madre escribiendo un diario. El tema era personal. Como productoras, Susan y Donna poseían la suficiente seguridad para brindarme una oportunidad.

Era mi primer largometraje como directora. Necesitaba ayuda en todos los aspectos. Contraté como asesor visual a Greg Yaitanes, graduado en cine por la Universidad del Sur de California. Era un hombre imaginativo y con mucha inventiva para la acción. Juntos rodamos la película antes de que yo la rodara. Parecerá una locura, pero Greg manejó la cámara de vídeo mientras yo interpretaba a Selma agonizante, al pequeño Steven, incluso al lunático tío Danny. Decir sus frases hizo que me sintiera más implicada en la historia. Cuando empezamos a filmar en el plató, agradecí tener en vídeo la peliculita de la película para ayudarme con la posición de las cámaras. Phedon Papamichael, nuestro director de fotografía, accedió a mis caprichos. De hecho, todos los jefes de departamento estuvieron dispuestos a aceptar mi supuesta «visión». La música, compuesta por Tom Newman, fue nominada a un Oscar. Garreth Stover, el diseñador de producción, tenía miles de ideas. Bill Robinson, que pronto sería mi socio, fue valiosísimo. Todos los actores me partieron el corazón. Andie MacDowell, la encantadora Andie; el difunto Maury Chaykin, gran actor y amigo; Michael Richards, la razón por la que Disney dio luz verde a la película; John Turturro, y el pequeño Nathan Watt, tan poco convencional, eran únicos, idiosincrásicos, singulares y maravillosos. Me encantaron todos. Ojalá hubiera hecho una película mejor. Después de haber dirigido dos largome-

trajes, soy muy consciente de que es casi imposible hacer una buena película.

Cuando en el Festival de Cannes seleccionaron *Héroes a la fuerza* para la sección «Una cierta mirada», la Disney me mandó allí. Susan Arnold me dijo que no me preocupara: el avión era seguro, tendríamos un vuelo magnífico, beberíamos vino tinto. En lugar de vino, tomé un tranquilizante, un Xanax. Cannes fue un escenario espectacular. Mis entrevistas con Kevin Thomas, de *Los Angeles Times*, E! Entertainment, HBO, el *Toronto Star*, la revista *Time* y la CNN fueron provechosas. Joe Roth, el jefe de la Disney, quería saber cuál sería mi próxima película. En la fiesta, la esposa de Richard Corliss me habló del tema de las manos en mi película, de la delicadeza con que aparecían en una escena tras otra. Para cerrar la velada con un broche de oro, subí a la limusina oficial de Cannes y desaparecí en la noche. Cuando llegué a la suite del Carlton, se apoderó de mí una sensación conocida. Una vez guardado en el armario el vestido de Mizrahi, la fiesta había terminado. Volvía a estar sola, esta vez en Cannes. No era diferente de cualquier otra noche, excepto que no podía acariciar a mi perra Josie, que, por cursi que suene, me proporcionaba algo que yo esperaba con ilusión. La mera idea de acariciar su roñoso pelaje, cogerle el hocico y estamparle mil besos hacía que me sintiera mejor. Echaba de menos el ritual de todas las noches, el saber que estaría a mi lado. ¿Cómo era posible que Josie, un perro pastor cruzado, que mordía al cartero y atacaba a Freddy, el perro del vecino; Josie, alias Mandíbulas, el perro que no hubiera deseado para nadie, fuera lo único que echaba de menos? Mientras tanto, miraba el techo de una suite maravillosa, a seis mil millas de distancia de mi «ladrador amarillo».

Diario de Diane, 29 de mayo de 1995

Cuando aún quedan ocho horas de las doce que dura el vuelo, la señal de «Abróchense el cinturón» se enciende por quinta vez. Me agarro a los brazos del asiento. No es que no esté avisada. Era imposible no ver las nubes de tormenta en el aeropuerto. En el mostrador de venta de billetes, una mujer con un sombrero de paja se quejaba a su marido de las conexiones del avión en Las Vegas. ¿Y qué me dice de despegar en plena tormenta, señora? Intenté distraerme leyendo en la revista *Time* una reseña sobre la vida de Reynolds Price, cuyo nuevo libro, *The Promise of Rest*, remataba «una potente saga sobre el aislamiento». Aislamiento. ¿Tenían que recordarme que iba a volar sola? ¿Dónde estaba Warren para cogerme la mano? Pensé en mi padre. A él también le parecía intolerable viajar en avión. ¿Se sentiría aislado en el cielo? Cuando anunciaron que el avión saldría con retraso, leí «Heartbreak Motel», un artículo centrado en la vida de vagabundos, alcohólicos y familias itinerantes alojados en moteles de la frontera de Arizona, mientras los rayos iluminaban el cielo. Estaba Paul Coyle, quien, después de que su mujer lo abandonara, se tatuó en la espalda un corazón con los nombres de sus dieciséis hijos. Otro tatuaje decía: AMO A MI FAMILIA. CASADO 12 OCT. 1958, CITY TEMPLE, ILL. PAUL Y JANET COYLE. Debió de pensar que así, si moría, su familia podría encontrarlo. Yo lo tenía claro: mi familia no me encontraría si, Dios no lo quisiera, el Boeing 747 con retraso que volaba directo a Los Ángeles se estrellaba en el océano Atlántico.

Detesto la señal de «Abróchense los cinturones». La detesto. Bambolearse a treinta y cinco mil pies de altitud es espantoso. Además, los dos Xanax y el vaso de vino han fallado. Como un coche que pasa de la cuarta marcha a la tercera, el sonido del motor indi-

ca, al menos para mí, que el avión intenta bajar de altitud. ¿Es una buena idea? ¿No sería mejor volar más arriba? La azafata trata de convencerme de que todo va bien, pero los descensos de mil pies me están matando. Imagino que el jumbo gira hasta quedar boca abajo. Veo mi cara aplastada contra la ventanilla. Cuando la azafata me endilga la habitual analogía con el «coche en una carretera llena de baches», me pregunto si está loca. No puede hablar en serio. No estamos en una carretera llena de baches. Estamos en el aire. Estamos en medio de la nada sin nada donde agarrarnos. Lo siento, pero, mire, volar no es normal. ¿Y sabe qué? Me da igual dónde estemos, haga el favor de pedirle al capitán que pilote más suavemente o lo que sea. Que aterrice en alguna parte, no sé, en Inglaterra o en Barbados, por ejemplo. En cualquier masa de tierra a mano. Me trae sin cuidado. Lo que sea. No lo aguanto más.

Se apaga la señal de «Abróchense los cinturones». De inmediato mi corazón se apacigua. Me hago las habituales promesas de cambio. Pasaré más tiempo con mamá. Dejaré de emprender proyectos inacabables y de adoptar soluciones estúpidas para llevar una vida plena.

Me acuerdo del día que llevé a mi padre a casa desde el centro médico de la Universidad de California en los Ángeles, después de que abandonara «el programa». Recuerdo todas las palabras de consuelo que pronunciaron los médicos y demás personal durante los dos meses que estuvo ingresado, pero sobre todo: «Es la calidad de vida, no la cantidad». Mi padre no parecía un hombre con mucha calidad de vida. Permanecimos en silencio mientras circulábamos por la 405. Había poco tráfico. No sabía qué decir. A dos travesías de Cove Street, a dos travesías de Dorothy, mi padre dijo de repente: «Diane, quiero que sepas algo. Siempre he detestado mi trabajo. Ojalá hubiera viajado más, estado más tiempo con vosotros, asumi-

do más riesgos». Su forma de utilizar la palabra «riesgo» me hizo pensar en los que yo no había asumido, especialmente los relacionados con la intimidad. También me hizo pensar en la vez que Kathryn Grody me contó que Estelle Parsons había adoptado un bebé a los cincuenta años. ¿No era demasiado mayor para adoptar una criatura? Recordé la promesa que me había hecho a los dieciséis años de no tener relaciones sexuales antes de casarme. Por Dios, me habría perdido muchísimo, sobre todo teniendo en cuenta que no me he casado nunca. ¿Y la vez que le dije a mi madre que estaba en contra de la psiquiatría por principio? ¿Qué principio? ¿Dónde estaría yo sin el psicoanálisis? Era intolerante con todo aquello de lo que acabaría beneficiándome.

En cuanto veo Los Ángeles extenderse a mis pies, sé que voy a tener que reinventar el futuro. Sé que tendré que tomar una decisión que me llevará o no a experimentar una clase de amor diferente; un amor con menos expectativas de compensación. Sé que si adopto un bebé tendré que adaptarme a unas condiciones que exigen cuidados y responsabilidad, así como capacidad de gestión. Pero, por encima de todo, necesitaré ganarme el derecho a ser madre, sobre todo teniendo en cuenta que soy una mujer blanca y soltera a punto de cumplir los cincuenta.

12

Hola

El fardo

Dexter me llegó en una canasta con dos asas. Lo primero que hicimos fue ir a la consulta del pediatra. Cuando la coloqué en el asiento nuevo del coche, parecía cautelosa; al fin y al cabo, había volado de una punta a otra del país para encontrarse con una mujer a la que debería aprender a llamar madre. Todo en ella era nuevo: sus manitas y piececitos, la cara redonda. El doctor afirmó que estaba «alerta», lo que significaba que la niña había pasado su primera prueba. Estaba alerta y atenta, preparada y vigilante. En ese momento supe que, mientras viviera, debería encargarme de todas las pruebas por las que Dexter tuviera que pasar. Entonces le puse la mano en la cara, la miré a los ojos durante el rato más largo de mi vida y sonreí. Sabía que podía hacerlo. Sabía que el polvo del pasado se había dispersado. Sí, Warren tenía razón, evolucionaba lentamente, pero a pesar de mí misma me había convertido en mujer y ahora también en madre. Dexter era mi amor incondicional «en la salud y la enfermedad, hasta que la muerte nos separe». Esa niña robusta, fuerte y alerta de Carolina del Norte era mi nueva familia.

Nacida el jueves 14 de diciembre de 1995, Dexter voló a Houston, Texas, cuatro días después de nacer. Llegó a Los Ángeles el viernes siguiente. El sábado, el tío Rickey, marido de Robin, nos llevó a

Dexter y a mí en coche a Tubac, en Arizona, para que pasáramos la Navidad con la familia. Dexter se despertó en varias estaciones de servicio para los frecuentes cambios de pañal junto a muchos otros estadounidenses que iban a festejar la Navidad. Parecía contenta con el movimiento constante del coche en la carretera. Cuando llegamos al rancho de mi madre, las tías Robin y Dorrie, la abuela Dorothy, los primos Riley y Jack y mi amigo Jonathan Gale se apiñaron alrededor de Dexter en el salón. Todos coincidimos en que tenía una sonrisa astuta, casi como si el lema de su personalidad fuera «demuéstralo». Con solo nueve días era insólitamente avispada.

Por si fuera poco, dos semanas después Dexter y yo fuimos en avión a Nueva York, donde debía terminar de rodar *El club de las primeras esposas*, una comedia sobre tres viejas amigas que son abandonadas por sus maridos. Ivana Trump sintetizó el mensaje de la película: «Señoras, deben ser fuertes e independientes, y recuerden: no se pongan furiosas, llévenselo todo».

Dexter y yo teníamos un ritual. Todas las noches, después de la jornada de trabajo, la sentaba en su sillita y me maravillaba de sus gestos a cámara lenta, casi como los movimientos de un pez en el agua. A veces me seguía con los ojos. A veces yo intentaba imitar sus expresiones, pero ¿cómo? Había vivido demasiado para volver al comienzo. La cogía en brazos. Costaba creer que pesara menos que una bola de bolos de tamaño medio. Le acariciaba la carita y le daba besos. Le metía el biberón en la boca. Ella tragaba la leche. Milagros sencillos. Empecé a apreciar la comodidad de los muebles y no solo el diseño. Más milagros sencillos.

Por las mañanas, en el ático alquilado de Prince Street, le daba el biberón y la cambiaba. También le hablaba. Había mucho que decir. En ocasiones, no siempre, ella esbozaba una sonrisa. A continuación venía la tarea más importante del día: escoger su ropita, al

menos un setenta por ciento de la cual eran regalos. Primero elegía uno de los veintidós gorros de Dexter, trece de ellos obsequio de Kate Capshaw. Luego descansaba un momento y repasaba la lista de las personas que habían sido tan generosas. Estaba Woody Allen, quien le regaló un vestidito de flores que tuve que devolver porque era demasiado pequeño. Meryl Streep le regaló cuatro cajas con vestidos y gorros (más gorros), mantas y faldas, leotardos, camisetas y toallitas; lo denominó kit de iniciación. Bette Midler le compró un libro sobre la salud de los bebés y un gorro en forma de zanahoria muy gracioso, con un guisante en la punta. Mi jefe, el señor Scott Rudin, le compró un abrigo francés muy moderno en una tienda de Madison Avenue llamada Bonpoint. Steve Martin le regaló una bolsa para pañales, muy necesaria y práctica. Martin Short y su encantadora novia, Nancy, le mandaron flores y globos que volaron hasta el techo, donde permanecieron varias semanas. No daba crédito a la suerte que teníamos: un guardarropa completo gracias a un grupo de famosos fabulosos.

Primeras damas

Siempre de un lado para otro, Dexter y yo salíamos a cenar tres veces por semana. Venía conmigo al plató todos los días. Incluso nos subimos al autobús turístico y vimos la estatua de la Libertad durante una tormenta de nieve. Bill Robinson, que había sido becario de Ted Kennedy, nos organizó una visita a la Casa Blanca. Como viajeras veteranas, tomamos el primer tren a Washington DC.

Iniciamos la visita en el Despacho Oval. Era muy amarillo y azul; azul oficial. Tomamos fotos en la sala de prensa, junto a un sistema telefónico sorprendentemente anticuado bajo una pared reple-

ta de minúsculos monitores de televisión en blanco y negro que mostraban el paradero de los miembros de la familia del presidente. El sistema telefónico era obsoleto, y los televisores, diminutos. En la Sala Este, donde se había instalado la capilla ardiente de los presidentes John Kennedy y Abraham Lincoln, Dexter se adormiló en su mochila portabebés BabyBjörn. Cuando pasamos a la Sala Roja, me enteré de que Eleanor Roosevelt había convertido lo que era un salón para reuniones de mujeres en una sala de prensa para las periodistas, que estaban excluidas de las conferencias presidenciales. ¿Condiciones? Las ruedas de prensa de la señora Roosevelt se centraban en temas relacionados en el «trabajo femenino».

Todas las oficinas tenían un aparato denominado «la tostadora». Al igual que los monitores de televisión, su función era informar a los empleados del paradero exacto del presidente, la primera dama, Chelsea y su gato Socks. Nos dijeron que Hillary y Chelsea se hallaban en ese momento en la Casa Blanca. Chelsea estaba viendo una película y Hillary estaba arriba, resfriada. Deseaba vernos, por supuesto, pero no se encontraba bien. Sinceramente, si yo hubiera sido ella, habría aprovechado cualquier momento de intimidad y lo habría protegido como un tesoro. Su vida era una pura intromisión. Imaginen lo que debe de ser estar siempre a la vista, siempre bien arreglada, ser juzgada y criticada continuamente. A medida que veía la Casa Blanca, más imposible me resultaba imaginarla como un hogar. De todas formas, supongo que la idea de hogar es algo que debemos crear nosotros mismos.

Había muchos aspectos espectaculares en la Casa Blanca, pero el papel de la primera dama no era uno de ellos. Aunque carga con el peso de representar la quinta esencia de la familia «estadounidense», así como apoyar sus asociaciones benéficas preferidas, visitar escuelas, celebrar fiestas para los dignatarios visitantes y aconsejar en pri-

vado a su marido sobre el estado de la Unión, todo bajo el escrutinio de una nación entera, no se considera un empleo ni recibe un salario.

Nos detuvimos ante los retratos oficiales de las primeras damas y el guía nos explicó que a todas ellas se les había concedido el derecho a elegir el artista. Menudo derecho. ¿Quién iba a decidirlo sino ellas? Me enteré de que Eleanor Roosevelt se consideraba tan fea que insistió en que el retrato de Douglas Chandor se centrara en su mejor rasgo: las manos. La parte superior del cuadro era un retrato convencional, hasta que se fundía en una especie de segunda pintura dedicada a una serie de inserciones repetitivas de las manos de la señora Roosevelt tejiendo y sosteniendo unas gafas; en resumen, realizando tareas domésticas. Era la misma mujer a la que en 1948 se solicitó que acompañara a Harry Truman como candidata a la vicepresidencia. Incluso Eleanor Roosevelt tuvo que adaptarse a las exigencias de una primera dama en la cuarta década del siglo XX. El cuadro de Barbara Bush, recién colgado, era absolutamente previsible, hasta que me fijé en que dentro del retrato, sobre la mesa que tenía al lado, había un retrato enmarcado de su perro Millie; no de sus hijos y sus nietos, sino de Millie, el perro. Jackie Kennedy estaba seductora, con un aire distante y contenido. Muy de los sesenta. Nancy Reagan intentó reproducir el legado de Jackie eligiendo al mismo artista, Aaron Shikler. La diferencia estribaba en que Nancy, gran amante de la monocromía, eligió un vestido rojo; un vestido de un rojo subido. Nancy quiso ser Jackie con colores primarios.

¿Adónde quiero ir a parar con todo esto? Una lista de mujeres altamente cualificadas y sin sueldo que habían llegado a ser primeras damas de Estados Unidos. ¿Qué puedo decir? Espero que Dexter viva lo suficiente para ver cómo las mujeres trabajadoras, incluida la primera dama, perciben el mismo salario por el mismo trabajo. A lo

mejor incluso verá un retrato de un «primer caballero» colgado en esa pared.

En casa de nuevo

Después de ver la vida hogareña de la Casa Blanca, pensaba más en mi hogar. Me moría de ganas de volver a Los Ángeles. Estaba preocupada por mi madre, cuya pérdida de memoria era cada día más evidente. Cuando yo estaba en Nueva York, me escribió una carta que fue como el diagnóstico oficial de su enfermedad.

Querida Diane:

El doctor Cummings me ha dicho que tengo el principio de la enfermedad de ALZHEIMER, *pero no me lo creeré hasta que hagan más pruebas. No sé cómo me las arreglaré si es verdad. No quiero rendirme... Reconozco que me cuesta recordar los nombres y a veces los hechos, pero no siempre. Debo dejar de escribir sobre mis lapsus de memoria y trabajar en los recuerdos. Debo seguir intentándolo, pero «no es fácil», como diría Mary Hall. Lo peor de todo es que la gente me habla con precaución. Se muestran respetuosas y son conscientes de que sin duda olvidaré algo o cometeré un error de juicio. Noto que soy incapaz de recordar palabras como genes y cromosomas, o no sé cómo deletrearlas. (Se escribe «genes».) ¿Cómo les digo a mis amigos que tengo Alzheimer? No se lo digo.*

Te quiere,

Mamá

En 1993 mi madre había escrito que tenía la enfermedad de Alzheimer y que daba «miedo», pero esta carta enviada dos años des-

pués confirmaba lo inevitable. Finalmente entendió lo que no se había acordado de reconocer. Sí, mi madre olvidó recordar que era una de las cinco millones de víctimas de la enfermedad del «olvido». Llamé a Robin. Mi madre acababa de telefonearle para decirle que quería anular su seguro de vida y vaciar la casa contigua que mi padre había comprado en nuestra calle sabiendo que algún día ella necesitaría ayuda. También le dijo que quería asegurarse de que se suicidaría antes de ponerse muy mal. Estaba decidida y afirmaba que se encargaría de ello. Cuando llamé a Dorrie, se echó a llorar.

Por suerte Bette Midler, Goldie Hawn y yo pusimos fin a *El club de las primeras esposas* bailando por las calles de Nueva York y cantando «You Don't Own Me». Al día siguiente Dexter y yo volvimos a California para comenzar nuestra vida juntas. La casa de Ramón Novarro diseñada por Frank Lloyd Wright no era adecuada para la vida familiar. Mi dormitorio era la única habitación del segundo piso. La de Dexter era un espacio pequeño como un armario junto a la cocina y salón del primer piso, y el despacho estaba en la planta baja, al lado del garaje. Me puse a buscar una hacienda hispana auténtica en California.

Mientras tanto Dex y yo pasábamos los fines de semana en Cove Street. Mi madre adoraba a Dexter. Incluso compró una pequeña arca en la que metió cosas como rompecabezas y libros de letras, cubos y palas. Dorothy seguía bastante bien. En varias ocasiones me hizo mirar el álbum de fotos de Beulah Keaton. En su esfuerzo por mantener vivos los recuerdos, había logrado acordarse de su madre. Siempre era lo mismo. Primero lo abría por la última página. Allí estaba Dorrie, en blanco y negro, una mocosa de cara regordeta en brazos de Dorothy, preciosa y de largas piernas, delante del bungalow de madera de la abuela en Monterey Road. Robin se hallaba de pie a su lado con las gafas nuevas, mientras Randy, el sheriff, me

apuntaba al pecho con una pistola de juguete. Mamá siempre señalaba los guisantes del olor que trepaban al fondo del antiguo patio de la abuela Keaton. Yo le preguntaba si había ayudado a plantar las flores. Ella asentía mientras pasaba las páginas hacia momentos anteriores. Me convertí en la observadora más ardiente de dos fenómenos: el lento comienzo de la vida y su final, más lento aún, bajo la tiranía del Alzheimer.

Dexter tenía once meses cuando mi madre la llevó de la mano a la orilla del mar. Saltando entusiasmada, Dex señalaba las gaviotas y decía «Brr», como el día, como el frío. «Brr.» Mi madre, más entusiasmada aún, dijo: «Bird, Diane. Ha dicho bird». *Bird*, pájaro, fue la primera palabra de Dexter, o mi madre decidió que lo era. Sacudí la cabeza encantada. Dexter se mostraba tan contenta como inconsolable había estado apenas unas horas antes, cuando su carita arrugada estaba bañada de lágrimas. Comprendí que todo el amor del mundo no puede amortiguar la realidad del dolor. En aquel momento Dexter parecía saber más de lo que le correspondía a sus once meses. Me hizo pensar en las chicas —niñas, adolescentes, incluso mayores como yo— que en un momento u otro descubren, como todas hacemos, su tristeza.

Tardé mucho tiempo, pero finalmente compré una casa española antigua, diseñada por Wallace Neff, en Roxbury Drive, Beverly Hills, que había que restaurar. Mi amigo Stephen Shadley empezó las reformas. Durante las obras se despertó en mí un interés duradero por todo lo español y por todo lo construido en Los Ángeles. La variedad, la historia y la magia de los edificios clásicos del sur de California me impulsaron a incorporarme a una organización que los salvaba de la demolición. Me uní a L. A. Conservancy y me convertí en una conservacionista. Dexter hubo de esperar un año y medio, el tiempo que duró la restauración de nuestro nuevo hogar antiguo,

para vivir en una auténtica casa de estilo neocolonial español salvada de la demolición.

«El club de las primeras esposas»

El club de las primeras esposas fue un éxito inesperado. Bette, Goldie y yo concedimos un montón de entrevistas. Nunca olvidaré la entrevista telefónica que realizamos las tres, Goldie y yo desde su casa de Pacific Palisades, y Bette desde su ático de Nueva York. Contradictoria como siempre, Goldie tomaba un asqueroso brebaje saludable de color verde y fumaba un cigarrillo. El periodista preguntó: «¿Qué tienen de bueno los cincuenta respecto a los veinte?». Goldie se apresuró a contestar algo así como: «Ser una madre estupenda; aprender a madurar y a amarnos por cómo somos; tolerar la incomodidad de la fama; querer a un hombre sin pegarnos a él demasiado; dejar que los demás sean como son; ayudar a nuestra hija a vivir con el hecho de que su madre es famosa y amada por muchas personas; vengarnos, pero de la forma buena; aprender a ser consciente de los aspectos espirituales; aprender a cultivar la autoestima. Estas son algunas de las razones por las que los cincuenta son mejores que los veinte». ¿Qué podíamos decir Bette y yo? Goldie lo había dicho todo.

«Diane, soy tu madre. No quiero molestarte, pero no sabía qué hacer. Merna, la vecina de Cove, me ha llamado para preguntar cuándo volverás a salir en la tele. Si sales, hazme saber el día y la hora. Le apetece mucho verlo, pero está en cama. A lo mejor lo ha entendido mal. No lo sé. Ya me dirás. Estaría muy bien. Adiós, Diane.»

Mi madre empezó a dejar mensajes en mi contestador a todas horas. Nunca había sido aficionada a telefonear. Eran llamadas in-

fantiles, como si le preocuparan cosas sin importancia. No decidí conscientemente asumir su papel de documentalista de la familia, pero comencé a guardar sus mensajes.

Casi dos años después de que le diagnosticaran la enfermedad, continuaba trabajando de voluntaria en la tienda de ropa de segunda mano de una organización contra el cáncer, donde exhibió mi vestuario de *El club de las primeras esposas* en un lugar destacado del escaparate. Viajó a Georgia para visitar a Robin. Construyó un cobertizo para Dorrie en Tubac. Siguió viendo a sus amistades. Es cierto que nuestras conversaciones se centraban en mis preocupaciones, como las costumbres de Dexter, por ejemplo. No entendía por qué prefería llevarse a la boca su sucia vaca de felpa en lugar de un chupete limpio, sobre el que también tenía mis dudas, por cierto. Para mí apaciguarla dándole el chupete no favorecía la autoestima del bebé. Mi madre estaba de acuerdo conmigo, y además señalaba el verdadero problema de Dexter: comerse la arena. ¿Estaría relacionado con la leche en polvo del biberón? Tal vez había llegado el momento de pasar del Nutramigen a la leche de soja.

Empecé a escribir cartas a Dexter hablando de su desarrollo y mis preocupaciones por las cosas que se metía en la boca (nadie mejor que yo para saberlo), pero también sobre temas que confiaba en que cruzaran la barrera de los cincuenta años que nos separaban, explicaciones y disculpas relacionadas con quién soy. Era mi forma de conservar el legado de mi madre y transmitirlo a mi nueva familia.

Querida Dexter, 1998

Te puse Dexter Deanne Keaton por varias razones. Quería un nombre que empezara por la letra D por tu abuela Dorothy, tu tía

Dorrie y tu madre, es decir, yo, Diane. Dexter es una abreviatura de *dexterous*, o sea, diestra, hábil con las manos. También significa capaz, entendida, perspicaz y astuta. De segundo nombre te puse Deanne porque es el segundo nombre de tu abuela Dorothy. También elegí Dexter porque me gusta cómo suena. Tiene peso. Me gustan las abreviaturas del nombre, como Dexie, Dex, Dext o incluso DeeDee. La elección de Dexter también tuvo que ver con Buster Keaton, un espléndido payaso del cine mudo, y con Dexter Gordon, que fue un influyente saxo tenor de jazz. Tal vez seas una persona divertida. Tal vez te guste la música. Espero que te guste tu nombre. Si no, te lo podrás cambiar más adelante. Yo me cambié el apellido, me puse Keaton porque era el apellido de soltera de tu abuela. Creo que las personas evolucionan hacia lo que quieren ser. En cierta forma tú misma creas lo que eres.

Un aspecto problemático. Muy a menudo la gente se acerca para decirme: «¿Es su nieta?». Dexter, lamento ser una madre con edad para ser abuela. Sé que será una carga. Pero quizá puedas convertirlo en una ventaja. Estoy segura de que habrá grandes baches en el camino, pero intentaré comprender tus puntos de vista y prometo escucharte. Quizá así encontremos un terreno común. Las tías Robin y Dorrie son bastante más jóvenes, así que, si me sucediera algo, ellas cuidarían de ti. Lamento que no tengas padre, ni siquiera una figura paterna, pero, quién sabe, las cosas cambian. Lo siento. Cuando sea demasiado vieja para cuidar de mí misma, te prometo que no seré una carga. Tendrás tu independencia, como mi madre me la dio a mí. A cambio, hagamos un trato: prométeme que serás la clase de mujer que se compadece de las desventuras de los demás. No te pido que vayas con el lirio en la mano. Te pido que intentes ponerte en el lugar de los otros y entender lo que sienten. Eres privilegiada. Debes estar a la altura de esa responsabilidad siendo incluso más consciente de lo que sig-

nifica no ser tan afortunado. No pierdas la humanidad, cariño, no la pierdas.

Dexter, eres una niña de tres años con el cabello y los ojos castaños. Carol Kane dice: «Ah, no, no, no, no es una niña de cabellos y ojos castaños. Dexter tiene los ojos color avellana y el pelo, rubio rojizo». Kathryn Grody afirma que eres rubia. Bill Robinson, que es daltónico, asegura que eres pelirroja. «Tiene el cabello rojo y los ojos verdes.» ¿Los ojos verdes? Lo que yo te digo es que se equivocan de medio a medio. Quieren que seas su fantasía de una adorable princesita. Inventan un futuro para ti que se adapte a su percepción. Incluso mamá delató su sensibilidad afirmando: «Dexter es un ángel rubio». Tiene toda clase de teorías sobre lo especial que eres. Ni especial ni nada. No me parece que esa clase de elogios fomente un ego sano. Hacerte creer que eres extraordinaria en todo es demasiado. Si lo sabré yo. Además, ¿qué tienen de malo el cabello y los ojos castaños? Me encantan tus ojos color chocolate de alegría impenetrable. Solo tienes que entornarlos al sonreír para que el mundo parezca un buen lugar. El marrón es bello. La tierra es marrón. Un labrador retriever color chocolate es marrón. Los osos son marrones y tus ojos son del mejor de los marrones. No quiero contribuir a mitificarte. No solo porque alimenta expectativas absurdas, sino también porque no es realista. Ah, antes de que se me olvide, una promesa más. Prométeme que no serás como era yo, siempre intentando satisfacer las expectativas de los demás. No lo hagas, Dex. Es una pendiente resbaladiza. Marrón es marrón. Acéptalo.

Te quiere,

MAMÁ

Casi cinco

En el torbellino de la vida has cumplido tres años, luego cuatro y casi cinco. Mis observaciones continúan siendo las mismas, pero te has convertido cada vez más en tu propia persona. No en mi proyección de quien quería que fueras o lo que creía bonito o irritante. Me has enseñado cuánto mejor será la vida cuando tengas cinco años. Cuando tengas cinco años podrás montar en la montaña rusa; cuando tengas cinco años serás lo bastante alta para tocar el techo; cuando tengas cinco años la cama te quedará pequeña; así podrás dormir conmigo todas las noches.

Entretanto mi madre deja las palomitas en el microondas durante treinta y cinco minutos. Hoy ha entrado en el salón con una piña en la mano preguntando dónde estaba la cocina. Ayer se puso las bragas encima de los pantalones. Hace tiempo que no cocina su famoso guiso de atún. Pero dice que está bien mientras da vueltas por la casa. Y en general sigue arreglándoselas con un mínimo de independencia. La misma independencia por la que peleas tú con casi cinco años. Envejecer es un juego hacia atrás, Dexter, sobre todo para las personas como tu abuela, víctimas de una enfermedad que invierte el orden de la vida. Como dice tu tío Randy: «Su memoria está saliendo por la puerta trasera». En fin, hola a los cinco, Dexter.

Querida Dexter, 2000

Además del nuevo milenio, hay un tema importante del que me gustaría tratar. De vez en cuando hemos hablado de que tengas un hermano o una hermana. Has expresado un interés moderado por

una hermanita —felicidades—, pero no por un hermano. Yo tenía dos años cuando nació Randy. Fue pan comido. Luego llegó Robin. No la tragaba. Evidentemente, eso cambió con el tiempo y ahora la quiero muchísimo. Y Dorrie sigue siendo mi adorable hermana pequeña. Dexter, no sé qué sería la vida sin ellos. Ahora que he perdido a mi padre, son aún más valiosos para mí; una palabra que debes recordar. Por «valiosos» quiero decir esenciales, o, si no esenciales, sí parte de una calidad de vida que no tiene sustituto.

Hazme caso: una de las grandes ventajas de tener hermanos es la de tener una historia común. Acabarás por apreciar sus puntos de vista diferentes. Por ejemplo, piensa en las veces que te quejas de mí, la pesada de tu madre. Un hermano te ayudará a afrontar los altibajos de una madre deliberadamente agobiante. Tendrás a alguien como caja de resonancia. Te ayudará a aprender a enfrentarte a todos los errores de cálculo e injusticias que yo cometa contigo. ¿A que sí? ¡Claro! En serio, Dex, no creo que sea buena idea que seas hija única. Reconozco que es absurdo que tenga un bebé a los cincuenta y cinco, con los biberones, pañales y noches en blanco. Pero, por muy incómodo y frustrante que sea, o por muy sobrecargadas que estén nuestras activas vidas, me planteo tomar una decisión. Cuando te imagino con treinta años y a mí con ochenta, ¿sabes qué veo? Veo que no querrás estar sola. Desearás haber tenido un hermano o una hermana. No hay vuelta de hoja. Creo que es un buen momento para decir hola a otra vida. Otra, Dex, otra.

13

La zona gris

1 de enero de 2001

Cuando llamé a la puerta gris de la casa recién pintada de gris de mi madre, con el borde gris y la verja gris que no dejaba ver el océano, ella se asomó por la ventana de la cocina. Dex y yo entramos en lo que solo puede describirse como «erosión». Al abrir un par de cajones de la cocina para preparar unos bocadillos de queso calientes, encontré una cubertería grasienta: el resultado de la plaga que iba construyendo barreras en el cerebro de mi madre. Me hice la misma maldita pregunta de siempre: ¿las marañas y revueltas que crecían en los márgenes exteriores de la corteza cerebral de mi madre eran los efectos acumulados de la inseguridad de toda una vida? ¿Acaso la depresión y la falta de confianza en uno mismo podían ser precursoras del Alzheimer? La respuesta fue la de siempre. No hay respuesta.

Arriba, en su taller, encontré lo que debía de ser su último intento de llevar un diario. Qué puedo decir, aparte de preguntarme adónde fueron a parar las palabras. Todavía recortaba fotos, pero el tema había cambiado: en lugar de detallados collages con fotos de la familia, graciosos gatitos que jugaban con ovillos de lana. Todavía clavaba artículos con chinchetas en el tablón de corcho de la cocina, como la necrológica de Frank Sinatra, junto a la portada de un vie-

jo ejemplar de la revista *New York* con la siguiente frase: «¿Es posible avanzar y retroceder al mismo tiempo?».

Al atardecer la marea estaba baja en el horizonte. Una solitaria garza azul se había posado sobre las rocas mientras el sol se deslizaba hacia un ocaso temprano. Dex encontró una estrella de mar lila en el agua poco profunda de la orilla. Corrió hacia el muro de contención de cemento, de cinco pies de alto, para enseñar su tesoro a la abuela. Mi madre, que todavía se entusiasmaba con cualquier hallazgo, se inclinó. Dexter tiró. Con un ruido sordo, mamá cayó como un trozo de tierra compacta. Fue mamá quien acabó en el agua. No Dex. Mi madre de cabello cano. Mi madre con su mirada de perplejidad. Aquel día supe que debía dejar de confiar en sus decisiones. En todas. Fue el principio de una larga serie de decisiones inexplicables que necesitaban la supervisión de un cuidador.

Mensaje, 2001

«Hola, Diane, soy tu madre. Solo quería decirte que he recibido, que he recibido mis bonitos... —Gran suspiro—. Dios mío, qué desastre de memoria. He recibido lo que me mandaste. Ahora mismo, con los nervios, no me acuerdo, sé que parece..., hummm... Mi corona de flores, eso es, la corona es preciosa... Muy bien, ya está. O sea que estoy preparada y... hummm, espero verte pronto, y gracias otra vez. Es muy bonita. Muchas gracias, Diane, vale, adiós.»

Dos caramelos de menta en lugar de uno

El 16 de febrero de 2001 volé a Nueva York y me instalé en el hotel Plaza. Mi suite estaba en el segundo piso. Los techos eran altos. El vestíbulo era inmenso. Mis amigos Kathryn Grody y Frederic Tuten llegaron a las seis. A las siete alguien llamó a la puerta. Dos mujeres vivarachas con una canasta (otra canasta) entraron contigo. Envuelto en una manta azul, con un gorro azul, un jersey azul de ganchillo, un pelele azul, calcetines y patucos azules. Estaba claro, eres un niño. Recibí la canasta con gratitud y te cogí en brazos. Tienes los dedos de las manos largos, largos, y los pies largos con dedos largos, y las piernas delgaduchas y los brazos delgaduchos, y unos minúsculos botones negros por ojos. Dios mío, tienes un hoyuelo en la barbilla; prométeme que no serás una estrella de cine. Ya estás aquí, hombrecito. El hermano de Dexter, el pequeño, el caramelo de menta número dos... Mi hijo.

Para Duke

Querido Duke:

Tienes cinco meses. Ha sido una buena batalla por culpa de esa barriguita tuya tan revuelta. Así es como va la cosa: primero te tragas alegremente un biberón con ciento cuarenta gramos de leche en polvo. Eructas. A los cuatro minutos, cien de los ciento cuarenta gramos caen al sofá, el suelo de la cocina, tu mantita, nuestros jerséis, la cama, lo que sea. Josie, la perra, viene detrás porque sabe que comerá su ración diaria de soja.

Entretanto te muestras alternativamente incómodo, malhumo-

rado, nervioso, cariñoso o seductor. El médico asegura que eres fuerte a pesar de lo que te pasa; un día dice que tienes el típico cólico infantil, y otro, la típica regurgitación del lactante. Eres vehemente. Tus manos son buscadores sensoriales, en especial cuando se pasean por mi cara. No sé qué crees que vas a encontrar. Todo en ti es grande excepto tu tamaño. Tú y yo tenemos muchos rasgos en común. La diferencia es que tú eres rápido, un intuitivo nato. Dexter no se queja de la cantidad de atención que recibes. Le gusta darte de comer a veces. Le gusta besarte a veces. Acepta con bastante filosofía a nuestro «intruso». Busca consuelo en la emoción de sentir su cuerpo volar por el espacio en la montaña rusa del parque de atracciones.

Eres un bebé muy diferente de Dex. Ya ha quedado bien claro que tú comunicarás tus necesidades. En ocasiones me preocupo; bueno, sinceramente, Duke, estoy siempre preocupada. Te lo explicaré: ayer llamaron de la escuela de Dexter para informarme de un incidente. Por lo visto una de sus compañeras de clase le dijo a Dexter que había nacido en la perrera, que la habían comprado en el zoo y que no tenía una madre de verdad. La reacción de Dexter fue imposible de descifrar. Mi respuesta a su reacción fue exactamente, o casi, la que los expertos recomiendan. «Dex, ser adoptada es como encontrarte con toda una familia nueva.» A saber lo que quiere decir. Lo que no dije fue esto: todos somos un poco adoptados, en el sentido de que a todos nos abandonan de una forma u otra. ¿Qué es una familia? Es difícil de decir. Por ejemplo, yo nací en una buena familia formada tras la Segunda Guerra Mundial, con un padre, una madre y tres hermanos. Parecíamos normales, pero no lo éramos. ¿Quién lo es? La noción de familia puede ser amplia, como en la familia extendida. Duke, tú tienes dos madres: una que comprendió que no podía criarte en sus circunstancias, y otra —yo— que decidió ocuparse de ti y siempre lo hará. Algún día quizá decidas crear tu propia familia. Puedes casarte y tener hijos. Puede que

consideres a los amigos íntimos parte de tu familia. Estas son unas opciones, y existen muchas más. Piensa a lo grande.

Ser adoptado es empezar la vida con una pérdida. No es necesariamente algo malo. La pérdida nos ayuda a aprender a afrontar las despedidas. Al igual que a Dexter, un día alguien te dirá que eres adoptado, como si fueras menos que una persona normal y corriente, sea lo que sea eso. No es verdad. De hecho, empezar sabiendo algo que los demás deberán aprender tiene sus ventajas. Ya tendrás las herramientas para ser más abierto a las múltiples formas del amor. El amor no se limita a un conjunto de normas. Te diré algo: cuanto antes aceptes la palabra «adoptado», antes encontrarás una defensa que te ayudará a crecer y a ser el hombre cariñoso que estoy segura de que serás.

Supresiones

Llevé a mi madre a Cove Street para nuestros pequeños rituales. El océano nos esperaba tras el ventanal de mi padre. Cogí dos copas de vino y, como siempre, nos sentamos con el álbum de fotos de la abuela Keaton. Mamá estaba orgullosa de sí misma. Había aprobado con buena nota su examen periódico de memoria.

El doctor Cummings le había enseñado una serie de dibujos intrincados con líneas que se cruzaban, concebidos para confundir. La tarea de mi madre consistía en reproducir exactamente lo que él había dibujado. Lo hizo con muy pocos errores. Superada la primera prueba, aún faltaban dos. En la parte siguiente, siempre la más difícil, Dorothy debía identificar todos los animales que pudiera en sesenta segundos. Encontró gato, perro, elefante, león, tigre, oso, alce, cerdo y puercoespín. Fabuloso. Cuando Cummings le pidió que di-

jera palabras que comenzaban por la letra F, tantas como pudiera en sesenta segundos, Dorothy Deanne obtuvo una puntuación mejor de la esperada.

Sigue aprobando esas pruebas, mamá. Yo también las detesto. Se hacen cada día más cuesta arriba, no solo para ti, sino también para Duke, para Dex y para mí; en fin, para todos. Es duro. ¿Qué te parece esto? La semana pasada me tapé los oídos en un retrete del cine Landmark cuando oí a una mujer decir: «¿Has visto a Diane Keaton?». No pude evitarlo. No quería saber lo que pudiera decir a continuación. Hay cosas que no cambian. Pero eso da igual. Lo que sí detesto son las continuas supresiones en nuestra conversación. Ninguna de las dos está superando esta prueba. Sé que Duke es una molestia que te cuesta tolerar. Ya te ha provocado mucha confusión, y arma más ruido del que nunca hizo Dexter. No sé explicar por qué acapara tanto espacio. Sé que necesitas mi total atención. Ojalá pudiéramos retroceder dos años. Me gustaría que comprendieras a Duke. Por ejemplo, habría deseado explicarte cómo decidí ponerle ese nombre.

Primero pensé en Parker, después en Wade y Rover. Me encantaban Clovis y Boeing, pero Dorrie opinaba que la referencia a un avión nos traería mala suerte. Estoy segura de que te habrían gustado Cormac y Wimmer. No sabía si los nombres inspirados en ciudades vistas en un mapa, como Trancas y Butte, eran acertados. Barajé Chester, Cleveland, Edison y Ellis, pero decidí que no. Demasiado formales. Me gustaba Hunter, pero las connotaciones son espeluznantes. Estaba indecisa con respecto a Royce y Shane, pero me encantaban Carter y Kendal. Durante un par de días estuve convencida de que tenía que llamarse Walter por mi largo enamoramiento de Walter Matthau. Ojalá hubiéramos podido hablar de si le poníamos Cash o Cameron, o incluso Dewey. Pero Dewey se pare-

cía demasiado a Dexie, que tenía sus propias ideas, como Tramps y Mickey, por Mickey Mouse, pero sobre todo Elmo. Nos habríamos reído, mamá, pero para qué desconcertarte más y estropear nuestros momentos con una copa de vino y el gran ventanal, viendo pasar los barcos, disfrutando de la calma antes de otra tormenta y de la alegría que sé que sientes por haber superado la prueba de memoria del doctor Cummings. Felicidades.

Mensaje, 2001

«Diane, eres la persona más difícil de localizar del mundo. Espero que oigas este mensaje. Quería felicitarte por tu nominación al Pasadena, no, no, no, el... en fin, te van a dar un premio o lo vas a dar tú. Algo grande y bueno va a pasarte. Solo quería felicitarte y darte ánimos. En fin, estoy en casa. A ver si me llamas. Adiós, Diane. ¿Me llamarás, Diane?»

Diferentes clases de felicidad

Llamé a mi madre para decirle que no iban a darme ningún premio pero que me encantaban sus felicitaciones. Ayer la ayudé a lavarse con una esponja. Sus pechos se balanceaban como péndulos. ¿Quería ella esas cosas grandes tan cerca de su corazón? Cada vez que contemplo la inmaculada juventud de Duke y Dexter, me acuerdo de cómo envejezco y de lo horrible que es ver en qué se convierte el cuerpo humano. ¿Quién soy si no me reconozco? Envejecer —y me refiero a envejecer de verdad— exige reinventarse. En cierto modo envejecer podría ser como subir con Dexter a la montaña rusa y dar

una vuelta que durara toda una vida, si fuera capaz de dejarme llevar. Sí puedo decir que envejecer me ha hecho apreciar cosas que no esperaba que me hicieran feliz, como cogerle la mano a mi madre e intentar alisar las arrugas de su piel.

No hay nada que alisar en el caso de Duke, cuya cuna está en el vestidor contiguo a mi dormitorio de la casa alquilada de Elm Drive. Todas las mañanas abre los ojos ante un público compuesto de blusas y faldas colgadas. En los estantes de arriba hay docenas de sombreros. Si mira a la derecha, ve por la ventana la casa de los hermanos Menéndez, que cuenta una historia tétrica: no mates a tus padres. Si mira a la izquierda, me ve a mí en mi habitación, que cuenta una historia feliz: tu madre te quiere. Todas las mañanas le doy un beso. Todas las mañana sonríe, y yo sonrío a mi vez. Qué sencillo, ¿no? Ni hablar. Con Duke no existen intervalos de sesenta segundos sin que caiga en picado su admiración. Lo levanto sin miramientos y lo echo sobre la cama. «No te atrevas, Duke Radley Keaton. No te atrevas.» Le encanta la amenaza velada, del mismo modo que le encanta reírse como un loco.

Entremedias bastantes escaramuzas, como cuando se niega a que le cambie el pañal o cuando grita porque lo he dejado sentado en alguna parte o porque Dexter le ha robado su gofre; o cuando se golpea la cabeza con la barandilla o no consigue sacar los gusanos de debajo de las piedras del jardín y yo, el ogro, le siento a la fuerza en la sillita del coche, o yo, la mala, no le presto atención cuando debería estar pendiente de él. Entre estas refriegas hay momentos que son como una eternidad de felicidad.

Con Dexter viví una felicidad diferente en el encuentro de natación. Estábamos en el vestuario de la piscina cubierta de Santa Clarita, y mientras le aplicaba protector solar en la espalda, de repente me propuso que tomara Lipitor. Miré el televisor colgado de la pa-

red y vi a una cincuentona surfeando en Hawai sobre una ola de algo más de cinco pies que cortaba la palabra Lipitor escrita en negro.

—Tómalo, mamá, te pondrás más fuerte.

—Gracias, Dex. Me gustaría preguntarte algo. Cuando tenga ochenta años, ¿me dejarás frotarte la espalda y besarte estas mejillas tan suaves y abrazarte todo el tiempo, aunque tengas un marido estupendo y dos hijos? ¿Me dejarás?

Siguió un largo silencio.

—Perdona, mamá, pero cuando tú no estés, ¿me quedaré con todo tu dinero?

La vi zambullirse en la piscina junto con docenas de sardinitas con bañador y gorro. Entraban y salían de las sombras que arrojaba el tragaluz. El sol se reflejó en Dexter justo cuando estiró los brazos en el agua de su carril. Carrera 2, carril 5. En aquel instante se unió a las demás hijas amadas que nadaban contracorriente. Tantas niñas nadando hacia su destino. Para mí, solo había una niña. Dexter.

Mensaje, 2002

«Diane, soy tu madre. He revisado el talonario y he visto que he cometido otro error en el cheque que envié. Voy a abandonar. Voy a abandonarlo todo. Lo extendí por doscientos millones o algo por el estilo. No lo sé. ¿Doscientos mil? ¿Puedes mirar lo que tienes tú y llamarme para decirme qué debo hacer? No sé por qué no puedo metérmelo en la cabeza, pero, vaya, llámame, por favor, en cuanto puedas, porque estoy harta de esto. Voy a cerrar los talonarios y no volveré a extender un cheque. Bueno, Diane... adiós.»

Te echaré de menos

Encontré heces de gato en una copa de plástico junto a un sobre manchado de pipí con una factura olvidada, dirigida a Jack Hall. Estos son días de despojos abandonados y una cantidad cada vez mayor de sinsentido. ¿Dónde está Irma, la nueva asistenta? Anne Mayer, la segunda hija de mamá, como la llamamos nosotros, me dice que Dorothy no deja entrar a Irma. La moqueta color rosa está asquerosa. No quiero que Duke se revuelque medio desnudo sobre cacas de gato. Sabía que podía sacar a mi madre de casa con la promesa de visitar a su amado Randy.

Cuando volvimos todo estaba inmaculado. Mi madre entró en la cocina y negó con la cabeza al tiempo que se apoyaba en la pared. «¿Dónde estoy? —Soltó un suspiro y se sentó en el borde del sofá—. No sé dónde estoy. Este no es el lugar. ¿Vivo aquí? Sé que he estado aquí, pero ahora no vivo aquí, ¿verdad que no, Diane? Este no es mi gato, aunque parezca la clase de gato que tendría yo. ¿Es aquí donde vivo? No me cuadra. Como ahora mismo; si tú te marcharas y me dejaras aquí, te echaría de menos, porque ya no estarías a mi lado. Espera un momento. Creo que ya lo entiendo. Estoy en el salón, pero todavía estoy confusa. Te diré una cosa: te echaré de menos. Lo que me gustaría es estar en un sitio acogedor contigo. Me da un poco de miedo estar aquí sola. Me pone nerviosa. Necesito compañía. Me temo que es porque no me conozco bien. ¿He venido aquí para quedarme? ¿Sí? Y después, ¿qué? No sé cómo voy a arreglármelas. De todos modos, intentaré hacerlo lo mejor que pueda. Se necesita tiempo para que todo vuelva a funcionar, ¿no? Una cosa más... ¿Puedes decirme dónde están mis hijos, Dorrie, Robin y Randy?»

Dos regalos y un beso, 2003

Nancy Meyers y yo almorzamos juntas. Después de su debut con *Tú a Londres y yo a California*, con Lindsay Lohan, seguido de *¿En qué piensan las mujeres?*, con Mel Gibson, todo un éxito que recaudó 374 millones, era una de las escasas directoras que estaban muy solicitadas. Entretanto yo había ganado más dinero comprando y vendiendo casas que actuando en una serie de películas fallidas, como *The Only Thrill*, *Aprendiendo a vivir*, *Colgadas*, que también dirigí, y *Enredos de sociedad*, todas ellas un fracaso de taquilla y de crítica. Estaba prácticamente fuera de juego como actriz y sin duda como directora novata.

Ante un plato de ensalada, Nancy me contó que estaba escribiendo una comedia romántica sobre una dramaturga divorciada, Erica Barry, que se enamora de Harry Sanborn, un hombre famoso y mujeriego, propietario de una discográfica. Mientras ella me daba los detalles, yo me planteaba cambiar de trabajo. ¿Y si me dedicaba profesionalmente a la restauración de casas? Necesitaba un inversor. No quería seguir reformando las casas donde vivíamos Dex, Duke y yo para venderlas al cabo de un año. ¿Era eso bueno para los niños? Cuando Nancy dijo claramente que quería que interpretara a Erica Barry y que iba a ofrecer el papel de Harry a Jack Nicholson, salí de mi ensimismamiento. «¿Cómo dices? ¿Jack Nicholson? Lo siento, pero Jack Nicholson no va a hacer de mi novio en una película para mujeres. No es lo suyo. Nancy, eres genial, y me emociona que hayas pensado en mí, pero estoy segura de que no aceptará, que es otra forma de decir que nunca conseguirás que te financien el proyecto. Así que yo de ti no me haría ilusiones. Ni te molestes.» Me marché convencida de que su película sin título no vería nunca la luz. Y, francamente, deseé que no me lo hubiera dicho. No quería aferrar-

me a una esperanza vana. Un año y medio después Jack y yo empezamos a filmar *Cuando menos te lo esperas* en los estudios de Sony.

Cuando salí del hotel Plaza Athénée de París para la última noche de rodaje de *Cuando menos te lo esperas,* me recibió una horda de paparazzi que tenían la esperanza de ver a Cameron Diaz o a Jack y que en cambio se encontraron frente a una solitaria Diane Keaton, o Diane Lane, como decía mi invitación al desfile de la colección de otoño de Valentino. Había sido un rodaje largo, de seis meses para ser exactos. El último día, Jack se despidió con un abrazo y dijo algo sobre una pequeña parte. Le devolví el abrazo y cada uno se fue por su lado. Dos años después me llegó por correo un cheque con muchos ceros, que correspondía a mi porcentaje de los beneficios de *Cuando menos te lo esperas.* Yo no tenía ningún acuerdo sobre beneficios. Debía de tratarse de un error. Llamé a mi agente, que me dijo que me lo había enviado Jack Nicholson. ¿Jack? Entonces me acordé de que me había dicho algo sobre una pequeña parte cuando se despidió de mí con un abrazo. Dios Santo. Se refería a que iba a darme una parte de su porcentaje.

Jack encerraba muchas contradicciones e incoherencias. Y muchas sorpresas. Un día rodamos en los decorados de la casa de la playa de Erica. El guión describía así la escena: «Erica y Harry, mojados por la lluvia, cierran rápidamente todas las puertas y ventanas. Los relámpagos rasgan el cielo y las luces de la casa se apagan. Alguien frota una cerilla y prende una vela. Después otra, y otra. Erica se vuelve y ve que Harry está mirándola. Sin tiempo para pensar, se besan». Para mí, Diane, no Erica, el beso fue como encender un recuerdo de algo perdido y encontrado de repente.

—Lo siento —dice Erica.

—¿Por qué? —dice Harry.

—Te he besado —contesta Erica.

—No, cariño; te he besado yo.

Entonces, siguiendo el guión, Erica besa a Harry. Al instante yo, Diane, olvidé qué debía decir a continuación.

—Maldita sea, lo siento. ¿Qué digo?

El apuntador susurró:

—«Sé que este era mío.»

En resumidas cuentas, yo, Diane, o más bien yo, Erica Barry, tomaba el mando y besaba a Harry. Repetimos la toma. En cuanto besé a Jack o, mejor dicho, a Harry, volví a olvidarme de mi frase.

—Lo siento. No sé qué me pasa. ¿Cuál era la frase, por favor?

Desde su silla de directora, Nancy me gritó:

—Diane, es: «Sé que este era mío».

—Vale, sí, vale, vale, claro. Lo siento, Nancy. Probemos otra vez.

Seguimos así otros diez minutos. De verdad que no sabía qué me estaba ocurriendo. Lo único que recordaba era que no debía olvidarme de besar a Jack. Besarle con la seguridad de una historia que no era la mía, aunque lo pareciera, era fantástico. Olvidé que estaba en una película. La historia de Nancy se fundía con la mía: la historia de Diane sobre un beso con Jack, alias Harry. Y lo mejor de todo era que a Harry, alias Jack, tenía que gustarle tanto como a mí, Diane, alias Erica. No sé qué sentiría Jack, no Harry. Solo sé que todo lo que salía de su boca me producía ese torbellino del «primer amor» una y otra vez. No era el guión. Era Jack. Y Jack no puede explicarse.

O sea, que esto es lo que me dio *Cuando menos te lo esperas*: la oportunidad que me brindó Nancy, el beso de Jack y una parte de los beneficios. *Cuando menos te lo esperas* siempre será mi película preferida, no solo porque fue algo inesperado a los cincuenta y cuatro años, sino también porque me proporcionó la maravillosa sensación de estar con dos personas extraordinarias que me dieron dos regalos y un beso.

Un mensaje diferente, 2005

La nueva enfermera me dejó un mensaje antes de irse. «Su madre parece tener muchas alucinaciones. Después de tomar el lorazepam, ha chillado y ha empezado a tambalearse. Los brazos le temblaban. Si quería algo, lo pedía a gritos. Se agarraba a la barra y no quería soltarla. No paraba de gritar "No", y decía que las paredes se movían. Veía personas en la habitación. No creo que la medicación esté funcionando.»

Tal vez por esa razón ayer mi madre daba vueltas medio enloquecida. Le traía sin cuidado que las cenizas de mi padre estuvieran esparcidas en la colina de Tubac, quería vender la casa y talar la araucaria excelsa que habían plantado en el patio.

—Mamá, ¿por qué no te sientas y hablamos? Come un poco.

Pero no, se levantó para ir a buscar algo que había olvidado.

—¿Cómo se llama eso que se usa para cocinar? —preguntó—. ¿Qué es? ¿Quién es ese niño? Cállate, niño.

Duke se echó a llorar. Para calmarlo le dije que luego lo llevaría a pasear a Big Corona.

—Mamá —susurró Dexter—, pregúntale a la abuela si puedo tomar una Coca-Cola.

Mi madre se volvió bruscamente.

—¿Qué hace? ¿Por qué se anda con secretitos delante de mí?

—Quiere una Coca-Cola, mamá.

—Bien, ¿y por qué no me la pide? Habla en voz alta, jovencita, que estás en mi casa.

—Ya lo sabe, mamá. Es que le da un poco de vergüenza.

—Pues si no quiere hablar conmigo, que no venga. Se nota que ni siquiera me quiere. ¿Me quieres, eh? ¿Me quieres? ¿Se puede saber qué te pasa?

Dexter estaba aterrada. Duke me tiraba de la ropa.

—Mamá, vámonos.

Nos fuimos.

Era duro ver a mamá luchar contra una agitación constante que no acertaba a comprender. Todo aquel esfuerzo la lanzó de un manotazo a los estadios intermedios de la enfermedad de Alzheimer, quizá incluso a los avanzados. No lo sé ni quiero saberlo. Cuando Duke, Dexter y yo nos despedimos después del paseo hasta Big Corona, mi madre había olvidado que nos habíamos ido, o incluso que habíamos estado en su casa. Estaba sentada en el salón con mirada ausente. Cuando le di un beso, me preguntó con qué grupo estaba.

Mofletes, 2006

¿Con qué grupo estás tú, Duke? Conozco la respuesta. Estás con el grupo denominado «comienzo». Estás al principio. Te doy un beso de buenos días. Tú me frotas la mejilla y dices:

—Es lo que quiere tu mejilla.

—Ah, sí, ¿y un beso para mamá?

—No, te toca lo que te toca y no te tocan más besos en la mejilla.

—Esa no es manera de hablarle a tu madre, muchachito. ¿Y qué te ha dado con las mejillas? Anda, vamos, levántate y desayuna.

Pongo cara de enfado. Tú ríes mientras entras en la cocina y abres el enorme frigorífico, de donde sacas dos polos de Bob Esponja, y gritas:

—Resérvalos para las películas, mamá.

—Déjalos donde estaban, Duke Radley, y a ver si te enteras: el

desayuno es para comer alimentos sanos, no polos ni minitortitas de menta congeladas. ¿Unas gachas de avena?

—Mamá, ¿sabes lo que tiene de malo tu nombre? Die. Die. Die. Mamá, cuando tú te mueras y yo me muera, ¿todavía podremos pensar?

—Eso espero, Duke. No te subas a la encimera, por favor.

Dexter, que no es madrugadora, aparece con cara de pocos amigos y va directa a los cereales Life. Tú dices que comerás gachas de avena, pero solo si te dejo añadirles cereales crujientes con canela y dos terrones de azúcar.

—Bueno, bueno —digo, y pongo la CNN mientras sirvo leche de soja en un cuenco, que meto en el microondas.

Observo cómo tú aprietas el STOP, luego el dos y a continuación el uno, después INICIO, luego STOP, y por último repites toda la operación.

—Veintiún segundos, ¿verdad, mamá?

—Veintiuno, no cuarenta y dos, Duke.

Por fin te sientas, tomas una cucharada y me dices que tienes la barriga muy gorda.

—Mamá.

—Dime.

—¿Por qué solo las mejillas?

La puerta de la cocina se abre de golpe. Entra Lindsay Dwelley, ya agotada.

—Ojalá Lindsay se separara de Lindsay —susurras tú.

Dexter estira la pierna. Tú tropiezas.

—Dexter, te he visto. Fuera.

Dexter grita: «Duke es idiota», y se va.

—Mamá, ¿Dexter te saca de quicio o solo me pasa a mí?

—Duke, ya está bien de hacerte el listo.

—Mamá, ¿por qué eres tan complicada? Alegra esa cara.

—¡Duke! Mierda. ¡Ya está bien! Fuera tú también.

—Mamá, no diré «mierda» si tú no lo dices. No diré «gilipollas» si tú no lo dices. No diré «jooo...» —te interrumpes— si tú no lo dices. ¿Te parece bien, mamá?

—Duke, no pienso repetirlo... VE A TU HABITACIÓN.

Sales, pero no sin antes recoger todos los muñecos de superhéroes y personajes televisivos que te caben en las manos.

—Lo siento, mamá, pero sinceramente ¿qué hay que hacer para que te ayuden con el equipaje?

—ARRIBA.

—Perdona, mamá, perdona. Cuando te mueras me pondré muy triste, pero al menos podré tocarte las mejillas sin pedir permiso.

Frank Mancuso Jr. y el monte Rushmore

¿Cuándo empezó Suzy Dionicio, la nueva cuidadora de mi madre, a introducirle la comida gota a gota por el lado derecho de la boca tres veces al día? El desayuno dura una hora y media; el almuerzo y la cena, dos. Suzy tiene paciencia porque sabe que mi madre apenas recuerda cómo tragar. Después de machacar los medicamentos y desleírlos en una infusión para que mi madre se la beba a sorbitos, Suzy enciende el nuevo televisor de pantalla plana y sintoniza la PBS para que mi madre vea los colores primarios de *Barrio Sésamo*. Tras colocar el cuerpo de ciento treinta libras y cinco pies siete de Dorothy Deanne en la grúa para enfermos, observa cómo su mamacita se alza cual un fénix. Es como si un bebé gigante con una larga trenza se deslizara por la habitación en una cigüeña dirigida por ordenador. Gracias a las habilidades de navegación de Suzy, Dorothy

acaba en la silla de ruedas, donde su cabeza cae sobre el pecho con un golpe seco. ¿Cómo va a ver mi madre los colores si su campo de visión se limita al suelo, a las baldosas de saldo por las que ella y papá se pelearon?

Entre la alegría que me proporcionaban los niños y la aflicción por el deterioro de mi madre, hubo un día en que no logré recordar el nombre del monte Rushmore. Unas semanas antes, también se había esfumado el nombre de Frank Mancuso Jr. Por una parte, ¿qué más da? ¿Es importante almacenar el nombre de Frank Mancuso? Dada la cantidad de cosas a las que hay que prestar atención, ¿por qué amargarme por haber olvidado a alguien a quien apenas conozco o que me importa más bien poco?

¿En qué momento «¿Dónde habré puesto las llaves?» se convierte en un diagnóstico? ¿Me uniré a mi madre en la niebla del olvido? ¿Nuestro perfil genético también me borrará a mí la memoria? ¿Ya me ha pasado? He dejado de explicar a los demás que mi madre padece la enfermedad de Alzheimer. Convierte un encuentro normal y corriente en el comienzo de lo que parece una prueba; en serio. ¿La aprobaré?

¿Es posible que el efecto de la falta de confianza en uno mismo a lo largo del tiempo origine una forma de depresión que conduzca a la enfermedad de Alzheimer? Sé que no paro de plantear preguntas, pero ¿es así? Esa es la única respuesta que se me ocurre. Sé que busco respuestas a la desesperada, pero ¡por Dios! Lo sé, lo sé, hay que aprender a vivir con las preguntas. Pero, en serio, ¿nuestro perfil psicológico desempeña algún papel? Y en tal caso, ¿saberlo habría cambiado en algo la situación de mi madre? Es evidente que tomar vitamina E y ginkgo, Aricept y dos vasos de vino al día no le ha servido de nada. De la misma manera que el profundo conocimiento lingüístico, la cultura e incluso la genialidad no impi-

dieron que Ralph Waldo Emerson, Iris Murdoch, E. B. White y Somerset Maugham sufrieran el «ataque insidioso». Piensen en esto: hablar es tiempo presente. La escritura existe en el pensamiento. Ellos escribieron. Añadir voz a las ideas infunde vitalidad a las palabras. Por supuesto, hablar no es una cura para el Alzheimer, pero constituye un elemento fundamental en la batalla contra la depresión y la ansiedad, males ambos que afligieron a mi madre. Yo siempre he tenido dificultades para juntar las palabras. En cierto modo me hice famosa por ser una mujer que se expresaba mal. La diferencia entre mi madre y yo es que yo no escondía mis sentimientos. Memorizaba las frases de otras personas y hacía que parecieran mías. La escritura es abstracta. Estoy segura de que me equivoco, pero pensar en mi madre —una persona que amaba las palabras, que sacaba sobresalientes, que fue a la universidad a los cuarenta y que regresó a casa con un diploma— como otra víctima de la enfermedad de Alzheimer sin una razón clara es algo que no puedo aceptar.

Detesto que los años de madurez de mi madre hayan terminado bajo la férula del Alzheimer. ¿Qué ha conseguido a cambio? La famosa mirada perdida, eso es lo que ha conseguido; otra cara del olvido. Quiero que me devuelvan los años de agitación, lo que sea menos el apacible escudo de apatía y silencio. A la mierda. ¿Qué sentido tienen mis preguntas y posibles respuestas para algo que carece de explicación? Es una empresa infructuosa. De principio a fin. Solo deseo que mi madre recupere su cerebro.

Fíjense: esta tarde, mientras Duke y yo hacíamos cola en Jamba Juice, me ha sonado el móvil. Era Stephanie, la capitana del Equipo Keaton. Quería saber si recordaba que tenía una conferencia telefónica con Michael Gendler. Estaba a punto de decir que sí cuando de repente ha surgido el nombre de Frank Mancuso Jr.,

justo en el momento en que a Duke se le caía al suelo su batido de piña y vainilla. El monte Rushmore y Frank Mancuso Jr. volvieron de golpe. Fueron rescatados de la oscuridad, pero solo cuando los dejé salir.

14

Ahora y siempre

Familia

Estaba en el coche, hablando por teléfono con Stephanie, repasando la interminable lista de tareas.

—¿Te puedes creer que la alarma ha saltado otra vez a las cuatro? Es la tercera vez en dos semanas. No sé qué pasa. Por suerte los niños no se han despertado. Pide al de las alarmas que venga hoy mismo a arreglarla, por favor. De acuerdo. Ah, y tengo que cambiar la fecha de la cena con Sarah Paulsen y devolver la llamada a John Fierson. ¿Tienes su número de teléfono? Maldita sea. Espera un momento. Me llaman. Espera, tengo un millón de cosas que repasar contigo. No cuelgues. No importa. Te llamo ahora mismo.

Era Anne Mayer. Decía que mi madre tenía bronquitis. «En fin, la han ingresado en el hospital Hoag, pero el doctor Berman cree que mañana estará en casa.» En cuanto di media vuelta con el coche para dirigirme al Hoag, me olvidé de la lista de cosas pendientes.

Cuando vi a mi madre, tenía puesta una vía intravenosa. Le habían puesto una máquina sobre la nariz y la boca para ayudarla a expulsar la flema. Las radiografías habían revelado indicios de un infarto reciente no detectado. No presentaba síntomas de neumonía, pero no podía tragar. Sin tomar medidas extremas, en el hospital Hoag no podían hacer más por ella. Le darían el alta. Eso significa-

ba una residencia para enfermos terminales, lo que a su vez significaba morfina.

Fui a casa, preparé una maleta y me dirigí a Cove Street, donde, una vez más, lo encontré todo transformado. Me vino a la cabeza la palabra «trastos». Trastos y cacharros..., no de los que guardamos, sino de los que tiramos. Frascos de medicamentos. Bandejas rotas. Demasiadas cajas de pañuelos sobre la mesilla de noche. Diarios de las cuidadoras. Demasiados globos feos y horribles arreglos florales. No era una celebración. La amada casa de mi madre estaba repleta de los efectos de la enfermedad. De haber estado en su sano juicio, Dorothy no habría permitido que Suzy D. tapara el ventanal con una sábana ni que los viejos vídeos de mis películas acumularan polvo en los armarios que ella misma había diseñado con esmero. Pero lo que me llegó al alma fue ver entre las manos con manchas de mi madre un conejito de felpa que apretaba contra su pecho.

—¿A que es bonito, Diane? Si tiras del cordel canta «Mockingbird».

Robin había venido de Atlanta con Riley. Randy se paseaba con una cerveza Rolling Rock en la mano y sonreía a Claudia, su amiga. Anne Mayer, Suzy D. e Irma también habían acudido. Con el rabillo del ojo vi que Charlotte, la enfermera de la residencia, intentaba echar gotas de morfina bajo la lengua de mi madre. Morfina y Ativan cada dos horas. Suzy trataba de ayudarla abriendo la apretada mandíbula de Dorothy.

—Abre la boca, mamacita. Te queremos, mamacita, ya lo sabes, ¿verdad que sí, Dorrie?

Dorrie asintió.

Llamó Stephanie. La lista de cosas pendientes esperaba. Mi madre no tenía acceso a internet. Mejor. En su taller, rodeada de pilas de bandejas de diapositivas de Randy, Robin, Dorrie y yo haciendo

surf en San Onofre en los años sesenta, le dije a Stephanie que iba a tomarme unos días de descanso.

A mi padre le habrían encantado Google, Twitter, Facebook y la Blackberry. Le habrían cautivado su inmediatez, la historia instantánea, el acceso a todo a través de los continentes. Sin embargo, el dilema sigue siendo el mismo de siempre: ¿qué hacer? ¿Cómo centrarse en un aspecto de la información que ayude a abrir un camino hacia una vida emocionalmente plena? Dorothy sabía que era cuestión de elegir con sumo cuidado. Nunca descubrió la manera de encontrar un público para la parte que faltaba, la parte que hacía que se sintiera plena. Perdió algo por el camino. La fuerza de mi madre como escritora procedía de la recopilación. Era consciente del carácter transitorio y del impacto de la información. Entra por una oreja y sale por la otra. En el fondo era una innovadora sin el oficio necesario para engarzar sus ideas en un mensaje coherente. Desde el cerebro de mi madre al mundo. Desde los confines de los impulsos de su mente a su público silencioso. Los mensajes entrantes. El resumen saliente de una vida.

Mi madre sabía una cosa: todo se reduce a la familia. Un día nos damos cuenta de que hemos pasado la vida con unas pocas personas. Es mi caso. Tengo una familia; dos en realidad, o tres, pensándolo bien. Están mis hermanos, y están mis hijos, pero también tengo una familia extendida. Las personas que han permanecido a mi lado. Las personas que han acabado siendo más que amigos; las personas que me abren cuando llamo a su puerta. A esto se reduce todo. A las personas que tienen que abrirnos la puerta, no porque siempre quieran, sino porque lo hacen.

Un globo

Han pasado cuatro días desde que nuestro grupo de cuidadoras decidió que nos quedaríamos hasta el final. Unas veces dormimos en el sofá de abajo o en el trastero, junto a los viejos archivadores de mamá; otras compartimos la cama de matrimonio de nuestros padres. A veces Suzy D. se queda toda la noche, y en ocasiones también Anne e Irma. Las enfermeras de la residencia vienen y van llevando viales de morfina en el bolso. Ayer nos visitaron los niños. Robin y yo los estábamos vigilando mientras jugaban en la playa cuando oímos gritar a Anne. Robin me cogió de la mano. Pasamos junto a Don Callender, heredero de los pasteles Marie Callender, sentado en una silla de ruedas. Nos hizo un gesto que a duras penas podría considerarse un saludo. Al pasar corriendo a su lado pensé en todos aquellos pasteles helados vendidos a tantos millones de consumidores estadounidenses. El dinero ya no podía ayudarle. Intentó hablar. ¿Qué decía? Robin tiró de mí.

—Vamos, Diane. Corre.

En casa, Dorrie, Suzy, Irma, Anne y Riley rodeaban la cama de hospital. La respiración de mi madre era irregular. Cada vez que inspiraba, Charlotte, la enfermera, miraba el cronómetro. Mi madre cogía aire y lo retenía durante treinta y cinco segundos antes de espirar, volvía a tomar aire y lo retenía durante treinta segundos, aspiraba más aire y lo retenía durante cincuenta segundos. Yo, que he tenido asma, sé lo duro que es esforzarse para inspirar tan poco aire. Inspiración y, al cabo de treinta segundos, espiración. Inhalación. Al cabo de cuarenta segundos, espiración. Inhalación. Treinta y ocho segundos. Espiración. Buscábamos una pauta. Esperába-

mos. Cuando tomó aire y lo retuvo durante sesenta y cinco segundos, Dorrie se echó a llorar. Robin apretó la cara contra el pecho de mi madre. Duke entró corriendo con una toalla sobre los hombros.

—Mami, no llores. No llores, mami.

Le abracé fuerte y besé su cara de niño de siete años y medio. ¿Era el final? Duke desató un globo de helio sujeto a los pies de la cama y acercó sus palabras, QUE TE MEJORES, a la cara de mi madre.

—Que te mejores, abuela. Mira, dice «Que te mejores».

Como si oyera esta súplica, mi madre no murió. Pero la escena me hizo pensar en quienes sí habían muerto.

Algunas muertes

Primero Mike

Mike Carr, mi primo, murió en 1962. Tenía catorce años. Mis padres, Randy, Robin, Dorrie y yo bajamos de nuestra camioneta Buick y entramos en la iglesia en forma de A, de mediados de siglo, que todavía sigue en pie en las afueras de Garden Grove, California. Nos sentamos en un banco cerca de la tía Martha, que no lloraba, pero que tenía el rostro transfigurado. Era como si hubiera recibido un golpe demasiado fuerte para asimilarlo. Martha Carr nunca volvió a ser la misma, nunca, nunca, nunca. Se había roto algo que no podía repararse. El discurso del pastor estaba repleto de citas bíblicas elegidas para los funerales. Nadie mencionó la sospecha de que Mike se hubiera disparado accidentalmente con un rifle durante un viaje con ácido en Seattle.

Después Eddie

Eddie, el marido de la tía Sadie, fue el siguiente. La abuela Hall le odiaba. Después de treinta años, finalmente convenció a Sadie de que lo echara de casa. Según Mary, «los hombres no sirven para mucho». Eddie y George eran débiles; si no, ¿por qué iban a aferrarse a mujeres con recursos como ella? Cuando Eddie murió en su cabaña de June Lake, no había resentimiento entre él y Sadie. Les dejó a ella y al hijo que habían tenido juntos, el primo Charlie, los paisajes que había pintado, todos ellos muy poco originales.

Después George

George, el inquilino de la abuela, siempre nos daba a los niños las mejores felicitaciones de cumpleaños. Eran invariablemente imágenes de árboles que tenían en las ramas monedas de diez centavos por valor de un dólar. Las llamábamos felicitaciones del árbol del dinero.

George era pintor, pintor de brocha gorda. Estaba afiliado al sindicato de pintores, que todas las navidades celebraba una gran fiesta con un árbol de Navidad enorme y toneladas de regalos para los críos. Un locutor anunciaba mi parte favorita: el concurso de talentos. Con un gran micrófono plateado que tenía un cable larguísimo, preguntaba si alguien quería subir a cantar. Nunca tuve el valor de hacerlo, pero me habría gustado. Lo deseaba con toda el alma. Quería que mi padre se afiliara al sindicato. Quería que bailara y pusiera voces raras, como George, que además hacía trucos con cartas.

La abuela no dio muchas explicaciones cuando George empezó a adelgazar. La mañana que se desplomó y murió, la abuela no lloró. «Nunca me dio ni un centavo. Ni un solo centavo.» Fue lo único que dijo. Pensé en las felicitaciones del árbol del dinero. Deseé no haberme gastado todos aquellos centavos. Se los habría dado a la

abuela para que no estuviera tan enfadada con George. Al fin y al cabo, estaba muerto. Estaba segura de que George habría querido que la abuela tuviera todos los centavos que quisiera. Y, aunque no fuera así, siempre intentaba pagar el alquiler puntualmente. La reacción de la abuela me resultó incomprensible. ¿Por qué no estaba triste? Su actitud no era agradable. Era fría y desaliñada como su casa de dos plantas de Range View Avenue.

Después Sadie

«Noventa y tres años no es moco de pavo, pero ¿qué importa ahora que Sadie no está? —La abuela Hall hizo una pausa—. No queda mucho, en cierto modo. Te diré algo: no vale la pena preocuparse por la muerte. Mucha gente no tiene una idea clara del tema. Yo digo que no hay que darle muchas vueltas, Diane, porque podemos pensar tanto que perdamos la chaveta. No se me va de la cabeza el marcapasos de Sadie. No funcionaba bien. Tenía un botoncito para el maldito trasto. Siempre estaba toqueteando el botón. Dale que dale. Luego se comportó de una manera rara durante una semana. No le di mucha importancia. Fui a la tienda y, cuando volví, estaba muerta. Se había puesto un vestido rosa. Creo que se lo puso porque sabía que había llegado su hora. Detesto decirlo, pero la verdad es que Sadie acabó siendo protagonista de una historia de detectives demasiado previsible.»

También la doctora Landau

A la doctora Landau le diagnosticaron la enfermedad de Alzheimer. Me dijo que se jubilaba pero que le gustaría seguir viéndome en su piso de la calle Noventa y seis con Madison. En mi última visita, comenzó a contarme cómo ella y su marido, Marvin, habían huido de

Polonia la víspera de la invasión de Hitler, y de repente se puso a hablar en un idioma que yo desconocía. Fingí entender lo que me decía asintiendo con la cabeza y sonriendo de una forma que esperaba fuera apaciguadora. Ni con Alzheimer se podía engañar a la doctora Landau. Me miró indignada, como si le tomara el pelo adrede. No se equivocaba, pero ¿qué demonios decía? Cuanto más intentaba calmarla, más se enfadaba ella, hasta el punto de que empezó a señalarme con el dedo y a gritar como si la hubiera traicionado. Apareció una enfermera y se la llevó. La doctora Landau, al igual que Mary Hall, no miró atrás. No nos dijimos adiós. No volví a verla.

En días mejores, la doctora Landau me decía que la justicia no existía. Yo no estaba de acuerdo. La vida tiene que tener sus razones. No puede ser una selva de contradicciones en la que no rige ninguna ley. Mientras la veía salir del salón apoyada en el brazo de su cuidadora, entre los muebles negros y anaranjados que había coleccionado a lo largo de los años, no podía creer que la mujer que había dedicado su vida adulta a ayudar a la gente a batallar con los insistentes demonios que trastornaban sus mentes hubiera acabado derrotada por el Alzheimer. Mi madre tardaría veinte años en unirse a ella en el aturdimiento y la angustia de un cerebro que se encoge. Felicia Lydia Landau tenía razón: la vida no es justa.

Una llamada telefónica, dos mensajes

8 de septiembre de 2008

El séptimo día de nuestra acampada en Cove Street, fui a comprar el almuerzo al Baja Fresh mientras Suzy rociaba el cabello de mi madre con champú en seco y le hacía la trenza. Las señales no podían ser más claras. Tensión arterial baja. Pulso débil. Una superficie cérea

que se extendía sobre su cara. Mala circulación. Deshidratación. Cada hora, a la hora en punto, como si hubiera algún orden razonable en todo aquello, el gorgoteo de la respiración de Dorothy se intensificaba.

Cuando volví, encontré un mensaje de los niños. «Hola, mamá, soy Dexter. Lo hemos pasado en grande en la playa. He montado una ola de seis pies con una caída de cuatro pies. No veas. Todos me decían: "Chica, qué miedo". Ha sido una pasaaada. Montar las olas con la tabla ha sido bestial. Guau. Soy una fiera en el agua. Nunca dejaré de ser un bicho acuático. Ojalá mañana sea igual. Que haya olas grandes, porfa, porfa. Te paso a Duke.» «Mamá, ven a casa. ¿Dónde estás? Quiero dormir contigo esta noche. ¿Podemos dormir todos juntos? Yo me pido en medio. Mami, quería decirte una cosa. Me estoy comiendo las gachas irlandesas. Y también quería decirte, mamá, que cuando vuelvas a casa quiero jugar un rato contigo. Y oye, mamá, quería decirte otra cosa: Dexter es mala. Adiós.»

Comimos tacos sentadas a la mesa del comedor. Teníamos todas muy mala cara. Robin fue a llevar a Riley al aeropuerto. Dorrie salió a comprar más provisiones. Las cuidadoras se tomaron un descanso. Estábamos mi madre y yo solas por última vez. Miré su rostro, no sus tobillos helados ni sus pies amarillentos. La naturaleza había sido asquerosamente ilógica. Qué ironía que la hermosa cara de mi madre hubiera imposibilitado que la gente percibiera la frágil alma que se ocultaba detrás. Me acerqué más. A salvo dentro del perímetro del pálido aspecto de mi madre, me pregunté qué habría visto antes de que sus ojos se cerraran. Tal vez el paisaje de rostros inclinados que tanto había amado había sido una intromisión; todas esas cabezas que se movían con perplejidad. Mamá, ¿qué oyes en la tierra sin palabras? ¿El ruido de los platos en el fregadero? ¿El embate del mar contra el dique? ¿Significa algo el coro de voces que susu-

rran «mamacita» y «buenos días, mamá», «querida, queridísima Dorothy» y «señora Hall»?

Juntas y a solas, confío en que puedas identificar nuestras voces. ¿O somos otro estribillo que no logras descifrar? Si el sonido es lo último que desaparece, espero que nuestro coro te serene. Es nuestra nana de pesadumbre. ¿Nos oyes arrullarte? ¿Resuenan nuestras voces? Es nuestra canción de amor por ti desde el otro lado de tu sábana blanca.

Creo que podemos dar por sentado que tus ojos no se abrirán otra vez, mamá. Veo que todavía tienes la mandíbula apretada. Nadie ha vuelto a tocarte la boca desde que le mordiste el dedo a Suzy D. Dorrie dijo que era «la última actuación de Dorothy». Ojalá no tuvieras que agarrarte tan fuerte. Sé que intentas aferrarte a lo poco que te queda. Yo también lo haría. Lamento que solo te quede una puerta por abrir.

Todo parece arbitrario y azaroso, distorsionado y torcido. ¿Recuerdas que la abuela Hall siempre repetía: «La salud no tiene precio»? Hasta ahora no sabía qué quería decir. Duke y Dexter cuentan con un ejército de médicos. Están el doctor Sherwood, el ortodoncista de Dexter, y Christie Kidd, su dermatóloga. Están el doctor Peter Waldstein, que es el pediatra de Duke, y el doctor Randy Schnitman, que se ocupa de sus continuas infecciones de oído. En cuanto a mí, la lista de médicos va en aumento. Está mi dentista, el doctor James Robbins, que hace poco me ha mandado poner un férula; sí, rechino los dientes. Están su esposa, Rose, la higienista dental, y el doctor Keith Agre, mi internista. El doctor Silverman me hace la revisión oftalmológica anual. Está el doctor Leo Rangell, de noventa y seis años, mi irreemplazable psicoanalista. Y no puedo olvidar al doctor Bilchick, para mi jardín de brotes de cánceres de piel.

¿Te acuerdas de mi primer carcinoma de células escamosas a los veintiuno, seguido de una serie de carcinomas basocelulares a los treinta? Warren me daba la lata para que no tomara el sol. ¿Por qué no le hice caso? Este año, más de cuarenta años después, aquellas células escamosas invasivas malintencionadas visitaron de nuevo el lado izquierdo de mi cara. Fui al Cedars-Sinai, me puse un gorro de ducha y me tumbé en una camilla. Mientras el anestesiólogo me pinchaba, desfiló por mi mente toda una serie de imágenes como de folioscopio. Te vi a ti tendida en una camilla, como yo, con la diferencia de que tú no estabas viva. También vi a papá en una camilla. Vi la aguja extralarga con que sacrificaron a mi perro Red. ¿Debería haberle dado más golosinas? Vi a mi amigo Robert Shapizon, que, sentado bajo su Andy Warhol con el símbolo del dólar gigante, hablaba de los efectos emocionales del cáncer de pulmón inoperable. ¿Por qué no pasé más tiempo con él? Vi a Larry Sultan enseñando la portada de su libro *Evidence* mientras todo empezaba a oscurecerse. Juraría que en ese momento oí la voz de Larry diciendo que quería vivir tres semanas más, solo tres semanas más. Tampoco pedía tanto. Cuando me desperté, una cicatriz de cuatro pulgadas me cruzaba la cara. La vida también empieza a descascarillarme a mí, mamá. Todo esto de vivir es demasiado. Demasiado, y no suficiente. Medio vacío y medio lleno.

La víspera

Suzy llamó desde abajo. Estaba buscando un par de pinzas. Fui al taller de mi madre. Es curioso cómo nos pasa inadvertido lo más evidente. Además del PENSAR pegado con cinta adhesiva a la pared, había una cita que no había visto nunca. «Los recuerdos son solo momentos que se niegan a ser ordinarios.» Espero que mi madre

guardara unos pocos en alguna parte recuperable de su mente. Rebuscando, encontré unas páginas que mi madre escribió tras la muerte de mi padre.

Cyrus, el gato, ha sido sacrificado piadosamente y sin dolor esta mañana. Esto es una declaración de aflicción por la pérdida de mi precioso gato abisinio, un gato de verdad, que entendía su posición en la vida y hasta su muerte cumplió con su trabajo magníficamente. Ya le echo de menos.

No sé por qué los versículos del Eclesiastés, capítulo 3, me vinieron a la cabeza mientras me daba un baño caliente para superar que Cyrus ya no estuviera vivo, pero así fue. Salí de la bañera, cogí la vieja Biblia de mi madre y los encontré. «Hay un momento para todo y un tiempo para cada cosa bajo el sol: un tiempo para nacer y un tiempo para morir, un tiempo para llorar y un tiempo para reír; un tiempo para lamentarse y un tiempo para bailar; un tiempo para recibir y un tiempo para perder.»

Estas palabras me proporcionan paz, probablemente porque la muerte es un misterio y a veces una carga dolorosa con la que vivir. Cuesta entender las complejidades de nuestra existencia humana. ¿Por qué nos crearon con sentimientos de amor, para que nos quedemos con semejante vacío cuando aquellos de los que nos hemos enamorado desaparecen de nuestra vida? No sabré la respuesta hasta que me muera y me una a quienes se han ido antes que yo: Jack, mi madre, Mary, Sadie, Cyrus el gato, y probablemente yo, la próxima.

El largo trayecto

Al cabo de once días, la incesante cantinela de Suzy D., «Alabado sea el Señor, ruego por nuestra mamacita por la mañana, por la tar-

de y por la noche, que Dios bendiga a Dorothy», me estaba volviendo loca, hasta el punto de que metí los dedos en la boca de mi madre con la esperanza de que me mordiera, solo para cambiar la situación, pero el espíritu de lucha de mi madre se había esfumado. Tenía total libertad para palpar el borde de sus dientes. Mamá estaba suspendiendo su última prueba, o quizá la había aprobado y se disponía a marcharse para reunirse con Jack.

Dorrie y yo empujamos su cama de hospital para colocarla frente al ventanal, de donde arrancamos la sábana que lo cubría. Ya estaba bien de oscuridad. ¿De qué habíamos protegido a mi madre exactamente? Del sol seguro que no. Con mamá a solo tres pies del ventanal de papá, Dorrie y yo nos quedamos mirando nuestra naturaleza muerta. En eso se había convertido nuestra madre: en una naturaleza muerta, una pintura, un objeto. ¿Qué importaban nuestros gestos? Con ventanal o sin él, alargar la vida de mamá parecía una crueldad, incluso una forma de tortura disimulada.

La lavábamos y la bañábamos. Le cogíamos la mano mientras la cambiaban de posición cada hora, a la hora en punto. Le limpiábamos la boca con una esponja húmeda. Las enfermeras le administraban morfina. El doctor Berman nos consolaba de la misma manera que nos había consolado el médico de la Universidad de California en Los Ángeles cuando enfermó papá. ¿Calidad de vida? Por lo que yo veía, mi madre no tenía ninguna calidad de vida. No podía tragar. No podía hablar. No podía ver. La única parte de su cuerpo que se movía era la mano izquierda, cuya única función había quedado reducida a aferrar la barandilla de la cama de hospital. Ahora, de cara al calor del sol, ya ni siquiera se agarraba a la barandilla.

Una llamada telefónica, dos mensajes, 18 de septiembre de 2008

Sentada en el borde de la cama, controlaba el estado de Dorothy mientras Suzy D. iba al piso de arriba. Se mantenía estable, a dieciséis respiraciones por minuto, y no lo vi venir. No hubo ninguna advertencia. Solo cuando el color morado de sus manos empezó a atenuarse comprendí que mi madre había fallecido sin emitir siquiera un sonido involuntario.

La vestimos con unos pantalones de lana marrón, una camisa blanca y un viejo jersey blanco con un cactus verde bordado. Su trenza estaba perfectamente recta, al igual que su elegante nariz. Una vez que le hubimos puesto su ropa para salir a cenar al desierto, además de carmín para destacar sus labios, que ya no estaban azules, Robin, Dorrie y yo nos tomamos una copa de vino tinto fuera, junto al ventanal. Esperamos a que el hombre de Neptune Society empujara su camilla a través de la sala, pasando junto a los dos sillones que compramos en Pottery Barn, como antes había hecho con papá.

A la mañana siguiente volví a casa y les conté a Duke y a Dexter que «a la abuela se le ha parado el corazón, y ha dejado de respirar. Ha tenido un buen final».

—¿La abuela ha tenido un buen final?

—Sí, Dex.

—No merecía morir —dijo Duke.

Le expliqué de nuevo que su corazón había dejado de latir, pero esta vez añadí los milagros. Hablé del día en que las puntas de sus dedos se tiñeron de carmesí y dije que con el tiempo el color había subido lentamente por sus brazos y piernas, y que su cuerpo había empezado a parecer una hermosa ciruela. Este era el pri-

mer milagro. A continuación les conté cómo había cambiado todo la noche que falleció la abuela. Sus labios se volvieron de color añil, como el océano al atardecer. Les dije que no sabía exactamente en qué momento había muerto la abuela porque me distrajo el repentino ruido de unas alas. Al mirar hacia fuera vislumbré en la oscuridad un grupo de gaviotas posadas sobre el dique, como si quisieran despedirse de la encantadora señora que les daba migas de pan. Cuando me volví y vi que los brazos de la abuela, y después sus manos, e incluso sus labios color azul océano, volvían a la normalidad, supe que estaba presenciando un milagro. Pero el mayor milagro llegó cuando le miré los ojos: aquellos hermosos ojos castaños que llevaban siete días y siete noches cerrados estaban abiertos. Abiertos de par en par. Pregunté a Dexter y a Duke si creían que tal vez su abuela estaba viendo algo que no había visto nunca. Ambos coincidieron en que estaba contemplando algo nuevo al otro lado.

No les dije que la muerte de mi madre era tan inexplicable como la vida que llevó hasta el momento indeterminado en que exhaló su último aliento. No les dije que la puerta estuvo abierta doce días. No les dije que mi madre la había cruzado y cerrado sin emitir ni un murmullo.

Pequeñas despedidas

Me he pasado toda la vida abriendo y cerrando puertas, pero la puerta con el rótulo DEJAR MARCHAR ha permanecido cerrada. Al escribir la historia de la historia de mi madre no pretendía resaltar la pérdida por encima de otros aspectos. No tenía pensado escribir una elegía. Sin embargo, los rápidos cinco meses que duró la despedida

de mi padre y el prolongado trayecto que supuso el adiós de mi madre tuvieron un efecto acumulado.

Mi tardío hola a una niña y un niño dio lugar a diferentes clases de finales. Los llamo «las pequeñas despedidas». Como el día que Dexter dejó de venir a mi cama a las tres de la madrugada y el día que el cuento de *Stellaluna* se guardó en la librería para siempre. El día que Dexter atrapó siete mariposas con sus propias manos. Adiós, mariposas. La última vez que dijo: «Buenas noches, Dorrie y Ray [el perro de Dorrie], y Mojo [el otro perro de Dorrie] y Shatah [el perro feo de Dorrie]. Buenas noches a Steve Shadley Designs y al tío Bill [Robinson], y a la abuela y a Lindsay, y al tío Johnny Gale y a Tata y a Sandra, sobre todo a Sandra». El día que traje a casa al flamante Duke Radley desde Nueva York; ese fue el día que Dexter dijo adiós a ser hija única. El día que Duke dijo su primera palabra: «Luna». El día que cumplió doce meses. Quiero que vuelva el día que Dexter y yo nos colamos en la antigua casa de Jimmy Stewart, en Roxbury, que estaba en obras, y el día que Duke y yo estábamos en el jardín contemplando el cielo y él dijo: «Siempre nos tumbaremos en la hierba para mirar el cielo, ¿verdad que sí, mamá?». «Claro, Duke, por supuesto, siempre.» No recuerdo el día que Dexter dejó de decir «cuerdas». «¿Cuerdas cuando Josie vomitó en el coche?» «¿Cuerdas el nido de pájaros que encontramos?» No más «cuerdas», Dexie. Está la tarde en que no quiso zambullirse en la piscina para coger los elefantes de plástico del fondo. Adiós, elefantes, y también adiós, cocodrilos. Está el día en que Duke dejó de ver los vídeos de *Kipper* y *Thomas el Tren*, y el día en que olvidó suplicarme que jugara a «Ven a mi casa». Adiós, casita de cartón. Está el último día que cantamos «Gillis Mountain» mientras dábamos una vuelta en mi gran Defender negro. Ese fue el día que subí el volumen al máximo para que pudiéramos gritar las palabras «Hice un viaje por

Gillis Mountain arriba en un día de sol radiante». Adiós, Gillis Mountain. Adiós. Se diría que tanta acumulación de pequeñas despedidas me prepararía para las grandes, pero no.

Todo se reduce a lo de siempre, mamá. Ojalá pudiéramos hablar. Ojalá pudiera oír lo que quieras decirme desde el otro lado de la nada. Tu última lección, la que no soporto reconocer y me niego a identificar, empieza a calar. Creo que sé lo que quieres decirme desde SIEMPRE. Allí es donde estás, ¿no? Estás en SIEMPRE. Estoy segura de que desde allí quieres decirme que levante las manos del manillar de la bici y me suelte. Quieres decir: «Diane, no te tapes los oídos; escucha. No cierres los ojos; mira. No cierres la boca; ábrela y habla». Quieres decir: «Querida Diane, mi primogénita; respira hondo, sé valiente y suéltate. Aparta las manos del manillar de la bici, levántalas y vuela».

Lo intento, mamá, pero va en contra de todos mis instintos. Pero sí te prometo algo: te prometo soltar a Duke y a Dexter del dominio de mi necesidad antes de que sea demasiado tarde. Te prometo darles libertad por mucho que desee que se queden. También te prometo soltarte a ti; el tú que he creado para mí. Solo desearía que una vez, una sola vez, hubiera tenido el valor de decir lo que sentía cuando desviaba la mirada y me despedía con la mano. Ya lo ves, mamá, siempre fuiste tú. Fuiste tú durante tanto tiempo como sea mucho tiempo.

¿Dónde están ahora?

Ayer Nick Reid fotografió el diario de mi madre de 1968 sobre un tablero de mesa que montó en la habitación de juegos de Duke y Dexter. La cubierta de la carpeta negra de anillas es un collage de fo-

tografías de Randy, Robin, Dorrie y yo vestidos de gángsteres, al estilo Bonnie y Clyde. La frase «¡Hasta ahora ha sido un gran año!» está pegada en la esquina inferior izquierda. En la parte superior, a la derecha, se lee: «Liberados». Dentro, en la anteportada, aparecen las palabras ¿DÓNDE ESTÁN AHORA?

Aquí es donde estamos, mamá. Robin tiene sesenta años. Es increíble, pero lleva veintisiete casada con Rickey Bevington. Parece imposible, ¿verdad? Siguen viviendo en la finca de cuarenta y siete acres de Sharpsburg, en Georgia. Su hijo pequeño, Jack, va a la universidad, y Riley, que ya ha cumplido los veintiuno, tiene un bebé llamado Dylan. Robin ha heredado tu afición a recoger perros y gatos abandonados. Tiene trece.

Dorrie se despierta con una vista perfecta de la sierra de San Gabriel, como tú cuando eras pequeña. Le encanta su casa de Silver Lake en lo alto de una colina. Como directora ejecutiva de Monterey Garage Designs, sigue siendo una importante marchante y coleccionista del Oeste americano, especializada en mobiliario de Monterey. Le gusta ir en coche a la casa de Tubac, en Arizona, con sus perros Cisco y Milo. Estarías muy orgullosa de ella, mamá.

Randy todavía conserva la furgoneta Toyota oxidada que papá le regaló. Hace quince años que no la saca de la cochera. Muy propio de él, ¿verdad? Su piso nuevo de Belmont Village está abarrotado; tiene miles de collages y libros, revistas con páginas arrancadas y marcos raros, pinceles y cola, y, bueno, colecciones de todo tipo. Sigue guardando los poemas en el horno. El otro día por fin pude hablar con él por teléfono. ¿Sabes lo que me dijo? Me dijo que nunca había sido tan feliz. ¿Qué te parece, mamá?

Yo estoy bien, pero es Navidad y tus cenizas están en el maletero de mi Tahoe Hybrid. Te llevaremos a Tubac, donde Robin, Dorrie y yo esparciremos tus restos junto a los de papá. El pasado oto-

ño encontré una cruz antigua de aluminio en Architectural Salvage, en Mineápolis. Le hemos pintado tu nombre. «Dorothy Deanne Keaton Hall. Amada madre de su hija Dorrie, su hija Diane, su hijo Randy y su hija Robin.» Desde el altiplano del desierto, junto con papá y su compañero de viaje, verás la sierra de Santa Rita.

Estoy en la carretera con Duke, mi Jim Carrey junior, y Dexter, mi reina adolescente. Todos los días observo sus rostros en busca de señales de cambio. Me fijo en su nariz perfecta, su sonrisa radiante, su espesa cabellera. Miro los ojos bien separados de Dexter y la seductora barbilla con hoyuelo de Duke. ¿Han de crecer? ¿Por qué tengo tanta suerte? ¿Cómo es posible que estas dos decisiones me llevaran de una vida de aislamiento a un escenario familiar, completado con una familia extensa, nuevos amigos y las actividades cotidianas que tanto necesitaba? ¿Cómo es posible que me haya convertido en una de esas madres que llevan a sus hijos a la piscina, que acompañe a Duke a Santa Clarita a las siete de la mañana y tenga que estar de pie bajo la lluvia mirando cómo Dexter nada los cuatrocientos metros libres a las cinco de la tarde? Ojalá estuvieras con nosotros. Ojalá hubieras podido ver a Duke y a Dexter estirar su cuerpo perfecto y zambullirse en el agua fría. Ojalá hubieras venido a Hawai. Lo habríamos pasado en grande. Habrías pedido cucuruchos de piña bajo la cascada. Habrías visto a Duke y a Dexter deslizarse por el tobogán de agua sin parar de reír. Nos habrías acompañado en el infernal paseo en barco con unos guías que eran excombatientes de la guerra de Irak; nos bamboleábamos arriba y abajo a sesenta millas por hora con unas olas de diez pies.

Una cosa más, mamá. ¿Cómo pasa todo tan rápido del ahora al siempre? Supongo que existe un consuelo. Es raro, pero creo que lo comprenderás. Al escribir nuestras memorias, mezclando tus pala-

bras con mis palabras. a veces tengo la sensación de que es Ahora sin el Siempre. ¿Entiendes qué quiero decir? ¿Puedes oírme? Digo que vuelvo a estar contigo. AHORA. SIEMPRE. Ahora y siempre, mamá. Ahora y siempre.

EN MEMORIA DE

DOCTOR LEO RANGELL. ROBERT SHAPAZIAN. MICHAEL BALOG. LARRY SULTAN. MAURY CHAYKIN. MARTHA CARR. MIKE CARR. RED. ALAN BUCHSBAUM. MAHALA HOIEN. NANCY SHORT. DAVID MCCLOUD. GEORGE. Y EDDIE. ROY KEATON. DOCTORA FELICIA LANDAU. SANDY MEISNER. Y SADIE. DOMINO. JOSIE. WHITEY. WALTER MATTHAU. AUDREY HEPBURN. RICHARD BURTON. GALE STORM. BILL HEATON. INEZ ROBBINS. MAUREEN STAPLETON. FRANK ZIMMERMAN. GRACE JOHANSEN. HARRY COHEN. JANET FRANK. JACK SHAWN. JILL CLAYBURGH. FREDDIE FIELDS. MARLON BRANDO. VINCENT CANBY. ROSE COHEN. GEORGE BARBER. GREGORY PECK. ORPHA Y WESLEY THEISEN. GERALDINE PAGE. CHESTER HALL. WILLIAM EVERSON. SEÑORA CLARK. KERRY BASTENDORF. BILL BASTENDORF. RICHARD BROOKS. TOM O'HORGAN. MARY ALICE HALL. BEULAH KEATON. LEMUEL W. KEATON JR. ANNA KEATON. JACK N. HALL. DOROTHY DEANNE KEATON HALL.

Agradecimientos

A Randy, Robin y Dorrie, que tuvieron la misma madre, pero diferentes experiencias, y la amaron a su manera. A mis queridos amigos Carol Kane, Kathryn Grody Patinkin y Stephen Shadley, que leyeron mis palabras y las de mi madre. A los valerosos transcriptores que vieron garabatos y crearon frases: Jean Heaton, Arlene Smukler y Saundra Schaffer. A Jean Stein, que me llevó a Bill Clegg..., quien a su vez me llevó a David Ebershoff. A Joe Kelly, Bill Robinson y Carolyn Barber, que me apoyaron en mis variados intereses a lo largo de los años. Al doctor Leo Rangell, que siguió a mi lado a pesar de mis interminables repeticiones. A Susie Becker, Daniel Wolf, Larry McMurtry, Ann Carlson, Marvin Heiferman, Richard Pinter, Jonathan Gale, Sarah Paulsen, Nancy Meyers, Mary Sue y Josh Schweitzer, Alice Ann Wilson, el doctor Keith Agre, Debbie Durand y Ronen Stromberg. A mis queridos compañeros: Josie, Red, Sweetie y por último, pero no por ello menos importantes, Emmie y Dixie, nuestro ratón. A Woody Allen, Warren Beatty, Al Pacino y Bill Bastendorf, que escribía tan bien. A Michael Gendler y Brian Fortman por cerrar el trato. A Emily Blass y su buen ojo para el diseño. A Nick Reid por sus hermosas fotografías de los diarios de mi madre. A Eric Azra, que recuperó los documentos que borré sin querer. Al equipo de Random House por publicar *Ahora y siempre*, entre ellos Gina Centrello, Susan Kamil, Sally Marvin y Clare Swanson, la ayudante de David. A Anne Mayer, Susana Dionicio e Irma Flores, que cuidaron tan bien de mi madre. A los médicos de Dorothy: los

doctores Jeffrey Cummings y Claudia Kawas. Si desean hacer una donación al centro Mary S. Eason para la investigación de la enfermedad de Alzheimer de la Universidad de California en Los Ángeles, entren en www.eastonad.ucla.edu.

Fotografías y material gráfico
Pies de foto y créditos

Primer cuadernillo a color

Diarios de Dorothy Hall. Fotografía de Nick Reid.

Álbum de Diane Keaton, por Dorothy Hall. Fotografía de Nick Reid.

Página del álbum de Diane Keaton, por Dorothy Hall. Fotografía de Nick Reid.

Páginas interiores de los diarios de Dorothy. Fotografía de Nick Reid.

Padre e hijas, collage de Dorothy Hall. Fotografía de Nick Reid.

Lomos de los diarios de Dorothy. Fotografía de Nick Reid.

Cuadernillo en blanco y negro

Diane cuando era pequeña. Fotografía de Dorothy Hall.

Jack Hall.

Dorothy Hall y Diana.

Randy Hall. Fotografía de Dorothy Hall.

Robin (de pie) y Dorrie Hall. Fotografía de Dorothy Hall.

Diane y Woody Allen. Fotografía de Dorothy Hall.

Diane en su juventud. Fotografía de Frederic Ohringer.

Primer plano de Diane. Fotografía: SMP/Globe Photos, Inc.

Diane trajeada. Fotografía: © Gary Lewis/CameraPress/Retna Ltd., Estados Unidos.

Diane y Dorothy Hall. Fotografía de Jack Hall.

Diane con las manos en la cabeza. Fotografía de Dorothy Hall.

Warren Beatty. Fotografía publicada por cortesía de Paramount Pictures. *El cielo puede esperar*. © 1979, Paramount Pictures Corporation. Todos los derechos reservados.

Al Pacino en el plató. Fotografía publicada por cortesía de Paramount Pictures. *El padrino III*. © 1990, Paramount Pictures Corporation. Todos los derechos reservados.

Duke y Dexter Keaton. Fotografía de Julia Dean.

Diane con Duke y Dexter. Fotografía de Ruven Afanador.

Diane con perlas. Fotografía de Michel Comte.

Segundo cuadernillo a color

Oreja, collage de Dorothy Hall. Fotografía de Nick Reid.

Honor thy self, collage de Dorothy Hall. Fotografía de Nick Reid.

Mujer con la mano en el pecho, collage de Dorothy Hall. Fotografía de Nick Reid.

THINK, encontrado en el tablón de anuncios de Dorothy Hall. Fotografía de Nick Reid.

«Who says you haven't got a chance?», collage de Dorothy Hall. Fotografía de Nick Reid.

Piernas, collage de Dorothy Hall. Fotografía de Nick Reid.

Oh not so far, collage de Dorothy Hall. Fotografía de Nick Reid.

Índice de películas citadas

Al sur del Pacífico (*South Pacific,* Joshua Logan, 1958), 177
Annie Hall (Woody Allen, 1977), 23, 146-150, 151, 153, 158, 159, 161, 162, 164, 215
Aprendiendo a vivir (*The Other Sister*, Garry Marshall, 1999), 245

Baby, tú vales mucho (*Baby Boom*, Charles Shyer, 1987), 183
bella y la bestia, La (*La Belle et la bête*, Jean Cocteau, 1946), 180
Bonnie y Clyde (*Bonnie & Clyde*, Arthur Penn, 1967), 174
Buscando al Sr. Goodbar (*Looking for Mr. Goodbar*, Richard Brooks, 1977), 151

cabo del miedo, El (*Cape Fear,* Martin Scorsese, 1991), 171
Chagrin et la pitié, Le (*Crónica de una ciudad francesa bajo la ocupación alemana*, Marcel Ophüls, 1969 [documental]), 110
chica del tambor, La (*The Little Drummer Girl*, George Roy Hill, 1984), 171
cielo puede esperar, El (*Heaven Can Wait,* Warren Beatty y Buck Henry, 1978), 151, 155
Cleopatra (Joseph Mankiewicz, 1963), 105
club de las primeras esposas, El (*The First Wives Club,* Hugh Wilson, 1996), 222, 227, 229-230
Colgadas (*Hanging Up,* Diane Keaton, 2000), 245

Crímenes del corazón (*Crimes of the Heart,* Bruce Beresford, 1986), 171
crímenes del doctor Mabuse, Los (*Die Tausend Augen des Dr. Mabuse*, Fritz Lang, 1960), 180
Cuando menos te lo esperas (*Something's Gotta Give,* Nancy Meyers, 2003), 246-247

Desayuno con diamantes (*Breakfast at Tiffany's*, Blake Edwards, 1961), 71
Después del amor (*Shoot the Moon,* Alan Parker, 1982), 171
discreto encanto de la burguesía, El (*Le Charme discret de la bourgeoisie*, Luis Buñuel, 1972), 119
doctor Mabuse, El (*Dr. Mabuse der Spieler,* Fritz Lang, 1922), 180
dormilón, El (*The Sleeper*, Woody Allen, 1973), 122, 127

En el estanque dorado (*On Golden Pond,* Mark Rydell, 1981), 171
¿En qué piensan las mujeres? (*What Women Want*, Nancy Meyers, 2000), 245
Enredos de sociedad (*Town & Country*, Peter Chelsom, 2001), 245
Esplendor en la hierba (*Splendor in the Grass*, Elia Kazan, 1961), 42, 79, 152, 174, 212

flor salvaje, Una (*Wildflower*, Diane Keaton, 1991 [telefilme]), 213

gran esperanza blanca, La (*The Great White Hope*, Martin Ritt, 1970), 87

Heaven (Diane Keaton, 1987 [documental]), 180-182, 184
Héroes a la fuerza (*Unstrung Heroes*, Diane Keaton, 1995), 215, 217
hombre del traje gris, El (*The Man in the Gray Flannel Suit*, Nunnally Johnson, 1956), 178

hombre y una mujer, Un (*Un Homme et une femme*, Claude Lelouch, 1966), 88

Interiores (*Interiors*, Woody Allen, 1978), 162, 165

Lassie (Fred M. Wilcox, 1943), 177
ley del silencio, La (*On the Waterfront*, Elia Kazan, 1954), 123
Liliom (Fritz Lang, 1934), 180
lista de Schindler, La (*Schindler's List*, Steven Spielberg, 1993), 213
Local Stigmatic, The (David F. Wheeler, 1990), 182

Manhattan (Woody Allen, 1979), 146, 173
mariposas son libres, Las (*Butterflies Are Free*, Milton Katselas, 1972), 97
Más poderoso que la vida (*Bigger than Life*, Nicholas Ray, 1956), 177
Matar un ruiseñor (*To Kill a Mockingbird*, Robert Mulligan, 1962), 42
Melodías de Broadway, 1938 (*Broadway Melodies, 1938*, Roy del Ruth, 1937), 29
Mi vida es mi vida (*Five Easy Pieces*, Bob Rafelson, 1970), 121
Misterioso asesinato en Manhattan (*Manhattan Murder Mystery*, Woody Allen, 1993), 215
Morning Glory (Roger Michell, 2010), 144

Only Thrill, The (Peter Masterson, 1997), 245

Padrino, El (*The Godfather*, Francis Ford Coppola, 1972), 121-122, 123-124, 126, 197

Padrino II, El (*The Godfather: Part II*, Francis Ford Coppola, 1974), 123, 148
Padrino III, El (*The Godfather: Part III,* Francis Ford Coppola, 1990), 193-194, 197, 201-202, 203
pasión de Juana de Arco, La (*La passion de Jeanne d'Arc,* Carl Theodor Dreyer, 1928), 180
Persona (Ingmar Bergman, 1966), 119
¡Porque lo digo yo! (*Because I said so*, Michael Lehmann, 2007), 191

Rojos (*Reds,* Warren Beatty, 1981), 158, 166, 167, 171, 174
Roma, ciudad abierta (*Roma, città aperta,* Roberto Rossellini, 1945), 212

Sra. Soffel, La (Mrs. Soffel, Gillian Armstrong, 1984), 171
Sueños de un seductor (*Play it Again, Sam*, Woody Allen, 1972), 84, 85, 98, 108-109, 113, 121

testamento del Dr. Mabuse, El (*Das Testamente des Dr. Mabuse*, Fritz Lang, 1933), 180
tranvía llamado deseo, Un (*A Streetcar Named Desire*, Elia Kazan, 1951), 122, 123
Tú a Londres y yo a California (*The Parent Trap*, Nancy Meyers, 1998), 245
Tú y yo (*An Affair to Remember*, Leo McCarey, 1957), 155

última noche de Boris Grushenko, La (*Love and Death*, Woody Allen, 1975), 127

Valor de ley (*True Grit*, Henry Hathaway, 1969), 101

Índice

Pensar 11

PRIMERA PARTE

1. Dorothy 29
2. Jack 52

SEGUNDA PARTE

3. Manhattan 71
4. Gran año 81
5. La lista 102
6. La subida cuesta arriba frente al descenso cuesta abajo . 118
7. Di-Annie Hall 144
8. Algo grande para una familia pequeña 157

TERCERA PARTE

9. Artística 171
10. Esto no es a veces, esto es siempre 193
11. Secuelas 209
12. Hola 221

13. La zona gris 235
14. Ahora y siempre 255

En memoria de 275
Agradecimientos 277
Fotografías y material gráfico. Pies de foto y créditos 279
Índice de películas citadas 281

DIANE KEATON ha actuado en muchas de las películas que han marcado el siglo XX, empezando por la trilogía de *El padrino* y continuando con *Annie Hall, Manhattan, El club de las divorciadas* y *Alguien tiene que ceder*, entre muchas otras. Ha sido la musa y compañera de directores y actores de renombre internacional, y ha recibido numerosos galardones por su carrera. Actualmente vive en Los Ángeles con sus dos hijos.

www.editoriallumen.com
www.megustaleer.com.ar

Cubierta: © Emily Harwood Blass
Adaptación: Random House Mondadori
Fotografía de cubierta: © Dewey Nicks

ISBN 978-84-264-2077-0